IDEALISMO vs MATERIALISMO

POLÉMICAS FILOSÓFICAS

Caso-Lombardo Caso-Zamora
Caso-Lombardo

75 ANIVERSARIO

Masonería Filosófica de Michoacán



Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales
Vicente Lombardo Toledano

Asociación Francisco J. Múgica

El Dr. Antonio Caso nació y murió en la Ciudad de México (1883-1946). Realizó sus estudios superiores en la Escuela Nacional de Juriprudencia. Se consagró al cultivo de la filosofía, la sociología, las letras y la estética. En 1906 fundó al lado de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos y Carlos González Peña, la revista Savia Moderna. Posteriormente el grupo se convirtió en el Ateneo de la Juventud (1909-1910) e inició una lucha destacada contra el positivismo.

Caso ejerció el magisterio desde joven hasta el mometo de su muerte, sirviendo las cátedras de filosofía, ética, lógica, estética y sociología en varias de las escuelas universitarias. Fue secretario de la Universidad Nacional en 1910, rector de 1920 a 1923 y director de la Facultad de Filosofía y Letras de 1930 a 1932. Defendió la autonomía universitaria y la libertad de cátedra, fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y de El Colegio Nacional. Produjo numerosas obras, fundamentalmente de carácter filosófico. Fue famosa la polémica que sostuvo con su discípulo Vicente Lombardo Toledano, editada en este libro.

IDEALISMO VS. MATERIALISMO

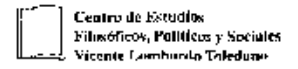
POLÉMICAS FILOSÓFICAS

IDEALISMO VS. MATERIALISMO

POLÉMICAS FILOSÓFICAS
Caso-Lombardo Caso-Zamora
Caso-Lombardo

75
ANIVERSARIO

MASONERÍA FILOSÓFICA
DE MICHOACÁN



ASOCIACIÓN FRANCISCO J. MÚGICA

Idealismo vs. Materialismo
Polémicas Filosóficas

Primera edición: agosto de 2008
Morelia, Michoacán, México

ISBN: 978-968-9322-34-7

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

El mes de septiembre próximo cumplirá 75 años de iniciada una polémica, que por el asunto, motivo de la controversia; las condiciones por las que atravesaba el país en ese entonces y el prestigio de los participantes, trascendió los recintos universitarios donde se inicia, para filtrarse a la opinión pública a través de la prensa. Polémica que revive de tiempo en tiempo, promovida desde la derecha.

El meollo del asunto que al desbordarse da lugar al debate sobre "Idealismo vs. Materialismo, Polémicas Filosóficas," con el que se denomina la recopilación del material, fue ni más ni menos que la aprobación de las conclusiones sobre la "Posición Ideológica de la Universidad" en el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, que tuvo lugar del 7 al 14 de septiembre de 1933 en la Universidad Nacional Autónoma de México. En sí mismo, el punto del temario da por hecho que la Universidad debe tener una *posición ideológica*, o que la que tiene, debe variar.

En las conclusiones se dice: "las universidades tienen el deber de orientar el pensamiento de la Nación Mexicana", y entre lo más controvertido, que la enseñanza en el bachillerato debía obedecer "al principio de la identidad esencial de los diversos fenómenos de la naturaleza"; que la historia debería enseñarse "como la evolución de las instituciones sociales, dando preferencia al hecho económico.. ." y por su parte, "la ética, como valoración de la vida...debería dar lugar a una sociedad sin clases...basada en posibilidades económicas y culturales semejantes para todos los hombres".

Con las intervenciones dentro del Congreso, como posteriormente con los artículos que forman parte de las tres polémicas aquí presentadas: Caso-Lombardo, Caso Zamora y nuevamente Caso-Lombardo, el lector, independientemente del lado en que se coloque respecto del fondo del asunto a discusión, podrá regocijarse con el conocimiento que los sustentantes tenían de las escuelas y corrientes filosóficas, de los descubrimientos científicos de la hora y de su pleno dominio de la lógica. Damos también por sentado que lo deleitará la elegancia con que tejen sus ideas, y en no pocas ocasiones sus argucias, a fin de ocultar faltas y acusar golpes, dolidos sin duda por orgullos lastimados.

Ahora bien, no obstante que el volumen incluye breve introducción, tanto al debate del Primer Congreso de Universitarios

Mexicanos, como a cada una de las tres polémicas en la prensa; es conveniente advertir al lector sobre la relación que existió entre la polémica universitaria y la habida en el ámbito nacional, en torno al establecimiento de la educación socialista, y enmarcar ambas, así sea de manera sucinta, en las condiciones que en ese entonces privaban en el país, y de soslayo en el mundo.

Empecemos por recordar que en 1933 la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos contaba ya con 16 años de vida, no obstante lo cual, las reivindicaciones que su letra y espíritu habían alentado en los campesinos, obreros y marginados en general, no se materializaban en la realidad; o si lo hacían, era a cuentagotas, a juzgar por el tamaño de la población necesitada y la urgencia con la que se esperaban. En pocas palabras, la necesidad de compensar al pueblo que había hecho la Revolución, era inaplazable, tanto para menguar su inconformidad como para hacerle justicia.

En una somera enumeración de causas del retraso de la justicia, cabría subrayar: la diferencia entre los *planes que peleaban* los grupos que acudieron a la lucha armada y el hecho de que no siempre triunfaran los dirigentes de las clases más desvalidas. Luego, la larga y encarnizada disputa por el poder entre las facciones. Más tarde, la necesidad de contar con la reglamentación de los preceptos constitucionales, a fin de volverlos aplicables, lo cual involucraba cierto saber y tecnicismos, y enfrentaba a la natural resistencia de quienes se verían afectados. Por último, aunque no menos importantes en la tardanza, los engorrosos trámites que campesinos poco preparados, desorganizados y sin recursos económicos, tenían que emprender ante una novel burocracia.

Ahora bien, tanto la conciliación de los distintos puntos de vista como la reducción de la disputa por el poder de los grupos que los sustentaban, comienza de manera formal con su aglutinamiento dentro del Partido Nacional Revolucionario (PNR), fundado en 1929. Con la fundación del PNR se da el primer paso hacia la construcción de acuerdos para reducir las confrontaciones políticas y los conflictos originados por el fanatismo religioso y la intolerancia en general, misma que en una sucesión de infortunados acontecimientos había desangrado al país.

Con el propósito de hacer frente a esa situación, durante la Segunda Convención Nacional Ordinaria del PNR realizada en Querétaro en diciembre de 1933, se presenta, discute, reforma y aprueba el Primer Plan Sexenal. La coherencia y profundidad ideológica de este documento donde se incluye la educación socialista, serviría de base

al quehacer del general Lázaro Cárdenas del Río, quien en el último tramo de la Convención es electo candidato a la Presidencia de la República por el período 1934-1940.

La aparición de la educación socialista en el Plan Sexenal, amplía el debate nacional sobre la enseñanza; debate que no obstante darse por el mismo motivo -orientar o no la educación en ese sentido- adquiere características marcadamente diferentes. En efecto, los argumentos en contra o a favor de la pertinencia de la enseñanza socialista de los profesores universitarios -Caso, Lombardo y Zamora- son esencialmente de carácter filosófico; en tanto que los argumentos de los convencionistas y legisladores tienen que ver más con las cuestiones de orden práctico.

Los académicos parten de la concepción que tienen del universo; concepción determinada, de manera ineludible, por la elección que en razón de su precedencia han efectuado entre la conciencia y el ser (entre la idea y la materia); esto es, en cuanto a saber, cuál fue primero de las dos. Esta elección marca los derroteros en el plano de la filosofía, la ciencia y el conocimiento en general. Mientras que los políticos se encuentran más preocupados por discutir sobre las dificultades que existían para instaurar la educación socialista y sobre sus posibles resultados prácticos, en un medio cuyas condiciones económicas y sociales les eran adversas.

Conviene señalar que la educación socialista, hoy en día difícil de imaginar, en la época de referencia tuvo entusiasta acogida entre la mayoría de los políticos y en parte de la población; no así en la prensa, ni en buena medida entre los profesores universitarios de la capital. El enjundioso apoyo que aquélla recibe de líderes e intelectuales para dar lugar a largos y acalorados debates, se explica principalmente por la manipulación que los conservadores hacían de las creencias religiosas con el fin de evitar, entre otras actividades reivindicatorias, la del reparto de la tierra y el reclamo de los derechos de los trabajadores, que en ese tiempo agregan a su infortunio los efectos de la crisis económica generada por la gran depresión norteamericana.

De aquí que el contenido, y específicamente el capítulo de la educación socialista del Primer Plan Sexenal, impliquen una respuesta al grave rezago del movimiento social surgido de la revolución armada. Recordemos que las ideas contrarias al sistema imperante, inspiradoras de la educación socialista, circulaban cada vez más por Europa en busca de solución a los problemas de la clase trabajadora, sobre todo después de la Primera Guerra Mundial y la Revolución de Octubre. Esas ideas, en numerosas expresiones, en poco tiempo invadirán el mundo, como

resultado de los efectos de la crisis de 1929 en Estados Unidos de Norteamérica.

Fue tan amplio y profundo el impacto de la crisis, que el presidente Roosevelt, siguiendo las recomendaciones anticíclicas del economista John Maynard Keynes, aplica dentro del programa que denominó *New Deal,* medidas hasta entonces repudiadas en un régimen capitalista como el de Estados Unidos. El presidente norteamericano interviene empresas y bancos quebrados, fomenta la legislación laboral y protege a obreros y campesinos, además de emprender un amplio programa de obras de infraestructura pública y vivienda. En tanto que el fascismo en Europa se consolida en Italia, y, asumiendo las características propias de cada país, con la consigna anticomunista y corporativista que, demagógicamente intenta establecer "el socialismo nacional", gana terreno en Alemania y España, sin dejar de causar conflictos en casi todos los países europeos.

Luego, de entre las vías posibles a adoptar que condujeran a una sociedad donde las formas de producción y distribución de la riqueza sirvieran para satisfacer las necesidades primarias de todos sus miembros, antes que a la satisfacción de las de carácter secundario de una minoría, la vanguardia del PNR optó por la vía democrática para alcanzar el socialismo, y en congruencia consideró pertinente impulsar la educación socialista.

El fascismo, para el que existían mejores condiciones de desarrollo en el país, tales como: una clase pudiente conservadora en aumento; la simpatía del clero por ser esa ideología enemiga declarada del comunismo; un nacionalismo mexicano reanimado en el encuentro de sus valores; y, un acusado apetito de cierta jerarquía política por perpetuarse en el poder; no representaba, reiteramos, una opción válida para quienes se mostraban inconformes con el sistema capitalista.

Sólo para ilustrar el apego al poder y desapego a los principios revolucionarios, recordemos, que antes de cumplir dos años de aprobado el Plan Sexenal, el 12 de junio de 1935, en una nueva crisis política provocada por el mismo poder retardatario que en la primera había hecho rodar la cabeza del presidente Pascual Ortiz Rubio; pretextando ahora intemperancias atribuidas a *bloques* de radicales dentro del PNR, intenta terminar con los movimientos de huelga. Cosa que dos días después obliga al presidente Lázaro Cárdenas a salir en su defensa y a conjurar la crisis. Poco más tarde, en abril del año siguiente, el mismo mandatario cancela sin violencia el amago sin fundamento legal, con la salida al extranjero del general Plutarco Elías Calles.

Así las cosas, es factible afirmar que en lo esencial, la educación socialista representó en nuestro país un hecho sustentado en la razón. Poco habría que argumentar para probar lo contrario. Y, por supuesto, no serviría el argumento de que el país, dada la ignorancia o escasos conocimientos sobre el significado del término, no estuviese preparado para emprenderla; pues lo más probable es que en ningún país del mundo donde el socialismo se hubiera establecido, se supiese otra cosa del mismo, que no fuera su acepción común de instrumento ligado con la tarea de procurar la igualdad y solidaridad entre los seres humanos; o sea, una ética de la liberación, que llamaríamos hoy.

Por lo que toca a la destacada inclinación de la educación socialista por las ciencias y la tecnología, reconozcamos que esta enseñanza le viene del capitalismo, donde se les emplea con exclusivos fines lucrativos, fundados en el positivismo y pragmatismo filosóficos; doctrinas al día de hoy todavía dominantes en Norteamérica. Además, esas materias son hoy (la ciencia y la tecnología) el fundamento de la educación y la palanca del desarrollo económico y social. Por otro lado, nos preguntamos, ¿quién a la fecha se manifestaría en contra de reducir al máximo posible los fanatismos religiosos y todo tipo de intolerancia? Recordemos que esa tarea afín al laicismo declarado por la Constitución de 1917, fue poco o nada respetada.

La reforma al artículo 3° constitucional que establece la educación socialista, otorga también a la enseñanza el carácter de servicio de interés público, entre otros cambios notables. Agreguemos que la educación socialista se mantuvo vigente del 1 de diciembre de 1934 al 30 de diciembre de 1946, en que es sustituida por el precepto educativo fundado en la democracia. Jaime Torres Bodet, Secretario de Educación Pública en la época, escribe en su libro *Años contra el tiempo*: "Lombardo Toledano... si no me engaña el recuerdo, (fue autor de) dos sugestiones: la de mencionar 'los resultados del progreso científico' como base de la enseñanza y la de aludir a la democracia, no solamente como a un régimen político, sino como a un sistema de mejoramiento económico, social y cultural".

El debate y las polémicas Caso–Lombardo, Caso–Zamora y nuevamente Caso–Lombardo, sobre "Idealismo vs. Materialismo, Polémicas Filosóficas", tienen lugar entre septiembre de 1933 y el mes de abril de 1935. En la Universidad continuó la libertad de cátedra. Las discusiones sobre la educación socialista van de diciembre de 1933 a diciembre de 1934, y, en consonancia con lo estipulado en el sistema educativo nacional, se implantó formalmente la enseñanza socialista. Por supuesto, ambos debates tuvieron infinidad de ramificaciones.

Como sabemos, la obra educativa del gobierno del general Cárdenas trascendió muchos cartabones, incrementó el subsidio a las universidades y demás instituciones de educación superior; fundó las escuelas Hijos del Ejército, las Escuelas Regionales Campesinas e impulsó la creación de varias de las más destacadas instituciones de enseñanza superior, como el Instituto de Antropología e Historia y el Instituto Politécnico Nacional.

El Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales, Vicente Lombardo Toledano, por su parte, hizo llegar al autor de esta presentación el siguiente texto relacionado con la reforma de 1946: "Lombardo invitó a las centrales obreras y agrupaciones revolucionarias a discutir la reforma que se gestaba, según fue reseñado en *El Popular*, y luego se entrevistó con el presidente Manuel Ávila Camacho para darle a conocer las conclusiones de la reunión. Entre éstas, Lombardo precisó que 'por necesidades de la propia Revolución Méxicana, es indispensable realizar la reforma del artículo tercero para enriquecerlo, para actualizarlo, para incorporar en el programa de la Revolución los ideales del pueblo mexicano en este período de su evolución histórica...' (VLT, Acerca de la revisión del artículo tercero constitucional, en *Obra Educativa*, Tomo II).

En numerosos documentos Lombardo plasmaría, con posterioridad, su sistemático rechazo al concepto puramente formal de democracia y de su coincidencia cabal con el que quedó incorporado en la reforma aludida, que la entiende no solamente como una estructura jurídica y un régimen político, sino como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo; una educación que fomente el amor a la Patria y, a la vez, la conciencia de la solidaridad internacional en la independencia y en la justicia; que se mantega por completo ajena a cualquier doctrina religiosa y se base en los resultados del progreso científico; que atienda a la comprensión de nuestros problemas, al aprovechamiento de nuestros recursos, a la defensa de nuestra independencia económica y a la continuidad y acrecentamiento de nuestra cultura; que sustente los ideales de fraternidad e igualdad de derechos de todos los hombres, evitando toda clase de privilegios. Al respecto se pueden leer, entre otros trabajos de VLT, su "Análisis filosófico del artículo tercero constitucional"; "El artículo tercero no sólo es político, también es polémico", y "Las cinco tesis del artículo tercero constitucional", todos incluidos en su ya citada *Obra educativa*.

En 1959, junto con otro compañero estudiante, en nombre de la Sociedad Cultural "Atenea Política", nos dimos a la tarea de invitar a

varias personalidades universitarias, a fin de que impartieran una conferencia dentro de un ciclo planeado por nosotros y aprobado por el entonces director de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, Pablo González Casanova. Fue así que visitamos a Manuel Gómez Morín y a Vicente Lombardo Toledano, entre otros, para hacerles la invitación. Ambos, cordiales, la aceptaron de buen grado; si bien don Vicente comentó, refiriéndose al debate de 1933, que desde su expulsión de la Universidad no había regresado a ningún recinto universitario. Nosotros nos sentimos doblemente complacidos. Recuerdo que durante su charla, al desbordarse el salón más grande de la Escuela, ya integrada a Ciudad Universitaria, nos salimos al patio interior, y desde la rampa de acceso del salón desocupado, hizo un estupendo resumen del pensamiento de Schelling, Schopenhauer, Kierkegaard, Nietzsche y otros filósofos de los que dice VLT en *La batalla de las ideas en nuestro tiempo*, que "pueden ser calificados como los precursores de la filosofía reaccionaria de los últimos años... que habría de surgir enfrentándose al materialismo dialéctico, que reconoce la unidad de todas las cosas dentro del proceso general del universo".

Arte arrumbado, la polémica, controversia escritural, reflexión a dos voces sobre una misma materia, en un lugar, circunstancias y tiempo dados, quita y siembra dudas a la vez. Cuando alcanza la altura de las incluidas en este volumen, queda, además, como testimonio histórico del pensamiento.

Guillermo Morfín García
18 de marzo de 2008

PRÓLOGO A LA POLÉMICA INTERNA SOBRE LA ORIENTACIÓN IDEOLÓGICA DE LA UNAM

Juan Hernández Luna

La polémica que dio origen a los escritores que se agrupan en esta sección del presente volumen fue la más violenta y ruidosa de cuantas tuvo que librar don Antonio Caso. Se trata de una controversia entre el maestro y las llamadas izquierdas intelectuales, que por los meses de septiembre y octubre de 1933 pretendieron que la Universidad Nacional Autónoma de México y los institutos de carácter universitario del país adoptaran la filosofía marxista como orientación de sus cátedras y de sus tareas de investigación científica y cultural.

Caso emprendió esta polémica conociendo bien la doctrina filosófica que iba a rebatir. Se había familiarizado con ella desde 1910, cuando, al sustituir a don Carlos Pereyra en la cátedra de sociología de la Facultad de Jurisprudencia, comenzó a explicar a sus alumnos el materialismo histórico. Por esta razón, y aun pecando de jactancia, escribió, como respuesta a sus enemigos los marxistas, estas palabras:

Hemos procurado enterarnos de la obra de Marx y de Engels. Los viejos comentarios de Croce, Labriola, Paretto, Asturaro, Stammler, Sorel, Richard, Seillère, etcétera, se nos han convertido ya en vívidos recuerdos de juventud. Sus puntos de vista críticos volviéronse carne y tegumento de nuestra enseñanza. El Manifiesto del Partido Comunista, el Prólogo de la Crítica de la economía política clásica, la Miseria de la filosofía y el Anti-Dühring o, por mejor decir, la revolución de la ciencia por Eugenio Dühring (como se denomina el libro de Engels en alemán) han sido sustento de nuestra aplicación durante largos años. El capital, más próximo, de fijo, a la ciencia económica pura, también fue pasto de nuestras más arduas cavilaciones (a veces, lo confesamos, infructuosas, por el carácter sibilino e imperfecto del célebre libro). En esta virtud no podemos menos de sonreír discretamente cuando se nos dice que rebatimos lo que conocemos de trasmano o desconocemos del todo. Apenas si de la infancia salían algunos de los redactores de la prensa periódica, y ya nosotros algo entendíamos en punto de economía y sociología. Merced a la deferencia del ilustre sociólogo francés René Worms, fuimos promovidos hace veinte años a participar

como socios del Instituto Internacional de Sociología, cuya sede radica en París. [1]

La polémica tuvo como escenario el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, asamblea nacional de rectores, profesores y estudiantes, que se reunió en la Ciudad de México, del día 7 al 14 de septiembre de 1933, con la asistencia de delegaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México y de los estados de Aguascalientes, Coahuila, Colima, Chiapas, Chihuahua, Distrito Federal, Guanajuato, Hidalgo, Jalisco, Michoacán, Nuevo León, Oaxaca, Puebla, Querétaro, San Luis Potosí, Sinaloa, Tabasco, Tamaulipas, Veracruz, Yucatán y Zacatecas.

El congreso inauguró sus trabajos con una ceremonia en el Anfiteatro Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria, a la que asistieron como invitados de honor el presidente de la República, general Abelardo L. Rodríguez; el secretario de Educación Pública, licenciado Narciso Bassols, y el cuerpo diplomático. Pronunciaron discursos el rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, químico Roberto Medellín; el rector de la Universidad de Guadalajara, doctor Enrique Díaz de León, y el presidente de la Confederación Nacional de Estudiantes, Guillermo G. Ibarra. Se designó como presidente honorario del congreso a don Abelardo L. Rodríguez y como miembros honorarios a don Narciso Bassols y a don Antonio Caso.

La delegación de la Universidad Nacional Autónoma de México quedó integrada por el rector, don Roberto Medellín; por el director de la Escuela Nacional Preparatoria, don Vicente Lombardo Toledano; por el doctor Ignacio Chávez; por el literato Julio Jiménez Rueda; por el ingeniero Ricardo Monges López y por el licenciado Luis Sánchez Pontón.

El congreso planteó y discutió varios temas importantes relacionados con la organización interna de las universidades del país: la uniformidad de los planes, programas, métodos, grados, certificados, revalidaciones de estudios, etcétera; pero el que mereció la mayor atención de los congresistas fue el relativo a la "Posición ideológica de la universidad frente a los problemas del momento. Importancia social de la universidad en el momento actual". Correspondió estudiar este tema a la Segunda Comisión del Congreso, integrada por el licenciado Vicente Lombardo Toledano, como presidente y ponente; por el doctor Ramón Córdova, como vicepresidente, y por los estudiantes José

[1] Antonio Caso. "Los finos cuernos de un dilema. Intermedio semipolémico". *El Universal*, 4 de enero de 1935.

González Beytia, como primer secretario, y Fidencio de la Fuente como segundo secretario.

La comisión mencionada elaboró una ponencia sobre tema tan importante, sosteniendo que la Universidad Nacional Autónoma de México y los institutos de carácter universitario del país deben adoptar la filosofía del materialismo histórico como orientación de sus tareas docentes, científicas y culturales.

El maestro Antonio Caso, consejero universitario y miembro honorario del congreso, envió al rector de la Universidad Autónoma de México una opinión opuesta a la tesis de la ponencia elaborada por los miembros de la segunda comisión del congreso. Dicha opinión abogaba por la libertad de cátedra frente a la filosofía marxista de los miembros de la comisión.

Para discutir la opinión anterior, el congreso invitó al maestro Caso a una de sus reuniones. No obstante que los delegados adeptos a la ideología marxista formaban mayoría, el maestro Caso aceptó la invitación y acudió a la sesión que se efectuó el jueves 14 de septiembre en el Aula Justo Sierra de la Escuela Nacional Preparatoria.

He aquí como describe el maestro Antonio Caso el presídium de aquella memorable reunión:

Recuerdo el instante como si aún no transcurriere... ¡Tan próximo está!... Fue en el Aula Justo Sierra de la Escuela Nacional Preparatoria. En torno a la gran mesa que ocupa el sitio de la cátedra, al fondo del salón, nos hallábamos reunidos, bajo la presidencia del señor rector, don Roberto Medellín, quienes constituimos la junta directiva del Congreso de Universitarios Mexicanos. A la derecha del presidente de la asamblea, que lo fue el propio rector, se me cedió un asiento; a mi diestra, a su vez, hallábase el señor rector de la Universidad de Guadalajara, que había pronunciado, días antes, en el acto de inauguración, ante el gobierno de la República, una cálida oración de subido tono marxista; a la izquierda del señor Medellín, en sendos asientos como los nuestros, situábanse don Julio Jiménez Rueda, secretario de la Universidad Autónoma; don Vicente Lombardo Toledano, director de la Escuela Preparatoria, y don Mario Souza, secretario particular del señor rector de la Universidad de México. [2]

En presencia de estos personajes y de los representantes de veintiún estados de la República y del Distrito Federal, se abrió el debate sobre el tema: "La orientación ideológica de la universidad en el seno

[2] Antonio Caso. "Lo que va de ayer a hoy. (Ayer maravilla fui...)". *Excélsior*, 2 de octubre de 1933.

del Primer Congreso de Universitarios Mexicanos". Participaron en él numerosas personas; pero el meollo de la discusión estuvo a cargo de los doctores Antonio caso y Vicente Lombardo Toledano. Dos veces intervino el primero para replicar la tesis marxista y otras tantas el segundo para defenderla.

Las intervenciones de los dos polemistas alcanzaron un alto nivel académico y emplearon un tono de caballerosidad intelectual inusitado. Ambos usaron la dialéctica con gran dominio: Caso combinándola con la historia universal y las autoridades de Platón y Aristóteles, Pascal y Bergson, Husserl y Ortega y Gasset; Lombardo apoyándola en la historia de México y en los progresos.

Aun cuando la orientación idealista de Caso y la materialista de Lombardo eran radicalmente antitéticas, hubo entendimiento sobre algunos de los puntos disputados. Los dos polemistas estuvieron de acuerdo en aceptar que la filosofía se basa en la naturaleza y en la cultura; en que la esencia de toda comunidad es la subordinación de los intereses individuales a los intereses del grupo; en que la cultura es la creación de valores; en que la universidad es una comunidad cultural de investigación y enseñanza, y en que la universidad debe tener una orientación.

Las discrepancias se dieron en cuanto a la manera de concebir la naturaleza y la cultura; en cuanto al modo de enseñar la historia y la ética, y, sobre todo, en cuanto a la orientación ideológica de la universidad, pues para Caso la universidad no debe preconizar determinada doctrina filosófica, económica y social; para Lombardo, en cambio, la universidad debe imponer a sus profesores y alumnos una filosofía definida: la del materialismo histórico.

Con estas coincidencias y diferencias se dio por terminado el debate y se pasaron a votación las dos ponencias. El congreso aprobó la de Lombardo con veintidós votos en su favor, contra siete de los opositores.

Caso, herido en su dignidad de catedrático, renunció a la distinción de miembro honorario que el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos le confiriera en su sesión inaugural, expresó que era anticonstitucional la declaratoria hecha por el congreso y anunció que si el Consejo de la Universidad Nacional Autónoma de México la aceptaba, se retiraría de sus cátedras, pues el catedrático "debe defender su derecho para explicar todas las doctrinas y no aceptar que se le fije la orientación marxista o cualquiera otra que sea sectaria".

Clausuradas las labores del Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, los profesores y estudiantes católicos, acaudillados por los

licenciados Manuel Gómez Morín y Rodulfo Brito Foucher, se lanzaron en contra de Lombardo Toledano y de las resoluciones del congreso. De esta manera de la discusión de las ideas se pasó a la acción violenta. Por la fuerza los católicos se apoderaron del edificio de la Rectoría de la Universidad. El licenciado Vicente Lombardo Toledano y sus partidarios salieron de la universidad, expulsados por la acción directa de los conservadores que quedaron dueños de la universidad. Así terminó la primera fase de este debate ideológico entre Caso y Lombardo.

CONCLUSIONES APROBADAS POR EL PRIMER CONGRESO DE UNIVERSITARIOS MEXICANOS "LA POSICIÓN IDEOLÓGICA DE LA UNIVERSIDAD"

"Primera. Las universidades y los institutos de carácter universitario del país tienen el deber de orientar el pensamiento de la Nación Mexicana.

Segunda. Siendo el problema de la producción y de la distribución de la riqueza material, el más importante de los problemas de nuestra época, y dependiendo su resolución eficaz de la transformación del régimen social que le ha dado origen, las universidades y los institutos de tipo universitario de la Nación Mexicana contribuirán, por medio de la orientación de sus cátedras y de los servicios de sus profesores y establecimientos de investigación, en el terreno estrictamente científico, a la sustitución del régimen capitalista por un sistema que socialice los instrumentos y los medios de la producción económica.

Tercera. Las enseñanzas que forman el plan de estudios correspondientes al bachillerato, obedecerán al principio de la identidad esencial de los diversos fenómenos del universo, y rematarán con la enseñanza de la filosofía basada en la naturaleza.

La historia se enseñará como la evolución de las instituciones sociales, dando preferencia al hecho económico como factor de la sociedad moderna y, la ética, como una valoración de la vida que señale como norma para la conducta individual, el esfuerzo constante dirigido hacia el advenimiento de una sociedad sin clases, basada en posibilidades económicas y culturales semejantes para todos los hombres.

Cuarta. Frente a determinados problemas y hechos sociales de México, las universidades y las instituciones de tipo universitario del país contribuirán: 1) Al conocimiento de los recursos económicos de nuestro territorio; 2) al conocimiento de las características biológicas y psicológicas de nuestra población, y 3) al estudio de nuestro régimen de gobierno.

Con el propósito de iniciar ante el Estado la organización de sistemas, de instituciones o de procedimientos que mejoren las condiciones económicas y culturales de las masas, hasta la consecución de un régimen apoyado en la justicia social.

Quinta. Para lograr la formación de verdaderos investigadores y de técnicos de capacidad superior, deberá proveerse en forma vitalicia a las necesidades económicas de los elementos de cualidades de excepción para que estos dediquen, desde que sean estudiantes, con tranquilidad y entusiasmo, todas sus energías a la investigación científica.

Sexta. Los profesionales y, en general, todos los graduados en las instituciones universitarias, deberán prestar un servicio obligatorio, retribuido, durante un año por lo menos, en donde sus servicios sean considerados como necesarios por la institución en la que hayan obtenido el grado".

OPINIÓN DEL MAESTRO ANTONIO CASO SOBRE LAS CONCLUSIONES

Primera base. La Universidad de México es una comunidad cultural de investigación y enseñanza; por tanto, jamás preconizará oficialmente, como persona moral, credo alguno filosófico, social, artístico o científico.

Segunda. Cada catedrático expondrá libre e inviolablemente, sin más limitaciones que las que las leyes consignen, su opinión personal filosófica, científica, artística, social o religiosa.

Tercera. Como institución de cultura, la Universidad de México, dentro de su personal criterio inalienable, tendrá el deber esencial de realizar su obra humana ayudando a la clase proletaria del país, en su obra de exaltación, dentro de los postulados de la justicia, pero sin preconizar una teoría económica circunscrita, porque las teorías son transitorias por su esencia, y el bien de los hombres es un valor eterno que la comunidad de los individuos ha de tender a conseguir por cuantos medios racionales se hallen a su alcance.

Cuarta. La universidad procurará de preferencia discutir y analizar, por medio de sus profesores y alumnos, los problemas que ocupen la atención pública, y cada individuo será personalmente responsable de las opiniones que sustente. Para la realización de esta actitud sólo se exigirá previamente, a juicio de la Academia de Profesores y Alumnos respectiva, que sea idóneo intelectualmente con el conducto universitario de que trata.

Por último, y como prueba de la absoluta amplitud de criterio que creo haber alcanzado en la redacción de estas bases, por encima de todo sectarismo, diría: es libre la inscripción en las cátedras de la universidad. Cada alumno hará sus estudios bajo la dirección del profesor que eligiere, entre los catedráticos que presten sus servicios en la enseñanza de una misma asignatura.

PRIMERA INTERVENCIÓN DEL MAESTRO ANTONIO CASO

Me van a perdonar mis caros colegas, los universitarios de México, que sea un poco largo en esta vez.

Este congreso está integrado en una unidad de pensamiento que me complazco en reconocer; pero es el caso de que precisamente no es mi unidad de pensamiento y, por tanto, con toda humildad, con todo respeto, pero con toda energía, vengo a someter a la amplia y culta consideración de este congreso de universitarios mis observaciones personales.

Yo concibo que la universidad es una comunidad de cultura; es decir, que su esencia es ésta: ser comunidad y serlo de cultura. En toda sociedad humana hay la sociedad considerada *latu-sensu*, la sociedad considerada *stricto-sensu* y las comunidades. La sociedad considerada *latu-sensu* abarca a la sociedad considerada *stricto-sensu* y a las comunidades sociales. La esencia de la comunidad es ésta: subordinar el interés del individuo al interés del grupo. Ésa es la esencia. No puede haber comunidad si no existe la subordinación del interés individual al interés del grupo. Pongamos una comunidad cualquiera, un partido político, ¿podríamos concebir un partido político si los que lo forman no subordinan el interés del individuo al interés del grupo? ¿Qué pasa frecuentemente en la historia de los partidos? Pues acaece esto con frecuencia: que algún individuo no está conforme con la tesis general de la comunidad que constituye el partido y entonces forma un nuevo partido. ¿Qué ha pasado en la historia de las comunidades religiosas? Lo propio, una comunidad religiosa existe unida, integrada, perfecta; pero pasa el tiempo y como acaeció con el cisma griego, algunos católicos adoptaron una posición diferente; entonces la Iglesia se dividió y tenemos la comunidad romana y la comunidad griega. ¿Qué pasó más tarde con la posición de los beneméritos autores de la Reforma Religiosa, un Lutero, un Calvino, un Zwingle? Que estos cristianos no estuvieron de acuerdo con los postulados generales de la comunidad "Iglesia Romana" y entonces fundaron la "Iglesia Protestante". Eso mismo pasa constantemente en la vida social; pero la esencia de la comunidad es la subordinación de los intereses del individuo a los intereses de la comunidad. Para mí, la universidad es una comunidad, tesis que yo creo que nadie replicará supuesto que en la universidad alumnos, profesores, maestros, directores, rector, todos nos

subordinamos a los planes de nuestro instituto y los tomamos como norte y guía de la acción de la comunidad de cultura a la que pertenecemos.

Segundo punto: ¿Qué es cultura? La cultura es, en una palabra, creación de valores. Es culto el individuo que colabora en la creación de valores, y los valores son: el valor económico, el valor estético, el valor ético, el valor intelectual, que se llama verdad, y el valor religioso, que se llama santidad. Todas las sociedades humanas vienen elaborando constantemente valores, es decir, la cultura es elaboración de valores. El valor económico, el valor estético, el valor lógico y el valor religioso, fundamentalmente. Estos valores los ha venido elaborando la humanidad desde siempre. Siempre se ha producido una elaboración en el orden de la utilidad, en el orden estético, en el orden ético, etcétera. Dicho, pues, lo que entiendo por comunidad y lo que entiendo por cultura, creo tener derecho para declarar que la universidad es una comunidad de cultura. Entonces, yo declaro preferentemente y digo: la Universidad de México es una comunidad cultural. Pero hay muchas comunidades culturales; hay la comunidad cultural religiosa, hay la comunidad cultural política, hay la comunidad cultural estética, hay otras muchas comunidades culturales. Por tanto, ahora, procediendo lógicamente, debo decir cuál especie de comunidad cultural es la universidad. Si se admite que la universidad es una comunidad cultural, debo decir cómo elabora, o qué parte de la cultura compete, por su esencia, a la universidad. Y entonces caracterizaré con una nueva letra la esencia de las instituciones jurisdiccionales: la Universidad de México es una comunidad cultural de investigación y enseñanza.

Tiene un doble fin: el primero y el fundamental, contra todo lo que pueda alegarse es éste: enseñar; el segundo es éste: investigar. Ortega y Gasset ha visto con suma claridad en esta cuestión, y manifiesta que el propósito general de las universidades es trasmitir la enseñanza, trasmitir el conocimiento por la enseñanza, pero, ¿qué se enseña? Se enseña lo que es ciencia. Como decía: ciencia es ciencia; se puede enseñar; pero si la ciencia no se elabora, ¿qué se enseña? Por tanto, hay un fin implícito, esencial también, que caracteriza la comunidad de cultura universitaria. Esta comunidad de cultura universitaria tiene por fin investigar y enseñar. La Universidad de México es una comunidad cultural que investiga y enseña; por tanto, jamás preconizará oficialmente, como persona moral, credo alguno filosófico, social, artístico o científico. ¿Por qué no puede preconizar un credo? La razón es obvia: porque es una comunidad de investigación; supongamos que hoy declaramos nosotros un credo, y que mañana, en nuestro

mismo taller de investigación y enseñanza que es la universidad, se declara que ese credo no vale. Si la esencia de la universidad es la investigación, ¿cómo es que podremos declarar *a priori* un credo?

Ruego al auditorio que no piense que soy un enemigo de las tendencias sociales. Un hombre contemporáneo, que es enemigo del socialismo, no merece vivir en este siglo; pero un hombre contemporáneo que entroniza y lleva a la categoría de credo filosófico o social de una universidad cierto sistema social es una persona que se expone a que mañana ese credo social se declare inexistente, y declarado inexistente habrá complicado a la institución como persona moral, en la confección de un credo mandado recoger por la cultura. Yo estoy conforme en una orientación de la universidad hacia los problemas sociales, y lo declaro con toda la amplitud y la fuerza de mi espíritu; pero no estoy conforme con la consagración de un sistema social definido, el colectivismo, como credo de la universidad. Ahora bien, los autores de este proyecto han sostenido un credo o un sistema colectivista, porque aunque no se digan las cosas, con las palabras que regularmente las nombran, las cosas existen cuando están tan puntualizadas como aquí se puntualizan. Yo diría: como institución de cultura la Universidad de México, dentro de su personal criterio inalienable, tendrá el deber esencial de realizar su obra humana ayudando a las clases proletarias del país en su obra de exaltación, dentro de los postulados de la justicia, pero sin preconizar una teoría económica circunscrita, porque las teorías son transitorias por su esencia, y el bien de los hombres es un valor eterno que comunidades e individuos necesitan tender a conseguir, por cuantos medios racionales se hallen a su alcance. Es decir, yo pienso que si esta casa de estudios cierra sus oídos y el corazón y la inteligencia al bien de todos, esta casa de estudios se volverá una momia. México seguirá haciendo su cultura social fuera de las aulas, porque los pueblos tienen que vivir, y si no vive intelectual y culturalmente dentro de las paredes de la universidad, vivirá fuera, y entonces la universidad, frente al pueblo, será un ludibrio, y como el pueblo es la fuerza, como el pueblo es la inteligencia suprema, la comunidad de cultura sufriría el desprestigio concomitante a su actitud negativa o simplemente restrictiva frente a las condiciones de la humanidad y la justicia. Por tanto, yo admito la orientación; pero no la definición de un credo socialista definido.

Hoy mismo tenemos entre los partidos socialistas de México colectivistas y comunistas; ¿por qué razón vamos a declarar la superioridad de un credo sobre otro? ¿Por qué circunstancias vamos a decir: tiene razón este sistema socialista y no tiene razón este otro

sistema socialista? Es peligroso, y ese es el momento contemporáneo; ¿y mañana? ¿Quién va a saber cuál es el credo de mañana? Y como somos una institución de investigación y enseñanza, sólo enseñamos aquello que investigamos y si investigamos que nuestro credo es deficiente, ¿por qué circunstancias vamos a limitarnos a una posición definida por una filosofía? Porque en el mundo nada se define sin una filosofía, la filosofía del colectivismo es el materialismo histórico, tesis actualmente falsa; pero los autores del proyecto aceptan el materialismo histórico y la prueba de que aceptan el materialismo histórico es que nos dicen: "Vamos a esperar un poco porque no todo el mundo está de acuerdo con la identidad esencial de los fenómenos del universo, como decía Montaigne"; pero si la identidad esencial de los fenómenos del universo es objeto de discusión ¿vamos a complicar a la universidad obligándola a enseñar la identidad de los fenómenos del universo? Yo indico aquí que si aprobáis semejante artículo me apartaré de la universidad; pero ya discutiremos el asunto en el Consejo de la Universidad; aquí no se marcan sino planes; pero en el Consejo de la Universidad diremos cuáles de todos vuestros ideales y consejos aceptamos y cuáles no aceptamos. Yo no abdico de mi carácter de consejero universitario frente a frente del Congreso de Universitarios Mexicanos; lo declaro con toda la pasión que me caracteriza y toda la libertad de pensamiento que siempre he podido asumir frente a los cuerpos colegiados sabios que han tenido la atención de llamarse así, para ver de agregar una pequeña luz, la de mi pobre mente.

Se dice: "Mal, muy mal seguimos porque la filosofía no puede basarse sólo en la naturaleza, la filosofía se basa también en la cultura". Filosofía que sólo se basa en la naturaleza se llama naturalismo y esto está mandado recoger hace algunos lustros, décadas o quizás más. No podemos enseñar el naturalismo en las aulas, no podemos porque la cultura reclama su misión. La filosofía tiene dos órdenes: mundo natural y mundo cultural. La filosofía que se basa sólo en el mundo natural es naturalismo falso; la filosofía que se basa sólo en el mundo cultural es también incompetente, aun cuando incomparablemente más competente; pero la filosofía se debe basar en la naturaleza y debe florecer en la sociedad y la cultura. Además, es contradictoria con la decisión, porque queremos reivindicación social *naturalmente*, naturalmente eso no es aceptable, pues naturalmente el que puede podrá y el que no pueda no podrá. Decía Spinoza: "el límite de la fuerza de cada quien se extiende hasta donde alcanza su poder", de suerte que si confesamos un naturalismo, que allí donde haya un oprimido, que se defienda, y si no puede defenderse, que lo ahorquen porque es menos fuerte que el otro. Este es el naturalismo.

Ahora, si vamos a la cultura, qué cosa tan diferente; si vamos a la cultura esa es acción nefanda y entonces la filosofía, fundada en la cultura, se opondrá a este naturalismo enseñando justicia por encima de la naturaleza. "La historia se enseñará como la evolución de las instituciones"; pero la historia no puede enseñarse como la evolución de las instituciones sociales porque la historia es más que eso, hay historia de las instituciones sociales e historia de otras causas. Si se quiere que se enseñe la historia de las instituciones sociales se enseñará eso; pero además se enseñará historia, porque Julio César no es institución social y sin embargo Julio César tendrá que ser estudiado en un curso de historia, o no sé para qué servirán los cursos de historia que se establezcan en la Universidad de México.

Las instituciones sociales son parte de la historia. El que enseña instituciones sociales, enseña una parte de la historia. La historia abarca la historia de las instituciones y otras cosas más, muchas cosas más, que no son instituciones sociales. La historia es esencialmente el conocimiento del individuo y por consiguiente no podrá darse historia si no se llega al conocimiento del individuo, y la obra de las instituciones sociales es sólo una parte de la historia universal. Se necesita agregar la parte de los conocimientos históricos que no se hayan contenido en la expresión "la historia se enseñará como la evolución de las instituciones sociales". Se ha querido por los autores del proyecto excluir la enseñanza de la historia, dejando explicar solamente la historia de las instituciones sociales. Me parece absurdo esto. ¿Y la ética, se va a enseñar ética, "como valoración de la vida que señale como norma para la conducta individual el esfuerzo constante dirigido hacia el advenimiento de una sociedad sin clases, basada en posibilidades económicas y culturales semejantes para todos los hombres?". Eso no es solamente la ética. La ética abarca ese problema y otros problemas más; pero los autores del proyecto me parecen fascinados con una idea, con un credo, exponen ese credo y esa idea y necesariamente subordinan las demás ramas de la enseñanza y de la ética y de la filosofía misma, y nos dan un naturalismo en vez del conocimiento filosófico, nos dan una historia de las instituciones sociales en vez de historia y nos indican la enseñanza de una parte de la ética en vez de darnos la ética.

Por último, para concluir, la obra de la universidad puede concebirse, según pienso, en estos términos: la institución no tiene credo, tiene orientación, y su orientación, como dije, ha de tener el deber de realizar su obra humana ayudando a las clases proletarias del país en su obra de exaltación sin preconizar el credo colectivo. Segundo:

la Universidad de México dejará a cada profesor en libertad de enseñar la tesis que guste, siempre que tenga competencia e idoneidad. Es mejor que un profesor adocenado que suscriba la tesis que sustentamos. Éste hace la mejor propaganda en su contra; el otro hace valer la posición que ocupamos al ofrecernos puntos de vista críticos. He aquí, por ejemplo, lo que pasa en las grandes universidades de la Tierra. Hay en Alemania universidades que se llaman parietéticas. Las universidades parietéticas tienen cátedras de teología, y en las mismas universidades se sirve la cátedra de teología y la cátedra de teología protestante. Las universidades parietéticas, y algunos alemanes protestantes me han contado que daba la clase de teología y de comunión el ilustre pensador de la Compañía de Jesús, el padre Presvilla, y los protestantes decían: "Ahora vamos a oír a Presvilla". En Alemania no se deja que cada quien concurra a las clases que quiera, sino que ahí hay que pagar, por tanto, se colaban de rondón, entraban a oír la clase, y seguían los comentarios: "¡Qué admirable es la ciencia de Presvilla, pero qué injusto estuvo hoy con las instituciones culturales de la teología remota!". En Madrid fue célebre la doble cátedra de la filosofía escolástica que sirvió Ortiz de Lara frente a la clase de clasicismo que diera don Nicolás Salmerón. El que quería iba a la cátedra de don Nicolás a estudiar clasicismo, e iba a la cátedra de Ortiz de Lara y allí estudiaba filosofía escolástica. Y así se hace la cultura, no seleccionándola *a priori*, sino abriendo de par en par las puertas del estudio al conocimiento, a la investigación, a la verdad y a la enseñanza. Pero queda el último formidable argumento: en tanto que la Constitución de la República sea la constitución que hoy nos rige, no podemos hablar sino en tono de cátedra de las reivindicaciones que habrán de realizarse científicamente sobre la condición de nuestro proletariado. Acabáis de aprobar una base sexta que dice: (la lee). Yo no tuve inconveniente en aprobarla porque como ibáis a discutir cuál es la orientación, me daba igual. Y si la orientación es la que yo pienso, está muy bien; si la orientación no es esa, está mal; pero estando mal la orientación, ¿qué me importa aprobar un artículo secundario de un reglamento? Se aprobó, sí; ¿porque yo pienso en una orientación, negáis la orientación? No me interesa, no tengo empacho en decir: hágase la voluntad de vosotros en lo que concierne a la cláusula sexta.

Esta orientación general la he fijado en estas condiciones: voy a dar lectura a mi proyecto íntegro de orientación general de la universidad; es muy breve y ya está explicado en todas sus partes. Primera base: La Universidad de México es una comunidad cultural de investigación y enseñanza; por tanto, jamás preconizará oficialmente,

como persona moral, credo alguno filosófico, social, artístico o científico. Segunda: Cada catedrático expondrá libre e inviolablemente, sin más limitaciones que las que las leyes consignen, su opinión personal filosófica, científica, artística, social o religiosa. Tercera: Como institución de cultura, la Universidad de México, dentro de su personal criterio inalienable, tendrá el deber esencial de realizar su obra humana ayudando a la clase proletaria del país, en su obra de exaltación, dentro de los postulados de la justicia, pero sin preconizar una teoría económica circunscrita, porque las teorías son transitorias por su esencia, y el bien de los hombres es un valor eterno que la comunidad de los individuos ha de tender a conseguir por cuantos medios racionales se hallen a su alcance. Cuarta: La universidad procurará de preferencia discutir y analizar, por medio de sus profesores y alumnos, los problemas que ocupen la atención pública, y cada individuo será personalmente responsable de las opiniones que sustente. Para la realización de esta actitud sólo se exigirá previamente, a juicio de la Academia de Profesores y Alumnos respectiva, que sea idóneo intelectualmente con el conducto universitario de que trata. Por último, y como prueba de la absoluta amplitud de criterio que creo haber alcanzado en la redacción de estas bases, por encima de todo sectarismo, diría: es libre la inscripción en las cátedras de la universidad. Cada alumno hará sus estudios bajo la dirección del profesor que eligiere, entre los catedráticos que presten sus servicios en la enseñanza de una misma asignatura.

Esto es lo que yo ofrezco en cambio de la tesis que se sustenta para que la aprobéis. Ruego muy atentamente al señor presidente se sirva tomar en consideración esta labor mía. De suerte que, si les parece digna siquiera de meditarse, aquí queda. Yo he venido a decir una opinión sincera. Me animó mi pensamiento: que tuvisteis la bondad de traerme a este sitio como miembro de honor. Repito mi agradecimiento profundo, pero a la vez que mi agradecimiento sostengo mis ideas, porque una manera de agradeceros es ésta: sostener lo que pienso frente a lo que vosotros pensáis; una manera de pensar a otra manera de pensar. Por lo demás, yo entiendo que un individuo convencido de un credo político o social querrá hacer la propaganda de su credo político o social, y lo respeto, porque para mí la grandeza está en eso: en pensar de un modo y hacer concomitantemente, no en pensar de un modo y hacer de otro modo distinto. Por tanto, a los distinguidos líderes que se encuentran en esta aula, les ofrezco mis respetos, pero les ruego que mediten en el peligro que hay en que la universidad declare un credo definido, porque

la universidad es investigación y la universidad es enseñanza, y la ciencia no está hecha, y se prolonga en una perspectiva eterna y va constantemente adquiriendo verdades que antes no tuvo, porque no tiene ningún hombre el derecho de imponer un dogma, porque todo dogma, después que se ha impuesto, cuando no está sustentado por la fe religiosa, corre el riesgo de ser mañana el blanco de las discusiones y el objeto de disputas. Pero eso sí: darle una orientación de humanidad y de justicia, como la que merece, he defendido en el proyecto que someto a la consideración de los universitarios mexicanos. Mi agradecimiento es especialmente sincero para una persona que realiza, a mi modo de ver, esta ecuanimidad y este modo de obrar pensando que la actividad humana y la inteligencia han de unirse. Esta persona ha estado durante toda la sesión de hoy sosteniendo un proyecto. Está a mí ligada por los vínculos de la amistad más estrecha, y frente a frente del señor licenciado don Vicente Lombardo Toledano, su profesor de filosofía se opone al naturalismo, se opone a la declaración del colectivismo como credo de la universidad mexicana. He dicho.

RESPUESTA DEL MAESTRO VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

El problema que ocupa la atención de nuestro congreso en estos momentos es, seguramente, el problema más grave, el más difícil de resolver y, al propio tiempo, el problema más trascendental, no sólo para la cultura de México, sino también para su destino histórico. Por eso debemos agradecer las circunstancias que hicieron posible la convocatoria de esta asamblea, pues hace muchos años que en México no se discuten de una manera seria y profunda las cuestiones básicas que más interesan a la conciencia del país.

Con todo el acendrado afecto que siempre he tenido por mi maestro don Antonio Caso; con todo el respeto y la estimación que le guardo; con toda la consideración que sentimos por él no solamente sus discípulos, sino los hombres que en México se interesan por los problemas del pensamiento, voy a contestar a las razones que ustedes escucharon y que se oponen a la tendencia que informa el trabajo de la Segunda Comisión del Congreso, en asunto tan importante como el que solicita nuestra atención en esta hora.

El maestro Caso ha definido a la universidad como una comunidad de cultura. Para justificar su tesis ha dicho primero qué debe entenderse por cultura. Afirma, y en eso estamos de acuerdo todos, que la esencia de la comunidad, que la esencia de la sociedad, implica la subordinación del interés individual al interés colectivo y que, por esta causa, aun cuando en la sociedad haya que distinguir por lo menos tres modos distintos de la comunidad: la comunidad *latu-sensu*; la *strictu-sensu* y las comunidades particulares, tanto la primera como la segunda y las últimas, todas ellas, están sujetas al mismo principio: subordinación del interés individual al interés colectivo. Y después nos ha definido lo que él entiende por cultura. Cultura, dice, es creación de valores, sólo que hay varios valores distintos: el valor económico, el valor ético, el valor intelectual o lógico y el valor religioso que es la santidad. Y explicadas las dos premisas de su afirmación concluye el maestro Caso: la universidad es una institución de cultura, es una comunidad cultural. Pero, ahora bien, de las comunidades culturales, de los valores culturales que existen ¿cuál de ellos, cuál de todos es el que compete a la universidad? ¿El valor cultural económico, el valor cultural estético, el valor cultural ético, el valor cultural lógico o el valor cultural religioso? Contesta su propia

interpelación, su propia pregunta, en los siguientes términos: la universidad es una comunidad de cultura relativa a la investigación y a la enseñanza, cultura que se desenvuelve en dos actividades fundamentales: investigar y enseñar. ¿Qué es lo que se enseña?, pregunta otra vez, relacionando las interrogaciones con este punto concreto de su tesis perfectamente lógica. Lo que se enseña es la ciencia. ¿Y qué es lo que se investiga? La verdad. ¿La verdad ya está hecha? No, la verdad se va formando. Por consiguiente, enseñar no es solamente trasmitir conocimientos, sino, al propio tiempo, lograr nuevos conocimientos y rectificar los anteriores. Esta función define de manera clara y nítida la tarea de investigación científica. Por tanto, comenta el orador, si la universidad es comunidad de cultura no puede, de ningún modo, preconizar una tesis, porque dentro de la propia misión de la universidad esta postura queda invalidada por el objeto de la ciencia y por la tarea de investigación científica. De manera, afirma el maestro, que no puede preconizarse ningún credo, pues el que investiga sabe que el credo de hoy no es el credo de mañana y se corre entonces el riesgo, se corre el peligro de no poder innovar o de preconizar un credo que no tiene el valor de credo mañana y se corre entonces el riesgo también, se corre el peligro de no poder innovar o de preconizar un credo que no tiene ninguna demostración probable desde el punto de vista científico.

Por eso no está de acuerdo, sigue diciendo, con el credo socialista colectivista que él cree advertir en las proposiciones que la segunda comisión ha presentado a la consideración de la asamblea, porque, además, hay muchos credos socialistas y el propuesto se refiere sólo a una de sus formas. ¿Con qué derecho vamos a afirmar una tesis, si tal vez mañana habrá que rebatirla? Y si mañana la consideramos falsa, sin valor, ¿con qué derecho la sostenemos hoy? El materialismo histórico que propone la comisión es falso en su esencia, dice también; no es posible admitirlo por la misma causa. No es posible admitir la identidad esencial de los fenómenos del universo, como la comisión lo asegura, porque la filosofía basada en la naturaleza recibe el título de naturalismo. Y la filosofía se tiene que basar en la naturaleza, sí, pero además se tiene que basar en la cultura. Cuando la naturaleza es la base de la filosofía, ésta resulta mediocre, de la misma suerte que cuando se basa únicamente en la cultura. Quizás una actitud exacta es la de las dos bases: naturaleza y cultura. Por eso la tesis de la ponencia resulta contradictoria, afirma el maestro, pues se está preconizando el naturalismo, y conforme al naturalismo, tal como lo ha estudiado Spinoza, resulta que la única ley válida de la vida es la ley del más

fuerte; pero para eso está justamente la cultura: para corregir al materialismo.

La historia, por lo tanto, continúa el maestro, no se puede entender como un proceso de hechos económicos. La ponencia propone que la historia sea el estudio de la evolución social a través del tiempo, y eso no es la historia. La historia es algo más que la evolución de las instituciones sociales: es las instituciones y los individuos, los individuos mismos, y a no ser que quiera hacerse solamente la historia de las instituciones sociales, en cuyo caso no se estudia la historia, tiene que realizarse el estudio de los individuos a través de todas las épocas. Por esto también la ética que la comisión propone es una ética raquítica, una ética parcial, que no ve el conjunto. Es una ética que aborda uno solo de los aspectos del espíritu, pero que no es la visión filosófica de la vida. Por eso la universidad, vuelve a insistir el maestro, no puede tener un credo, aunque debe tener orientación. Por eso, añade, la libertad es inherente a la cátedra, no debiendo tener más límite el profesor que la obediencia que le impongan las leyes. Es preferible un profesor sabio partidario de una doctrina que no se sustente por los alumnos, que un profesor adocenado que sólo explique una tesis de acuerdo con nosotros, porque el primero hace un servicio a la cultura, en tanto que el segundo no hace ningún servicio a nadie.

Después, recuerda el maestro las universidades parietéticas, universidades que mantienen el criterio de que lo mejor que puede hacerse es ofrecer la posibilidad de llegar a la síntesis, porque ofrecen la ocasión de escuchar todas las razones, el pro y el contra, confirmándose así la cultura a posteriori, ya que no puede haber cultura *a priori*. Y para finalizar, dice el maestro, que mientras subsista la Constitución de la República, la universidad no podrá adoptar ningún credo especialmente relacionado con las tesis políticas. Orientación, concluye; pero ningún dogma, ninguna teoría para la universidad como persona moral, ni filosófica, ni política, ni social, ni científica, y para la cátedra la libertad más grande, con el objeto de que se pueda profesar cualquier doctrina filosófica, científica, moral o religiosa. La verdad y el bien son eternos, dice el maestro. No podemos preconizar un bien circunstancial; el bien de los hombres es permanente, y como la investigación debe realizarse en estos términos, por la propia definición de la institución máxima de cultura que tenemos en México, no compete a ésta adoptar una actitud definitiva. La ciencia no está hecha. Todo dogma se acaba y se agota. Hasta aquí lo dicho por él.

Ahora voy a contestar los argumentos del maestro.

Estamos de acuerdo en que la esencia de toda comunidad es la subordinación de los intereses individuales a los intereses del grupo. Estamos de acuerdo, asimismo, en que la cultura es creación de valores. Pero no estamos de acuerdo –al menos ésta es mi opinión personal-, en que los valores culturales tengan todos el mismo valor. No estamos de acuerdo en que el valor estético sea semejante al valor económico. No estamos de acuerdo en que el valor religioso tenga la misma importancia que el valor lógico o intelectual. Dentro de la valoración que hace la cultura, de la vida, existen rangos, jerarquías, grados, relaciones de orden. Y también afirmo que la cultura no ha sido la misma en todas las épocas, porque la cultura no es una finalidad. Aquí estriba quizá la diferencia de opiniones entre el maestro Caso y nosotros. La cultura es una finalidad, según él, y nosotros, yo al menos, sostengo lo contrario: la cultura es un simple instrumento del hombre, no es por consiguiente una finalidad en sí. Y como afirmo que la cultura en sí y por sí no existe, también afirmo que la humanidad abstracta, que el bien en abstracto, no existen, porque ningún valor en abstracto existe. No creo en las entelequias; no creo en los valores abstractos y menos cuando se trata de valores históricos. La cultura ha sido la resultante de diversos factores, de distintas circunstancias a través de la evolución histórica, nada más. Cada régimen histórico ha tenido una cultura especial. ¿Por qué? Porque la cultura es justamente eso, valoración, expresión de juicios colectivos, opinar de la comunidad respecto de la vida, a través de la propia comunidad y para la comunidad misma, para los fines de una comunidad determinada. No hay régimen histórico que no haya tenido a su servicio una manera de pensar la vida, una serie de juicios que tratan, en primer término, de hacer que perseveren, de hacer que se mantengan las instituciones que caracterizan a ese régimen histórico. No voy a citar ejemplos, para un auditorio culto como el que constituye el Congreso de Universitarios, las citas resultan inútiles; pero en nuestro propio país podemos, a grandes rasgos, recoger la experiencia de los siglos.

Podemos recordar ahora mismo cuáles han sido las principales épocas de nuestra evolución histórica y veremos que, dentro de todas ellas, a un régimen determinado siempre ha correspondido una manera especial de entender la cultura, porque la cultura no es finalidad sino instrumento, medio de acción para la vida colectiva. La primera gran etapa de la evolución histórica de México es el Virreinato. El Virreinato se caracteriza por la Iglesia Católica como una institución temporal, no sólo espiritual. ¿Qué cultura correspondió a esa etapa? La de una enseñanza dogmática que creía que la verdad no es fruto de la

investigación, sino afirmación divina hecha para todos los siglos en beneficio de los hombres. Una posición ideológica al servicio de la Iglesia, como institución política y espiritual, para mantenerla como núcleo del régimen por todo el tiempo posible. La segunda gran etapa de la evolución histórica de nuestro país es la Reforma: secularización de los bienes de la Iglesia; separación de la Iglesia y el Estado; libre examen; investigación de la verdad; crítica de la creencia en la verdad hecha; censura a todos los dogmas establecidos con antelación; fundación de la Escuela Nacional Preparatoria, teniendo como espina dorsal de su sistema educativo la ciencia, en una rígida concatenación técnica de los pensamientos y de los métodos. ¿Por qué? Porque estaba tratándose de formar un Estado basado en el individuo y para provecho del individuo. Ahora bien, un régimen histórico que tenía por base y objeto de sus instituciones sociales al individuo, es naturalmente un régimen histórico que crea también la pedagogía individualista. Por eso las enseñanzas "barredianas" y el desarrollo de la filosofía positivista fueron doctrinas, fueron instituciones de servicio público, que estuvieron consagradas al mantenimiento de una serie de instituciones políticas que tenían, repito, al individuo físico, a la persona física, como objeto y como base. Por eso, durante muchos años se enseñó aquí una doctrina moral en relación con una doctrina biológica; la posibilidad del triunfo del fuerte, pues aunque es verdad que se nos hablaba de altruismo y egoaltruismo, también es cierto que sólo se trataba de medios débiles frente a la supervivencia del apto como actitud moral oficialmente preconizada por este instituto. La tercera gran etapa de la historia de México es la etapa que estamos viviendo y que por eso no ha definido sus perfiles de un modo real, definitivo: es la etapa de la Revolución.

Desde luego, hay la actitud unánime de rechazar la tesis dogmática de la época virreinal, por las gentes que se preocupan por los problemas de la cultura, y también la de rechazar la tesis de que las instituciones sociales se basan en el individuo y tienen por objeto al individuo. Ciertamente que este ánimo, esta actitud, todavía no ha podido cuajar en regímenes políticos y económicos que, a su vez, formen una nueva pedagogía, una nueva filosofía, una nueva manera de entender la enseñanza y establecer los institutos y colegios superiores del país. Pero esa actitud unánime se palpa en el ambiente, porque no es sólo el pensamiento de un hombre, no es siquiera el pensamiento de grupos, es el pensamiento de la generalidad, es el pensamiento de la mayoría. Estamos de acuerdo en que la causa de la oposición a la actitud mayoritaria debe desaparecer, pues queremos formar otra nueva

causa, distinta de las anteriores, que pueda servir al momento histórico que estamos viviendo. Por lo mismo, si entendemos que la cultura es un medio, si aceptamos que los valores culturales no son todos iguales, si creemos que en la época moderna, más que en ninguna otra, no se pueden entender los problemas sociales sino tomando como eje, como base de explicación el fenómeno económico, entonces, para ser consecuentes con nuestra creencia científica tendremos que admitir que los otros valores de la cultura están íntimamente vinculados al valor económico. Y esto lo aceptamos no como un "artículo de fe", sino como consecuencia de la propia observación histórica, como resultado de la evolución humana, de tal modo, vale decir, que no puede enseñarse en esta época la estructura social, que no se pueden entender los problemas humanos, sino tomando como guía, como linterna para alumbrar el camino, el proceso, los caracteres de las instituciones económicas. Esta categoría superior que representan los valores económicos no creemos que pueda discutirse seriamente, con seriedad científica, en este tiempo. Su realidad objetiva es tan clara que sólo obcecándose en una creencia religiosa puede negarse con énfasis.

Por eso no estamos de acuerdo con la explicación que el maestro Caso nos ha hecho. Porque creemos que la universidad es institución de cultura, de investigación y de enseñanza, precisamente por ello creemos que dentro de la tarea de enseñar es donde la universidad tiene el deber de dar una orientación. No hay incompatibilidad en sostener una teoría y mañana cambiarla por otra, porque en realidad, señores delegados, yo pregunto ¿cuándo, cuándo, en realidad, ha habido un régimen histórico sin teoría social, cuándo ha habido una enseñanza sin una teoría social, cuándo ha habido una institución que no preconice, abierta o subrepticiamente, una teoría social? Nunca, que yo sepa. Por eso no concibo un catedrático, un profesor, que no dé su propia opinión a los alumnos. Por lo mismo tampoco un régimen histórico que no sostenga ninguna teoría científica, filosófica, pedagógica, cualquiera que sea. Lo que sucede es que durante el último siglo de esta gran etapa de nuestra evolución histórica se ha creído de veras que las escuelas han sido neutrales frente a los problemas sociales, frente a los problemas humanos, y realmente no ha habido tal neutralidad: le hemos estado sirviendo, inconscientemente o conscientemente, de modo explícito o implícito, al régimen que ha prevalecido en el país durante mucho tiempo, y esta afirmación no la hago para nuestro país sino para todos los países del mundo.

El siglo XIX que creó el régimen capitalista es una etapa histórica en la evolución de todos los pueblos, etapa que ha formado una pedagogía capitalista. No ha habido, pues, tal neutralidad. La libertad de cátedra ha servido simplemente para orientar al alumno hacia una finalidad política, en relación con las características del Estado burgués. Ésa es la realidad. El Estado no ha sido neutral frente a las contiendas de los trabajadores, sino que todo él, a través de sus órganos, ha servido a una sola clase, a la clase capitalista, y la enseñanza en las escuelas oficiales no ha sido más que un vehículo para sustentar en la conciencia de los hombres el régimen que ha prevalecido. No ha habido tal libertad de cátedra. Hemos tenido, como siempre, una pedagogía al servicio de un régimen. Siempre ha sido así, siempre ha ocurrido de la misma manera.

Yo pregunto, señores delegados, algo que es de gran importancia: ¿La universidad debe enseñar? Sí, indudablemente. ¿Y cómo debe enseñar? ¿Enseñar todo lo que se sabe? Veamos lo que ha ocurrido en los últimos años en la Escuela Nacional Preparatoria. Veamos lo que acontece en otras escuelas del país no pertenecientes a la universidad. Veamos lo que acontece en todos los países que, como México, están viviendo este período de tránsito del régimen anterior al régimen del futuro. Con la libertad de cátedra los alumnos reciben de sus profesores todas las opiniones y, naturalmente, opiniones contrarias y aun contradictorias. Se cree que el alumno que llega al bachillerato, que no es culto, que va apenas a adquirir su cultura, tiene bastante capacidad para poder discernir, distinguiendo lo blanco de lo negro, lo gris de lo blanco, lo negro de lo gris. Pero no se trata de libertad de investigación científica. No se trata de poner a los alumnos en la posibilidad de elegir: se trata de formarles un criterio y no se puede formar un criterio sin saber en qué consiste ese criterio. ¿Y qué es la enseñanza? No es una simple trasmisión de conocimientos y aun en el caso de trasmisión de conocimientos, se opina al transmitirlos. Entonces allí, en la trasmisión de conocimientos, en esa labor que puede parecer mecánica, ya se hizo un juicio, ya se está orientando. ¿Y cuántas orientaciones resultan? Es evidente que de quince de ellas ninguna es la verdadera. Entonces el alumno que va a la clase de biología y le oye decir al catedrático que la única tesis cierta es el monogenismo, y que después pasa a otro profesor, al de geografía o de historia, por ejemplo, que le enseña que el monogenismo es falso, entonces –decía– el alumno no sabrá qué hacer. En realidad éste no sabe cómo fue formada la Tierra, si el profesor de física le ha explicado la génesis del mundo conforme a su teoría, y después el profesor de filosofía le dice que el

mundo no se formó de acuerdo con tal o cual tesis aprobada en la cátedra de física, sino que Dios formó la Tierra y cuanto ella contiene, en seis días, de conformidad con lo que dicen las Sagradas Escrituras.

No es posible enseñar sin trasmitir un criterio, y no es posible tener criterio sin saber cuál va a ser éste. Lo que acontece actualmente es que los estudiantes, por su inteligencia natural, por la edad en que se hallan, son simuladores de todos los pensamientos, según los diversos criterios de los catedráticos, pero sin tener una opinión propia. Salen, pues, a la calle sabiendo, como resultado de su paso por la universidad, un solo principio de moral que es inmoral: la vida depende de la habilidad que se despliegue en la lucha.

Yo me enseñé en la escuela oyendo a mis profesores todas las teorías, todas las doctrinas. Parecía que cada uno de ellos tenía la razón. Pero ¿quién de todos tenía la razón? Yo sólo sé que el que tenía la razón, el que tiene razón, es siempre el más hábil para sostener su propio credo frente al conjunto. Por eso la universidad hace muchos años que arroja simuladores de la vida a la calle, competentes para ejercer una profesión, pero nada más. ¿Por qué? Porque no los han orientado, porque no les han dado rumbo, porque los profesionistas se llevan como único principio político y social el hacer un patrimonio, el de labrarse una fortuna, el de triunfar a todo trance, el de tener éxito. La palabra éxito, la palabra triunfo, ese acicate que nos ha corroído especialmente durante los últimos años, es una de las causas fundamentales de la bancarrota moral que el país sufre, porque sus hombres preparados son simuladores también de la vida, que únicamente van tras el éxito personal.

Ésa es la actitud real de la universidad y su producto contemporáneo, y no queremos, señores delegados, que esa situación prevalezca. Es preciso que el bachillerato, que la Escuela Preparatoria oriente a sus alumnos. Y eso, inaplazable ya, no está en contradicción con la actitud de la investigación científica. Si mañana se descubre en nuestros institutos de investigación que no hay identidad entre la materia y la energía, que hay contingencia en estos dos órdenes de la naturaleza, porque no son uno solo, entonces tendremos que corregir nuestra opinión y decir: ayer suponíamos como exacto este principio y hoy comprendemos que no lo es; debemos remplazarlo por este otro que parece estar comprobado.

El afirmar una opinión, el sustentar un credo, el tener un criterio, no significa tenerlo para la eternidad. En esto, justamente, nos diferenciamos de los dogmas de carácter religioso. Los dogmas religiosos, los credos religiosos, son dogmas y credos hechos para

siempre; en cambio, nuestra creencia científica de hoy, nosotros mismos nos encargaremos de corregirla mañana. Indudablemente que adoptaríamos una postura anticientífica si dijéramos que la verdad ya está hecha, pues nos pareceríamos en esto a los creyentes. La peor situación es la del hombre que tratando de hallar la verdad, cree que la verdad ya fue encontrada. No. Nosotros creemos que las verdades son contingentes, y que precisamente por ser contingentes debemos mostrar las verdades de hoy antes de que pasen.

Lo que nosotros queremos es que haya libertad de pensar, pero no en función del pasado, sino en función del presente y en función del futuro. Entonces la libertad humana tiene límites, y el límite principal para la libertad de cátedra no es decir las cosas si no pueden sustentarse desde el punto de vista científico. Queremos lo de adelante, por lo menos lo de hoy, no lo de ayer. No existe, pues, contradicción, no hay incongruencia, sobre todo si es verdad que en la Facultad de Filosofía y Letras, el instituto que cierra la fábrica de la universidad, la escuela donde la cultura toca a la cumbre, se pueden oír todas las teorías, porque cuando el alumno llega a esa facultad ya tiene un criterio propio, puesto que las bases de la cultura ya le fueron dadas. ¿Qué importa que un bachiller orientado ya, vaya a escuchar todas las teorías políticas y científicas? No importa tampoco que un estudiante que trabaja en el laboratorio de biología, ya orientado también, pueda descubrir mañana, con sus propios ojos si vale el término, mediante los aparatos científicos, que su creencia de ayer es hoy errónea. Mejor, mejor todavía. Eso quiere decir que la cultura irá de acuerdo con el tiempo, y que la verdad será cada vez mejor y más limpia. No debemos creer que la verdad ya se formó: hay que formarla, transmitiéndola, ampliándola, enseñándola, diciendo en qué consiste. Y la verdad debe proclamarse. Mañana se dirá la verdad de mañana, como ayer se dijo la verdad de ayer. Lo grave es no decir ninguna verdad. Lo grave es decir que las verdades pueden ser todas posibles, en el momento en que no es posible decir más que una verdad. Importa saber la verdad de hoy, y nosotros no preconizamos ninguna cosa cerrada, hermética, porque si es cierto que hay muchos matices en doctrina socialista, también es cierto que todos los socialismos, sin excepción, sin faltar uno, están de acuerdo en este hecho fundamental: hay una injusticia en el mundo y ésta proviene de la falsa forma de la producción y de la mala distribución de la riqueza material. La única manera de acabar con esta crisis, de acabar con este drama histórico, es socializar lo que hoy pertenece a una pequeña y privilegiada minoría, poniendo al servicio de la comunidad lo que hoy es patrimonio de unos cuantos.

Imitaré la forma de presentar las ideas del maestro Caso y digo: "Debemos recordar a las instituciones y a sus titulares que la esencia de la comunidad consiste en subordinar el interés del individuo al interés colectivo, y que mientras la propiedad esté en manos de unos cuantos hombres, no podrá haber felicidad íntegra en la Tierra". Al decir esto no estamos afiliándonos a ningún partido político, no nos afiliamos siquiera a una doctrina determinada. No decimos socialistas o colectivistas. Decimos simplemente, y lo proclamamos, este hecho innegable: la tragedia allí está, y la única forma de acabar con ella es acabar también con las bases que la sostienen, socializando lo que debe ser de todos, poniendo en manos de todos lo que ahora es de unos pocos. Eso no es preconizar ninguna doctrina determinada, sino una tesis científica y, al mismo tiempo, una tesis moral. El día en que se nos demuestre que la tragedia histórica que vivimos no va a resolverse socializando los instrumentos de la producción y distribuyendo ésta del mejor modo posible, entonces, indudablemente, entonces sí se dirá: no señores, la solución de la crisis económica actual no depende de la socialización de los instrumentos y de los medios de la producción económica, sino de esta otra cosa. Pero como esa otra cosa no ha venido todavía, y como el éxito hasta estos momentos, por oposición al individualismo desenfrenado, es la socialización de la propiedad, nosotros tenemos que contribuir a que la propiedad se socialice. ¿De qué manera? ¿Por qué medios? Por los únicos medios posibles dentro de la universidad: en el terreno científico, orientando en la cátedra hacia una finalidad humana; sirviéndole al país, investigando qué es su territorio, investigando qué es su población, investigando qué fueron sus instituciones; trabajando para la formación de programas de gobierno desde el punto de vista impersonal; procurando, en fin, servir a la comunidad de un modo cierto, sin necesidad de preconizar ninguna teoría determinada, contingente, dentro de las luchas políticas de hoy, en México o en cualquier otro país del mundo. Postulamos una actitud simplemente científica, una actitud que hasta estos momentos no se ha invalidado por nadie. Por eso nosotros creemos que no hay incompatibilidad entre la labor de investigación y la labor de enseñanza. Enseñar es trasmitir un criterio. Yo repito esta frase como oposición a las otras manifestadas por el maestro Caso, para que se vea con claridad cuál es la diferencia de nuestras posiciones ideológicas, no la de él y la mía, porque yo no he inventado ninguna opinión. Es más, recogí, quizá tarde, debiendo haberla recogido más temprano, la opinión del mundo. Tenemos que acabar con la tragedia, y acabar con la tragedia es investigar sus términos dentro del régimen histórico que nos caracteriza. Por tal motivo, debemos afirmar nuestra posición.

¿Que la filosofía se basa en la naturaleza y en la cultura? Estamos de acuerdo. Sólo que no es la acepción correcta la que el maestro Caso da al término naturaleza. Nosotros no hemos querido *naturalismo*, permítaseme la palabra, no hemos querido, al hablar de la naturaleza, revivirlo. Sabemos que es doctrina pequeña que alumbró escasamente a los hombres de su época y que se ha extinguido como las cosas transitorias. Lo que queremos es que se tomen en cuenta los progresos de la ciencia, el estado actual de la cultura científica en el mundo, ya que las matemáticas, la física, la química, la biología, han realizado grandes hallazgos en favor de la cultura humana. Nosotros vinculamos hoy más que nunca la filosofía con la naturaleza. Nos vinculamos al mundo en este afán de síntesis, de comunicación íntima, de relación entre el individuo y el mundo. Entre el hombre y la naturaleza es donde hemos de hallar las bases inconmovibles de nuestro afán de seguir preconizando la verdad. Estamos proclamando una doctrina que todavía no se afirma definitivamente en todos; pero que tiene robustas características. Por lo mismo creemos que la filosofía debe basarse así. Como la cultura no es entidad independiente de los hombres, sino al servicio de los hombres, al basarse la filosofía en la naturaleza se basa en la cultura. Porque no hay filosofía sin el hombre, y como la parte fundamental del pensamiento es el hombre mismo, cuando vinculamos al hombre con el mundo estamos basando la cultura en la naturaleza y, al mismo tiempo, la filosofía en la cultura. Esto no lo podemos rebatir porque no hay filosofía que no se base en el propio pensamiento humano.

En cuanto a la historia, allí también diferimos del maestro Caso. El conocimiento del individuo, sin duda interesante, no es más que el resultado del conocimiento de las instituciones históricas, de las instituciones sociales. Dice el maestro Caso que Julio César no es institución social, claro; pero Julio César, como ningún hombre merece el nombre de institución social; los hombres de excepción son resultante de las instituciones sociales. Por eso queremos que la historia no se enseñe como biografía de los héroes o de los hombres de gran valía, de gran envergadura, de gran cultura, individuos superiores en cualquiera de sus formas. Precisamente porque nosotros aprendimos desde hace muchos años la historia en forma falsa, no sabemos la historia de México. Sabemos de las cosas a través de la biografía de hombres superiores; no sabemos la historia a través de las instituciones sociales; no sabemos cómo fue la vida cuando es necesario saberla; no sabemos de los aztecas, ni de los mayas, ni de las tribus que habitaron en México antes de los siglos XV y XVI; no sabemos que aquella

población estaba mal nutrida siempre, que sobre la masa parda de los indios pesaba una serie de instituciones brutales; que tenían que trabajar para la Iglesia, para la casta sacerdotal, para el emperador y todavía tenían que trabajar para comer. Sólo así, conociendo la tragedia en su base se puede explicar por qué hemos llegado hasta este momento siendo todavía un país anémico, que da la mayor proporción de sifilíticos y tuberculosos en el mundo. Aprendemos los nombres de Cuauhtémoc y de todos los héroes, pero uno no puede pasarse la vida viviendo en México, sirviendo al país, sin saber nada acerca de la época prehispánica. No importa tampoco saber los nombres de los virreyes, sino cómo fueron evolucionando las instituciones humanas, y por eso queremos saber cuál es la forma social y cuál es la forma individual de la vida. Si por los individuos se entienden las instituciones sociales o si hay que darles a las relaciones humanas y a los individuos el valor que tienen dentro de la comunidad y no fuera de ella.

No estamos de acuerdo tampoco en cuanto a la ética. Es verdad que la ética debe ser el conocimiento de las opiniones respecto a la cultura humana a través del tiempo; pero en el transcurso mismo de la exposición histórica tiene uno que decir cuál es su opinión. Indisculpable actitud sería la de un profesor de moral que explicara, a partir, digamos, de Sócrates, lo que se ha opinado en el mundo respecto de la conducta humana, y que no diga él, cuál debe ser la conducta humana. Ése no sería un profesor de moral, un profesor de filosofía. Tenemos que afirmar una opinión, no individualmente. Afirmarla en conjunto, los catedráticos, los colegios, dentro del bachillerato, porque si un profesor es cristiano, y otro profesor es católico, y otro profesor es socialista, y otro profesor es hindú, los estudiantes de la preparatoria no sabrán cuál debe ser su conducta en la vida. Es indudable, y eso no lo podemos negar, que no estamos ampliando la cultura humana en la preparatoria. Para adquirir lo elemental de la cultura necesitamos que nos digan: esto es así, del mismo modo que nos dicen: así se resuelve una ecuación algebraica, y no hay un medio mejor que otro. En otras palabras, nos tienen que decir cómo debemos vivir y que la búsqueda de los valores actuales se realice en los centros en donde debe llevarse a cabo, en los laboratorios, en los institutos de investigación. Pero no vamos a abrir laboratorios de biología ni un laboratorio de ciencias económicas y políticas para justificar el régimen burgués, o para decir si el régimen socialista que preconiza tal o cual partido es el más aceptable. Eso sería antifilosófico y anticientífico. El investigador es un hombre que trabaja objetivamente, con datos generalmente incompletos. Siempre está dudando de lo que sus ojos le van a mostrar. No sabe a ciencia

cierta los resultados que pueda obtener ni lo que va a hallar, pero que tiene el afán de encontrar siempre algo nuevo. En cambio el adolescente, que apenas está en la pubertad y llega a la preparatoria, ¿cómo podría discutir las opiniones si no sabe cuáles son? Tiene que recibir las enseñanzas, es necesario darle orientación y en eso precisamente estriba la ética, en una valoración de la vida: precisa, concreta, afirmativa. Libertad de cátedra sí; pero no libertad para opinar en favor de lo que fue el pasado y menos aún en contra de las verdades presentes. En otros términos, libertad de cátedra; sí, pero libertad para opinar de acuerdo con las realidades que vivimos y de acuerdo con la verdad futura, si es que alguien puede, para facilidad suya y para provecho de la cultura mexicana, adelantarse a las verdades de hoy.

Lo que no queremos es la anarquía, ni que siga prevaleciendo esta lamentable confusión que actualmente palpamos. No pertenecemos, no estamos afiliados, en conjunto, a ningún partido determinado ni a ninguna doctrina social determinada. En el fondo el maestro Caso cuando preconiza la orientación no hace más que confirmar nuestra actitud, pues precisamente lo que queremos es orientar. Pero para orientar hay que decir qué es la vida, qué es la verdad y cómo se transforman las instituciones sociales. El maestro incurre en una contradicción cuando dice que la universidad debe ayudar a las clases proletarias exaltándolas. Yo pregunto: ¿Cómo? ¿Diciéndoles nada más que la vida de hoy es mala y que la vida de mañana debe ser mejor? Eso, hasta cierto punto, está bien, pero es inútil. Lo importante es decir cómo y concretamente; cómo y de un modo claro, determinado. Pero decirle a los proletarios: tu situación es muy mala y los intelectuales te vamos a ayudar, es decirles algo que no agradecen. En realidad no podemos siquiera ir a señalarles determinadas cosas que ellos saben mejor que nosotros. Lo que necesitamos es decirles cómo la universidad, institución responsable de una misión histórica, puede ayudarles de un modo concreto, claro y definido. Y nosotros creemos que esa acción concreta es procurar que se realice la socialización de todos los instrumentos y de todos los medios de producción económica. Así estamos exaltando al proletariado, pero estamos exaltándolo de una manera clara y evidente, usando de los medios que tenemos a nuestro alcance, dentro del papel científico y cultural en que nuestra definición nos coloca.

Señores delegados: no deseo cansar más la atención de ustedes, pero creo necesario insistir en la afirmación de que no venimos a hacer propaganda de un credo, puesto que la propaganda se hace en la calle. Por otra parte, esto lo digo al menos por mí, creemos que la

Universidad no va a realizar la revolución social. Ojalá, pero es imposible. No puede. No sólo no sabe; no puede. La revolución social la harán las masas. Pero nosotros, que queremos servir a las masas, tenemos simplemente que cooperar para que las verdades que consideramos ya aceptadas y que consideramos aceptables, se trasmitan, de manera que se forme una noción de responsabilidad en cada uno de los bachilleres, en cada uno de los graduados de la Universidad de México, en cualquiera de las instituciones que la representan a través del país. No queremos imponer un dogma. Queremos únicamente preconizar la verdad, la verdad de hoy, no la verdad de ayer, ya que la verdad de mañana será obra seguramente de otra generación. Nuestro dogma no es un dogma religioso, es un dogma que surge de las entrañas mismas de la tragedia histórica. Ahora bien, si la universidad no adopta una actitud definitiva frente a las tragedias, como dice el maestro Caso, el pueblo entonces acabará con la universidad y habremos hecho un Cristo de la peor especie. La universidad no puede ser una torre cerrada, con moradores que vayan a la zaga, que siempre vivan a la zaga, y se conviertan en el ludibrio de las masas. Cuando se transforma un régimen se lucha porque la escuela se transforme. ¿Por qué siempre hemos de ser nosotros el pasado de la historia? ¿Por qué no hemos de ser por lo menos el presente de la historia? ¡Ojalá fuésemos el futuro de la historia! Eso queremos: siquiera corresponder a nuestra época.

SEGUNDA INTERVENCIÓN DEL MAESTRO ANTONIO CASO

Después de oír las objeciones de los anteriores oradores a mi tesis, todavía puedo sentir en mi conciencia la manifestación clara de que me asiste la razón. Las objeciones no han servido sino para realzar ante mi propia vista la posición que procuré dirimir cuando tuve la honra de dirigirme por primera vez a vosotros. Dice la tesis que impugno que la universidad ha de tener un credo, o una posición, o una declaración de doctrina. Me opongo; votaré siempre en contra porque la universidad, como persona moral, no puede patrocinar ninguna tesis, ningún credo, ninguna doctrina. Ésta es la concepción de la universidad. No los puedo preconizar. He empleado la palabra preconizar porque la universidad, como tuve la honra de exponer, es un centro de investigación y de enseñanza, y el que está investigando no puede decir que ha alcanzado criterio; que ampliamente enseñen dentro del criterio que preconicen, para no ahorrarnos el contingente de eminentísimas personalidades que, así que declaremos que la universidad mexicana tiene un credo, tiene un propósito, y este propósito es el que se enseña en tal o cual tesis científica, filosófica o religiosa, si son honrados consigo mismos, tendrán que decir forzosamente: no es posible que realicemos nuestra función dentro de los postulados que se nos exigen.

Nos decía el orador que acaba de hacer uso de la palabra con tanto lucimiento: queremos que subsista la libertad de cátedra, y yo no me explico cómo puede subsistir la libertad de la cátedra si se nos obliga a dar en la universidad una enseñanza definida; ¿en qué consistiría esa libertad? Si yo preconizo una tesis como miembro de una comunidad, y si la esencia de la comunidad, como han admitido los señores del contra, es la enseñanza de subordinarse al principio constitutivo de la comunidad, ¿qué especie de libertad podéis tener en la cátedra? Ahora bien, aquí se preconiza una tesis definida y esta tesis es: primero, económica; segundo, social; tercero, histórica; cuarto, filosófica. Yo, por ejemplo, no estoy conforme ni con la tesis histórica, ni con la tesis social, ni con la tesis económica, ni con la tesis filosófica. Y cuando me digan: tendrás que enseñar, si aprobamos lo que la comisión declara dentro de este cartabón, diré: pues como yo no puedo enseñar lo que ahí se consigna, ahí está la cátedra, porque yo no admito esa tesis económica, ni admito esa tesis social, ni admito esa tesis histórica, ni admito esa tesis filosófica.

Voy a declarar, y me detendré de paso en cada uno de sus puntos, voy a declarar las razones en virtud de las cuales no estoy de acuerdo con ninguna de las partes de la tesis, aun cuando sí estoy de acuerdo en que la universidad, sin declarar una posición socialista definida, sin declararla, sirva conforme a los fines de su instituto a la realización del bien humano. Primer punto: no estoy de acuerdo con la tesis filosófica. La tesis dice: "Las enseñanzas que formen el plan de estudios correspondientes al bachillerato, obedecerán al principio de la identidad esencial de los diversos fenómenos del universo". Me hallo en perfecto desacuerdo con la tesis. Segunda parte: "...y rematarán con la enseñanza de la filosofía basada en la naturaleza". La filosofía no puede basarse sólo en la naturaleza. Ahora imaginen ustedes mi posición, si se sirven aprobar tal y como se acaba de enunciar el pensamiento: llego a mi clase; soy persona honrada y consciente y normal, que para dar mi clase en la Escuela Preparatoria, en donde enseño historia de la filosofía, tengo que enseñar que, conforme al plan de estudios, he de obedecer al principio de la identidad esencial de los diversos fenómenos del universo. Yo no podré honradamente seguir dando la cátedra de la historia de la filosofía, porque no podré enseñar una tesis que a mí en lo personal me parece fundamentalmente errónea. Por tanto, ¿cómo procedo para dar la lección? Yo quisiera que me explicaran los señores del contra. ¿Qué hago si toda mi construcción espiritual y todo lo poco que he podido avanzar o adelantar en los conocimientos, es para negar precisamente la tesis de la identidad esencial de los fenómenos del universo?

Se refería el señor licenciado Sánchez Pontón con toda claridad al estado actual de la investigación científica. Vamos a ver qué nos enseña la investigación científica actual. La investigación actual nos enseña que éste es el panorama científico contemporáneo: en el centro de la evolución científica hay una ciencia que ha prosperado como ninguna otra; esa ciencia es la honra de nuestro momento histórico: la física. La física tiene prolongaciones hacia las matemáticas, hacia la química, hacia las ciencias naturales, y los descubrimientos de los físicos contemporáneos han venido a modificar profundamente las condiciones de las matemáticas, las condiciones de la biología. El matemático dice: los problemas que me propone la física para su resolución no los puedo resolver sino modificando mis procedimientos de investigación, y surgen nuevos desarrollos matemáticos para resolver el problema de la física, y en el mundo hoy se da este hecho admirable: son unos cuantos jóvenes, a la cabeza de ellos, un príncipe de sangre real, que nos dice: ¿Sabéis qué es la materia? Un paquete de ondas:

un paquete de ondas es lo que llamamos materia. La materia es un paquete de ondas, la materia no tiene una existencia individual, no hay materia; lo que existe en el mundo es una situación eléctrica cósmica, pero que se refiere solamente al sector de los fenómenos de la naturaleza, que no se refiere al sector de los fenómenos de la cultura. Entonces ¿cómo va a enseñarse que todos los fenómenos del universo son paquetes de ondas, resultado de la investigación de la física? Se cree que hay infranqueable límite, que es imposible resolver las cuestiones sociales y morales con elementos que entreguen las ciencias físicas; se cree que los postulados de las ciencias sociales son por esencia diferentes de los postulados de las ciencias físicas. El naturalismo recibe el contacto de las investigaciones físicas y motiva el sector de sus investigaciones al químico; pero llega el físico y descompone el átomo y encuentra en la descomposición del átomo el sistema solar, ese sistema solar complejísimo, con un protón al centro y cerca de un centenar de electrones girando alrededor de este centro. ¿Pero qué hemos adelantado con todo eso para el desentrañamiento del problema de la ética? La ética no puede fundamentarse en la física porque es otro problema, porque es de otro orden, y el que no admita esta gran verdad es un individuo que no pertenece a su momento histórico, es un individuo al cual se le encuentra identificado con la marca de fábrica del siglo pasado. Es imposible, absolutamente imposible fundamentar la ética, fundamentar el derecho, fundamentar la economía en los conocimientos de la física, y repito aquí, entonces, que yo no voy a enseñar la identidad esencial de los diversos fenómenos del universo, ni voy a fundamentar mi doctrina moral en esta doctrina de los fenómenos del universo, porque no puedo; la historia del pensamiento ético me enseña que no es posible fundamentar la ética en teorías físicas.

Hay una escuela y esta escuela es la materialista, que sí lo cree, y lo he dicho desde el principio, y que se sirve el plato del materialismo histórico. Pero no se nos dice: estás engullendo el materialismo histórico, toma y come, éste es mi manjar; pero no se dice el nombre. Esto se llama materialismo histórico, y es una verdad notoria que no es posible fundamentar las ciencias de la cultura en las ciencias de la naturaleza. Es imposible, es otro orden. Las leyes de la naturaleza tienen solamente una contingencia y esta contingencia es el orden humano: y el orden humano no se puede fundamentar en los postulados de las ciencias físicas, y no habrá quien pueda fundamentar el ideal porque el ideal es eterno, y no puede este ideal fundamentarse en las contingencias de los laboratorios, ni quedarse a la merced de las investigaciones de los

químicos, porque es de otro orden, como decía Pascal, porque la materia no existe sobre la naturaleza, porque el hombre es la única criatura que sabe decir a la vida "no". Si toda la naturaleza obliga en un sentido, el hombre verdaderamente humano dice: llévame al patíbulo y allí seguramente moriré diciendo: "Bendito sea Jesucristo". La ciencia de la moralidad no se puede fundamentar en la física, no es posible crear valores morales sobre fundamentos materiales. Por tanto, como yo soy de los que creen en Dios, según dije en alguna ocasión memorable: aún son suficientemente fuertes los brazos de la cruz, para colgar de ellos el destino humano, me opondré siempre contra la tesis materialista, sobre todo cuando por obra de hombres inteligentes se pretende llevar al materialismo histórico a la teoría, a la tesis de mi *alma máter*, la Universidad Nacional de México, con la enseñanza de la filosofía basada en la naturaleza. En este punto la réplica del señor Lombardo no fue todo lo valiosa que podría haberlo sido y no honra la claridad de su entendimiento, la perspicacia de su luz. Me permitirá, pues, mi ilustre alumno (le digo ilustre y soy el primero en reconocerlo y declararlo para que conste), que no esté de acuerdo con él, pero también tengo por norte no estar de acuerdo con las ideas de nadie cuando no satisfacen las exigencias de mi criterio y la ponderación de mi inteligencia. Por tanto, rechazo enérgicamente que la enseñanza de la filosofía ha de basarse en la naturaleza. ¿Por qué la rechazo? Por la razón anterior que di; porque necesitamos forzosamente basar la filosofía en dos cosas: una llamada naturaleza y la otra cultura. La naturaleza no es cultura y la cultura no es la naturaleza, y la filosofía es guía luminosa, el punto de luz por el que desfilaron los Platones y Aristóteles de la Antigüedad, los maestros en nuestros tiempos, los hombres de hoy, Husserl y Bergson, los más grandes filósofos del momento, y ellos afirman que es imposible fundamentar la filosofía en consideraciones naturales. El naturalismo no puede ser la base del pensamiento humano, porque no respeta la autonomía del hombre. Es otra cosa además: es cultura, es propiamente humano y lo propiamente humano es lo contrario, está sobre la naturaleza, y aquí está la naturaleza sobre la naturaleza que demuestra el mundo sobrenatural y, el mundo sobrenatural es el mundo del hombre. El hombre que es trabajo de la creación, la luminosidad de la vida, la flor del mundo, la esencia del pensamiento, y de la voluntad y del ideal.

Afortunadamente nadie ha demostrado la tesis opuesta. "La historia se enseñará como la evolución de las instituciones sociales, dando preferencia al hecho económico como factor de la sociedad moderna y la ética como una valorización de la vida". Pues si no estaba

conforme con la definición de la filosofía como naturalismo, tampoco estoy conforme con la definición de la historia y menos puedo estarlo con la definición de la ética. Ya lo dije y lo vuelvo a repetir: la historia es historia universal, no historia de las instituciones, historia política, historia económica, historia de un pueblo.

No hay más que una parte, concebida según la fórmula de los autores de la iniciativa: es la historia de las instituciones. Ahora bien, ¿es posible llamar historia a la historia de las instituciones? El que crea que la historia se reduce a la historia de las instituciones comete una figura muy común: tomar la parte por el todo. ¿Quién niega la historia de las instituciones? ¿Quién se atreverá a decir que las instituciones no tienen historia? Pero, ¿quién puede decir que la historia se reduce a la historia de las instituciones? ¿Y los genios, los héroes? Estáis fascinados por lo social; os veo hipnotizados por el socialismo, por el colectivismo; ismo de la multitud. No. La historia no puede concebirse solamente como historia de las instituciones, jamás. La historia es también la historia de las individualidades sin excepción. ¿Sabéis cuál sería la historia de las instituciones exclusivamente?: llamada al campo de la historia, sería la historia de los hormigueros, la historia de los colmenares, la historia de las colonias de animales; eso sí sólo es la historia de lo colectivo. Pero los hombres tienen un alma en su almario y en los individuos, de suerte que historia de las instituciones es historia de los colmenares, no historia de los genios; porque todas las abejas son un poco de la misma abeja, porque todas construyen un poco la misma celda del mismo modo, porque todas vienen libando, desde los días de Platón, del mismo modo la miel, y en cambio la humanidad se distingue por esa serie de hombres excepcionales, que son la antorcha luminosa que, pasando de mano en mano, va iluminando a los hombres para lanzarse en este mundo, en este plano o en otro, o para no lanzarse en ninguno; pero para confirmar plenamente el poder que tiene el hombre que dice siempre ante la vida: No. La facultad fundamental del hombre superior es oponerse a la muchedumbre, vejarla si es menester, restregarle sus errores si encuentra una posición falsa. La inteligencia humana es la individualidad victoriosa, y esas individualidades victoriosas no se descubren por la historia, y se han ido llamando Buda, Jesús, Mahoma.

¿Y qué sitio han tenido en la ciencia verdadera? Se han tomado en la historia social a Platón y Carlos Marx. Mi posición no ha de ser injusta, mi posición ha de ser decorosa. Jamás negaré la grandeza del genio del colectivismo, jamás negaré la tesis colectivista.

Ahora bien, en la última parte no se hace sino afirmar, afirmar el colectivismo. Hemos de hacer colectivismo o hemos de irnos de las aulas. Señor rector de la Universidad Nacional: si esto se aprueba, el profesor Caso deja de pertenecer a la universidad. Os lo protesto de todo corazón, con toda mi alma.

RESPUESTA DEL MAESTRO
VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

No ha hecho el maestro Caso en su segunda exposición sino afirmar, naturalmente, su postura ideológica y su doctrina filosófica religiosa. Dice: "No puedo aceptar una filosofía que preconiza la identidad de los fenómenos del universo, por lo mismo que no puedo aceptar una filosofía basada en la naturaleza". Ésta es una tesis errónea, dice el maestro, porque el estado actual de la investigación científica es el siguiente: como centro de la investigación científica aparece una disciplina, la física, que tiene prolongación hacia la matemática, hacia la química y hacia la biología, y que ha destruido muchos conceptos de la ciencia que habíamos aceptado como válidos, pero hasta allí nada más. Entre el mundo de la naturaleza y el mundo humano hay un abismo que no se puede ni se podrá llenar jamás. Entre estos dos órdenes, el orden humano y el orden natural no habrá nunca comunicación de ciencia, porque el hombre no sólo no es producto íntegro de la naturaleza, sino que es y actúa sobre la naturaleza. Por esta causa, sigue diciendo el maestro, los postulados de la ciencia moral no pueden ser postulados que se basen en la naturaleza. ¿Qué hemos adelantado después de tantos siglos de progreso científico? ¿Qué hemos adelantado para el fin de la ética, para el fin del derecho y para el fin de la economía? ¿Puede decirse que la economía y el derecho se basan en la física, en la biología o en las matemáticas? Lo afirma el materialismo histórico, pero lo desconoce el orden humano que no puede fundarse en el orden natural. Entre la naturaleza y lo sobrenatural hay un abismo, no pudiendo haber esencia común posible entre esos dos órdenes, por una cosa: porque el ideal se da *a priori* y lo que conocemos de la naturaleza se da a posteriori, termina diciendo el maestro Caso, congruente con su tesis.

Pero su tesis, afirmo yo, no es en el fondo más que la justificación del valor religioso por encima de todos los valores humanos. Ésta es la verdad: la filosofía espiritualista no tiene otro objeto que el de justificar la prioridad del valor religioso sobre todos los valores humanos. Por eso estoy en contra. No porque no sea respetable, no porque no haya pertenecido a una era luminosa, sino porque en este tiempo no es posible tratar de llevar a la conciencia humana el sentimiento religioso como explicación del proceso humano. ¿Quién puede decir que no

hay diferencia profunda entre el mundo de lo natural y el mundo sobrenatural? El que lo diga, como su afirmación no sea resultado de la investigación, está adoptando una actitud simplista, actitud de hace cuatro siglos. No vivimos en la época de Santo Tomás ni en la de Aristóteles, sino en una etapa en que la cultura es norte del hombre.

Hace diez años todos los filósofos del neoespiritualismo nos hablaban de la contingencia de las leyes de la naturaleza al pasar de un orden a otros órdenes. No hay un solo orden, dice Bergson y Boutroux: hay varios órdenes. Pero eso no es verdad y ya este último no suscribiría hoy su libro, porque su tesis ha sido destruida radicalmente por el progreso científico. Hace diez años se decía que las matemáticas, la ciencia más general de todas, apenas se ocupa de una cosa única: la cantidad, porque el límite de su esfera de acción comienza donde termina la materia. La mecánica solamente se ocupa de estudiar la noción de fuerza, pues en donde termina el hecho o el factor fuerza, concluye la mecánica. La física se ocupa de la materia, de las transformaciones que sufren los cuerpos, sin referirse a su esencia. Y allí donde termina la física, en cuanto empieza la modificación de la esencia, comienza la química, lo cual está indicando que entre el fenómeno físico y el químico no hay identidad esencial, son dos mundos diversos, dos órdenes distintos del cosmos, del universo entero. De igual manera entre biología y psicología hay otro abismo profundo y hay una nueva contingencia al pasar de la psicología a la sociología. No hay pues un orden sino diversos órdenes, decía Boutroux. Pero en cambio, para la justificación de lo religioso no hay diversos órdenes, sino un solo orden, un orden supremo.

Si ya sabemos, como decíamos hace unos momentos, que no es posible siquiera entender los movimientos del corazón sin entender cálculo. Si no es posible arreglar una institución pública de importancia ni el problema de los seguros sin saber, de igual manera, cálculo infinitesimal. Si demuestra la realidad que las matemáticas se ocupan no sólo de lo inmóvil y que lo inmóvil no existe. Si ya sabemos que hay diferencia en el mundo de los órdenes, ¿por qué afirmar que vivimos en un mundo sobrenatural y no en un mundo natural? No es posible proclamar en el año de 1933 que el único ideal *a priori* es el ideal religioso. ¿Por qué? Todos los otros ideales humanos son ideales *a posteriori*, todos sin excepción, porque el ideal religioso se basa en que la verdad ya fue hecha, de una vez y para siempre. En cambio nosotros, los que no creemos que el móvil de la vida es el móvil religioso, los que creemos que la verdad se construye diariamente, a través de la historia, tenemos que afirmar con el mayor énfasis que todo ideal es

fruto de la evolución histórica. Por lo mismo opinamos que la historia es la historia de las instituciones y no de los individuos. Indudablemente que los hombres de excepción valen, sí, pero es imposible siquiera explicar a Jesús en el siglo XX, por ejemplo. ¿Sería concebible la aparición de Newton en el siglo XII antes de Cristo? ¿Podemos suponer la aparición de Edison en el siglo XIV o la de Carlos Marx en el siglo X? Es imposible, porque los pueblos tienen que crear, por encima de los obstáculos que ellos mismos levantaron en el pasado, una nueva estructura, una nueva visión de la vida; de modo que son las comunidades las que crean a los hombres de excepción. Cuando un hombre se considera por encima de su tiempo, es un simple ilusionista. No hay nada ni nadie por encima de su tiempo. No hay más poder que la humanidad, y por eso no quiero ni puedo aceptar que la historia sea principalmente la historia de los individuos, ni tampoco puedo aceptar, como afirma el maestro, que el deber supremo del hombre es enfrentarse a la muchedumbre, restregarla, abandonarla en un momento dado, si ello es preciso. No. Nosotros no creemos que la masa tenga una cultura superior, pero sabemos que la masa no ha de sucumbir nunca. Quiero un solo ejemplo de que la masa no haya construido lo que necesita, uno solo, y no lo hay. Y cuando los hombres que se llaman de excepción, cuando los hombres que se dicen superiores han querido oponerse y enfrentarse a la masa, esos hombres de excepción, esos hombres superiores, han sucumbido irremediablemente ante el empuje de las masas. Eso es la verdad histórica.

Voy a concluir. No se trata de una cuestión personal. Se trata de algo de enorme trascendencia para la cultura y para el porvenir de México, como dije cuando hablé por primera vez. Recuerden, señores delegados, recuerden sus conocimientos de historia y sabrán que cuando don Gabino Barreda fundó este plantel, cuando don Gabino Barreda estableció la Escuela Nacional Preparatoria, el país entero se conmovió hasta sus cimientos. Entonces la sociedad mexicana, sobre todo la de la clase media y la llamada aristocracia, hicieron una propaganda tenaz e inicua, calumniosa y despiadada en contra de Barreda, en contra de los profesores que le seguían, en contra de Juárez, en contra de todos aquellos que estaban con el movimiento de orientación y de reforma cultural. A los reformadores se les escarnecía, se les amenazaba con anatemas, y los que llegaban a la preparatoria estaban advertidos de que quedarían excomulgados para toda la eternidad. Barreda, pues, y los hombres de su siglo, de su época, trazaron nuevos rumbos a la cultura del país. No debemos olvidar

nosotros estas cosas, pues ahora se trata igualmente de dar nuevos rumbos a la cultura del país, de no vivir en este caos en que nos encontramos, en este ambiente individualista disfrazado de romanticismo y de sentimiento religioso en la sombra, como eje principal de nuestra conducta. Yo prefiero, señores delegados –y lo digo con toda claridad, con toda sinceridad- que la universidad se le entregue al clero. Es preferible una escuela católica a una escuela burguesa individualista, romántica, sin orientaciones definidas, porque la falta de orientación es el caos.

En cambio, el católico sabe siempre a dónde va, y cuando es inteligente y es sincero, es respetable. Pero nosotros no podemos respetar, porque no es respetable el individuo que va a la vida sin orientación, con un título universitario, a pegarse a los faldones de cualquier político profesional. Y queremos que se salve a México impersonalmente, a la masa, y no hay otra manera de salvar a la masa que tratando de que la universidad corrija científicamente, en la posibilidad de su acción, el régimen injusto que nos caracteriza. Ya no comulgamos con las frases huecas ni con los artificios de tribuna o de discursos. Hay por desgracia una humanidad que tiene hambre, no sólo espiritualmente sino también material. ¡Y nosotros queremos seguir discutiendo los valores eternos cuando hay miseria palpable, mugre evidente, mendigos desastrados, masas que están urgiendo el remedio claro y contundente! ¿Seguirá la universidad discutiendo todas las ideas, todos los principios, para ofrecer al alumno nada más que vacilación y duda? No. La universidad ya no debe educar para la duda ni en la duda, sino en la afirmación. *

* Las cuatro intervenciones, dos de Caso y dos de Lombardo, fueron tomadas de la versión taquigráfica, no revisada por sus autores, que publicó la revista *Futuro*, tomo 2, números 2 y 3, de octubre de 1934, ver la edición de 1963.

PRÓLOGO A LA POLÉMICA EN LA PRENSA SOBRE LA ORIENTACIÓN IDEOLÓGICA DE LA UNAM: ANTONIO CASO VS VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

Juan Hernández Luna

El Primer Congreso de Universitarios Mexicanos clausuró sus trabajos, pero la controversia gestada en su seno se proyectó con pasión en los periódicos de la Ciudad de México.

El periódico Excélsior se pronunció partidario de la tesis del maestro Caso. Publicó un editorial calificando al marxismo de "filosofía de cerdos"; de "doctrina que se revuelca en el fango", y a Lombardo Toledano lo llamó "Lenin de patio de vecindad", atribuyéndole la temeraria idea de querer emprender, con su grupo de marxistas, una "revolución contra las instituciones liberales".

El periódico El Universal se declaró también a favor de la tesis del maestro Antonio Caso y en contra de las resoluciones del congreso. En dos editoriales rotulados "La universidad no debe ser sectaria" y "La Universidad Autónoma no puede ser socialista", sostuvo que la esencia de la autonomía universitaria es la libertad de cátedra y que la pretensión de convertir las universidades del país en "centros de propaganda bolchevique" contrariaba "abiertamente el espíritu y la letra del artículo 3º constitucional".

El mismo periódico El Universal abrió una encuesta con esta interrogación: "¿Es conveniente fijar una orientación marxista a la enseñanza universitaria?". La mayoría de los escritores que respondieron la encuesta, publicando artículos en la página editorial del mencionado diario, se unificaron aceptando la tesis del maestro Caso y repudiando la reforma universitaria marxista propugnada por Lombardo Toledano.

Caso y Lombardo continuaron en la prensa el debate iniciado en el seno del Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, publicando en los periódicos Excélsior y El Universal sendos artículos defendiendo sus respectivas maneras de concebir la orientación de la universidad.

La discusión entre Caso y Lombardo, iniciada en el seno del Primer Congreso de Universitarios Mexicanos y continuada después en las columnas de los periódicos Excélsior y El Universal no fue una discusión entre dos hombres, sino, como ha escrito Lombardo, "una polémica

impersonal" entre dos maneras de concebir la filosofía, la naturaleza, la cultura, la historia, la ética, la educación y el destino de la Universidad Nacional Autónoma de México y de las instituciones de carácter universitario del país. [1]

Pronto aquella discusión habría de cobrar una significación de alcance nacional. La tesis de Lombardo fue extendiendo sus manos rojas por el Partido Nacional Revolucionario y por las cámaras de Diputados y de Senadores, hasta quedar plasmada, un año más tarde, en la reforma socialista del artículo 3º constitucional. La tesis de Caso arraigó tanto en la conciencia de profesores y estudiantes, que levantó en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la mayor parte de las universidades de provincia un macizo y alto muro de libertad docente y de investigación científica. Gracias a este muro la enseñanza universitaria pudo resistir los embates de los reformadores de la educación socialista y quedar fuera de los alcances del texto del artículo 3º constitucional.

[1] Vicente Lombardo Toledano. Prólogo a *Idealismo vs materialismo dialéctico. Caso-Lombardo*. Segunda edición. Universidad Obrera de México. 1963, p. 21.

BASES DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

Vicente Lombardo Toledano

I. *El problema*

No se trata de darle a la universidad un calificativo en relación con las diversas teorías sociales existentes. El problema no es gramatical sino de estructura, de esencia, y se plantea del siguiente modo: si la universidad es una institución encargada de impartir la cultura; si la cultura es una valorización de la vida, es decir, de los factores que determinan la existencia y resume y expresa en un momento histórico el juicio social respecto de esos factores, la cultura queda definida como un medio de acción al propio tiempo que como resultado de la evolución histórica, y la universidad como un vehículo de orientación social.

Orientar significa no sólo trasmitir el conocimiento, sino valorizarlo, entregar al que lo ignora el acervo de la cultura logrado a través de los siglos y darle la exacta significación que tiene en el momento en que el conocimiento se trasmite, para empleo inmediato, para uso vital. La cultura por la cultura carece de sentido; todos los regímenes históricos han tenido su cultura, es decir, su juicio respecto de la propiedad, del bien, de la belleza y de las relaciones entre el hombre y el universo.

La orientación social que a la universidad incumbe queda, pues, claramente definida: consiste en servirle a los hombres haciendo que éstos sirvan, a la vez, a su época.

La universidad, como todas las instituciones que no se vinculan a su tiempo, le sirven al pasado, constituyen el lastre de todo móvil y concluyen por ser arrojadas al margen del camino de la vida. Pretender que la universidad debe transformarse hasta que el régimen social en el que actúa se modifique es sustentar la doctrina ética de la derrota y asignarle a la enseñanza superior el papel de retaguardia permanente del progreso. Si es verdad que la cultura es resultado y no causa, superestructura social y no eje de la sociedad, también es cierto que el hombre puede, en el momento propicio, acelerar el cambio de los regímenes históricos. Sólo un determinismo absoluto, que nadie hasta

hoy ha preconizado y que coloque al hombre en el papel de autómata sobre la Tierra, puede afirmar que la cultura es incapaz de obrar sobre la vida en beneficio del hombre mismo.

Se trata, en consecuencia, de saber cuál es la orientación que la universidad debe impartir en nuestro país en esta etapa de su desenvolvimiento histórico.

II. *La situación de la universidad*

La universidad no sólo debe formar profesionales sino ante todo hombres, y su instituto, que sirve perfectamente a este fin, es la Escuela Preparatoria en la que se recibe la cultura y en donde la cultura debe valorizarse. La preparatoria no es un establecimiento de investigación científica o filosófica, pues sólo puede investigar el que ya sabe, el que pretende ampliar el conocimiento; pero no el que carece de él. Y en la actualidad la preparatoria -a través de todo el país-, no sólo no ofrece al estudiante una tabla clara de los valores humanos, sino que la misma tarea elemental de trasmitir el conocimiento adolece de graves defectos. La libertad de cátedra se ha convertido en muchos casos en refugio para ignorar los adelantos científicos y para insistir en principios que nadie sería capaz de sustentar frente a un auditorio de gentes ilustradas. En otros casos esta libertad sirve para darle forma aparentemente científica a los prejuicios tradicionales de nuestro pueblo o para insistir en la excelencia de las instituciones del pasado, y el conjunto de todos ellos para presentarle al alumno un mundo proteico en el que nadie tiene razón y dentro del cual la única conducta posible es la salvación de cada persona según la habilidad que despliegue al lado de sus semejantes.

¿Puede llamarse a esto orientación? ¿Qué cultura, qué juicio definido respecto de los valores económicos, de los valores morales, de los valores estéticos, de los valores religiosos, puede obtener el estudiante sin ilustración que al llegar a la preparatoria escucha en el mismo día y durante dos años consecutivos ideas, principios y doctrinas contrarios y hasta contradictorios respecto de los mismos hechos, de los mismos fenómenos y problemas de la vida y del mundo?

La mayoría de los estudiantes ante esta diversidad de ideas en todos los órdenes del conocimiento, en la imposibilidad de elegir entre ellas y de construir para uso propio un sistema científico y filosófico congruente y recio, opta por repetirle a cada profesor sus propios conceptos, simulando aceptarlos, y concluye al salir de la escuela por no saber la verdad en ninguna de las disciplinas de la cultura y por

servirse de lo aprendido para citas literarias u oratorias, sin convicción firme alguna ante la tragedia de la existencia. Simulador en la escuela, sigue siendo simulador en la vida, con una única preocupación: la de hacer fortuna o la de tener éxito personal en cualquier empresa; el fondo de la vida queda para él definitivamente cubierto; el problema de contribuir a crear un mundo mejor se convierte en causa de sonrisa escéptica y burlona o en un pequeño remordimiento que ahoga rápidamente con argumentos que siempre lo satisfacen.

Éste es el saldo amargo de la libertad de cátedra en el instituto que en la universidad tiene la misión de trasmitir la cultura y de valorizarla, de orientar a las nuevas generaciones.

III. *La Reforma Universitaria*

La universidad enseña e investiga. Enseña lo que se tiene como cierto e investiga para corregir y ampliar las verdades que se creen firmes. Entre estas dos actividades no hay oposición ni puede haberla, pues lo característico de las afirmaciones científicas estriba justamente en declararlas válidas entre tanto no se demuestra su error. Como instituto de enseñanza, la universidad debe, pues, sustentar una doctrina científica y filosófica que oriente al alumno; como instituto de investigación, la universidad debe tratar de ampliar el conocimiento.

¿Cuál doctrina científica y filosófica debe preconizar? Si la desorientación de hoy es el resultado de la diversidad de principios que el estudiante escucha, es inconcuso que, en primer término, no debe haber sino una teoría única, una tesis general, que presida los conocimientos parciales que constituyen las materias del plan de estudios del bachillerato.

El segundo término del problema consiste en definir la teoría general que debe adoptarse. Para resolver este punto, que es indudablemente el más difícil de la reforma universitaria, es preciso decidir si los valores que crea la cultura, si los factores sociales tienen el mismo rango, la misma significación en la vida social.

Los valores, los factores sociales, son: el factor económico, el factor moral, el factor estético, el factor intelectual y el factor religioso. ¿Valen lo mismo? ¿No hay jerarquía entre ellos? ¿Tienen igual poder como fuerzas propulsoras de la conducta individual y, sobre todo, como móviles de la evolución histórica? Desde hace un siglo, mucho antes de Karl Marx, el conde de Saint-Simon había advertido la preponderancia del valor económico sobre los otros valores sociales, y al nacer la sociología como ciencia autónoma, desprendida de las leyes

biológicas, Augusto Comte y Herbert Spencer, fundadores de la nueva ciencia, en teorías seguramente imperfectas, pero válidas aún en lo que tienen de descubrimiento de la entidad propia del hecho social y de sus normas específicas, habían señalado también el auge progresivo del factor económico que hace la vida más compleja a medida que el tiempo transcurre. Karl Marx precisó el carácter de estructura que tiene el factor económico en la historia y dio el nombre de superestructuras a los otros valores, sin incurrir en el error que sus detractores o sus partidarios de oídas le atribuyen, de negar la repercusión de los valores secundarios o superestructuras en la estructura misma de la sociedad; por eso se le llama, con razón, el fundador del socialismo científico, ya que gracias a su genio pudo darle a la historia y a las disciplinas sociales un carácter preciso y claro, revelando el meollo de la evolución social y el papel que las diversas fuerzas sociales desempeñan en la vida colectiva.

El progreso estupendo de las ciencias en los últimos años confirma los vínculos profundos de la vida humana con la vida del universo. Las doctrinas filosóficas de fondo místico-religioso insisten en dividir el orden del mundo y el orden del hombre, el mundo natural y el mundo sobrenatural, para justificar la autonomía del alma, el origen excepcional, divino, del hombre, y la dependencia del hombre respecto de Dios, como antes afirmaban, también la diferencia esencial de la materia y de la energía, dividiendo el universo en lo inorgánico, lo orgánico y lo humano-espiritual. La física moderna demuestra que los principios en que se apoyaba la ciencia del siglo XIX: la conservación de la masa, la conservación de la energía y la realidad del éter, son falsos; los límites entre la materia y la energía se han borrado y el mundo de lo inmaterial se amplifica portentosamente abarcando desde lo que antes llamábamos inerte hasta las manifestaciones más complejas de la conducta humana. La facultad de crear, que se afirmaba como exclusiva del hombre -partícipe del poder de Dios-, es atributo también de la naturaleza, en cuyo seno no sólo se efectúan desintegraciones y transformaciones, sino también procesos de reconstrucción que equivalen a creaciones incesantes, desde el interior de las estrellas hasta en los cuerpos que suponíamos muertos en nuestro propio planeta. Y gracias a la perfección de las matemáticas, a las que se limitaban antes, arbitrariamente, al campo de lo llamado inmóvil, de lo material, se ha podido penetrar en el caos aparente de lo humano, de lo humano económico, de lo humano artístico, de lo humano ético, descubriendo las leyes que rigen no sólo los fenómenos y hechos homogéneos, sino también los hechos individuales atípicos,

irreductibles, llegando así a la convicción del vínculo esencial del hombre y de la naturaleza, proceso magnífico en perpetua creación y en evolución irrefrenable.

Si la transmisión de la cultura implica un juicio sobre la cultura, como antes lo he demostrado; si la cultura comprende valores de diversa significación, y si el valor económico, principalmente en la época moderna, es el que explica el proceso de la historia y de la organización social, la orientación que la universidad debe dar, como institución de enseñanza, no puede ser otra que la orientación basada en la filosofía unida a la naturaleza, en la historia concebida como la evolución de las instituciones sociales, en la que los individuos no son ya el eje de los hechos históricos, y en la ética como una norma que explique la urgencia de transformar el actual régimen económico injusto.

El ideal debe ser fruto de la experiencia y servir para modificar la realidad imperfecta. La ética apoyada en la historia debe contribuir a transformar el presente. No hay ideal *a priori* con excepción del ideal religioso, porque éste sitúa la felicidad en otra vida, mientras que el afán principal del hombre consiste en hallarla en esta existencia. Para la vida del mundo deben trabajar las instituciones sociales. Para esta vida debe trabajar la universidad. Para la otra vida trabajan las iglesias.

Todos los esfuerzos del hombre tienen un fin. Cada cosa que el hombre desea tiene un tipo al que se quiere siempre alcanzar. La cultura en eso estriba, en su más amplia acepción: el agricultor tiene un tipo de trigo que se esfuerza por obtener; el ganadero sabe qué variedades de vacas o de cerdos le interesa lograr; el industrial tiene, asimismo, un tipo de acero o de tela que trata de hacer; el estadista tiene a su vez un ideal de las instituciones sociales; el educador tiene un ideal de hombre que desea formar.

Formar un tipo de hombre, un nuevo hombre: ese ha sido el ideal de cada época histórica.

¿Contribuirá la universidad mexicana a la formación de un nuevo hombre? Si no lo hace querrá decir que está de acuerdo con lo que existe; simulador de la virtud, servidor consciente o inconsciente del régimen capitalista.

El Universal,
20 de septiembre de 1933

EL MARXISMO EN LA PREPARATORIA

Antonio Caso

En la única sesión a que tuve la honra de asistir en el último Congreso de Universitarios Mexicanos, me di la satisfacción de escuchar de los propios labios de los señores congresistas el apotegma que enseña cómo y por qué es urgente pregonar el marxismo en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria. He aquí el sublime pensamiento que hacía poner los ojos en blanco, de puro éxtasis religioso, a muchos de mis honorables colegas: "La escuela equivalente a la preparatoria, durante el coloniaje, fue católica; el triunfo de la República sobre el Imperio implicó la reforma de la enseñanza en su grado preparatorio, y la Escuela Preparatoria se erigió dentro del criterio positivista. Hoy debe ser el marxismo el oriente de la institución aludida".

Es que la mayor parte de las gentes son incapaces de pensar con su propia cabeza; conservan indeclinablemente el pliegue que les grabó en el alma su educación positivista. Modifican conscientemente la célebre ley de los tres estados de Augusto Comte, y adelgazan y espichan el anchuroso sector de la cultura filosófica en tres direcciones únicas: catolicismo, positivismo y marxismo. Era de ver y oír el arrobo celestial que les producía a los circunstantes el enunciado de esta ominosa bagatela. Creían, al pronunciarla o al oírla, ser la expresión de la conciencia contemporánea, constituirse en definidores de la realidad pedagógica nacional. Ningún espectáculo más cómico que éste me ha proporcionado mi experiencia de congresos y reuniones celebrados con fines aparentemente intelectuales...

Claro está que durante el coloniaje, que se distingue por su claro perfil católico, la filosofía tuvo que inspirarse en la escolástica; pero al lado de la cátedra, según la doctrina de Santo Tomás, existió la enseñanza de la filosofía escotista, y Gamarra pudo enseñar dentro de aquella unidad los principios del cartesianismo y de las ciencias físicas y naturales, conforme al pensamiento de la época. La Colonia española y católica, tuvo que ser, dentro de la unidad de aquella cultura, fundamentalmente católica, claro está, en su pedagogía.

El liberalismo mexicano no tuvo como filosofía esencial el positivismo. Los grandes jacobinos como Ramírez y Altamirano, no

fueron positivistas, pero lo fue, con honra, e instauró tal filosofía en las aulas, el doctor don Gabino Barreda, a quien el señor Juárez confió, merced a la intervención de un ilustre matemático, la organización de la Escuela Preparatoria. Esta escuela se instituyó, es verdad, dentro de un criterio positivista, pero jamás elevó a la categoría de dogma el sistema de Comte. Don Gabino Barreda profesó, como ilustre discípulo del pensador francés, el positivismo, pero jamás dogmatizó como pontífice ante las conciencias de los alumnos de la Escuela Preparatoria. Si así lo hubiera hecho, no merecería en verdad el preciado galardón que sobre su tumba ha depositado la república. La educación que nos impartió en el viejo Colegio de San Ildefonso, inspirábase en la admirable clasificación de las ciencias de Augusto Comte y en el criterio de la relatividad del conocimiento. Pero no se nos declaraban dogmas absurdos ni se nos coartaba el ejercicio del pensamiento libre. La lógica de Mill fue enseñada oficialmente por el doctor Barreda; después otros profesores enseñaron el evolucionismo de Spencer, y ninguno de estos dos grandes filósofos ingleses puede considerarse como alumno sin discrepancia del positivismo de Augusto Comte. De suerte que fue matizada y diversa la enseñanza de la filosofía, durante el coloniaje, y diversa y matizada también, durante el régimen inaugurado por Barreda.

Pero, ¿qué sabían de estas cosas quienes se arrobaban estáticos ante la bagatela zurcida adrede como engañifa desleal y absurda? Sólo se declaraba la denominación general: Catolicismo, positivismo, sin explicar el matiz de la enseñanza escolástica ni el de la pedagogía positivista. Santo Tomás de Aquino, Escoto y aun Descartes... ¡Todo es catolicismo! Comte, Stuart Mill, Bain, Darwin, Spencer, etcétera, ¡todo es positivismo!

¡Y es porque se pretendía, alevosa, mañosamente, concluir en medio de una miserable dialéctica, con la palabra tabú, con el tótem venerado en la capilla, con la denominación mágica, ante cuyo prestigio de fetiche estaban ya postrados de hinojos muchos de los imberbes o longevos congresistas!

Marxismo, se decía a cada instante, ignorándose por los mismos sostenedores de la inconexa patraña, que el marxismo es también algo matizado y diverso desde su cuna; que uno de los tres corifeos de la tendencia socialista, Lasalle, nunca fue un marxista de plano, y que hoy, el marxismo abarca un materialismo histórico, un determinismo económico, una parte del socialismo de estado, el régimen ruso comunista, y aun inspira el nacionalismo social de un Mussolini y un Hitler. Pero se piensa dedicar las cátedras de la Escuela Preparatoria a

la enseñanza del marxismo a secas, sin matiz de cultura, conforme a la "ley de los tres estados de la evolución de México", con la que se pretende orientar la educación de los estudiantes de la Escuela Preparatoria.

Acaso se dirá: no es marxismo precisamente lo que se trata de enseñar, sino socialismo. ¡Socialismo! Entonces hay que enseñar como oriente, esto es, como dirección fija de una institución, algo tan rico, tan vario, tan complejo, tan disímil, tan irreductible, que el oriente no aparecerá por ninguna parte. Inquirimos de nuestros longevos o imberbes colegas: ¿cuál socialismo? ¿El de Platón en su República? ¿El de Tomás Moro o el de Campanella? ¿El de Fourier y Saint-Simon, que el mismo Engels declaró utópico? ¿El socialismo cristiano? ¿El comunismo bolchevique?... ¡Y eso llaman orientar los incultos sostenedores de la tesis de una filosofía definida para la Escuela Preparatoria!

Yo desafío a que se me presente una tesis socialista que no haya sido objetada por un socialista, tanto, al menos, como por un crítico no socialista. Hoy, en un libro célebre, Henri de Man nos habla, como pensador de la tendencia socialista, de un sistema que se situaría "más allá del marxismo" y el revisionismo está a la orden del día en las discusiones de los socialistas europeos. Preguntamos: ¿cuál socialismo va a enseñarse y con qué derecho a los estudiantes de la Escuela Preparatoria? Véase en lo anterior cómo sólo aboga la ignorancia, no creemos de ninguna manera que sea la mala fe, porque preferimos tachar de ignaros a nuestros colegas, que de desleales y turbios en sus conciencias. Es una candorosa y pintoresca buena fe rústica la que dice: catolicismo antes, ayer positivismo y hoy marxismo. He aquí el modo de trazar las rutas espirituales de los jóvenes preparatorianos; he aquí el místico acertijo con que se quiere sustituir la educación verdaderamente orientada en el sentido de la cultura humana, por los pensadores que significan su esfuerzo supremo y definitivo: los Bergson, los Husserl, los Hartmann, los Meyerson, etcétera. Es que querrían espichar la cultura, ahogar el matiz, prohibir la diversidad, los que no son capaces de darse cuenta de que nuestro momento histórico es matizado y diverso en sí mismo y, por tanto, incapaz de dar armas para pontificar desde un solio, que solamente sostendrían los sacrosantos fueros de la imbecilidad y la ignorancia.

Hay otro sofisma aún, más relamido, más capcioso, pero igualmente inconsciente. Se dice: que en las facultades se discutan las ideas, pero que en la preparatoria se enseñe un sistema, y éste será el marxismo. Para lograr la enseñanza de la teoría que se quiere imponer

como credo se fundan cátedras de historia y de economía, porque, como dicen los autores de la tendencia: "las universidades y los institutos de carácter universitario del pais tienen el deber de orientar el pensamiento de la nación mexicana», y "el problema de la producción y distribución de la riqueza material es el más importante de los de la época».

Ya se ve por todo lo anteriormente expuesto que la preparatoria se quiere transformar en un semillero de politicastros, en una confabulación de ignorancias, en un régimen que en vez de la ciencia muestre la política; en vez de la ética, la economía, y en lugar de la patria mexicana, la incolora y absurda tesis materialista.

Pero el marxismo no se implantará en la preparatoria, y si se implantare hoy, mañana lo arrancaremos de cuajo, y la reforma nacerá marchita en su cuna, porque no habrá sido obra de la inteligencia que anhela saber, ni de la voluntad que desea obrar rectamente, sino de la política, que al escamotear la verdadera cultura a los jóvenes, les ofrece, en cambio, el ambiente de asonada, la procaz propaganda del desenfreno público y, para ludibrio de incultos de México, el sofisma en que se revuelve la saña de quienes hicieron del escalamiento de los puestos públicos una infeliz industria, la más torpe de cuantas actividades podrían ofrecerse a un hombre de bien.

Excélsior,
27 de septiembre de 1933

LÍMITES DE LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO

Vicente Lombardo Toledano

Con motivo del debate acerca de la orientación de la enseñanza universitaria se ha vuelto a discutir el alcance del derecho de expresión de las ideas. La libertad de pensamiento se siente ofendida en la persona de quienes ven en la coordinación y en el rumbo científico preciso de las cátedras -aspecto básico de la reforma escolar- una limitación arbitraria al derecho de pensar y de discurrir, inherente a toda persona y reconocido por la Constitución de la República, al igual que otros derechos, como base y objeto de las instituciones sociales.

¿No es la libertad, se dice, un privilegio del hombre? ¿No es la facultad natural que el hombre tiene de obrar de una manera o de otra, y las ideas no son el conocimiento puro, racional, debido también a las naturales condiciones de nuestro entendimiento? Admitiéndolo así, nuestra Carta Política no ha puesto más límites a la manifestación de las ideas que la moral, los derechos de tercero y el orden público. La cátedra -el más brillante de los ejercicios del pensamiento- debe ser, en consecuencia, libre, sin cortapisas, no sólo como consecuencia del derecho que la ampara y protege, sino también como homenaje a la dignidad humana. En estos o parecidos términos se alega por quienes desean que los profesores universitarios continúen como han vivido hasta hoy, en plena libertad individual de enseñanza.

¡Siglo XVIII redivivo! ¡Romántica sugestión de las palabras! ¡Falsa y sentimental interpretación del derecho! Es cierto que el individuo al que consagraron la finalidad de la vida social nuestros constituyentes tiene el derecho de manifestar libremente sus ideas; pero este derecho, como todos los de la filosofía liberal, es un derecho teórico, abstracto, que la vida misma corrige haciéndolo más humilde y más útil, despojándolo de su aspecto declamatorio y ambicioso, como si hubiera encarnado en un actor que representara para el público del universo. El individuo como tal, como componente de la sociedad humana, tiene el derecho de pensar lo que quiera y de expresar libremente su pensamiento. Mientras viva y actúe como una unidad independiente dentro del conjunto no tiene casi límites para la manifestación de sus opiniones, pudiendo obrar con ellas con la misma libertad con la que

puede elegir su trabajo o con la libertad con la que puede usar su tiempo dedicado al descanso ya sea durmiendo o jugando a la baraja. Pero, ¿cuántos individuos viven y actúan como unidades independientes dentro de la sociedad? ¿De cuántos individuos puede decirse que no necesitan compartir las ideas o los bienes que producen sus semejantes para vivir? ¿Cuántos pueden elegir libremente su trabajo? ¿Cuántos pueden disponer del tiempo destinado al descanso empleándolo en el juego, cuando no constituye éste su ocupación?

Dentro de la comunidad general hay una serie de comunidades a las que fatalmente pertenecen los individuos, y cada una de ellas tiene estatutos, principios o reglas derivadas de la función del grupo que se imponen a los que lo integran, sin coacción ninguna; pero con sanciones eficaces como la exclusión automática y natural de los elementos que dejan de vivir con los propósitos colectivos, sin que sea preciso que existan leyes emanadas del poder público, para que tales normas se cumplan. La labor individual queda, así, condicionada a la labor del conjunto del que se forma parte, ya se llame profesión, oficio, empleo o simple trabajo, y como consecuencia de este vínculo originario y fuerte surgen los límites para el individuo en otros aspectos de su conducta personal, como el de la libertad de sus ideas, y cuando la expresión del pensamiento constituye la ocupación del individuo, la libertad que éste disfruta es aún menos amplia, puesto que su labor es parte de la tarea de una comunidad o de un grupo. Así, no se concibe la permanencia de un individuo en el gremio de choferes que ejercite los derechos inherentes a su condición de hombre en estrellar los automóviles contra un muro, aunque le pertenezcan el muro y los automóviles, o que en vez de hacer prosélitos para su comunidad procure destruirla, como no se concibe a un sacerdote que, como objeto de su profesión, se dedique a negar la existencia de Dios, o a un juez de derecho que formule sus sentencias de acuerdo con una teoría moral propia, por estimar que las leyes son injustas. En todos estos casos el llamado derecho natural del individuo de expresar sus ideas se opone a sus deberes de individuo perteneciente a un grupo. Nadie lo obliga a que deje de sustentar su pensamiento como persona, como ser libre; pero debe elegir entre conservar su carácter de individuo, sin ligas con sus semejantes asociados en diversas tareas, o trabajar de acuerdo con individuos que realizan una función definida, que implica limitaciones para la libertad humana químicamente pura.

El error de los que preconizan y exigen la libertad completa de la cátedra consiste en pretender disfrutar de derechos sin admitir las obligaciones que el ejercicio de la cátedra impone. El profesor

universitario forma parte de una comunidad que tiene por objeto impartir la cultura, educar al alumno, orientarlo como hombre en formación, y este oficio le impone dos limitaciones inmediatas: la primera es la de trasmitir los conocimientos que se estiman como verdaderos por la ciencia; la segunda es la de valorizar esos conocimientos de acuerdo con el juicio aceptado por la comunidad a la que pertenece. Así como el hecho de formar parte de una comunidad significa estar de acuerdo con ella, la existencia de la comunidad supone un criterio respecto de los problemas que constituyen su objeto, de donde resulta que un modo común de ver y de juzgar en cada grupo social y un modo semejante de juzgar y de ver en cada individuo de los que forman los grupos sociales. Los choferes deben tener las mismas ideas y los mismos propósitos respecto de su gremio si quieren ser choferes; los sacerdotes lo mismo; los jueces también; así los catedráticos, los educadores, los formadores de hombres.

Los que se oponen a la reforma universitaria creen que la comunidad cultural que constituye la universidad no debe tener un criterio definido respecto de su función educativa, y también que los profesores que la integran no tienen límites en la expresión de sus ideas. Esta creencia equivale, en suma, a negarle a la universidad su personalidad, que es, como la de todo grupo, diversa de la de los individuos que la forman, y a señalarle como característica el no tener ninguna. Por eso la universidad no ha sido hasta hoy sino una asociación jurídica de escuelas e instituciones en vez de ser una comunidad ideológica y moral que persiga un ideal preciso como meta de su labor educativa. El hecho al que aludieron los licenciados Mariano Nagore y Manuel Gómez Morín -el primero en el Congreso de Universitarios y el segundo en un artículo publicado en esta misma página la semana anterior- de que yo no sea un desorientado en la vida, a pesar de que no había orientación en la Escuela Preparatoria en la época en la que fui estudiante, no prueba nada en favor de la ausencia de una doctrina social en ese establecimiento: si hubiera existido en ese tiempo y si tal teoría se hubiera acercado siquiera a la explicación exacta de la organización social de nuestro país y del mundo, me habría ahorrado la escuela largos años de rectificación a mis conocimientos científicos y filosóficos que retardaron mi orientación definitiva ante la vida, y la tortura de desacreditar paulatinamente para mí mismo muchos de los principios escuchados en las aulas. Si la vida ha de rectificar a la universidad en vez de que ésta por lo menos interprete la vida, triste y pequeña será la obra de nuestro centro más alto de orientación humana.

Los límites de la libertad de pensamiento del que imparte la cultura son evidentes; un comerciante puede creer y afirmar que la población de la Tierra proviene de Adán y Eva, pues su oficio no consiste en orientar al que estudia sino en vender y comprar mercancías; pero un catedrático no puede sustentar la teoría del monogenismo porque es falsa y, si la afirma ante sus alumnos, los está defraudando lo mismo que a la comunidad a la que el catedrático pertenece. Un músico puede creer que existe una diferencia esencial entre la materia y la energía; pero un profesor de física no puede afirmar ese error científico en su condición de catedrático, y si lo cree debe dejar la enseñanza para buscar otra ocupación en la que no dañe a sus clientes. Un caballero de la Legión de Honor puede creer y afirmar que los "aliados" defendían la causa de la civilización en la Guerra Europea; pero un catedrático no puede decir lo mismo si es que quiere enseñar científicamente la historia. Un productor de zapatos puede explicar a sus agentes de ventas las diversas teorías acerca de la reorganización de la sociedad contemporánea y abstenerse de opinar respecto de la doctrina mejor de entre las que existen; pero un catedrático no puede limitarse a exponer las opiniones y los programas morales y políticos, pues su misión no consiste sólo en trasmitir el conocimiento sino también en valorizarlo. Un banquero puede dar una serie de conferencias a sus amigos y admiradores para convencerlos de que el régimen capitalista debe mantenerse; pero un catedrático no puede hacer lo mismo porque su opinión sería contraria a los principios científicos confirmados por la experiencia.

El que enseña, el que educa, el que orienta, está obligado a presentar a sus alumnos no sólo las doctrinas y los hechos pasados, sino también la posible verdad del futuro. Y esta obligación se refiere no sólo al catedrático, sino a la comunidad de enseñanza formada por los profesores. Orientar, adoptando un criterio congruente y armonioso en todas las enseñanzas, no quiere decir que sólo se enseñe una opinión o una doctrina; significa que, agotando en lo posible el conocimiento, se juzgue de lo que se sabe. Sin juicio no hay orientación, y no puede haber juicio en donde existen diversos juicios que se destruyen entre sí mismos.

La urgencia de poner la conducta individual al servicio de un ideal colectivo preciso está transformando rápidamente a las escuelas de todo el mundo en instrumentos de la teoría social que se cree buena; el Estado vuelve a presidir las corrientes del pensamiento social: escuelas fascistas y escuelas socialistas sirven a ese propósito; la vieja escuela liberal, en donde todavía existe, sigue dando tumbos entre los términos

sonoros y abstractos de Hombre, Bien, Justicia y Cultura, con mayúsculas, como meta inasequible de su aparente objeto, sin romper el cordón umbilical que la ata en la penumbra a la clase social dominante. Pero sigamos hablando de la libertad de cátedra en México; la vida enseñará a los intelectuales de esta generación que, el que no reciba una orientación previa, la recibirá después en forma dramática.

El Universal,
27 de septiembre de 1933

EL MARXISMO Y LA UNIVERSIDAD CONTEMPORÁNEA

Antonio Caso

A pesar de toda su trascendencia social contemporánea nunca podrá contarse a Marx entre los grandes filósofos de la humanidad. En metafísica, su sistema se halla desprovisto por completo de originalidad. Es el materialismo combinado con la dialéctica de Hegel, en síntesis inconsistente, por no decir absurda. Su ética la constituye ese anhelo judío primordial de dar la mano a todo lo bajo, a todo lo caído, a cuanto sea mezquino y numeroso, para exaltarlo a la cima donde sólo pueden aspirar el aire puro los optimates de la inteligencia y de la voluntad. Parece a esta raza, que tan luminosos ingenios ha proporcionado, y sigue proporcionando, a la humanidad, que todo hay que igualarlo, haciendo ascender, a costa de los superiores, a las masas desprovistas de conciencia y dignidad. Por esto ha podido escribir, con antipático espíritu de profético, característico del desenfreno ruso, Nicolás Berdiaeff: "El socialismo tiene un carácter mesiánico. El nuevo Israel es el proletariado. Todos los atributos del pueblo elegido de Dios le están conferidos. Debe ser el libertador y el salvador de la humanidad, debe realizar el reino de Dios sobre la tierra. Así se reproduce, en una hora tardía de la historia, el antiguo espíritu milenario hebreo, bajo una forma seglar". Toda la ética de Marx confluye en este mesianismo de clase, y pretende lograrlo exaltando a los que nunca, antes, tuvieron historia; porque como muy bien anota el gran historiador alemán Meyer, en la historia, las masas no cuentan. Así, por ejemplo, en la Batalla de Wagram, lo importante es el plan estratégico que determinó el hecho de armas, el número de muertos es un dato estadístico secundario, que sirve únicamente para fijar las proporciones del combate. Sólo puede tener historia lo individual. El número es un dato demográfico, no histórico.

Pregonar hoy un materialismo, ya fuere ontológico, psicológico, moral, histórico, económico o religioso, es absolutamente imposible. La evolución científica contemporánea niega el materialismo, por la sencilla razón de que la materia, en los laboratorios, se vuelve energía. A la hipótesis newtoniana de la luz como emanación de partículas luminosas se sustituye la hipótesis de un movimiento ondulatorio que se propaga en el éter, y las ondas luminosas no son sino casos

particulares de movimientos ondulatorios, como las ondas eléctricas. El átomo está compuesto de un centro cargado de electricidad positiva, y de unidades incomparablemente más pequeñas, los electrones, cargados de electricidad negativa, que gravitan en torno de los iones positivos. La fuerza de cohesión y la afinidad química débense a atracciones recíprocas, que se ejercen en campos magnéticos y eléctricos. En el fondo de la realidad existen elementos infinitesimales de energía eléctrica, los quanta, que engendran todos los fenómenos físicos y químicos. En el centro del universo parece existir una espontaneidad, un indeterminismo esencial.

¿Qué valor podría tener ante esta ciencia de hoy la pesada, la burda hipótesis materialista? No hay materia sin fuerza. Esto se ha confirmado plenamente. La materia es fuerza; pero cuando los materialistas afirman que no hay fuerza sin materia, habrá que responderles que nada pueden saber al respecto. En otros sectores de la realidad, diversos del que comprobamos por medio de nuestros sentidos, puede haber fuerzas de esencia inmaterial, tan inmaterial como las ideas. La ontología materialista es el capítulo más desprestigiado del pensamiento filosófico.

Marx interpreta la historia como una lucha de clases. Esto está bien en un hegeliano contemporáneo de Darwin, que en todo ve contradicciones y lucha; pero la vida social no sólo es lucha, es también cooperación, indisolublemente cooperación y lucha. Por largos siglos, que al sucederse causan vértigo, las sociedades del Egipto y el Indostán vivieron cooperando pacíficamente bajo el régimen de castas, y así produjeron las maravillas de su cultura en la religión, el arte y la filosofía. El pechero necesitaba del señor feudal para ser, como éste de aquél. Sin el castillo del señor, el campo no habría podido labrarse. Las sociedades sin guerreros y sin sacerdotes son estúpidas. Claro es que no podría vivir el señor sin el siervo; pero tampoco el siervo sin el señor. Espartaco es un signo de los tiempos en la historia de Roma. Las rebeliones de los esclavos son universales; pero jamás la humanidad podrá vivir sin adueñarse de algo. Primero el hombre se adueñó del hombre; después la bestia libertó al esclavo; luego, con el esclavo y la bestia, se labró el campo. La esclavitud, el pastoreo y la agricultura hicieron posible la civilización; pero la inteligencia humana siguió en la búsqueda de nuevas fuerzas que esclavizar, así como el primitivo se sirvió del fuego, los hombres del siglo pasado sirviéronse del vapor y la electricidad gracias a la máquina. Para mover las máquinas se necesitó de nuevos esclavos, y al congregarse éstos en las grandes usinas, tomaron conciencia de su clase y se emprendió la reivindicación proletaria, que debe ser considerada dentro de la justicia, pero que

nunca tendrá derecho de subordinar a su mesianismo de clase el supremo interés de la cultura humana. Marx, en El capital, ofreció a los proletarios un ideal de reivindicación, interpretando la historia entera de la humanidad, no como cooperación, sino como conflicto. No obstante, ¿qué lucha podría emprender el proletariado sin cooperar? He aquí el lema célebre, que declara no lucha, sino unión: "Proletarios del mundo, uníos". Por tanto, una filosofía de la historia que sólo la concibe como lucha, es un magnífico y mesiánico absurdo.

El otro elemento de la filosofía de la historia debido a Marx es su idea de que lo fundamental en la cultura es lo económico, y todo lo demás, reflejo y derivación. Piensa que la historia obedece a las modificaciones de la *utilería* en la producción de la riqueza social. La técnica sería el nervio de la evolución histórica. Todo lo demás: religión, familia, derecho, Estado, ciencia, artes, costumbres, se construiría como otras tantas prolongaciones diferentes, sobre la base de la *utilería* de la producción. Esto va contra la verdadera ontología social; porque desconoce los demás valores sociales diversos del económico. El mismo problema llamado por antonomasia social es tanto un problema económico, de renta, como jurídico, es decir, de justicia y moralidad. Nada podría reivindicar el proletariado si no tuviera fuerza; pero tampoco nada si no tuviera justicia.

Dentro de las ciencias económicas, dice el ilustre filósofo alemán Sauer, la economía es, a no dudarlo, el tema central, como lo es la materia dentro de la ciencia natural; pero en el mapa general no pueden pretender ocupar más que un puesto secundario. *El desprecio de los restantes bienes culturales, los más elevados, es uno de los errores más funestos del sistema marxista y de su realización por el Estado bolchevique*. La experiencia de muchos siglos enseña que la historia la van haciendo los estadistas, los generales, los reformadores, los inventores, los investigadores, etcétera, tanto las grandes personalidades aisladas como los movimientos colectivos, muchas veces contra las conveniencias económicas, y casi siempre prescindiendo de ese orden de consideraciones. Ciertamente, el marxismo ha comprobado su teoría con sus propios actos; las crisis surgidas a su conjuro han llevado a la economía a una situación de preponderancia insoportable. *A pesar de lo que afirma el marxismo, la historia no ha consistido en luchas de clases, pero desde la aparición del marxismo ha consistido, más de lo que fuera necesario, en luchas de clases, porque los agitadores* (poniéndose en contradicción con la pura doctrina marxista) *han excitado los más bajos instintos de la masa*.

Ésta es la tiránica teoría de clases, la *ideología*, como dicen copiando a sus maestros europeos los disparatados "*marxistas criollos*",

que trata de imponerse como Inquisición del pensamiento en las aulas de la universidad. ¿Qué opina del caso el rector Medellín? ¿Cómo piensan al respecto los directores de las facultades universitarias? ¿Se solidarizarán con el mesianismo de clases? ¿Aboliremos en la Facultad de Filosofía y Letras la libertad de pensamiento? ¿Cesará de inspirarnos en las cátedras de filosofía la majestad augusta de la Academia Platónica? ¿Ya no discutiremos peripatéticamente por los amplios claustros de San Ildefonso? ¿Hemos de renegar del espiritualismo de Descartes, de Pascal, de Malebranche, de tantos otros ingenios peregrinos que son lustre y ornato del humano entendimiento? ¿El idealismo de un Kant, de un Fichte, de un Hegel, se van a trocar por tanta miseria?

¿No oiremos el grito estridente y magnífico de Zaratustra que nos muestra al superhombre como sentido profundo de la tierra? ¿Será todo esto ideología burguesa y maldita? ¿Y las palabras de perdón de Jesucristo se desterrarán de la conciencia de los universitarios mexicanos?... ¡Entonces yo reniego de esa proterva universidad enemiga de la cultura humana, y procuraré combatirla con todas las armas que a mi mano se encuentren; porque lo único que distingue al hombre del rebaño es la luz de la inteligencia, la pureza del sentimiento y la energía de la voluntad, que sirven de vehículo al bien.

Pero es más; del mismo modo que el *Contrato social*, de Rousseau, cesó de tener importancia una vez realizada la Revolución Francesa, *El capital* de Marx ya no reviste el interés que tuvo cuando causó la Revolución Rusa. Estamos «más allá del marxismo». Ahora, el socialismo se combina en todas partes con un enérgico movimiento nacionalista. Nuestra Revolución tiene un perfil propio, y debe desembocar en un gobierno enérgico, de amplio sentido social; en un nacionalismo social. Esto es lo que ha realizado en Italia Mussolini; lo que hoy pretende lograr Hitler en Alemania. A ello mismo obedece la actitud del presidente Roosevelt en Estados Unidos. Recuérdese que la Guerra Europea produjo la exaltación del principio de las nacionalidades, a la vez que desarrolló el socialismo. Así surgieron a la vida Polonia, Estonia, Lituania, y se desmembró el Imperio Austro-Húngaro en varias naciones independientes. Para hablar como Hegel: la tesis es el desarrollo del nacionalismo; la antítesis, el desarrollo del marxismo bolchevique; la síntesis, el nacionalismo social. ¡Que el oriente de la universidad sea el nacionalismo social mexicano, y no las teorías que se baten en retirada dentro de las vicisitudes del momento histórico que alcanzamos!

Excélsior
29 de septiembre de 1933

LO QUE VA DE AYER A HOY

Antonio Caso

"Ayer maravilla fui..."

Recuerdo el instante como si aún no transcurriese... ¡Tan próximo está!... Fue en el Aula Justo Sierra de la Escuela Nacional Preparatoria. En torno a la gran mesa que ocupa el sitio de la cátedra, al fondo del salón, nos hallábamos reunidos, bajo la presidencia del señor rector, don Roberto Medellín, quienes constituimos la junta directiva del Congreso de Universitarios Mexicanos. A la derecha del presidente de la asamblea, que lo fue el propio rector, se me cedió un asiento; a mi diestra, a su vez, hallábase el señor rector de la Universidad de Guadalajara, que había pronunciado, días antes, en el acto de inauguración, ante el gobierno de la República, una cálida oración de subido tono marxista; a la izquierda del señor Medellín, en sendos asientos como los nuestros, situábanse don Julio Jiménez Rueda, secretario de la Universidad Autónoma; don Vicente Lombardo Toledano, director de la Escuela Preparatoria, y don Mario Souza, secretario particular del señor rector de la Universidad de México.

El único disidente de los circunstantes fui yo mismo, al proponer que la universidad no hiciese la declaración de ningún credo, y salvara de este modo su personalidad moral, sólo atenta a la investigación y la enseñanza, fines culturales que le competen por su esencia.

Frente a mi tesis, que se desechó por la mayoría de los señores congresistas, aprobó la asamblea la declaración de marxismo que todo el mundo conoce. Más tarde, se celebró la unanimidad de pareceres con un convivio que no sería precisamente platónico, dado que la filosofía en él imperante y loada no fue, acaso, la del gran discípulo de Sócrates, sino la de Demócrito de Abdera, uncida al pegaso de la dialéctica hegeliana. Todo parecía desenlazarse en muelle y beatífica serenidad... La ausencia señalaba al disidente como anatematizado, como hombre de un ideario ya vencido y superado, gracias a la flamante «ideología» del año de gracia del señor de 1848. Sería de ver el alborozo en los semblantes de jóvenes alumnos bolcheviques y catedráticos encanecidos en el estudio de los arduos problemas sociales. En la capital de la república se habían dado cita, trayendo la buena nueva desde los

cuatro puntos cardinales, y ya regresarían de nuevo a sus moradas próximas o lejanas, conscientes de haber "unificado" la "orientación" de las universidades y academias de México. Porque si la universidad fue católica en la Colonia y positivista al triunfo de la Reforma, ¿qué otra cosa podrá ser hoy, sino marxista? Ésta es la lógica evolución de la realidad que nadie podrá destruir nunca, como que se halla tramada con dialéctica hegeliana y materialismo histórico.

Ya teníamos dogma para rato, y no sólo dogma, sino brújula, certera brújula que marcaría, indefectiblemente, el polo de la cultura nacional. ¡Qué bella armonía preestablecida en las conciencias efusivamente conmovidas con la amplitud del magno suceso! Algo místico flotaba en el ambiente intelectual del congreso; pero no un misticismo medieval trasnochado y espiritualista, sino un misticismo contemporáneo de la tecnocracia y el socialismo...

"Y hoy sombra mía no soy"

No esperaba, en verdad, que tan pronto me ofreciera la realidad de la vida social, cumplida confirmación de mi tesis sobre la necesidad de la libertad para el auge de la cultura. Los sucesos supervenientes a la sesión del Congreso de Universitarios que he referido prueban con creces que es imposible apartar la libertad del pensamiento. Ambos se implican mutua y recíprocamente, y aun los mismos que negaren postulado tan incontrovertible, habrán de ser los que lo confirmen, a su pesar. Dije en un artículo anterior: "Acaso se dirá, no es marxismo, precisamente, lo que se trata de enseñar, sino socialismo. ¡Socialismo! Entonces hay que enseñar como oriente, esto es, como dirección fija de una institución, algo tan rico, tan vario, tan complejo, tan disímil, tan irreductible, que el oriente no aparecerá por ninguna parte". He aquí cómo, antes de que terminen las discusiones universitarias, ya principiaron las disputas acerbas entre las mismas personas que me rodeaban en torno a la cátedra, del Aula Justo Sierra.

El señor rector Medellín publicó, hace unas cuantas horas, un largo documento describiéndonos las mil y una especies de posiciones socialistas que, a su entender, se pueden considerar; desde las encíclicas del pontífice León XIII, hasta los arrebatos épicos del bolchevismo. Esto lo hacía, seguramente, el señor rector para demostrar que, si él aceptó las conclusiones del Congreso de Universitarios Mexicanos, tenía amplio campo donde elegir el socialismo conveniente a la prudencia y la mesura que han de guiar siempre los pasos del jefe intelectual de una gran comunidad espiritual. La prudencia es, de todas virtudes,

la más alta; porque es, por antonomasia, la virtud donde esplende la inteligencia. Este documento honra tanto a la suprema autoridad de nuestra institución como a su digno secretario, don Julio Jiménez Rueda. De las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, yo prefiero, sin duda, la primera, que exhibe el *nus anaxagorico*. Pero el señor rector de la Universidad de Guadalajara, que es un brioso adalid del pensamiento marxista puro y sin mancha preferirá, seguramente, entre todas las virtudes paganas, la fortaleza, y por esta causa, tal vez, ha dirigido a su colega de México cierto párrafo que transcribo de una nota oficial, que dice a la letra: "Por lo demás, la *palinodia* que están entonando el señor Medellín y sus amigos, como puede que dé resultados de rectificación en México, puede que no los dé. Pero esto no querrá decir, en manera alguna, que la provincia tenga que marchar a compás de lo que allá se resuelva..." "La *Universidad Tapatía* debe dar el ejemplo que la nacional tiene miedo de poner". Ya se ve claro, cómo teníamos razón al afirmar que el señor rector de la Universidad de Guadalajara prefiere la fortaleza a la prudencia. Y, ¿qué prueba todo esto, sino que yo estaba en lo justo al afirmar que el oriente no aparecería por ninguna parte? Es que los magos no siguen la misma estrella, y mientras Baltasar opta por el marxismo, Gaspar se escuda tras las encíclicas de León XIII.

¿Y Melchor?... Don Mario Souza, secretario particular del señor rector, presentó su dimisión, porque es del parecer del rector de Guadalajara y no del de México. En este instante confieso que no es mucha la armonía preestablecida. Por otra parte, los profesores comunistas de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales tampoco estuvieron de acuerdo con la forma del socialismo que acepta el señor director de la Escuela Nacional Preparatoria, don Vicente Lombardo Toledano. Todo lo cual hace ver que quien propuso ante el congreso la tesis de la libertad de pensamiento, es el único que tuvo razón; por más que en el instante de la asamblea no quisieron sus colegas concedérsela. ¿Qué otra cosa se pone en claro por las discusiones habidas entre las distinguidas personas que me rodeaban en el Aula Justo Sierra...? Es que las teorías equivocadas pronto producen frutos que las niegan. Entonces los hombres de bien han de volver sobre sus pasos y mudar de actitud; pero frecuentemente no pasa así, porque, como dice Bacon: "El entendimiento humano, en virtud de su natural condición, se inclina a suponer en las cosas más uniformidad, orden y regularidad de los que realmente en ellas existen".

Me refería mi abuelo una anécdota que viene de perlas tratándose de las disensiones entre universitarios; aunque no me atrevo

a referirla sin pedir perdón, antes, por equiparar a gente rústica con sabios. En los episodios de las luchas del Imperio y la Reforma, una partida de gente guerrera ya servía bajo la enseña de los conservadores o se cruzaba por la libertad. Como el buen señor diera un día de manos a boca con alguno de los soldados volubles, le dijo: -"Oye, Anselmo, ¿cómo es que ahora andas con los 'mochos', si antes te vi con los 'chinacos'? En cambio, he observado que algunos de tus compañeros permanecen fieles a su bandera". Y el campesino repuso: —"Siñor amo: semos los mesmos, pero estamos devedidos".

Excélsior,
2 de octubre de 1933

FASCISMO UNIVERSITARIO

Vicente Lombardo Toledano

Del aluvión de razones, protestas, calumnias e insultos, verbales y escritos, que ha despertado la reforma universitaria, hecho importante porque ha logrado que la clase intelectual del país se interese por primera vez en un problema, como grupo social, y que el pueblo inculto pueda juzgar a los intelectuales en su exacto valor, tanto por su modo de argumentar como por su manera de expresarse. De este torrente de ideas y pasiones, unas limpias y muchas turbias, he extraído los siguientes principios que tienen el valor aparente de proyectiles eficaces en contra de la reforma; el resto del aluvión sigue su curso como todos los desagües.

Primero. Siendo la Constitución de la República un estatuto individualista y liberal, y la Universidad una institución que realiza, en nombre del Estado, la función de impartir la cultura superior, no puede esta última adoptar un criterio de enseñanza contrario al régimen liberal e individualista que preside la Carta Política del país.

Segundo. No puede darse a la enseñanza universitaria una orientación socialista porque todo régimen económico y social crea su propia cultura: a un régimen burgués corresponde una cultura burguesa y un régimen socialista creará su propia nueva cultura. Siendo el régimen actual de México un régimen burgués, mientras no llegue el régimen socialista la cultura mexicana tendrá que seguir siendo burguesa. Creer lo contrario es postular una tesis antimarxista.

Tercero. La Universidad debe obtener su completa autonomía, económica y técnica, para que el proletariado pueda influir en ella y entonces prepare a la juventud para que contribuya a las luchas sociales, en el terreno de la cultura, al lado de la masa trabajadora.

Cuarto. La anarquía de las ideas de los profesores universitarios es innegable. Debe establecerse un sistema que las coordine, pero que garantice la libertad de cátedra.

Quinto. El materialismo filosófico, histórico, moral o religioso, es una doctrina desacreditada. El progreso científico demuestra que la materia es energía y que lo inmaterial es la esencia del universo, en cuyo centro parece existir una espontaneidad, un indeterminismo esencial.

Sexto. El materialismo histórico es absurdo; es la tesis de un judío que quiere dar la mano a todo lo bajo, a todo lo caído, a cuanto sea mezquino para exaltarlo a la cima donde sólo pueden aspirar el aire puro los optimistas de la inteligencia y de la voluntad. Las masas, desprovistas de conciencia y de dignidad, no cuentan en la historia. Marx pretende exaltar a los que nunca han tenido historia. Sólo puede tener historia lo individual.

Séptimo. El desprecio de los bienes culturales más elevados es uno de los errores funestos del sistema marxista.

Octavo. En esta hora de la vida humana estamos más allá del marxismo. El socialismo se combina en todas partes con un enérgico movimiento nacionalista, como en Italia, Alemania y los Estados Unidos. Nuestra Revolución —la mexicana— tiene un perfil propio y debe desembocar en un gobierno enérgico, de amplio sentido social; en un nacionalismo social. "¡Qué el *oriente* de la universidad sea el nacionalismo social mexicano!"...

Voy a referirme en esta ocasión al "nacionalismo social mexicano" como *oriente* de la Universidad. En otros artículos comentaré los demás principios extraídos del aluvión.

La tesis es del maestro don Antonio Caso. Afirma que la Guerra Europea produjo la exaltación del principio de las nacionalidades, a la vez que desarrolló el socialismo, y empleando el lenguaje de Hegel, declara: "la tesis es el desarrollo del nacionalismo; la antítesis, el desarrollo del marxismo bolchevique; la síntesis, el nacionalismo social", y concluye preconizando el fascismo como teoría para la Universidad de México. (Artículo titulado "El Marxismo y la Universidad Contemporánea", publicado en *Excélsior*, el 29 de septiembre próximo pasado.)

Llama desde luego la atención que el maestro Caso sostenga el "nacionalismo social" como doctrina de la Universidad y que, al mismo tiempo, proponga, en contra de la tesis aprobada en el Congreso de Universitarios, que "la Universidad –como comunidad cultural de investigación y de enseñanza– jamás preconizará oficialmente, como personal moral, credo alguno filosófico, social, artístico o científico". (Primera proposición de su iniciativa ante el Congreso, 14 de septiembre.)

¿Debe tener la Universidad una orientación social o no debe tenerla? Como las dos opiniones del maestro se excluyen, creo que por razón de la fecha en que cada una fue formulada debe entenderse que la última es la que representa su pensamiento vigente. En consecuencia, quedamos en que la Universidad sí debe tener una orientación. El problema se reduce, pues, a saber cuál doctrina debe susten-

tar para que la institución pueda orientar, a su vez, a los estudiantes mexicanos.

Veamos ahora qué es el "nacionalismo social"; veamos si representa, como el maestro cree, la síntesis entre el nacionalismo y el socialismo, y qué significaría esta doctrina en nuestro país como meta de la cultura y como régimen económico y moral de México.

El "nacionalismo social" por excelencia es el fascismo italiano. Éste sirvió de modelo a Hitler en Alemania para organizar el régimen equivalente; fue el que inspiró a Primo de Rivera en España hace unos cuantos años, a un grado tal que el rey Alfonso hizo un viaje especial a Italia para presentar al "Mussolini español" ante el auténtico. Es el que inspira, de más o menos cerca, a todos los gobiernos o fuerzas sociales que controlan los diversos países del mundo, es decir, los países de organización capitalista, de tal modo que uno a uno tienden hacia el fascismo cuando los que los guían son los mismos intereses económicos que han gobernado dentro del sistema burgués clásico. De este simple hecho, de la observación de la nueva forma adoptada por el capitalismo, se infiere que no hay diferencia sustancial entre el nacionalismo basado en el individuo, en la libertad económica y política, y en el monopolio por una minoría social de los instrumentos de la producción, consecuencia de los principios anteriores, y el control por el Estado de la economía y de las actividades de los individuos, estructura del fascismo, pues lo que caracteriza al régimen burgués de la preguerra como al "nacionalismo social" es el privilegio económico, político y ético, de una clase –la burguesa– a costa de la clase obrera que sigue viviendo con los límites férreos que implica su salario como patrimonio único. El fascismo o "nacionalismo social" no es sino el paso franco de la burguesía hacia el gobierno ostensible de los pueblos, obligado por el fracaso del sistema democrático que, como todos los medios indirectos del poder, resulta inútil en los momentos de peligro en que el apoderado no puede servirle con éxito al poderdante. Dentro del régimen liberal, individualista, como todos lo saben, los que gobiernan no son los ciudadanos, los individuos, sino los poseedores de la tierra, de las fábricas, de los transportes, del crédito, los detentadores de las fuentes y de los medios de la producción económica que utilizan la ficción de la representación popular manteniendo en el gobierno a personas que sirven a sus intereses principales, permitiendo sólo, para completar la ficción, las libertades que no pueden dañarlos seriamente. Pero este sistema es muy complejo, caro y difícil de manejar y como las muchedumbres atribuyen con gran sencillez de pensamiento sus dificultades a las formas políticas, el capitalismo ha

creado una nueva forma de gobierno que lo afianza en el dominio de las masas y, al propio tiempo, exalta la esperanza deshecha de ellas, ofreciéndoles una pequeña porción más de pan. Les quita, en cambio, toda posibilidad de protesta o de defensa legal de sus intereses de clase, que poseían al menos teóricamente en el sistema democrático: toda huelga es ilícita, toda manifestación pública de descontento es punible, todo juicio en contra del régimen es delictuoso. El fascismo asocia obligatoriamente, por la ley, a los obreros con la organización patronal del Estado, y les impone férreamente sus deberes, los mismos de antes: trabajar para la clase capitalista a cambio de pequeñas ventajas materiales completadas con una gran liturgia de carácter y de fondo religioso, para mantener vivos su pensamiento y sus emociones, desviándolos de propósitos revolucionarios. Resurge, así, el Estado-Iglesia del siglo XVI en España: el Estado al servicio de una institución que posee y administra los bienes materiales y espirituales del hombre, para provecho de ella misma, para conservar el poder que tiene. Y dentro de este régimen no caben los heterodoxos, los librepensadores, los inconformes; la Inquisición y todo el organismo burocrático tienen por objeto mantener la pureza del dogma político y la solidez de la propiedad en manos de la clase dominante.

Con las diferencias naturales de la época, el fascismo, el "nacionalismo social", es la nueva forma de la vieja dictadura económico-espiritual del Estado español del Renacimiento. Hoy resalta más que hace cuatrocientos años el aspecto de dictadura económica en el Estado fascista, como entonces resaltaba el carácter de dictadura espiritual en el Estado-Iglesia, pero el amo de éste fue el mismo al que hoy sirve el "nacionalismo social". Lo único que ha ocurrido es que la clase dominante ha continuado su táctica congénita de transformarse constantemente para poder sobrevivir. "La burguesía, dicen Marx y Engels, no existe sino a condición de revolucionar todas las relaciones sociales. Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha estado acompañada de un progreso político correspondiente". Para quienes viven en México acariciando todavía la libertad: la libertad cívica, la libertad de pensamiento, la libertad de cátedra, ¡qué bien encaja el fascismo como *oriente* de nuestra Universidad! El fascismo es la dictadura burguesa sin la piedad y los límites de la democracia declamatoria y romántica. Es la realidad social sin careta y sin las debilidades que a veces surgen del sentimentalismo humano. Es el trabajo obligatorio para una clase social pequeña en número, pero grande en poder; es el servicio militar obligatorio para defender a esa clase; es el pensamiento obligatorio que justifica, protege y aplaude a esa clase social.

En México el pueblo ha servido a una clase privilegiada desde el régimen de los aztecas hasta hoy, pero el "nacionalismo social", el fascismo mexicano, sería aún más cruel, despiadado y humillante que las dictaduras benévolas de los últimos tiempos, en las que las mayorías han podido moverse con cierta libertad y proponer reformas al régimen. Dentro de los gobiernos de la Revolución ha habido, y hay, hombres que creen en que la Revolución no se ha hecho todavía y en que debe hacerse. En un régimen fascista no habría sino dictadura cerrada en provecho de la burguesía, con una moral fascista, clerical y una escuela fascista, con su camisa blanca, azul o gris. La dictadura histórica de México se convertiría en dictadura por la ley, en dictadura institucional, que quemaría los libros de la física, de la biología, de la psicología y de la historia modernas.

Dentro del "nacionalismo social" sólo cabrían en México los conservadores en política, filosofía, historia, ciencia. Parece, pues, que lo que preocupa a los enemigos de la reforma universitaria, no es tanto la libertad de cátedra cuanto la libertad de seguir siendo conservadores; sólo así se explica que se preconice el "nacionalismo social" como *oriente* de la Universidad mexicana.

La orientación socialista es un principio en beneficio de la masa del pueblo; la orientación fascista es una orientación en provecho de la clase minoritaria del país. Los dos caminos están ante nosotros. Cada quien ha elegido ya el suyo, públicamente o en silencio. Algunos han elegido el camino fascista en espera de cambiarlo por el otro cuando el del socialismo no sea vereda como hoy, sino carretera revestida de cemento. Otros quizá intenten caminar por la vereda con la esperanza de que algún ciclón político la destruya. Pero todos estamos andando, que es lo importante.

El Universal
4 de octubre de 1933.

LAS DOS NOBLES HERMANAS *

Antonio Caso

En la asamblea de la Academia de la Facultad de Filosofía y Letras, celebrada el martes pasado, tuve la honra de que los señores académicos, profesores y alumnos suscribieran, por mayoría absoluta de votos, las dos proposiciones que rechazó el Congreso de Universitarios Mexicanos, en las que se contiene la afirmación rotunda del principio de la libertad de la cátedra opuesto al sectarismo marxista. Por tanto, la academia se sirvió dictaminar que: "la Universidad de México es una comunidad cultural de investigación y enseñanza y jamás preconizará, oficialmente, como persona moral, credo alguno filosófico, social, artístico o científico. Además, cada catedrático expondrá, libre e inviolablemente, sin más limitaciones que las que las leyes consignen, su opinión personal filosófica, científica, artística, social o religiosa".

Entre los profesores que optaron por la tesis aludida se hallan: los ilustres filólogos don Francisco de P. Herrasti y don Pablo González Casanova, el arquitecto don Carlos Lazo, el naturalista doctor Guillermo Gándara, el abogado don Ignacio Bravo Betancourt y los alumnos don Manuel Cabrera, don Alfonso Solórzano, doña María de los Ángeles Serrato, don Ángel Miranda, don Agustín Anfossi y el distinguido profesor normalista don Juan B. Salazar. Encabezó el sufragio en pro el doctor don Enrique O. Aragón, quien, por su entusiasmo hacia la tesis de la libertad de la cátedra merece, como el abogado don Rodulfo Brito Foucher, bien de la república.

El fausto suceso del acuerdo de ambas facultades universitarias de jurisprudencia y filosofía me sugiere el diálogo que enseguida copio:
La Filosofía: Hermana mía muy amada: ¿sabes el ultraje que me tenía dispuesto el instante doloroso que vivimos? Un congreso de universitarios mexicanos, quizás desprovisto de autoridad intelectual y moral, se reunió hace poco en la capital de la república para concebir la aciaga tesis de amordazar inquisitorialmente el pensamiento, imponiendo en las aulas de la universidad la enseñanza oficial del materialismo histórico. Se pretendió resucitar la Edad Media, pero no

* Reproducido después en *Nuevos discursos a la nación mexicana*.

con la nobleza del ideal cristiano que sostuvo la supremacía del poder espiritual, edificó la maravilla de las catedrales góticas y se cruzó, en un rapto de fe, rumbo al Oriente. Se quiso dogmatizar formulando el monismo de la identidad esencial de los fenómenos del universo, la teoría derrotada en la especulación contemporánea, que acaudillan mis más caros adeptos, los Bergson, los Scheler y los Husserl...

La Jurisprudencia: Hermana mía: mayor agravio que tú he recibido. Los inquisidores marxistas sostuvieron que yo habría de enseñar, tú me dirás cómo, la peregrina teoría de una ética basada en la naturaleza de un derecho que ignora el mundo de los valores, de una economía que se sustenta a sí propia y se erige en el último fin de la cultura humana. Ante tales absurdos a ti recurro, congojosa y atribulada, en demanda de auxilio. Contempla mi angustia y ayúdame a arrojar a los mercaderes del santuario.

Filósofos sin ciencia y sin conciencia, que más bien creo que te ofenden a ti, no obstante hallarme ya tan agraviada.

La Filosofía: Leía yo a Platón, hermana, cuando nos relata en el *Parménides* el imperio de las *ideas* eternas, que subsisten por sí mismas como formas independientes del mundo material, y que, desde su solio de diamante, rigen como modelos perdurables la vida transitoria y voluble. De pronto, un humo negro ascendió de la tierra y era osado a empañar el brillo de las *formas*. ¿Cómo enseñaría yo los principios universales del ser en las cátedras de metafísica si el materialismo quería por sí solo el augusto recinto de la escuela? Y una larga y luminosa sucesión de grandes ingenios condenaba, siguiendo a Platón, la zafia doctrina invasora: Aristóteles, Plotino, San Agustín, Santo Tomás, Descartes...

La Jurisprudencia: Pero, al fin, si a ti te impedían pensar a mí me querían impedir obrar el bien. Negaban mi esencia, reían de la justicia. En vez de derecho, lucha; en lugar de amor, odio. Porque decían, a cada paso, lucha de clases; pero yo bien comprendía lo que indicaban en su resentimiento: odio de clases. Y pensé: México va a desbaratarse el día que la insana pasión del odio de las clases se sustituya a la cooperación de los ciudadanos para el auge de la república.

La Filosofía: No sólo nosotras fuimos agraviadas, también nuestra hermana mayor la historia. El sucederse de los acaecimientos en el tiempo habría de explicarse sólo por acción de las masas. Se anhelaba la «rebelión de las masas». Esto es, la negación de la individualidad creadora, de la personalidad humana. Alejandro, César, Napoleón, no serían ya los autores de la historia sino simples accidentes transitorios en la evolución de las instituciones militares. Moisés, Confucio, Mahoma, San Francisco de Asís no significarían en lo sucesivo la

antorcha del ideal religioso deshaciendo las tinieblas del misterio, sino que la historia de las religiones habría de contraerse a la sola vida institucional de templos y liturgias, y la ciencia no veneraría ya a Arquímedes, Copérnico, Galileo y Newton, sino sólo a las sociedades que los prohijaron y les dieron oportunidad de llevar a cabo su obra gigantesca.

La Jurisprudencia: Sí, yo sé que la sociedad es creadora de valores, pero sólo por intermedio del sabio. Saber es poder. Sólo el sabio puede, el ignorante, la masa, es naturaleza, no cultura. El rústico es el hombre eterno, como ha dicho Spengler, no el ciudadano. El campo no sabe, por esto no puede; pero la ciudad es culta sólo por el sabio; el sabio sólo es culto por el conocimiento, y el conocimiento crea valores. Por el conocimiento, el macrocosmos se integra en el microcosmos, como se integra en un diamante la realidad ambiente. Dios es la conciencia en que todo se sabe. Intuir en lo personal lo universal es saber, saber filosóficamente. ¿Verdad, hermana?

La Filosofía: Mas, ya veo que se limpia "El negror del humo", como dice Horacio. ¿No vislumbras la unión de tus hijos y los míos? Ellos nos defienden. Su dialéctica es incontrovertible, su pensamiento es lúcido, su energía, denodada. Oye el clamor de la universidad que grita: ¡A ellos!... La protervia se ahuyenta, los materiales históricos retroceden. Ya están divididos, ya no comulgan con el mismo sueño mesiánico de clase. Una clarinada estridente entumece sus cuerpos y bajan la mirada al suelo porque Minerva los persigue con su lanza y Júpiter va a descargar sobre ellos su rayo vengador. La cultura mora más encumbrada que la economía. Cultura no es sólo aprovechamiento, sino integración y salvación. Esto oyen decir y, en su acervo, no hay ya flechas que disparar contra la majestad del pensamiento libre.

La Jurisprudencia: ¿Recuerdas, hermana, la vieja y venerable definición: *Jurisprudentia est divinarum atque humanarum rerum notitia: La jurisprudencia es el conocimiento de las cosas divinas y humanas.*

La Filosofía: Sí, la recuerdo. Yo misma soy ese anhelo de conocer lo divino y lo humano. Y tú te unificas conmigo, y en ti florezco y fructifico.

La Jurisprudencia: Yo sólo soy la ciencia de lo justo y de lo injusto: *Justi atque injusti scientia;* tú eres mi amparo y mi sostén, y unidas venceremos, como siempre vencimos a través de los siglos.

La Filosofía: Sí, tengo fe, hermana.

La Jurisprudencia: Yo también tengo fe.

Excélsior,
5 de octubre de 1933

MATERIALISMO INGENUO
Y MATERIALISMO CIENTÍFICO

Vicente Lombardo Toledano

La gran cuestión de cualquier filosofía, y en particular de la más moderna, es la relación del pensamiento con el ser... Los que afirman la existencia del espíritu anterior a la naturaleza y, por consiguiente, admiten de una manera o de otra la creación del mundo, han formado el campo de los idealistas. Pero los que ven el principio inicial en la naturaleza se han adscrito a las diversas escuelas del materialismo.

F. Engels
(en su obra sobre Ludwig Feuerbach)

Una de las conclusiones más discutidas del reciente Congreso de Universitarios es esta: "Las disciplinas que forman el plan de estudios correspondientes al bachillerato obedecerán al principio de la identidad esencial de los diversos fenómenos del universo, y rematarán con la enseñanza de la filosofía basada en la naturaleza". En esta resolución se ha querido ver un absurdo filosófico y una teoría científica abandonada hace mucho tiempo por los investigadores. Aunque se trata de un asunto rigurosamente técnico, es preciso por lo menos explicar el aspecto general de la cuestión.

La gente no enterada de los problemas filosóficos y científicos, pero que se llama culta, ha oído decir que el materialismo es una teoría que se opone al espiritualismo y que los que sustentan la doctrina materialista, como explicación de todos los fenómenos del mundo y de la vida, creen que el hombre es un ser gobernado exclusivamente por apetitos bajos y que está condenado a no elevarse jamás por encima de ellos, privándosele de cultivar sus sentimientos estéticos y de refinar su inteligencia y hasta su educación personal. ¿Cómo, se preguntan estos ingenuos detractores del materialismo, puede gobernar

la materia la conducta del hombre, si éste es esencialmente distinto a los animales que no progresan nunca y que son incapaces del interés artístico y del sacrificio a que conduce el espíritu de caridad, de amor verdadero? Para estos críticos ingenuos del materialismo y, por tanto, espiritualistas también ingenuos, el universo se divide en dos partes: lo material y lo inmaterial; lo primero es lo inerte, lo segundo es lo vivo, y dentro de lo vivo –el reino vegetal, el reino animal y el reino de lo humano– todavía hay que distinguir entre la vida como un fenómeno biológico, común a todos los seres animados, y el reino del espíritu que se explica por razón de su origen como algo absolutamente diverso al reino de lo material. Para estas personas la materia resulta un conjunto de pequeñas masas duras y el espíritu un soplo inmortal, un don ajeno a la natura, una gracia particular que Dios concedió a la criatura humana. Por eso se indignan ante el solo enunciado de la palabra materialismo, y con lógica impecable, partiendo de la premisa de que la materia es una cosa pesada, llegan a la conclusión de que la vida del hombre no puede ser material ni estar regida por las leyes de la materia, ya que el hombre es una combinación de materia y de espíritu, una conjunción extraordinaria de diversas corrientes y fuerzas, naturales las unas y sobrenaturales las otras, conjunción posible debida sólo a la voluntad del Creador.

Desgraciadamente, esta teoría poética y pintoresca de la materia como una cosa maciza y pesada, y del espíritu como un soplo divino, es totalmente falsa. En una época ya muy antigua se tuvo ese concepto burdo de la materia, pero pocos filósofos a partir de Demócrito han sostenido esa teoría, ni los hombres dedicados a la investigación científica que han tenido cultura filosófica se han atrevido jamás a sostener que la materia consiste en partículas duras, estimando siempre este criterio como un simple artificio de carácter técnico, aunque alguna vez haya habido explicaciones e hipótesis arbitrarias sobre la materia, explicando la solidez de los cuerpos como el francés Pedro Gassendi, hacia 1650, que suponía una especie de átomo en forma de gancho, de tal modo que los diversos átomos de un cuerpo sólido estarían enganchados unos a otros (H. A. Kramers y Helge Holst, *El átomo y su estructura*, página 15).

La física moderna ha acabado para siempre con la teoría ingenua del materialismo; el átomo no se concibe ya como la última partícula indivisible de la materia. Hecha su disección, los físicos han encontrado que posee una composición compleja, descubren nuevas partículas: electrones y protones que se revuelven en energía en lugar de consistir, como el átomo antiguo, en masas irreductibles, energía que

descubre desde luego la composición verdadera de las transformaciones de los cuerpos, y que explica muchos de los fenómenos de la heterogénea vida humana que antes se creían ajenos por su esencia respecto de los fenómenos físicos y químicos.

El mundo de lo material desaparece y el mundo de lo inmaterial, tomando estas palabras en su primitivo sentido, se amplía en forma insospechada. Algunos físicos eminentes y ciertos biólogos distinguidos han afirmado, con motivo de estos descubrimientos, que al destruir la ciencia el antiguo concepto del materialismo puede despertarse la tendencia a dar una validez nueva a los principios de la religión (A. S. Eddington, *La Naturaleza del mundo físico*, página 311); pero este decir, que no tiene más alcance que el de una hipótesis vaga, ha sido utilizado por los teólogos y por los espiritualistas de la vieja escuela para hacer propaganda en favor de lo que ellos creen una moderna unión entre la religión y la ciencia, propaganda de la cual el público iletrado ha sacado la impresión de que los físicos modernos comprueban prácticamente la exactitud de las afirmaciones contenidas en la Biblia, y de esta creencia en un triunfo supuesto del espiritualismo, vencedor del materialismo, se ha llegado también a la conclusión de que el libre albedrío está mejor probado hoy más que nunca y que la intervención de Dios en la vida del hombre ha quedado definitivamente demostrada. Sin embargo, tales deducciones no se apoyan sino en la ignorancia de lo que realmente significa el progreso de la física y de otras disciplinas referentes al conocimiento de la vida y del mundo.

Si ninguno de los investigadores ni de los filósofos de prestigio verdadero ha tenido nunca el concepto ingenuo de la materia, el problema que el materialismo plantea no es el de saber –como dice con todo acierto Bertrand Russell– si la materia consiste en algo pesado o duro, o en otra cosa, sino en saber si la marcha de la naturaleza está determinada por la física, y a este respecto el progreso de la biología, de la fisiología y de la psicología ha hecho más probable que nunca que los fenómenos naturales estén regidos por las leyes de la física (B. Russell, *El panorama científico*, 1931, página 116). La tesis del filósofo espiritualista Emile Boutroux sobre la contingencia en las leyes de la naturaleza, es decir, sobre la irreductibilidad de los fenómenos químicos a los físicos, de los biológicos a los químicos y de los fenómenos psicológicos a los biológicos es una doctrina destruida totalmente por la ciencia contemporánea (E. Boutroux, *De la contingence des lois de la nature*, 1874). Resulta tan anticuada en estos momentos la tesis del dualismo de espíritu y materia, como la teoría de la diversidad entre el

llamado mundo de lo físico y el llamado mundo de la vida; del mismo modo que no es posible creer ya en la materia equiparándola a una bola de billar, de la misma suerte no podemos hablar del espíritu como del alma que se aloja en el cuerpo humano sin participar de la esencia de éste. La materia, como hoy se entiende, se parece más al espíritu, y el espíritu como antes se entendía, se ha acercado más a la materia presentándose así el universo como un todo inteligible por las leyes de la fisicoquímica, que llegan hasta los procesos de la inteligencia y de la voluntad humanas que antes suponíamos como factores desligados, por razón de su origen, de los fenómenos biológicos.

El materialismo ingenuo ha muerto, pero el materialismo científico se afirma hoy más que nunca. No hay nada misterioso en lo que creíamos antes como impenetrable para la razón, ni en el hecho de la digestión ni en el fenómeno de la reproducción, ni en el proceso de la herencia ni en el desarrollo del pensamiento ni en los movimientos de la voluntad, pues es muy posible que todos estos fenómenos tengan una cadena completa de causas físicas, ya que la materia ha dejado de ser la yuxtaposición de pequeños corpúsculos para concebirse como una energía que no difiere ni en las sustancias que maneja el químico ni en los hechos que estudia el psicólogo. Ayer no más, verbigracia, el doctor George W. Crile, director de la clínica de Cleveland, sustentó una conferencia en la Universidad de Nueva York en la que expresó el resultado de las investigaciones realizadas recientemente, las cuales prueban que el cerebro del hombre y de los demás animales emite ondas cortas e irradiaciones ultrarrojas, causas estas últimas de que el protoplasma cerebral despida electrones que entran así a constituir la corriente eléctrica que se traduce en nuestra facultad de pensar y de razonar. La mente deja de ser "la potencia intelectual del alma" para convertirse en la fuerza eléctrica producida en el cerebro por una central de dínamos y una red de distribución, cuyas líneas son inmensamente más numerosas que las que resultan de la suma total de las que parten de las centrales de todas las empresas eléctricas del mundo. El pensamiento es un proceso electroquímico (SIPA, 23 de septiembre de 1933).

Y en cuanto al libre albedrío, la circunstancia de que las antiguas leyes de la mecánica —que regían los movimientos de los cuerpos de cierto tamaño para ser vistos— no se apliquen a los átomos aislados ni a las partículas que los integran, porque el estudio de la estructura del átomo se está haciendo apenas y no se han formulado aún las normas que determinan sus diversos estados posibles, no autoriza a nadie para asegurar, científicamente, que el átomo no está

sujeto a ninguna ley y que, por tanto, existe en el universo un principio de indeterminación que explica al libre albedrío como un fenómeno sin causa conocida. El profesor J. E. Turner dice con toda claridad que "es un error de equívoco el argumento que afirme que todo cambio que no puede ser determinado, en el sentido de certeza, no está por eso determinado en el sentido absolutamente diverso, de 'causado' " (*Nature*, diciembre 27 de 1930). El principio de indeterminación tiene que ver con la medida y no con la causa. Lo que ocurre con este problema queda descrito en las siguientes palabras de Russell, a quien con tanta razón llama Will Durant "el más joven y el más viril de los pensadores europeos de nuestra generación" (Durant, *The Story of Philosophy*, 1927, página 518).

"Hasta tiempos muy recientes, la teología, en su forma católica, admitía el libre albedrío en los seres humanos, y mostraba afecto por la ley natural en el universo, mitigada sólo por la creencia en milagros ocasionales. En el siglo XVIII, bajo la influencia de Newton, la alianza entre la teología y la ley natural se hizo muy estrecha. Se sostenía que Dios había creado al mundo en consonancia con un plan, y que las leyes naturales eran la personificación de este plan. Hasta el siglo XIX, la teología permaneció firme, intelectual y definida. Con el fin de contener los asaltos de la razón atea, sin embargo, ha tendido cada vez más, durante los últimos cien años, a recurrir al sentimiento. Ha tratado de atraerse a los hombres en sus modos intelectuales relajados, y, de camisa de fuerza que fue, ha pasado a ser una bata. En nuestros días, sólo los fundamentalistas y unos pocos teólogos católicos, los más eruditos, mantienen la antigua y respetable tradición intelectual. Todos los demás, apologistas religiosos, se dedican a embotar el filo de la lógica, apelando al corazón en vez de a la cabeza y manteniendo que nuestros sentimientos pueden demostrar la falsedad de una conclusión a la que nuestra razón ha sido conducida. Como lord Tennyson dice noblemente; y como un hombre con el corazón inflamado de cólera se levantó y contestó: «Yo he sentido». En nuestros días, el corazón tiene sentimientos sobre los átomos, sobre el sistema respiratorio, sobre el desarrollo de los erizos del mar y otros temas parecidos, con respecto a los cuales, si no fuera por la conciencia, permanecería indiferente".

Esclarecida la doctrina materialista y reducida a sus exactas proporciones la tesis espiritualista, es fácil explicarse ya por qué motivos el Congreso de Universitarios resolvió que el bachillerato —objeto de las escuelas preparatorias de todo el país— y sólo en el bachillerato,

que tiene como misión principal la de transmitir el conocimiento y no la de ampliarlo, las enseñanzas obedezcan a los recientes progresos científicos. A eso se debe también el hecho de que en las constituciones de los países creados por el Tratado de Paz de Versalles se establezcan principios tendientes a evitar las enseñanzas retrasadas, limitando el viejo concepto de la libertad de cátedra. El artículo 119 de la Constitución de Checoslovaquia dice: "La enseñanza pública se organizará en forma que no se halle en contradicción con las investigaciones científicas" (C. García Oviedo, *El constitucionalismo de la posguerra*, 1931, página 181). Sin embargo, muchos pretenden en nuestro país que siga ocurriendo lo contrario.

El Universal
11 de octubre de 1933

LA TRAGEDIA DE LOS INTELECTUALES

Vicente Lombardo Toledano

La técnica moderna que revolucionó las formas de la producción a tal punto que entre la gran fábrica de hoy y el taller medieval existe la misma diferencia que hay entre el grano de arena y la montaña, ha creado un sector social casi desconocido para los hombres de hace ochenta años, que tiene el significado aparente de haber dado mayor dignidad que nunca a las profesiones superiores, y que aspira en los actuales momentos a ser el eje de la vida social, conduciendo a la clase proletaria y a la clase burguesa y viviendo por encima de ellas, como un verdadero árbitro que tiene la facultad maravillosa de poseer la verdad y de mostrarla, para conservar su privilegio y hacerse respetable como jamás lo fuera otro grupo histórico. Los técnicos pretenden, así, y con ellos los profesores, la gente de letras y todos los titulares de los oficios engrandecidos por la difusión de la escuela, el progreso de las artes gráficas y el poderoso crecimiento del comercio y de las instituciones de crédito, no sólo rehabilitar a la clase media, blanco permanente de los ataques del capitalista y del obrero, sino también comprobar que la tesis de la proletarización de los individuos que forman esa clase –que proporciona la mayoría de los profesionales– es falsa, deprimente e injusta.

Karl Marx decía en 1874, en el *Manifiesto*:

"En las primitivas épocas históricas comprobamos por todas partes una división jerárquica de la sociedad, una escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores, vasallos, maestros, compañeros y siervos y, en cada una de estas clases, gradaciones particulares... El carácter distintivo de nuestra época, de la época de la burguesía, es haber simplificado los antagonismos de clase. La sociedad se divide cada vez más en dos grandes grupos opuestos, en dos clases enemigas: la burguesía y el proletariado... La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones hasta entonces reputadas de venerables y de veneradas. Del médico, del jurisconsulto, del sacerdote, del poeta, del sabio, ha hecho trabajadores asalariados".

Estas afirmaciones de una realidad objetiva evidente, crearon para el socialismo y para su fundador numerosos enemigos entre los intelectuales, más que por su veracidad, no puesta en duda, por el hecho de haber denunciado públicamente su exactitud, menoscabando ante la dase alta y ante la clase baja el prestigio secular de los hombres cultos. En las dos últimas décadas del siglo XIX y en las dos primeras del que vivimos, se había apoderado de los intelectuales un estado de ánimo de depresión creciente, ante la comprobadón de la ley de pauperización de sus profesiones, que se infiere de las afirmaciones de Marx, y hubo un periodo de algunos años, los próximos a la Guerra Europea, en que la clase media de algunos países se apresuró a desviar a sus hijos de las clásicas escuelas universitarias, optando por el aprendizaje de oficios manuales más lucrativos que los otros y con seguras y constantes perspectivas de éxito. Pero la intervención del Estado en el proceso económico, iniciada francamente durante el conflicto armado y en avance continuo hasta hoy, además del aumento de los profesionales de tipo antiguo y de la aparición de otros de actividades novísimas, ha hecho renacer la fuerza política perdida por la clase intelectual y ha compensado con creces el tiempo en que vivió creyéndose irremisiblemente arrollada por el proletariado militante.

Nuestra época es la época de la técnica. Por doquiera se oye hablar de la técnica y de los técnicos como el medio de gobernar que ha remplazado a la táctica política y de los hombres superiores que, emancipados de la clase burguesa y más allá de ella y de las masas populares, salvarán a la humanidad de la gran crisis histórica por la que atraviesa. Detrás o al lado de cada gobierno hay un grupo o un estado mayor de técnicos que observan los hechos sociales, los encauzan y pretenden utilizarlos imponiéndoles una docilidad semejante a la que han logrado con la energía eléctrica. En cada fábrica ha sido sustituido por un laboratorio el hombre de intuición o de carácter que antes la manejaba. En cada banco, en lugar del experimentado hombre de negocios hay uno o varios técnicos. En cada escuela, en vez del profesor con amor espontáneo a su trabajo, del apóstol romántico de otros tiempos que dirigía las conciencias y alentaba las voluntades, preside hoy las labores un técnico en el arte de enseñar, sin preocuparse de la orientación sodal de los graduados y de su actuación política futura; las escuelas superiores se reorganizan para formar técnicos, gobernantes de hecho, conductores obligados de la economía pública y jueces de los derechos individuales y colectivos; la cultura se rehabilita también, vuelve a hablarse de la cultura como meta del proceso

histórico, de la cultura por la cultura, y de esta suerte el hombre culto y la clase media a la que pertenece, se yerguen algunos codos por encima del vulgo y de sus bajos intereses y exigencias desagradables. El intelectual vuelve a la cumbre del edifido social y readquiere su viejo papel de conductor, jefe, maestro e intérprete de la voluntad humana y de las fuerzas sobrehumanas, que tuvo en la infancia de las comunidades sociales.

Sin embargo, este panorama luminoso y risueño que presenta la clase media y dentro de ella la clase intelectual, no es sino un artificio creado por la misma pequeña burguesía, hábil como ningún otro grupo social para inventar recursos que impidan su desaparición como entidad con fuerza propia. El artificio consiste en elevar a la técnica y, en general, a la cultura, a la categoría de fin, cuando la cultura ha sido siempre un simple medio de expresión y de trabajo del hombre en el curso de su evolución histórica. ¡Formar técnicos, hacer hombres cultos, crear seres superiores! Este es el lema de los intelectuales contemporáneos. El propósito es loable; la utilidad del técnico es indiscutible; la superioridad social del hombre culto no puede negarse, pero la interrogación surge en seguida: ¿a quién va a servir el técnico, el hombre culto? Los intelectuales contestan apresuradamente que a todos, a pesar de todos y frente a todos si es preciso. Parodiando la frase de Hegel sobre el Estado, podría decirse que, a juicio suyo, el intelectual señala el camino de Dios por el mundo; así de arrogante es su nueva megalomanía y su falsa emancipación.

El penetrante examen de Marx sobre la composición y el porvenir de la clase media y sobre el carácter de superestructura que posee la técnica y la cultura toda, no sólo es válido aún sino que los hechos recientes lo confirman y lo amplían con nuevos ejemplos. El fin vital, económico, de la ciencia, nadie se atreve a negarlo; ciencia y técnica son como los lados de una moneda, y entre la técnica como método de explotadón del medio físico o de organización del factor humano y los propios recursos naturales y sociales, existe la misma diferencia que hay entre el carbón y la fragua, entre el trabajo del obrero y las monedas que recibe a cambio de su esfuerzo, o entre el voto que deposita el ciudadano en las elecciones democráticas y los beneficios que recibe del gobierno. El descubrimiento del radio fue un hallazgo científico sin propósitos políticos, como el descubrimiento de América fue un hallazgo político sin fines de inmoralidad, pero así como la tierra de este continente sólo sirve a una reducida minoría, el radio como medio curativo sólo aprovecha a un grupo de privilegiados por su dinero. Las fuentes todas y los medios todos de la producción eco-

nómica y el fruto del trabajo social pertenecen a un grupo reducido. A manos de este grupo llega, en consecuencia, todo invento, toda técnica y todo hombre superior, todo individuo culto, si quiere vivir como persona superior, respetable y respetada.

La emancipación del técnico respecto de la burguesía, si ejercita su oficio lucrativamente, es falsa. La falange de técnicos creada por la estupenda máquina social de hoy, no es sino el cuerpo consultivo de la clase capitalista que ésta ha necesitado organizar para seguir revolucionando los medios de la producción, a fin de conservar su hegemonía material y política.

Los intelectuales, como clase social, no tienen de su autonomía más que la ilusión de que son libres. Mientras subsista el régimen burgués serán criados o consejeros de la burguesía, del mismo modo que en ciertas religiones los que pecan pertenecen de un modo irremisible al diablo. El capitalismo los necesita hoy en cantidad y por eso los fabrica, pero cuando deba cambiarlos por otros, dejará a los antiguos y forjará los nuevos como sucede con los continuos modelos de fonógrafos o de máquinas sumadoras. Y en las épocas de crisis conservará a los indispensables y lanzará a la calle a los que sobren, y a medida que el oficio que desempeñen vaya siendo menos útil, sus salarios irán bajando como bajó el precio de las carretelas ante la aparición de los automóviles.

Ser más que los de abajo es una ingenua utopía de los intelectuales. Llegará una vez en que los de abajo suban y los de arriba bajen y entonces no habrá entre el intelectual y el obrero más diferencia que la que existe actualmente entre el que dibuja los planos de un edifido y el que hace las paredes o coloca las ventanas: división del trabajo, según la aptitud y la vocación hechas oficio.

Pretender mantenerse en un plano social superior por parte de los intelectuales no producirá más resultado que el de prolongar un poco el derrumbamiento inevitable del régimen capitalista. Pero la caída es fatal y con ella los intelectuales olvidarán sus virtudes y sus otros prejuicios.

Si el intelectual, en cambio, se decide a actuar al servicio de la sociedad futura, sumándose al proletariado, contribuirá eficazmente al advenimiento de un mundo mejor para sus hijos. Y el principio de este camino se encuentra en abandonar ese "estado de espíritu" del que habla Vaz Ferreira, propio de los hombres cultos, quienes debido al crecimiento de su inteligencia complican extraordinariamente toda la moral, no sólo creando nuevos problemas, sino complicando sobremanera la solución de los vulgares. Dice el filósofo uruguayo (*Moral*

para intelectuales, Montevideo, 1920, página 163) hablando de esta clase social:

"Sufre una ilusión la mayor parte de los que se creen espíritus libres; no lo son, muchísimos, y creen serlo, y parecen serlo, porque resuelven en sentido liberal las cuestiones que la humanidad, de hecho, o por lo menos de pensamiento, ya tiene resueltos; sin embargo, son terriblemente conservadores, retardatarios, inertes, con respecto a las cuestiones que no están resueltas todavia... En todos los problemas en lucha son conservadores; en todo lo que no está resuelto, en todo aquello en que hay verdadera oposición, en todo aquello, precisamente, en que los espíritus libres hacen falta... Algunos años más tarde, una vez que todos los espíritus que saben pensar y sentir hayan resuelto el problema, entonces será cuando ellos cambien; esto es, cuando ya no haga falta...".

La tragedia de los intelectuales subsiste; en estos momentos los que actúan son los personajes heroicos, pero el desenlance funesto se aproxima con la rapidez casi mágica con la que las nubes de la tempestad ocultan los rayos del sol.

El Universal
25 de octubre de 1933

LA LIBERTAD DE CÁTEDRA Y LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA

Antonio Caso

Se ha esgrimido un argumento en contra del principio de la libertad de cátedra; mas este argumento ineficaz nada en verdad arguye, y ardería, no ya en un candil, como reza el proloquio, sino en la mortecina flama de una cerilla. Es un sofisma ingenuo, tan candoroso como inepto, el argumento de marras. La libertad, se dice, constituye un tópico romántico que concuerda con el individualismo recalcitrante del pretérito.

Bien estaba la libertad, se añade, para los hombres del siglo XIX, pero no para los contemporáneos de la Revolución Rusa. Trátase de una exhumación, de un anacronismo social. Hoy nadie es libre. El socialismo sustituye al individualismo en todas partes. Hablar de "derechos del hombre y del ciudadano" en los días del *soviet* equivale a desconocer el perfil de nuestro tiempo, para rendir parias a los ilusos del siglo pasado. La libertad es como una oda romántica, que evoca los alejandrinos de Víctor Hugo, la tribuna de Lamartine y las actitudes de Camille Desmoulins en el escenario del Juego de Pelota. Hay que saber enterrar a los muertos.

Romántico es el que mira al pasado y pierde contacto con la realidad que vive El romanticismo individualista no puede alegarse en la obra social de nuestro momento histórico. Es un puro cadáver político. ¡Ya hiede!

Creemos haber realzado el tema cuanto nos ha sido dable. Sólo deploramos no ser elocuentes para encarecerlo todavía; porque es tan falsa la idea que entraña, que todo el estilo de Cicerón en su pro no lograría redimirla del ridículo. Pensar sin libertad es una contradicción manifiesta. En la economía del espíritu humano, el pensamiento y la libertad se unifican. El que investiga, si piensa, duda, se convence o disuade, y si no fuere libre, ni duda, ni investiga, ni piensa ni concluye. La libertad es la respiración del pensador. Así como es imposible volar sin aire es imposible pensar fuera de un ambiente de libertad. Ni en las épocas en que se pretendió suprimir la libertad de pensamiento fue posible lograr el propósito, porque si los labios confiesan la tesis impuesta, la conciencia sigue firme en su plano inmaterial y divino.

Una vez se obligó a un mártir cristiano a blasfemar de Dios, y el mártir trozó su propia lengua con los dientes y la escupió al rostro de sus verdugos.

La flamante Constitución Española contiene en su artículo 48: "La libertad de cátedra queda reconocida y garantizada". En estas cuantas palabras, tan breves como contundentes, los autores de la constitución formularon el victorioso principio que ha inscrito, al frente de su instituto, la Universidad de México emancipada del Estado. Y es, porque autonomía universitaria sin libertad de cátedra resulta una pura contradicción evidente. La Asamblea Constituyente de nuestra casa de estudios, a iniciativa del rector don Manuel Gómez Morín, ha proclamado el principio de la libertad de cátedra como base fundamental de su vida independiente. El derrotado marxismo que se quiso imponer como dogma queda bien pisoteado en homenaje a la libertad de pensamiento. Y así sucederá con cualquier otro credo que se exhiba a fuer de dogma.

El profesor de derecho político en la Universidad de Madrid, don Nicolás Pérez Serrano, comentando el propio artículo, dice: "La libertad de la cátedra es un derecho excelso y sagrado del profesor y del alumno; por lo cual no debe profanarlo el poder público con intromisiones humillantes, ni con la exigencia de adhesiones incondicionales". ¿Qué opinarán de este comentario los que desearon sojuzgar el pensamiento libre? ¿No se atemorizarán ante el absurdo que concibieron? ¿Se nos dirá que somos individualistas románticos? Y si España ha inscrito como artículo constitucional de la república el precepto de la libertad de cátedra no quedaremos ya conformes con que sólo la Universidad de México lo ostente para siempre como lábaro y enseña, sino que sugerimos que se inscriba el noble apotegma entre los preceptos de nuestra Carta Magna, por el Congreso de los Estados Unidos Mexicanos.

Pero, sigue diciendo don Nicolás Pérez Serrano: "La dignidad suprema de la función exige que maestros y discípulos se desposean, en la cátedra, de cuanto no sea serenidad objetiva y culto sincero a la verdad única. Cuando la cátedra deja de ser comunión de devotos que creen en la ciencia y se convierte en plataforma de propagandas unilaterales y nada científicas, la libertad se ha prostituido". Y ¿qué otra cosa ambicionaron los que sostuvieron la imposición del credo marxista, sino la prostitución de la cátedra mexicana? ¿Cuál objetividad podría caber en la investigación del mundo social, si ya de antemano se formulaba una preocupación doctrinaria? ¿Cómo se investigaría la realidad política de México ante una pauta rígida que nos trazaba la

senda única y necesaria? ¡Queda bien probado que nuestra actitud fue la de la cultura, y que la contraria habría podido conducirnos al extremo de la más asoladora y dogmática barbarie!

Si el Estado interviene, alevoso, en la cátedra; si a la silenciosa y abnegada meditación personal, matriz de la ciencia, sustituye la "intromisión humillante" que profana el conocimiento; si el ambiente de la asonada popular interrumpe la obra de meditación, si así desaparece la libertad, el pensamiento se anonada en el propio acto. Allá afuera, en la plaza pública, la vocinglería inconexa; allá los discursos henchidos con la lepra del lugar común; en la aristocrática quietud del gabinete, la meditación que se unifica con la realidad y la torna clara, inteligible y humana. La ciencia se marchita al contacto de las asambleas numerosas y estultas. Su obra lo es siempre de individualismo y libertad. Si de todas las situaciones humanas pudiera algún día expulsarse la autonomía de la investigación retornaría amorosa y sincera, como por obra de encantamiento, al afanoso colmenar de los laboratorios. Ahí es su morada de predilección. Nació de la rebeldía individual y, mientras hubiere un pensador sincero, es decir, un rebelde, no desaparecerá el señuelo de la libertad en la conciencia de los individuos y las naciones.

En suma, el pasado reciente ha muerto. Hoy la universidad es de veras autónoma. Antes no fue opulenta y era esclava. Nosotros, que tantas veces rompimos con la tradición, ahora vamos a reanudarla. El Estado nos da la oportunidad de hacerlo. Nuestra universidad es tan libre como las grandes instituciones de la Edad Media.

Mas, no podrá jamás encerrarse nuestra casa de estudios en el egoísmo de su torre de marfil. Forma parte de la patria mexicana. Su nacionalismo es su norte; su sangre es la de México. "Sólo vale socialmente, dice Goethe, quien sabe obrar y servir". Si la universidad no obra para el bien público, nada valdrá; si no sirve a la comunidad, debe desaparecer. Su fin es aristocrático: seleccionar capacidades superiores; pero su base es democrática. La ciencia nace del pueblo y no reconoce títulos de nobleza. Un duque de Broglie recibe el premio Nobel lo mismo que el hijo de un leñador. Todos los mexicanos están llamados a participar de los altos galardones universitarios.

México, como todo país nuevo en desarrollo constante, reclama la unión estrecha de la mano y la cabeza, de la inteligencia y la acción. Sobre la distribución de trabajadores intelectuales y manuales, hay que establecer el género supremo de trabajadores del mundo.

El cultivo de las ciencias lleva, indeclinablemente, a la diferenciación de una aristocracia legítima, porque se funda en la más amplia base democrática. El acervo de la ciencia humana se ofrece a

todos los individuos sin distinción de rango ni clase social. Pero acaece que ciertos conocimientos científicos estarán siempre vedados a la mayoría de los hombres; no porque se trate de algo esotérico, como las prácticas de las religiones paganas, sino porque sólo una lenta, madura y difícil preparación es capaz de elevarnos a la cabal comprensión de las verdades científicas.

La luz viene siempre de lo alto. El pensamiento es el verdadero propulsor de la historia, no la materia. La ciencia es revolucionaria por su esencia, no la lucha de clases; pero, asimismo, la ciencia es aristocrática sin las prerrogativas de los blasones nobiliarios, sino con las que la naturaleza organizó al formar las distintas especies animales y, en la humanidad misma, a los hombres inferiores y superiores, seleccionando, por fin, entre estos últimos, a ese *monstruo por exceso*, que dice Schopenhauer: el hombre de genio, el santo, el héroe, el sabio, la suprema obra aristocrática de la naturaleza y la historia.

Excélsior,
28 de octubre de 1933

PRÓLOGO A LA POLÉMICA EN LA PRENSA SOBRE MARXISMO: ANTONIO CASO VS FRANCISCO ZAMORA

Juan Hernández Luna

Cuando, en los meses de septiembre y octubre de 1933, el maestro Antonio Caso levantó la bandera de la libertad de cátedra en contra de las pretensiones de don Vicente Lombardo Toledano y su grupo de imponer a la Universidad Nacional de México una orientación marxista, los profesores y estudiantes católicos militaron en las filas del maestro Caso. ¿Qué es lo que querían? ¿Qué es lo que se proponían? Con gran sentido de la circunstancia política del momento, los católicos vieron la oportunidad de ganar la partida al grupo lombardista y adueñarse de los puestos directivos de la universidad para imponerle una orientación católica. Su táctica consistió en desprestigiar la actuación de Lombardo Toledano como director de la Escuela Nacional Preparatoria, en acusar al rector Roberto Medellín de prohijar las reformas marxistas aprobadas en el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, en emprender una campaña de prensa contra la universidad marxista, en agitar las Academias de Profesores y Alumnos y en exaltar y adular el magisterio de Antonio Caso, el brioso paladín de la libertad de cátedra. Acorde con esta táctica, el licenciado Manuel Gómez Morín acusó a Lombardo Toledano en las columnas de El Universal de cobrar sueldos por concepto de clases y no darlas. El licenciado Rodulfo Brito Foucher, director de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, formuló duros ataques a Lombardo Toledano, hizo al rector Medellín el cargo de entenderse con el grupo de propagadores del marxismo en la universidad y pidió a la directiva de la Confederación Nacional de Estudiantes, adepta a Lombardo, que desocupara el local de la propia escuela en donde tenía instaladas sus oficinas, con la amenaza de que si no obedecía se procedería a hacerlo por la fuerza. La Federación Estudiantil, manejada por los católicos, proyectó una "sesión plenaria" para unificar el criterio de los estudiantes en contra de las resoluciones del congreso y llevar a cabo una manifestación de protesta en contra de las pretensiones de imponer el dogma socialista a la universidad. El rector Medellín declaró que no había peligro de que se implantara el marxismo en la Universidad Nacional de México ni de que se suprimiera

la libertad de cátedra; que las resoluciones tomadas por el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos tenían carácter de simples iniciativas, que deberían ser discutidas, aprobadas o rechazadas por las academias de Profesores y Alumnos y por el Consejo Universitario. Enrique Díaz de León, rector de la Universidad Tapatía, acusó a Medellín de haber violado el "pacto de honor" contraído en el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, consistente en hacer efectiva la ideología marxista en la Universidad Nacional. Mario Souza, secretario particular de Medellín, renunció a su puesto por no estar de acuerdo con las declaraciones del rector. Los dirigentes de la Confederación Nacional de Estudiantes, apoyados por Medellín, se negaron a desocupar el local. Los católicos, azuzados por Brito, asaltaron las oficinas de la confederación, sacaron los muebles, prendieron fuego al archivo y recorrieron las calles de Argentina, Justo Sierra, El Carmen y San Ildefonso gritando mueras a Medellín, a Lombardo, a la universidad marxista, al gobierno y vivas a Antonio Caso y a la libertad de cátedra. Los profesores de la Facultad de Derecho, entre quienes figuraba Antonio Caso, renunciaron en masa a sus cátedras y declararon no volver a ellas hasta no haber desaparecido el estado de confusión e indisciplina reinantes. Medellín, en una sesión del Consejo Universitario, acusó a Brito de ser el causante del caos reinante en la Escuela de Leyes, de haber provocado con su incapacidad la renuncia en masa de sus catedráticos, de haber utilizado la dirección de la escuela para fines personales, de servir a intereses de grupos confesionales, de lanzar ataques al gobierno, de violar la correspondencia de la Confederación Nacional de Estudiantes y de haber querido imponer en la Sociedad de Alumnos una directiva que sirviera a sus intereses personales. El consejo acordó la remoción de Brito de su puesto de director. Como una respuesta al acuerdo anterior, los estudiantes de la Facultad de Derecho declararon la huelga apoyando a Brito, protestaron contra el acuerdo del consejo y pidieron la renuncia de Medellín y Lombardo. Los directores de las facultades y escuelas dieron al rector un voto de adhesión y condenaron la actitud de Brito. Los huelguistas asaltaron y tomaron posesión de las oficinas de la Rectoría y del edificio de la Escuela Nacional Preparatoria e impidieron la entrada a Medellín y a Lombardo. El maestro Antonio Caso intervino invitando a los huelguistas a que abandonaran las oficinas de la Rectoría y lucharan por una verdadera reforma universitaria en la que la libertad de cátedra y la autonomía fueran erigidas como normas supremas de la vida universitaria. En las facultades y escuelas se celebraron asambleas de estudiantes para apoyar la huelga y someter a consideración las

declaraciones del Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, así como las proposiciones formuladas por Caso relativas a la orientación de la universidad. La huelga se hizo general. Los directores de las facultades renunciaron en masa. Las Academias Mixtas de Profesores y Alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras y de Derecho y Ciencias Sociales se pronunciaron en contra de la tesis marxista aprobada por los delegados que asistieron al Primer Congreso de Universitarios Mexicanos y aceptaron la tesis de la libertad de cátedra presentada por el maestro Caso. En la página editorial de Excélsior, el maestro Antonio Caso simbolizó esta unidad de las dos escuelas en un artículo, "Las dos nobles hermanas", en el que dialogan la filosofía y la jurisprudencia en contra del marxismo y en favor de la libertad de cátedra. A consecuencia de las resoluciones tomadas por las academias, Lombardo renunció como director de la Escuela Nacional Preparatoria, expresando que deseaba que los universitarios supieran que seguiría pensando «en la necesidad de dar una orientación socialista a la enseñanza». Don Roberto Medellín renunció como rector y don Julio Jiménez Rueda como secretario. La universidad quedó acéfala, convertida en un "centro anárquico", "eco de mafias, contra mafias, camarillas y partidos políticos estudiantiles". Profesores y estudiantes conservadores, dirigidos por Brito y Gómez Morín integran una Asamblea Constituyente de la Universidad, encargada de designar al nuevo rector. Se plantea entonces el problema de la designación del nuevo rector. La prensa comenzó a hablar del maestro Antonio Caso como el "Rector indispensable". Pedro Serrano publicó en Excélsior un artículo: "El maestro don Antonio Caso rector por derecho", proponiendo que se le nombrara "rector honorario de la Universidad de México" y se le otorgara una "jubilación perfecta". Jesús Guisa y Azevedo escribió en el mismo diario otro artículo: "Antonio Caso, el único", sosteniendo "que la situación de la universidad exigía a Caso, que la universidad necesitaba un filósofo y que no había más que uno, Caso". La Asamblea Constituyente de la Universidad, reunida en el Paraninfo y controlada por los católicos, con sorpresa para los universitarios partidarios de Caso, nombró al licenciado Manuel Gómez Morín rector interino de la Universidad Nacional de México. Después de la asamblea, los huelguistas, en medio de cohetes y manifestaciones de júbilo, procedieron a arriar las banderas de la huelga, izadas en los edificios universitarios.

El presidente de la República, general Abelardo L. Rodríguez, mientras tanto, envió al Congreso de la Unión una iniciativa de Reformas al Estatuto Orgánico de la Universidad. La Cámara de Diputados sesionó

para discutir el proyecto de la ley enviado por el Ejecutivo. El licenciado Narciso Bassols, secretario de Educación Pública, explicó a los diputados que el proyecto enviado por el Ejecutivo tenía como antecedente la Ley de 1929 que se expidió para solucionar un conflicto estudiantil; que la autonomía concedida entonces a la universidad no fue plena, ya que no la desligaba por completo del poder público, y que la nueva ley perseguía las finalidades de conceder a la universidad una plena autonomía a fin de que adquiriera la responsabilidad de sus propios actos. El diputado Octavio M. Trigo intervino en los debates para proponer que se concediera a la universidad una "autonomía absoluta", pero que no se le diera dinero para matarla de hambre. La iniciativa del Ejecutivo fue aprobada y la nueva Ley Orgánica de la Universidad entró en vigencia.

De acuerdo con la nueva Ley Orgánica se procedió a integrar el Consejo Universitario y a hacer la designación del rector definitivo de la universidad, designación que recayó en el propio licenciado Manuel Gómez Morín. Éste y su grupo emprendió una política descaradamente clerical. Aparecieron diversos católicos en los puestos directivos de la universidad. Al amparo del régimen los jesuitas comenzaron a intervenir en los asuntos internos de la universidad. La tesis de la libertad de cátedra fue sustituida por la tesis de la universidad católica. El grupo «Proa», dirigido por los jesuitas, comenzó a publicar su revista y a participar en los asuntos estudiantiles tratando de resolverlos con un criterio católico. Los jesuitas crearon los grupos "Bios", "Lex'" y "Labor" que hicieron labor de proselitismo católico en el interior de las facultades universitarias y dirigieron a través de ellos los asuntos de la universidad. En la Facultad de Filosofía y Letras, después de un siglo de ausencia, es restaurada la filosofía de Santo Tomás renovada por el cardenal Mercier. Jesús Guisa y Azevedo y Oswaldo Robles son los primeros filósofos católicos que imparten lecciones de filosofía neotomista en la Facultad de Filosofía y Letras. Aparecen "los conejos" y "los tecos", grupos procedentes del Colegio Francés Morelos y de la Universidad Autónoma de Guadalajara, organizaciones de choque dirigidas por jesuitas que permanecen en la sombra.

Éste fue el desenlace de aquella polémica entre la universidad marxista y la universidad libre que el maestro Antonio Caso y el licenciado Vicente Lombardo Toledano iniciaron en el seno del Primer Congreso de Universitarios Mexicanos. Los marxistas, acaudillados por Lombardo, perdieron la batalla. Los católicos, amparados en la noble figura del maestro Caso, quedaron dueños de la universidad. Ni el maestro Caso agitando la bandera de la libertad de cátedra en contra

de Lombardo y su grupo, ni el gobierno de don Abelardo L. Rodríguez, concediendo la autonomía plena a la universidad, se dieron cuenta cabal de que estaban entregando los destinos de la Universidad Nacional de México a la Iglesia Católica.

Al mismo tiempo que todo esto sucedía en la universidad, el maestro Antonio Caso continuaba en la prensa su batalla en contra del marxismo, discutiendo con dos adversarios confabulados: Francisco Zamora y otra vez Vicente Lombardo Toledano. La polémica se propuso dilucidar el valor de las tesis metafísica, gnoseológica, psicológica e histórica del marxismo. En este capitulo se recogen los escritos polémicos correspondientes a la polémica Caso vs Zamora; en el capítulo siguiente se agruparán los relacionados con la polémica Caso vs Lombardo.

EL DILEMA DEL SOCIALISMO

Antonio Caso

Uno de los errores más graves de los teóricos del socialismo consiste, en nuestro sentir, en la pretensión de ligar la justicia y la verdad de las reivindicaciones sociales a la fundamentación materialista, como se liga a un principio su consecuencia o un teorema a un axioma. Procediendo de este modo se subordina a una tesis metafísica desacreditada ya, felizmente, en el campo filosófico, lo que pudiera haber de razón y moralidad en la teoría social que se sustenta.

El fundamento de una hipótesis comunica su valor a la elaboración sobre él construida; de modo que, si la base es deleznable, deleznable, asimismo, se muestra la teoría y si, por el contrario, resulta firme y probada, su evidencia se comunica a todo el sistema de la edificación.

La ciencia ha de erigirse sobre fundamentos incuestionables. Toda ciencia es ciencia verdadera; tiene por ideal implícito llegarlo a ser con plenitud. Por tanto, el "socialismo científico", como se llama a la teoría de Marx y sus adeptos, debe fundamentarse sobre principios incuestionables para merecer, propiamente, tal denominación.

Ahora bien, nada más discutible que el materialismo como verdad metafísica; por ende, nada más contradictorio en sí que un "socialismo científico" con fundamentación "materialista".

Vamos a demostrar en este artículo que o el socialismo deja de ser materialista para merecer el epíteto de "científico", o es materialista en su genuina fundamentación marxista, pero, entonces, no puede merecer el calificativo de "científico". En suma, oponemos al marxismo un dilema inflexible: materialismo o ciencia; fundamentación marxista o "socialismo científico".

El materialismo es todavía aceptado con fuerza en diversos sectores, afirma Messer; pero "podemos decir, sin exageración, que todos los representantes serios de la filosofía actual lo han reconocido como insuficiente y lo han abandonado como concepción del mundo". Querríamos que se nos diese el nombre de un solo gran pensador materialista, contemporáneo nuestro, que pudiera ponerse al lado de Bergson, Husserl, Hartmann, Meyerson, etcétera; aunque ya sabemos

de antemano la insulsa respuesta que candorosamente suele formularse: "todos estos filósofos citados son representantes de la mentalidad burguesa". ¡Sublime razón! ¡Valiente desatino! La lógica no es "burguesa" ni no "burguesa". Es la lógica, a secas; sin cortapisas de momento histórico; por más que Karl Marx se haya ocupado en redactar un panfleto sobre la "miseria de la filosofía" en vez de haber, como su maestro Proudhon, meditado sobre la "filosofía de la miseria".

La realidad, lo que es, es material o no material, ideal o no ideal. Es decir: hay realidades materiales, como las piedras, y realidades inmateriales, como los pensamientos. Lo propio de lo material es ser en el espacio: o, lo que es igual, el ser material posee como nota característica manifestarse en el espacio; es obvio que las ideas no se manifiestan en el espacio, luego no son materia; luego hay realidades que, al no tener las notas que reviste lo material, no son materiales. Pienso el número 2. El número 2, como pensamiento, no dura ni se extiende en el espacio. Esto es absolutamente incontrovertible. Negar la realidad material es tan imposible como negar la realidad inmaterial. El pensamiento es real. La materia es real. Ambos lo son, pero no son la misma forma de la realidad, la realidad idéntica.

Entonces se ve con claridad por qué es el materialismo una hipótesis metafísica absurda. Su desprestigio procede de que niega una parte de la realidad, la realidad ideal. Es más, lo que directamente se nos da es la idea; sólo a través de ella vamos a las realidades materiales. La conciencia es conciencia de lo real, y lo real puede ser material, ciertamente; pero, en sí, la conciencia es inmaterial. Resulta ser el materialismo una simplificación falsa de lo real y, como toda filosofía verdadera debe dar una noción adecuada de la realidad, el materialismo, por inadecuado, ha perdido su prestigio ante la filosofía contemporánea y esto, lo mismo para "burgueses" que para "bolcheviques", porque la lógica gravita sobre todos los distingos y es absoluta en sus principios evidentes. Con razón se le ha llamado "arte de las artes y ciencia de las ciencias".

Si, pues, adolece el materialismo del defecto capital que consiste en desconocer formas de la realidad tan notorias como ideales (los pensamientos), el materialismo es radicalmente falso. Por otra parte, toda ciencia o es verdadera o no es ciencia, porque ciencia falsa implica contradicción. Por tanto, o el socialismo no se fundamenta en el materialismo y, si se pliega a esta condición, puede merecer el mote de "científico", o se fundamenta, como lo quieren Marx y sus secuaces, sobre la ontología materialista; pero, en tal caso, se basará sobre algo

falso, no será ya "científico", que es, puntualmente, lo que se quería demostrar.

Mas no basta probar que una opinión es falsa, queremos llevar nuestro análisis hasta indicar los orígenes psicológicos del error que combatimos. No sólo demostramos que los materialistas históricos se equivocan, sino que les exponemos la historia de su error a ver si así se enmiendan. Toda conciencia es conciencia de algo. Si quiero, algo quiero; si amo, algo amo; si pienso, en algo pienso; si deseo, algo deseo; si temo, algo temo. No hay voluntad sin objeto de la voluntad, ni amor sin objeto de amor, ni pensamiento sin objeto de pensamiento. La conciencia es este constante dirigirse a un objeto. Cuando somos conscientes de algo nos subordinamos al objeto de nuestra voluntad o de nuestro pensamiento.

De aquí nace el funesto error materialista. Como constantemente manejamos objetos materiales padecemos de ilusión de pensar que todo es material y, al leer la historia, creemos que las cruzadas y el protestantismo se explican económicamente; es obvio que hay elementos materiales y económicos en la historia; pero deberíamos meditar en que nuestros pensamientos, nuestra conciencia y nuestra voluntad no son materiales, sino, precisamente, inmateriales, aun cuando tengan por objeto aspectos de la realidad material. Nosotros mismos somos conciencia, pensamiento y voluntad, no la materia que utilizamos, sino la causa inmaterial, gracias a la que la materia se pliega a la inteligencia y la acción. Éste es el origen del materialismo como actitud psicológica, primero, y luego como concepción metafísica.

¡Ilusión engañosa que nos veda averiguar la estructura de la realidad física, intelectual y moral! ¡Vana especulación que nos oculta el mundo en todo su esplendor complejísimo! ¡Sofisma empequeñecedor del hombre y su historia, con prolongaciones deplorables hacia lo moral y lo social! Nosotros pensamos que el socialismo, para ser "científico" (título con que él mismo se decora) debe abdicar ya de su actitud materialista. No vivimos en los días de Marx y Engels. Un siglo ha transcurrido de entonces acá y, en el espacio de un siglo las ideas se mudan, las instituciones cambian, las costumbres también se transforman, a punto que hoy los mismos socialistas conscientes vuelven la vista hacia la filosofía moral de valor, y dicen con Radbruch: "El socialista profesa el socialismo, no porque lo sepa inevitable, sino porque percibe como injusto el estado social contemporáneo, como explotación y opresión, y en cambio contempla el orden socialista como una exigencia de la justicia...". ¡La justicia!.., ¡Uno de estos pensamientos, una de estas realidades inmateriales que,

sin ocupar un sitio en el espacio, mueven a través del tiempo, la historia. El materialismo histórico es intrínsecamente falso, como que según la acertada expresión de un pensador, "es el estercolero en que se abona la filosofía".

El Universal,
21 de diciembre de 1934

UN DILEMA SIN CUERNOS

Francisco Zamora

Por mucho que se repita, jamás se dará completa idea de la medida en que es cierta la afirmación de que los adversarios del marxismo se consideran autorizados para cometer todas las faltas de equidad intelectual y de lógica posibles, siempre que sea en perjuicio de la doctrina marxista. De ahí que incurran casi siempre en el pecado de desaprensión, que consiste en rebatir lo que, o conocen de trasmano, o desconocen del todo.

Asi, por ejemplo, el señor Caso en su artículo del viernes último. Para aprehender al socialismo en la cuna de este cornudo dilema: "o el socialismo deja de ser materialista para merecer el epíteto de 'científico', o es materialista en su genuina fundamentación marxista, pero entonces no puede merecer el calificativo de científico", se toma la libertad de despojar al materialismo dialéctico de Marx y Engels de su verdadero contenido, para darle otro que facilite más la consecución del objeto que persigue. Ya con esta filosófica precaución, le resulta un sencillo juego de niños aplastar, pulverizar y arrojar al viento definitivamente (¡por enésima vez!), el cuerpo entero del marxismo.

"La realidad, lo que es -dice el señor Caso-, es material o no material, ideal o no ideal. Es decir, hay realidades materiales como las piedras, y realidades inmateriales como el pensamiento". Y después de molestarse en repetir la vieja explicación de que "lo propio de lo material es ser en el espacio" y de que el pensamiento "no se extiende en el espacio", concluye triunfalmente: "entonces se ve con claridad por qué es el materialismo una hipótesis metafísica absurda. Su desprestigio procede de que niega una parte de la realidad, la realidad ideal".

Lo sensible *es* que, quienquiera *que se* haya tomado el trabajo de leer algo de lo que han escrito sobre la cuestión los marxistas, empezando por los fundadores de la doctrina (así sea por simple curiosidad y no para documentarse a fin de rebatirlos con pleno conocimiento de causa) sabe que no hay el menor rastro de que el materialismo marxista niegue, la realidad, en cuanto a que es, del pensamiento.

Para Marx y Engels, que no se dedicaron especialmente a la filosofía, pero que procuraron siempre conocer a fondo las ideas de los pensadores de quienes hablaban, el problema del materialismo y el idealismo nunca tuvo como eje la negación absurda de la existencia del pensamiento, la grosera afirmación de que sólo existe la materia física, mecánica, inerte, lo cual hubiera sin duda alguna facilitado la tarea de los infinitos enterradores que posteriormente se empeñarían en sepultarlos una y otra vez.

Engels, verbigracia, ha estudiado en varios pasajes de sus obras "la cuestión de la relación del pensamiento con el ser, del espíritu con la naturaleza, la cuestión más alta de toda la filosofía", como él dice textualmente; lo que constituye por sí mismo una presunción de que no desconocía en manera alguna que el pensamiento existiera.

Para él, como para Marx y el marxismo, la división de los filósofos en materialista e idealista no consiste en que los primeros nieguen que el pensamiento es, mientras que los segundos no lo niegan, como parece creerlo el señor Caso; sino en que mientras éstos sostienen "el primado del espíritu con relación a la naturaleza", aquéllos "consideran a la naturaleza como el elemento primordial".

En esa virtud, el materialismo de Marx y Engels, y de todos los materialistas de su escuela, se reduce a afirmar que nuestra conciencia y nuestro pensamiento, por muy suprasensibles y trascendentales que parezcan, son el producto de un órgano físico y material: el cerebro, y que "la materia no es un producto del espíritu, sino que el mismo espíritu no es más que el producto más elevado de la materia". (Consúltese *Ludwig Feuerbach,* de Engels).

Es el mismo punto de vista en que se coloca Bujarin en su libro *La teoría del materialismo histórico:* "el materialismo -escribe- considera la materia como cosa primera y fundamental; el idealismo toma como tal el espíritu. Para los materialistas el espíritu es un producto de la materia; para los idealistas, al contrario, la materia es producto del espíritu".

Pero el materialismo marxista difiere fundamentalmente del materialismo mecanicista del siglo XVIII en que, mientras este último era incapaz de "concebir el mundo como un proceso, como una realidad sometida a un desenvolvimiento histórico", y consideraba, por tanto, las determinaciones establecidas para siempre y de una manera definitiva, aquél lo concibe del modo diametralmente opuesto. "Nada hay inmutable, ni coagulado en el mundo; todo cambia y todo se mueve. En otros términos, las cosas coaguladas, los objetos, no existen en realidad; no hay sino procesos" escribe Bujarin en el libro citado.

Y Engels ha dicho: "el movimiento es el modo de existencia de la materia". Concepciones todas que concuerdan en el fondo con las últimas adquisiciones de la física moderna, para la cual, como dice Reichenbach, "resulta que, en general, todo el universo no es más que electricidad", y lo que es peor, en perpetuo cambio y movimiento.

Parece, pues, que explicado el materialismo marxista (así sea con la deficiencia con que hemos intentado hacerlo), de esta manera, puede seguir siendo, sin permiso del señor Caso, materialista y científico a la vez. Porque la psicología contemporánea, cuyo carácter científico no es capaz de negar ningún filósofo, por filosófico que sea, no declara ni con mucho absurda, la afirmación de que el pensamiento es producto de un órgano físico y material: el cerebro, sino al contrario, se basa en la fisiología y busca en los fenómenos fisiológicos el punto de partida de los fenómenos psicológicos. Y porque la física matemática -cuya calidad de científica difícilmente podría filosóficamente negarse- ha destruido la imagen del universo inmutable, fijo, formado con sustancias tangibles y reducibles a elementos simples y constantes, para sustituirla por otra en la que -como dice Reichenbach-, no hay más que fenómenos vibratorios que se diferencian exclusivamente por sus frecuencias de vibración, y en los que la inestabilidad y la mutación son la regla.

Es claro que cuando se comienza por ignorar los fundamentos efectivos de una doctrina, todo cuanto se construya sobre esa ignorancia es falso y deleznable. Así las deducciones que saca el señor Caso de su inadecuada idea del socialismo materialista, para usarlas como armas contra el materialismo histórico.

Y lo mismo ese pase-pase mediante el cual salta el señor Caso de su posición marxófoba de idealista teórico, para adoptar la de idealista práctico, a fin de trompetear su cólera profética en contra de lo que él llama "sofisma empequeñecedor del hombre", incurriendo en el pecado de filisteísmo que Engels describía en los siguientes términos:

El filisteo entiende por materialismo la gula, la embriaguez, el sensualismo, la lujuria y las apariencias vanas, la sed de dinero, la avaricia, la obtención de beneficios y las trapacerías de la bolsa, en una palabra, todos los vicios crapulosos a los que él mismo se entrega en secreto; por idealismo entiende la creencia en la virtud, en el amor a la humanidad y, en general, en un "mundo mejor", de todo lo cual presume ante los demás, pero en lo que él mismo no cree sino durante las jaquecas que siguen fatalmente a sus habituales excesos "materialistas" o en el momento de las quiebras.

Y no porque el señor Caso, persona honorable y sincera, merezca esos mismos reproches, sino porque es filósofo y gusta por lo tanto de las especulaciones indirectas, que como dice C. G. Darwin, profesor de filosofía natural en la Universidad de Edimburgo, "ofrecen demasiadas alternativas u opciones". Lo cual, dicho sea de paso, lo hace desear que no sean los filósofos sino "los físicos, con las posibilidades de la experimentación, los que continúen dirigiendo nuestro conocimiento del mundo".

El Universal,
24 de diciembre de 1934

LA CONTRADICCIÓN INTRÍNSECA DEL MARXISMO

Antonio Caso

En artículo próximo anterior señalamos la contradicción, flagrante, entre el "socialismo científico" y su fundamentación "materialista". La primera contradicción aludida es, pues, entre "ciencia" y "materialismo". La segunda, que hoy analizaremos, resulta todavía más grave que la primera porque es intrínseca. Esto es, se puede probar que, aun admitiendo el materialismo histórico como algo no científico, media evidente oposición entre el principio materialista del sistema y su método dialéctico. Considerando la primera contradicción apuntada podría decirse: en efecto, el materialismo histórico no es "científico", pero subsiste en su totalidad como una especulación, como un credo. En cambio, nada podría alegarse para desvanecer la segunda objeción que oponemos, aquí y ahora, a los marxistas.

Marx fue un eminente discípulo de Hegel. De tan preclaro filósofo tomó el método dialéctico que Hegel había aplicado ya, con antelación, a la inteligencia de la historia en sus célebres lecciones sobre "filosofía de la historia universal". El método dialéctico hegeliano consiste en la síntesis constante y evolutiva de la tesis y la antítesis. Toda idea aislada, dice Hegel, es falsa, representa sólo una parte más o menos considerable e imperfecta de la realidad; exige su complemento, se convierte en su negación. Ahora bien, que coexistan dos negaciones resulta imposible, toda idea encuentra en una idea superior la afirmación de lo que contiene de verdadero y la negación de lo que de falso contiene. La síntesis es, a la vez, afirmación y negación de la tesis y la antítesis. Pero, a su vez, la síntesis -que es una idea como aquellas mismas cuya contradicción resolvió-, tiene su antítesis en una nueva idea que, junto con ella, se resuelve en una síntesis superior, desde la idea de ser puro o concepto abstracto, hasta la idea absoluta, que lo abarca todo. Hegel pudo atreverse a construir dialécticamente el universo, porque el "pensamiento de la existencia" es, según la frase sublime del filósofo, "la existencia misma que piensa en nosotros".

La filosofía, conforme al gran idealista germánico, tiene tres momentos: lógica, filosofía de la naturaleza y filosofía del espíritu. La lógica es la ciencia de la idea en el elemento abstracto del pensamiento.

Resulta la "ciencia fundamental" de todo el sistema del "idealismo absoluto". En este sistema *todo es ideal*. Nada puede existir que no sea idea. Por esto, puntualmente, se le llama "idealismo absoluto". Tratar de realidades diversas de la idea es, para Hegel, imposible. *El mundo, la existencia universal, es inmanente en la idea*, y nada puede haber a ella exterior, trascendente.

Se comprende con claridad cómo a un "idealismo absoluto" corresponde, con lógica congruencia, un método dialéctico. Si todo es idea, la lógica, la dialéctica -ciencia de la idea- será la ciencia universal. Por esto, también se ha denominado el sistema de Hegel "panlogismo".

Admiramos y admirará siempre la humanidad al célebre pensador que, sosteniendo como principio fundamental el idealismo, enseñó como método propio el dialéctico. Aquí la concepción metafísica y el método respectivo se avienen mutuamente e implican. Si creemos que todo es idea, la ciencia de la idea, lógicamente, ha de ser la ciencia universal; por tanto, la dialéctica hegeliana concuerda, en serena armonía, con el principio cuya verdad desarrolla. Un dialéctico idealista es un filósofo plenamente capaz, que podrá ser discutido en sus conclusiones, pero no en lo que respecta y concierne a la unidad profunda de su pensamiento creador.

En cambio, ¿qué se pensará de un filósofo que acepta la dialéctica hegeliana, que trata asiduamente de la afirmación, la negación y "la negación de la negación", pero que sustenta como principio el materialismo?... ¿Cómo será posible aunar, sin contradecirse, el fundamento materialista con la dialéctica idealista?... ¿Por qué arte de encantamiento vamos a hacer que la materia, realidad distinta de la idea, se dialectice en tesis, antítesis y síntesis?... ¡Parece imposible afirmarlo!

Pues bien, Marx es el autor de este maravilloso acoplamiento, de este contubernio ininteligible entre la metafísica materialista, pobre esclava, y la noble dialéctica hegeliana. A través de Feuerbach recibió la doble herencia imposible: *materialismo-dialéctico*. De aquí se originó la contradicción insuperada e insuperable. Los idealistas pueden, sin mengua, devanar su idealismo metafísico en las sutiles y elegantes mallas de su lógica fundamental. En cambio, los materialistas no podrán nunca explicar, satisfactoriamente, cómo *la materia* se conjuga en tesis, antítesis y síntesis; es decir, en *ideas*, al conjuro de quién sabe cuál embrujado artificio.

Nos explicaríamos, ya que no justificaríamos, la existencia de un materialismo inductivo que recurriera a los métodos de las ciencias de la naturaleza e hiciera la apoteosis de los procedimientos que han

provocado el auge extraordinario de las teorías físicas, químicas y biológicas; porque podría verse quizás alguna relación entre los postulados del materialismo y los métodos experimentales; pero pretender unir en la estrecha concatenación de un sistema, la creencia de que la materia es lo que constituye el ser universal con el método de Platón y de Hegel, es como sostener un idealismo que se probará por medio de los procedimientos de la fisicoquímica, sobre las mesas de los laboratorios y en el seno de retortas y crisoles.

Por tanto, concluimos afirmando: materialismo o dialéctica; pero no materialismo-dialéctico, ¡Véase el contrasentido intrínseco del pensamiento de Marx!... ¡Su solo enunciado debería convencer de falsedad a los marxistas conscientes! ...

Porque cada sistema filosófico exhibe la unidad de un pensamiento sintético, si fuere verdad que la concepción fundamental y el método han de implicarse, mutuamente. En cambio, si la concepción y el método se excluyen, el sistema se rompe, su unidad se pulveriza, y las ideas que lo formaron se emancipan de la síntesis que pretendieron sostener dando así, a toda la construcción especulativa, el aspecto ruinoso de las edificaciones basadas sobre un puro sofisma.

Ahora procuremos explicarnos la causa de la estimación que, tanto Marx como Engels, abrigaron hacia la dialéctica hegeliana. Creemos hallarla en que la dialéctica es un método rigurosamente determinista y evolutivo. Marx necesitaba demostrar, por medio de su teoría sociológica, que el socialismo es una necesidad de la historia universal, "algo que tendría que ser" como producto indeclinable de la superación de la sociedad capitalista. De aquí su entusiasmo por la dialéctica de Hegel, que enuncia, en términos lógicos, la evolución cósmica y cultural. El socialismo, el colectivismo, no será, entonces, un puro sueño de justicia y humanidad, sino algo que se entraña, dialécticamente, en el pasado de las colectividades humanas. A esta organización se va tan indeclinablemente como cae una piedra en un pozo o arde la yesca con la chispa del eslabón.

Marx se atrevió a poner a los pegasos de Platón y de Hegel el tosco freno de su "materialismo histórico"; mas las nobles cabalgaduras mitológicas sienten ya que una mano interesada quería gobernarlas y, conscientes de su raza, arrojan lejos de sí al jinete advenedizo que soñó domeñarlas, sin ser, como aquellos ilustres filósofos, morador del Olimpo. ¡Así pasará siempre que algún materialista pretenda servirse del idealismo, porque la dialéctica es el método genuino del pensamiento puro no la obra de quienes sustituyen a la justicia, la guerra, a la idea, la materia, y al dúctil determinismo de la razón, la fatal coacción de la fuerza!

P. S. Estos dilemas contra el "materialismo histórico" y no histórico han sido objetados en las páginas de El Universal. Reza el proloquio castellano que "No se ganó Zamora en una hora". ¡Pongamos que en una hora no se haya ganado!... Ya procuraremos, en un artículo próximo, averiguar si los cuernos de nuestros dilemas no hieren, o si tienen valor suficiente para ayudarnos a triunfar en el asedio de la plaza sitiada.

El Universal,
28 de diciembre de 1934

LOS FINOS CUERNOS DE UN DILEMA

Antonio Caso

Intermedio semipolémico

Corrían apenas los primeros años del siglo cuando, al sustituir a nuestro ilustre amigo, don Carlos Pereyra, como profesor de sociología en la Facultad de Jurisprudencia, comenzamos a explicar el "materialismo histórico". A partir de entonces, cada año, durante veinticinco, solemos insistir sobre los tópicos del determinismo económico. Nuestro conocimiento del marxismo ha sido, consiguientemente, algo directo y constante, exigido por el cumplimiento del deber, alentado por el singular contentamiento que se halla siempre en el estudio.

Hemos procurado enteramos de la obra de Marx y de Engels. Los viejos comentarios de Croce, Labriola, Pareto, Asturaro, Stammler, Sorel, Richard, Seillière, etcétera, se nos han convertido ya en vívidos recuerdos de juventud. Sus puntos de vista críticos volviéronse carne y tegumentos de nuestra enseñanza. *El Manifiesto del Partido Comunista,* el Prólogo de la *Crítica de la economía política clásica,* la *Miseria de la filosofía* y el *Anti-Dühring* o, por mejor decir, *La revolución de la ciencia por Eugenio Dühring* (como se denomina el libro de Engels en alemán) han sido sustento de nuestra aplicación durante largos años. *El Capital,* más próximo, de fijo, a la ciencia económica pura, también fue pasto de nuestras más arduas cavilaciones (a veces, lo confesamos, infructuosas, por el carácter sibilino e imperfecto del célebre libro). En esta virtud, no podemos menos de sonreír discretamente cuando se nos dice que "rebatimos lo que conocemos de trasmano o desconocemos del todo". Apenas si de la infancia salían algunos de los redactores de la prensa periódica y ya nosotros algo entendíamos en punto de economía y sociología. Merced a la deferencia del ilustre sociólogo francés René Worms, fuimos promovidos, hace veinte años, a participar como socios del Instituto Internacional de Sociología, cuya sede radica en París. Todos estos particulares carecen de importancia, pero se aducen aquí para recordar a las gentes nuestra antigua dedicación, nuestra afición notoria hacia esta clase de estudios. Conste,

pues, que "no rebatimos lo que desconocemos", sino que discutimos lo que sabemos.

Pero esto último puede también carecer de importancia. Lo que urge en este entreacto semipolémico es averiguar si el siguiente dilema se sostiene gallardamente, con su fino par de cuernos relucientes, o si es posible retorcerlo, escolásticamente: "o el socialismo deja de ser materialista para merecer el epíteto de científico, o es materialista en su genuina fundamentación marxista, pero entonces no puede merecer el calificativo de científico".

Se nos opone sin proporción ni sindéresis que el marxismo "no niega el pensamiento"... ¡Hace divinamente el marxismo en no negarlo! Nadie lo ha negado nunca, ni tirios ni troyanos, ni idealistas ni materialistas, ni otomanos ni rusos, ni ortodoxos ni heterodoxos... Por la elemental razón de que no puede negarse lo que existe, sobre todo cuando el que niega lo que niega es lo mismo que niega al negar. Esto equivaldría a declararse candidato por derecho propio a habitar con justificación una celda principal de alguna casa de orates. Ya lo dijo el gran filósofo: *cogito ergo sum.* El modo de negar el pensamiento, de que usa el materialismo, es afirmarlo como realidad, pero como realidad material; que es negarlo, en suma, porque el que afirma de la esencia de alguna cosa lo que la cosa no es, la niega en su verdadero ser.

Para el materialismo sólo es sustancia *lo material*, no *lo ideal*. Por ende, quien "considera a la naturaleza como el elemento primordial" niega *eo ipso* el pensamiento mismo como elemento primordial y esto es, cabalmente, el pensamiento en su esencia, un elemento "primordial", tan "primordial" como "la naturaleza". La otra negación que antes apuntamos sólo cabría en la brumosa mente de un puro troglodita. Para este Bujarin, que se nos cita, "el espíritu es *un producto* de la materia". He aquí, el pensamiento negado en su esencia propia, *diversa* de la realidad material.

Ahora bien, quien como Bujarin piensa, no hace *ciencia* pura. La ciencia nunca prejuzga sobre la esencia de las cosas. Las leyes científico-naturales son uniformidades de la naturaleza, pero nada nos enseñan sobre la "cosa en sí". En metafísica se investigan causas; en las ciencias se formulan leyes. Esto es todo.

Las ciencias físico-naturales se construyen por medio de la observación y la experiencia, y nadie puede *observar* la esencia de nada, ¡como no haya asistido a la creación! En sí las ciencias no postulan teorías sobre el conocimiento metafísico. Por tanto, todo naturalismo materialista, como el de Bujarin, es falso. De donde se saca la bondad

del dilema formulado: *materialismo o ciencia*; pero no *materialismo científico*; ¡gallarda contradicción en dos palabras! ...

Otro amable contrasentido se formula. Se dice: "la psicología contemporánea, cuyo carácter filosófico no es capaz de negar ningún filósofo por filosófico que sea (los *filósofos*, dicho sea de paso, no son *filosóficos*), no declara ni con mucho absurda, la afirmación de que el *pensamiento es producto de un órgano físico y material: el cerebro*". ¡Otra vez el señor Bujarin!... También Feuerbach, desde mediados del siglo pasado, como doctor y maestro de los marxistas por venir, había escrito: "el hombre es lo que come". Y el gran teórico de la gastronomía francesa, el sublime cocinero Brillat-Savarin: "Dime lo que comes y te diré quién eres". ¡Brillante ingenio... culinario!

Al leer la nota copiada al principio del párrafo anterior no podemos menos de afirmar que este materialismo psicológico y no histórico, como el de Engels, nada tiene que hacer con la cultura contemporánea. Esto no es *contemporáneo*, sino *extemporáneo*. Ningún psicólogo afirmaría, hoy, semejante teoría. Todos los grandes maestros de la ciencia psicológica se inscribirían en contra de la tesis y esto, por *psicológicos* que quiera considerárseles. ¡Lo mismo Bergson que Lipps, lo mismo los discípulos de Wundt, que los de James, de Natorp o de Brentano!

En conclusión: *ciencia o materialismo*. No hay término medio. O se admite que el materialismo socialista no se basa en la ciencia, y no será, entonces, *científico*, o se admite que en ella se fundamenta: y, entonces, no será *materialista*. ¡Nuestro dilema reluce como oro puro; sus cuernos ágiles tienen el bello dibujo de los del toro mitológico que raptó a Europa!

Por último, las razones de Engels contra los «filisteos» son argumentos de peso, claro está, para «filisteos»; por esto, nosotros no las tomamos en consideración. No entendemos como materialismo, sino como materialismo moral, "la gula, la avaricia, la sed de dinero, la lujuria", etcétera. Esto no viene al caso, como lo confiesan nuestros propios impugnadores. De tales modulaciones de los pecados capitales no tratamos, para no perder el tiempo. Nietzsche llamó, con profunda ironía y agudo ingenio, a David Federico Strauss (un hegeliano de las izquierdas como Engels), el tipo del *filisteo cultivado*... ¡Imposible sería denominar de este modo al piadoso discípulo y entrañable colega de Marx! Lo que sí se podría es escribir otra *consideración inactual* sobre su obra.

Respecto de la opinión del profesor Darwin, que se nos cita, ofrecemos guardarla como oro en paño; vamos a reservarla junto con

el generoso pensamiento de Platón y de Renan, que vieron en la *sofocracia* el paradigma del gobierno perfecto. Muchas gracias.

Asi termina, para los lectores de *El Universal*, el "intermedio semipolémico" de esta mañana.

Pasado este divertimiento, seguirá el drama de las contradicciones del marxismo. En el próximo artículo demostraremos que no puede haber, sin incurrir en contradicción, "materialismo histórico". Es decir, surgirá otro nuevo dilema: Historia o materialismo. Por fin probaremos, por medio del dilema final, que el "materialismo histórico" *no es materialismo en suma*: ni "científico" ni "dialéctico". Ni "histórico" ni... "materialismo". ¡Transmutación de todos los valores!

NOTA: Las citaciones que esmaltan este artículo se han sacado del que con el rótulo de "Un dilema sin cuernos" publicó, hace días, aquí mismo don Francisco Zamora.

El Universal,
4 de enero de 1935

MÁS DILEMAS DESCORNADOS

Francisco Zamora

El segundo dilema soltado en contra del socialismo materialista resultó -dicho sea con perdón de la cuadrilla de espontáneos que se esfuerza en "hacerlos pasar" a punta de capotazos- tan corto de cuerna como el primero. Como que ambos proceden de la misma ganadería.

El método que sigue para crearlos es conocido: se empieza por establecer una división infranqueable entre lo material y lo espiritual; se sigue con la afirmación implícita o explícita de que el espíritu tiene primado sobre la materia; se declara que esto es lo científico, y ya en tales condiciones se puede: primero, negar al socialismo marxista la calidad de científico puesto que es materialista, y segundo, asentar que hay una oposición intrínseca entre el materialismo, que niega el origen místico del pensamiento, y la dialéctica, que es el movimiento de la idea pura.

Todo esto, claro está, aparece cuando se expone en esa jerga filosófica que Lenin llamaba "profesoral", mucho más elevada y solemne. Pero basta disecar la exposición, despojarla de giros y términos esotéricos, para encontrar lo que familiarmente podríamos decir, la nuez de tanto ruido. La tranquilla consiste en barajar, confundiéndolos, el significado físico del término "materia" -que es también el corriente- con la acepción filosófica del mismo.

Si se sobrentiende por materia "la sustancia extensa e impenetrable, capaz de recibir toda especie de formas", de que habla el diccionario de la lengua, nada más fácil que proclamar triunfalmente la derrota del materialismo, descubriéndole la verdad perogrullesca de que el pensamiento no es extenso, ni impenetrable, ni puede recibir toda especie de formas físicas. Y hasta un peón de brega cualquiera puede venir en ayuda del maestro repitiendo -¡a estas fechas y en contra del materialismo dialéctico!- la inepta acusación de que los materialistas consideran "la inteligencia como una simple secreción".

Pero el planteamiento correcto y honesto de la cuestión exige que hasta los filósofos viejos—que ya lo eran cuando nosotros escribíamos todavía versos a la novia- sustituyan esa acepción física del término "materia", por la propiamente filosófica, que es la que

para el caso importa; o dicho de otro modo, que entiendan la materia como "categoría filosófica".

El socialismo científico es materialista desde el punto de vista filosófico; no se ocupa en investigar cómo es y qué es la materia -imputación gratuita qué le hacen los exniños precoces de la filosofía-, porque ése es un problema que corresponde a las ciencias naturales, como lo sabe quienquiera que esté un poco al tanto, aunque no sea filósofo, de los trabajos de la física contemporánea. Lo que constituye su característica propia, filosóficamente hablando, es que considera -digámoslo una vez más con palabras de Engels- "a la naturaleza como elemento primordial", a la realidad como dada, independientemente del espíritu. El idealismo, en cambio, admite "el primado del espíritu con relación a la naturaleza", y por consiguiente, esa creación del mundo a la que no han asistido los físicos que, sin permiso de los filósofos, se dedican a estudiar hoy la estructura de la materia.

Pero -escribe Lenin- "si la realidad nos es dada, debemos atribuirle un concepto filosófico; ahora bien, este concepto se halla establecido desde hace tiempo: es la 'materia'. La materia es una categoría filosófica que sirve para designar la realidad objetiva dada al hombre en sus sensaciones, que la copian, la retratan, la reflejan, sin que su existencia les esté subordinada".

No se trata, pues, en el materialismo filosófico, y por ende en el socialismo científico, de afirmar la materialidad del pensamiento, en el sentido de que sea "una sustancia, física, impenetrable, capaz de recibir toda especie de formas"; ni siquiera de anticipar juicios sobre la dinámica de su producción como el producto más elevado de la materia". Se trata de afirmar tan sólo "la existencia de lo que es reflejado, independientemente de lo que se refleja (la existencia del mundo exterior independientemente de la conciencia)"; la existencia de una realidad objetiva, distinta de la subjetiva y anterior a ella.

Por supuesto que un filósofo, por escasamente filosófico que sea (y entre paréntesis, puede decirse de un filósofo que es filosófico en cuanto filosófico significa "que pertenece o es relativo a la filosofía") sabe estas cosas de memoria. Si apuramos, nos dará una lista de autores y una serie de referencias bibliográficas en prueba de ello, y hasta nos exhibirá, como es costumbre entre filósofos, todo un álbum de recortes de periódicos que proclaman su profunda sabiduría. Pero lo importante no es que lo sepa, sino que no lo escamotee sofistiqueando, cuando se yergue en la cátedra, para pasmo de inocentes y confusión de gentecillas ignaras y humildes como nosotros; así como escamotea la existencia de la rama más poderosa de psicología moderna, la psicología

objetiva, a la cual pertenecen Griesinger, Setchenoff, Bonatelli, Bechterew, Pavlov y muchos otros, que persiguen la fundamentación de los fenómenos de la conciencia sobre su base orgánica.

El socialismo materialista, en suma, no niega la existencia del pensamiento, ni afirma que es una realidad material física, en el sentido de que "ocupe un lugar en el espacio", o de que pueda tocarse con el dedo. Tampoco son tangibles ni ocupan lugar propio en el espacio las imágenes de los espejos, cuya realidad puramente ideal no se atreverá a proclamar ningún filósofo, por idealista que sea. "El materialismo -dice Lenin- de completo acuerdo con las ciencias naturales, considera la materia como el origen primitivo, y la conciencia, el pensamiento, y la sensación como el origen secundario, ya que la sensibilidad no está unida, en su más determinada forma, sino a formas superiores de la materia (a la materia orgánica)...".

Pero -escribe por su parte Engels- si seguimos preguntando y queremos saber qué son, en realidad, el pensamiento y la conciencia y de dónde proceden, nos encontramos con que son productos del cerebro humano, y con que el mismo hombre no es más que un producto natural que se ha formado y se ha desarrollado en un ambiente, y con él; por donde llegamos a la conclusión, lógica por sí misma, de que los productos del cerebro humano, que en última instancia no son más que productos naturales, no se contradicen, sino que se armonizan con la concatenación general de la naturaleza. (En el *Anti-Dühring,* que como todos saben sin ayuda filosófica, llamó su autor *La revolución de la ciencia por el señor Eugenio Dühring).*

Ahora vemos cómo el movimiento de la idea, descrito en la dialéctica hegeliana, puede sin contradicción aunarse con el materialismo, acto que Marx y Engels realizaron, cuando, como dice el primero, dieron vuelta a la dialéctica de Hegel, que estaba al revés, "para descubrir el núcleo racional bajo la envoltura mística". Porque -escribe Marx- "para Hegel, el proceso mental, del que llega a hacer un sujeto independiente bajo el nombre de idea, es el demiurgo de la realidad, la cual es sólo su manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es más que lo material, traspuesto e interpretado en la cabeza del hombre".

En conclusión, si el materialismo "es la admisión de las leyes objetivas de la naturaleza y de la traducción aproximadamente exacta de tales leyes en el cerebro del hombre", como dice Lenin, ¿qué arte de encantamiento se necesita para hacer que la materia, cuyo movimiento se refleja en el cerebro del hombre, se "dialectice en tesis,

antítesis y síntesis"? Lo que ocurre es precisamente lo contrario; existió la dialéctica idealista, porque el movimiento de la materia es dialéctico.

Por supuesto que cuando se niegan estas cosas en nombre de los pegasos de Platón y Hegel, y de otras entidades filosóficas semejantes; cuando se dogmatiza con desdén magisterial arrogándose la representación plenipotenciaria de la ciencia; cuando se principia por confundir voluntariamente el idealismo práctico con el teórico, y la materia como sustancia física con la materia como categoría filosófica; cuando, en fin, se envuelve en una ampulosa bambolla filosófica el fideísmo reaccionario que constituye la médula de la concepción, todo argumento en contrario sale sobrando, quienquiera que sea el que lo esgrima. El padre de la creatura -que aunque parezca padre, es más bien padrastro- suplirá la falta de filo material de los pitones de sus dilemas, sacándoles puntas ideales que ya quisieran para los cuernos de sus toros, todos los toreros.

P.S. El filósofo a quien especialmente nos referimos en este artículo es el señor doctor Antonio Caso, a cuya colección de citas vamos a agregar esta otra de Freud, para que también la guarde como oro en paño: "cuando pensamos abstractamente, corremos el peligro de desatender las relaciones de las palabras con las representaciones objetivas inconscientes, y no puede negarse que nuestro filosofar alcanza entonces una indeseada analogía de expresión y de contenido, con la labor mental de los esquizofrénicos".

El Universal,
7 de enero de 1935

EL CABALLERO DE LOS ESPEJOS

Antonio Caso

El dilema sobre "ciencia y materialismo", que con antelación propusimos a nuestros lectores, ha permanecido intacto. Las alegaciones de don Francisco Zamora son clarísimo ejemplo del sofisma que estriba en "ignorar la cuestión". Cuando, precisamente, se discute si la materia puede ser destinada como la esencia universal, premisa indeclinable de todo materialismo congruo, el señor Zamora argumenta (ignorando la cuestión a debate), sobre si es posible negar el pensamiento. Lo que recuerda, agravándolo, el insulso diálogo de los libros en que suele practicarse el aprendizaje inicial de las lenguas: ¿Tiene usted los zapatos de mi vecino? No, señor; pero sí el bastón de mi hermano. ¡*Ignoratio elenchi*! Paralogismo típico de la confusión de ideas.

Este innoble recurso, tan gastado y corrompido, es la muletilla de los dialécticos zurdos. Los literatos metidos a filósofos piensan tal vez engañar a los ignaros sirviéndoles a guisa de razones, estas pobres falacias; pero en buena lógica están vedadas y descalifican a quien de ellas se sirve para suplir cultura y ciencia; son armas viles en el desarrollo orgánico de la buena dialéctica. Dejan inmaculados los dilemas que pretenden retorcer. Pensar no consiste en el amontonamiento de citaciones inoportunas, que sólo deslumbran a los bobos, sino en deducir de principios evidentes, argumentaciones oportunas. Es ley de la razón humana que no pueda suplirse con subterfugios, ni anonadarse con frases rimbombantes. La escritura consigna que "es infinito el número de los estultos". A ellos llegarán los párrafos marxistas que el señor Zamora extrae, trabajosamente, de sus "clásicos" materialistas históricos.

Y, por lo que mira al dilema de la dialéctica y el materialismo, nuestro impugnador recurre a una nueva sofistería, tan burda como la primera. Distingue entre la "materia en su acepción física" y la "materia como categoría filosófica". Tan informe bagatela se formula así: "La tranquilidad consiste en barajar, confundiéndolos, el significado físico del término 'materia' -que es también el corriente- con la acepción filosófica del mismo".

Según el señor Zamora, la "materia" de la especulación ontológica nada tiene que hacer con la que palpamos con las manos y vemos con los ojos. Una, la de los metafísicos, es abstracción, "categoría"; la otra, la de los físicos, "es la sustancia extensa e impenetrable, capaz de revestir todas las formas".

Al leer los conceptos transcritos hemos quedado en actitud de asombro. Sería, en verdad, el caso de aplicar (¡de nuevo muchas gracias, señor Zamora!), la sentencia de Freud, que nos sirvió el articulista aludido en su próxima pasada producción: "Cuando pensamos abstractamente corremos el riesgo de desatender las relaciones de las palabras con las representaciones objetivas. No puede negarse que nuestro filosofar alcanza entonces una indeseada analogía de expresión y de contenido, con la labor mental de los esquizofrénicos".

¿Qué querrá decir el señor Zamora cuando asegura que una es la "materia física" y otra la misma materia como "categoría filosófica"? ¡Nadie puede averiguarlo! Ni Marx, ni Engels, ni Lenin; ¡tal vez sí lo pudiera Freud! La palabra "categoría", según Aristóteles, vale tanto como modo de atribución de un predicado a un sujeto; procede, el término, del verbo griego que significa "afirmar". Por ende, la materia como "categoría filosófica" si no resulta en sí ininteligible, no puede ser diversa de la materia desde el punto de vista físico. El materialismo exalta al puesto supremo, ontológico y universal, lo que otros sistemas no ponen en tan exclusivo punto. Diga lo que quiera el señor Zamora, la "categoría filosófica" y la "materia" de los laboratorios se identifican en la significación unívoca del propio vocablo.

Mas, algo aún se columbra a través de la brumosa, abracadabrante sofistería que se nos exhibe; algo que justifica, acaso, el rótulo elegantísimo de este artículo. Helo aquí íntegro: "El socialismo materialista no niega la existencia del pensamiento (¡retorno de la 'idea fija' de la negación del pensamiento!), ni afirma que es una realidad material física, en el sentido de que ocupe un lugar en el espacio o de que pueda tocarse con el dedo. *Tampoco son tangibles ni ocupan lugar propio en el espacio las imágenes de los espejos*, cuya realidad puramente ideal no se atreverá a afirmar ningún filósofo por idealista que sea".

¡Esto que acaba de leerse es alcanzar el ápice de lo sublime esquizofrénico! Nos hallamos transidos de la más pura y reverente admiración, luego de enteramos del texto inmortal. El señor Zamora juzga que "no ocupan lugar propio en el espacio las imágenes de los espejos". Según el caballero, cuando uno se mira al espejo, su imagen no ocupa "lugar propio en el espacio". Si el señor Zamora no está

frente al espejo es material, ocupa un "lugar propio en el espacio"; pero si el señor Zamora se contempla en el espejo, su imagen ya no ocupa "un lugar propio en el espacio". El señor Zamora es tan inmaterial entonces, como San Rafael o San Miguel. ¡Maravillosamente freudiano es esto, y aun, un tanto esquizofrénico!... Ahora sí nos explicamos el difícil tránsito, "la tranquilla" que dice don Francisco. Ya pasamos de la "materia extensa e impenetrable", que ocupa su sitio en el espacio, a la "categoría metafísica". Así se filosofa, con espejismos. Por medio de este útil maravilloso, un simple espejo, se efectúa el tránsito ontológico del materialismo físico al metafísico, fundamento indeclinable del "socialismo materialista y científico". ¡Apoteosis!

Agrega el señor Zamora, refiriéndose a las imágenes de los espejos, "cuya realidad puramente ideal no se atrevería a afirmar ningún filósofo por idealista (íbamos a leer 'por filosófico') que sea". Tiene razón que le sobra nuestro impugnador. Ningún filósofo idealista, en efecto, tomará nunca nada material, nada que se extienda en el espacio, como idea. La materia no es pensamiento, ni siquiera adelgazada o sublimada en imágenes. La idea tiene otra realidad, otra esencia; pero, en su inconsútil ser, es tan real, que sirve para convencer de falsedad a los discípulos de Marx.

Cuando en un artículo, que pretende ser filosófico, se llega al absurdo de sostener, por sostener algo, que "no ocupan lugar propio en el espacio las imágenes de los espejos", se ha juzgado uno, ya, a sí mismo. Semejante tesis, contradictoria en sí, con evidencia intelectiva, ahorra todo comentario. Las imagenes que los espejos copian, señor Zamora, pueden medirse y se miden con exactitud, como los lienzos que se extienden en las tiendas de ropa. Los astrónomos efectúan sus mediciones y cálculos precisamente con las imágenes de los astros, a través de los espejos de sus telescopios.

Nuestro próximo artículo versará sobre una nueva antinomia: la que existe entre *materialismo* e *historia*; porque en la *materia* no se dan ni pueden darse los *valores* y, en cambio, se exhiben siempre, positiva o negativamente, a través de las vicisitudes de las sociedades humanas en la historia.

El Universal,
11 de enero de 1935

HISTORIA O MATERIALISMO

Antonio Caso

A medida que se pasa de lo ontológico a lo social, de la metafísica a la historia, se vuelve más agudo el conflicto del "materialismo histórico". Porque un materialismo se puede sostener en sí, con los inconvenientes que ya hemos puntualizado; pero es imposible afirmar un "materialismo histórico" en el estado actual del pensamiento filosófico. Sólo los que viven hipnotizados con la filosofía del siglo XIX, que Ortega y Gasset ha declarado ya "periclitada", pueden sentir la nostalgia de aquellos sistemas, superados en el incesante esfuerzo de la inteligencia humana por resolver las eternas incógnitas metafísicas y morales. Sólo esta especie de románticos -la peor de todas- que se obstina en volver la mirada hacia atrás, desoyendo el clamor de las nuevas teorías, pueden hoy, como la mujer de Lot, petrificarse en la contemplación extática de los errores en que incurrieron, indeliberadamente, como hijos de su siglo y actores de su momento histórico, Marx y sus secuaces. Ellos fueron representantes de su época, del siglo de la apoteosis de las ciencias naturales; por esto preconizaron un causalismo económico de la historia, con fundamentación materialista.

En aquella etapa se pensó que el modelo supremo de las ciencias era la ciencia natural. Del mismo modo que en el siglo XVII y en el siglo XVIII se sostuvo, especialmente por los cartesianos, que la matemática era el tipo de la ciencia universal. De aquí que Marx y Engels hayan pretendido dar una "teoría materialista de la historia". Su empeño consistió en referir, analógicamente, la historia y sus problemas a la ciencia natural, eregida, de este modo, en modelo ideal y supremo, no ya sólo de lo científico, sino que también de todo lo comprendido en los varios sectores culturales. ¡Empeño inasequible! Los materialistas históricos como los filósofos cartesianos desconocieron la profunda verdad que estriba en sostener que no todo método es propio para alcanzar todo saber. La ciencia natural se constriñe dentro de su esfera; ahí es inatacable como ciencia, porque su objeto se puede investigar por su método, el método de las ciencias que estudian problemas indiferentes a los valores. No se trata en física, química, etcétera, de problemas culturales, sino de cuestiones naturales. En historia, en

cambio, sólo de problemas culturales se trata. El universo cabe en estas dos supremas significaciones: *natura, cultura*. Ahora bien, cultura es lo propio que "creación de valores". ¿Qué valores se crean en el mundo de las fuerzas físicas y orgánicas?

Los valores se dan en la *historia*, no en la *naturaleza*. Lo bueno, lo santo, lo útil, lo bello, lo malo, lo profano, lo inútil, lo feo, son *valores*, objetos de conocimiento de la *ciencia cultural*. Por tanto, todo *naturalismo* (no ya *materialismo*) es imposible. *Del mismo modo que no se puede estudiar la física como problema del valor, no se puede analizar la historia como problema físico natural.*

La historia posee su peculiaridad propia, que la aleja de las ciencias naturales. Un materialismo histórico es otra contradicción más, en dos palabras. Si es materialismo no puede ser histórico, y si es histórico no puede ser materialismo. La historia económica no se sostiene como "materialista". Implica el espíritu. Es tan "mental" como la historia del arte o de la religión. Crear riqueza es un hecho cultural, no natural. Producir riqueza implica la invención humana, el lenguaje, el deseo, la división del trabajo, la solidaridad. Si fuese verdad (lo que en sí es absurdo), que el factor económico determina preponderantemente la historia, ya con esto se habría demostrado la inanidad de todo "materialismo histórico", porque las leyes económicas no son leyes naturales, sino sociales; porque, como lo han demostrado grandes sociólogos contemporáneos, el fenómeno económico está impregnado de cultura, *es cultura*, según su esencia propia; *no naturaleza, no materia*; sino intelectualidad, deseabilidad, espiritualidad, *mentalidad*, en suma.

Sostener, por una parte, un "materialismo histórico" y afirmar, por la otra, que tal materialismo considera fundamental la estructura económica de las sociedades, es ser víctima de un error craso y trascendental. La economía, como ciencia cultural y no natural vive, como las demás ciencias de su especie, sobre las investigaciones psicológicas. "El error de los primeros arquitectos de la economía política, ha dicho Tarde, consistió en persuadirse de que, para constituir el cuerpo de la ciencia sobre que especulan, el único medio era consagrarse al aspecto material y exterior de las cosas, separado, en cuanto fuere posible, de su aspecto íntimo y espiritual".

Éste es también el error del marxismo. La economía estudia *valores* no cosas. Las ciencias de la naturaleza analizan *seres o cosas*, no *valores*. Ahora bien, ¿qué es *lo útil*? ¿Qué es la *riqueza*? ¿Qué es el *cambio*? ¿Qué el *precio*?... ¿La renta, el salario, el interés?... ¿Son, por ventura *seres, cosas*, como los objetos de la ciencia natural?

No, ciertamente, son *valores*, como los demás objetos de la *ciencia cultural*, como todos los objetos históricos. Valores, como el bien y el mal, lo feo y lo bello, lo profano y lo santo...

Resulta entonces inadmisible, superada, "periclitada", la teoría del "materialismo histórico". Ella fue, en su época, estimable; hoy no puede sostenerse frente a los resultados de la ciencia moderna, sino desmoronarse como algo carcomido por el tiempo y seleccionado por la crítica. Sólo para los místicos devotos del marxismo permanece incólume. Pero esto es creencia, fe, religión, no ciencia. Nosotros nunca discutiremos opiniones religiosas ni actitudes místicas; todas respetables si son sinceras.

Desde este peculiar punto de vista, considerados el budismo, el protestantismo, el taoísmo, el fetichismo y el marxismo, comuniones de creyentes que juran por Buda, Lao-tsé, Lutero o Marx, son inatacables. ¡Qué oficien los creyentes dentro de sus respectivos templos, protegidos por el respeto público de quienes no tenemos la honra de compartir sus dogmas!...

Solamente en un sentido podemos admitir la verdad del materialismo histórico, o sea, algo que está pasando, o que ya pasó, en definitiva, a la historia. De esta suerte, ¿quién podrá negarlo nunca? Es un hecho que compete al pasado. Negar el pasado es un imposible metafísico. Todo materialismo, el de Marx y Engels, como el de Demócrito y Epicuro, o el de los filósofos franceses del siglo XVIII, es "histórico". La inteligencia humana en su perenne evolución torna la verdad de hoy, objeto de la crítica de mañana, y, muchas veces, vuelve al pasado remoto, su atención predilecta; para hacer de los sistemas que privaron ha siglos, el alimento precioso y fecundo de la especulación contemporánea. Esta constante rectificación y ratificación compone el ritmo del pensamiento.

El gran filósofo de la historia Oswald Spengler, dice:

"Libros como *El Contrato social* y el *Manifiesto comunista* son poderes de primer orden en manos de hombres de voluntad que supieron encumbrarse en la vida de partido y formar y utilizar la convicción de las masas dominadas. Pero la fuerza de estas ideas abstractas no se extiende más de los dos siglos que dura la política de partido. Al fin ya no son refutadas sino tediosas. Hace ya tiempo que Rousseau es aburrido. Marx lo será en breve".

A nosotros, lo confesamos ingenuamente, ha comenzado a causarnos tedio.

El Universal,
18 de enero de 1935

LA CONCEPCIÓN MARXISTA DE LA HISTORIA

Francisco Zamora

Es curioso que de algún tiempo a esta parte se haya puesto de moda en México refutar la teoría del materialismo histórico; o mejor dicho, una trasposición simplista de la teoria, que facilita grandemente la tarea de los refutadores, aun cuando desvirtúa el contenido verdadero de ella.

No vale la pena, por supuesto, empeñarse en descubrir la razón íntima, quizás inconsciente, de esta nueva campaña en contra del marxismo, en la que, como es costumbre desde hace cuando menos dos tercios de siglo, se empieza por declarar definitivamente muerta la doctrina marxista; ni tampoco quejarse de la falta de aprensión con que los críticos pontifican sobre lo que desconocen, o sólo conocen a medias, ya que ello es permitido entre los intelectuales y hasta aplaudido, cuando se trata de ensayar una vez más a gastarse los dientes royendo la obra de Marx y de Engels. Lo que importa es señalar algunas direcciones que quizás sean útiles, para quienes de buena fe deseen iniciarse en el conocimiento del materialismo histórico.

Contra lo que pretenden hacer creer los enterradores eternamente renovados del marxismo, ésta una teoría que en ninguna parte fue expuesta de manera completa y sistemática. Fuera de algunas indicaciones sobre las ideas básicas de ella (desparramadas en numerosos trabajos de sus autores, casi siempre en forma demasiado rígida y excluyente debido a necesidades polémicas, como hubo de reconocerlo más tarde Engels) no hay nada que se parezca a una exposición doctrinaria de la misma. Para interpretarla bien es, por lo tanto, preciso estudiar las aplicaciones que hicieron de su propia concepción los fundadores del socialismo científico en sus investigaciones históricas, y completar las fórmulas sumarias a que la redujeron a veces, con las enseñanzas que así se obtienen.

Marx y yo -escribía Engels el 21 de septiembre de 1890 a J. Bloch- somos en parte responsables de que nuestros discípulos den en ocasiones más importancia de la que le pertenece al factor económico. Nosotros nos vimos obligados a hacer hincapié en ese factor de importancia primordial, en contraste con nuestros adversarios, que lo

negaban, y no siempre hubo tiempo, lugar y oportunidad de hacer justicia a otros factores en la acción recíproca que todos ejercen entre sí. Pero tan pronto como llegaba el caso de presentar un capítulo histórico, es decir, de una aplicación práctica, las cosas cambiaban; en ello no había error posible. Por desgracia, no es raro que alguien crea que ha comprendido enteramente una teoría nueva, y que es capaz de aplicarla, apenas adquiere sus ideas fundamentales; pero esto no siempre es cierto. Y no puedo excluir de ello a muchos de los "marxistas" recientes. Resulta, ciertamente, un género de tontería muy difundido.

Conviene, sin embargo, que transcribamos los pasajes en que los tontos del género a que aludía Engels se apoyan, para lanzar sus críticas al materialismo histórico, o para hacer aplicaciones silvestres de él.

Las relaciones sociales -decía Marx en la *Miseria de la filosofía,* en l847- están ligadas íntimamente con las fuerzas productivas. Al conquistar nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción, y al cambiar del modo de producción, la manera de ganarse la vida, cambian sus relaciones sociales.

"Los mismos hombres que establecen las relaciones sociales conforme a su productividad material producen también los principios, las ideas, las categorías, de acuerdo con sus relaciones sociales. Así pues, esas ideas, esas categorías son tan poco eternas como las relaciones que expresan. Son *productos históricos y transitorios.* Hay un movimiento continuo de crecimiento de las fuerzas productivas, de destrucción de las relaciones sociales, de formación de las ideas; sólo es inmutable la abstracción del movimiento: *mors inmortalis".*

En el *Manifiesto comunista,* un año después, Marx y Engels escribían: "No hace falta ser un lince para ver que al cambiar las condiciones de la vida, las relaciones sociales, la existencia social del hombre, cambian también sus ideas, sus opiniones y sus conceptos, su conciencia, en una palabra".

En l859, Marx expuso un poco más extensamente su teoría de la historia, en párrafos del prefacio a su *Crítica de la economía,* que tirios y troyanos citan con frecuencia. Helos aquí:

"Mis investigaciones llegaron a este resultado: las relaciones jurídicas, así como las formas del Estado, no pueden explicarse ni por sí mismas, ni por la llamada evolución general del espíritu humano; están más bien enraizadas en las condiciones materiales de existencia que Hegel, siguiendo el ejemplo de los ingleses y franceses del siglo XVIII, comprendía bajo el nombre de "sociedad civil"; pero ha de buscarse la anatomía de la sociedad, en la economía política".

Y un poco más adelante:

"En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; esas relaciones de producción corresponden a un grado particular de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta una superestructura jurídica y política, a la que corresponden formas de conciencia sociales determinadas. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina la realidad, sino al contrario, es la realidad social la que determina su conciencia. En cierto grado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o para emplear una expresión jurídica, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales habían hasta entonces actuado. De formas evolutivas en las fuerzas productivas que eran, se convierten en obstáculo de ellas. Se abre entonces una era de revolución social. El cambio que se produce en la base económica transforma más o menos rápidamente toda la colosal superestructura. Cuando se consideran tales transformaciones, debe siempre distinguirse entre la transformación material de las condiciones de la producción económica -que puede comprobarse científicamente con exactitud- y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en resumen, las formas ideológicas bajo las cuales los hombres tienen conciencia de ese conflicto y lo resuelven. Así como no se juzga a un individuo por lo que él cree de sí mismo, no puede juzgarse semejante periodo de transformación por la conciencia que tiene de sí, sino al contrario, debe explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción".

De estos y otros pasajes semejantes, los críticos mal intencionados y los intérpretes bobalicones han deducido: primero, que hay un "paneconomismo" marxista; segundo, que el marxismo reduce toda la historia a un único factor o momento (entendido este último término en su acepción mecánica): el económico; tercero, que como las fuerzas productivas a que se refiere el marxismo en su concepción de la historia es una alusión al herramental, éste es en última instancia el que determina la superestructura ideológica; cuarto, que la relación entre el momento económico y la ideología es unilateral, de causa a efecto, y en una sola dirección; quinto, que en tal virtud, la teoría pretende

explicar económicamente todos y cada uno de los hechos jurídicos, políticos, morales, artísticos, filosóficos, religiosos, etcétera, ocurridos en la historia, y sexto, que el marxismo, por consiguiente, empequeñece al hombre atribuyéndole puros motivos estomacales, rebajando la soberana nobleza del pensamiento, desdeñando la importancia suprema de los móviles espirituales, poniéndole frenos a los pegasos de Platón y Hegel, y otras zarandajas filosóficas por el estilo.

Procuraremos, sin embargo, contrarrestar esas interpretaciones con las que los marxistas, incluido Engels, hacen de la teoría. Pero ello tendrá que ser en otra ocasión.

El Universal,
21 de enero de 1935

LA FILOSOFÍA JURÍDICA Y EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Antonio Caso

Como el alma y el cuerpo en el problema célebre de la correlación de las sustancias, así el derecho y la economía se concatenan estrechamente en su desarrollo, sin que jamás puedan reducirse entre sí. Toda la obra del insigne jurisconsulto y filósofo Rodolfo Stammler, "es una reacción frente a la concepción materialista de la historia", dice Rivera Pastor en su libro *Las doctrinas del derecho y del Estado*.

Conforme a la concepción materialista de la historia, el derecho es *a posteriori*, efecto y no causa, exponente tardío y derivado del estado económico que le precedió: epifenómeno, superestructura, no forma irreductible de lo social. El derecho es "un eco del pasado que no habla del porvenir".

Según la tesis del *derecho natural*, reflexiona Stammler, se oponía lo histórico a lo racional. El mundo del impulso inconsciente e irreflexivo, al azar, al orden racional, al *derecho natural*.

El ideal jurídico, para Stammler, no es un código racional ni un programa, porque *carece de contenido*. Es una forma de la razón, cuya materia es la historia. De donde puede colegirse la relación entre economía y derecho. Entre sí son términos inconmensurables. La máxima utilidad no puede fundamentar la mínima justicia. Como no es posible, sumando cantidades finitas, llegar al infinito. Esto, como diría Pascal, es de "otro orden".

Así han marchado, juntos, los hechos económicos de la historia universal y sus formas jurídicas; pero esta concatenación nos pone en presencia de magnitudes concomitantes e inconmensurables. Es inútil tratar de poner bajo un común denominador lo que, por su ausencia, difiere; lo que exhibe su heterogeneidad radical, con plena evidencia. La fundamentalidad de lo económico no puede admitirse en lo jurídico. Las contingencias de la historia económica universal no pueden dar de sí el derecho. Esto sería mágico.

Una positiva ciencia social, distinta del materialismo histórico, jamás explicará por lo económico lo jurídico, ni esto por aquello. La verdad social comprueba la relación asidua de ambos valores, pero no se empeña en unificarlos. La correlación es verdad; la reducción, error. La síntesis científica no ha de preferir una de las tesis a la otra.

El conocimiento que niega sus propios elementos se aniquila, porque carece de objetividad. Del mismo modo que no es posible dar una teoría jurídica de lo económico, es imposible ofrecer una teoría económica de lo jurídico. Y, no obstante, ¡en cada página de la historia, la materia siempre cambiante, proteica, de la economía, se va plegando a la forma jurídica! Pero no como un principio que engendra necesariamente su consecuencia; sino como un líquido que llena su recipiente, y se amolda dúctilmente a él. Todo derecho y toda economía son "históricos", desde un punto de vista; pero el valor jurídico dice la finalidad última, y el económico es la materia que se informa en el designio.

Antes de Marx, la historia universal *se* estudiaba sin atender, suficientemente, a los hechos económicos. ¡Error funesto! Era una historia incompleta. Después de Marx todo tiende a explicarse "económicamente". ¡Otro funesto error! Tan falso es el primer punto de vista como el segundo. Tan falso es el error en su primera como en su segunda manifestación. Porque la ciencia verdadera reconoce las causas reales y los límites de su alcance explicativo. Al sostener la hegemonía de lo económico, se niega la autonomía de lo no económico, y al ignorar el factor económico se desconoce una causa positiva de la historia. Es más sutil la vida social que los esquematismos que pretenden constreñirla.

En el seno de la sociedad, dice Stammler, o lo que es lo mismo, en medio de los fenómenos de masa, "surgen aspiraciones que tienden a la transformación del orden jurídico vigente. Estas aspiraciones chocan con las que tienden a conservar el orden jurídico establecido. Si las primeras triunfan, el orden jurídico actual se derrumba, para dejar su puesto a un nuevo derecho positivo. Pero, dentro de esta nueva ordenación, no tardan en aparecer nuevos fenómenos que representan el desenvolvimiento homogéneo del orden jurídico. Y, nuevamente, provocarán estos fenómenos aspiraciones de transformación, que acabarán por imponerse, si alcanzan para ello fuerza bastante".

El materialista histórico G. Plejánov, una de las columnas intelectuales del bolchevismo, ha escrito esta breve fórmula, que condensa la reivindicación de Marx, Engels y Feuerbach contra el idealismo de Hegel: "Soy partidario de la idea fundamental del materialismo histórico; no es la conciencia la que determina el ser, sino el ser el que determina la conciencia". *Entonces, lo económico* "es el ser". Y *lo jurídico,* "la conciencia"; *pero la verdad es que el ser verdadero es tanto la materia, el ser material, como la conciencia, el ser inmaterial.* Por esto el derecho y la economía se integran en expresión más verdadera de lo que piensan Marx y sus discípulos.

Ambos *son* y son conciencia. El error metafísico influye de rechazo en la falsa concepción de las relaciones que median entre economía y derecho.

¡Paradoja inconcebible!... Un revolucionario social, como el fundador de la concepción materialista de la historia, menosprecia, como dice Menger, "la órbita ideal de lo jurídico". En consecuencia, tiende a ignorar, sistemáticamente, las relaciones entre los valores morales y los económicos. Sin embargo, *su propia reivindicación social implica esos principios jurídicos que niega.* Por esto se ve urgido a hacer de la historia un puro determinismo económico, en el que el ideal aparece siempre como "efecto" y no como "causa". Pero *la ciencia, nunca unilateral, si fuere verdadera, ha de unir en su síntesis el determinismo económico y el idealismo jurídico,* respondiendo, de este modo, a las urgencias decisivas de la conciencia humana, que hacen del *valor útil* un puro instrumento de la civilización.

El pluralismo de los valores torna inteligible la marcha complejísima de la historia. En cambio, la funesta teoría materialista, que subordina como "epifenómenos" la política, el derecho, la religión y la cultura al fenómeno económico, desconoce la esencia propia de cada uno de estos órdenes históricos, y, al desconocerlos, pretende lograr un saber imposible. Nada puede ser objeto de conocimiento sin ser respetado en su integridad.

El pensamiento filosófico no consiste en el empeño absurdo de unificar desconociendo, sino en la respetuosa consideración de lo diferente como diferente, lo semejante como semejante y lo idéntico como idéntico en sí. El derecho y la economía afirmaron su ser propio al manifestarse aliados y diversos, dentro de la evolución y concatenación históricas.

Los materialistas, como Marx, niegan el derecho natural y afirman sólo el derecho positivo, emanación del Estado. Los partidarios del derecho natural dicen: un derecho que no se ajusta a la razón, no es tal derecho, sino un hecho, simplemente. La verdad es que, derivándose el derecho de las tradiciones y las costumbres, de las *creencias y deseos,* como diría Tarde, expresa en un momento dado de la vida social ese ideal inmanente que constituye la esencia social del derecho natural, así como el conjunto de prácticas que con las creencias y los ideales se sintetiza. Es decir, el derecho natural y el positivo son dos aspectos siempre enlazados del derecho, y que encarnan en los hechos inseparables de la solidaridad humana.

El Universal
25 de enero de 1935

EL HOMBRE QUE PERDIÓ SU SOMBRA

Francisco Zamora

Este artículo no pretende ser filosófico. En consecuencia trataremos de evitar en él ciertas expresiones, propias sin duda de la filosofía idealista, tales como "innoble recurso, tan gastado y corrompido", "pobres falacias", "armas viles" y otras del mismo jaez, con que esmaltó alguno de los suyos el señor doctor Caso. Por otra parte, procuraremos rasurar nuestra exposición de toda estorbosa pelambre esotérica, lo que dicho en cristiano equivale a prometer que nos esforzaremos por ser lo más claro que nos sea posible.

Todo este pequeño debate, que al principio regocijó al señor Caso en la cúspide de su filosofía depilada; que después lo enfureció, y ahora empieza a causarle un majestuoso tedio (en el cual lo acompaña el señor Spengler), tiene origen en nuestra negativa a admitir que son puntales los dilemas sin cuernos que creía en sus dehesas filosóficas.

El señor Caso formuló la idea, que él llamaría "inconsútil" (y que en verdad lo es, ya que no hay ninguna que tenga costuras) de que la materia no "puede ser destinada" como la esencia universal, porque entonces quedaría excluido de la realidad el pensamiento, que según don Antonio no es materia, por la sencilla razón de que no ocupa un lugar en el espacio. Nosotros le hicimos notar que, el socialismo marxista es materialista, sin excluir de su contenido la existencia del pensamiento, sin desconocer que el pensamiento exista, porque tan sólo se reduce a considerarlo como la más elevada forma en que se manifiesta la materia nerviosa. Con tal motivo, el señor Caso lanzó al principio unas cuantas sonrisas magisteriales sobre una semipolémica que le parecía regocijada, y despidió luego chispas de indignación a través de su frente espaciosa y filosófica, contra los aspirantes a literatos que nos atrevemos a "adornarnos" acariciando los imaginarios pitones a sus dilemas.

Sin embargo, la cuestión ha quedado en pie. Como todas las posteriores especulaciones del señor Caso se fundan en su división (que por lo demás tiene otros padres) de la realidad en material e inmaterial; como sobre esta base levanta sus trabajosas arquitecturas

de palabras, conviene insistir en ella, aun a riesgo de provocar la ira profesoral de don Antonio, o el tedio que ha aprendido de Spengler.

Si quitamos, con toda la reverencia que a los entes ingenuos nos merecen los productos filosóficos (así sean de segunda mano), la hojarasca verbal que cubrió el primer dilema del señor Caso, encontramos que consiste en esto: o el socialismo es materialista, cree que todo lo real es material, niega por ello la realidad del pensamiento y no puede, en consecuencia, ser científico; o admite, como no puede menos de hacerlo para merecer el calificativo de científico, que el pensamiento inmaterial es parte de la realidad, y entonces deja de ser materialista.

El señor Caso razona, en suma, como si hubiera probado antes científicamente la esencia inmaterial del pensamiento, su origen puramente espiritual, su absoluta desvinculación con la materia. Y procede así, porque parte de su fe pura y simple (y por ende anticientífica) en la existencia del alma, y en un espíritu creador de la materia. Toma, pues, como principio de su razonamiento, para enjuiciar al materialismo, lo que precisamente se discute, porque es lo que distingue a las filosofías idealista y materialista: la relación entre el pensamiento y el mundo objetivo. Como el señor Caso sabe, éste es un caso particular del sofisma que estriba en "ignorar la cuestión", conocido en lógica bajo el nombre de "petición de principio".

Claro está que para los admiradores del señor Caso, que cuando oyen decir "materia" no pueden dejar de representarse una piedra, un árbol, algo que es posible tocar con el dedo, este modo de razonar resulta perfecto: ¿cómo no establecer barreras infranqueables entre un pedazo de metal que "se extiende en el espacio", y una idea que no ocupa lugar en él? Es fácil, entonces, hacerles creer que los materialistas son unos pobres tontos que pretenden identificar el pensamiento con los rieles.

Por eso conviene aclarar el artificio destinado a desorientar a las gentes ("tranquilla", en castellano familiar), que consiste en confundir adrede la acepción física corriente del término "materia", en el significado mucho más comprensivo, mucho más amplio, y por tanto menos determinativo, que la palabra tiene en filosofía, cuando se habla de idealismo y materialismo. No se trata, como finge entenderlo el señor Caso, de que nosotros afirmemos que la materia "de la especulación ontológica nada tiene que hacer con la que palpamos con las manos y vemos con los ojos"; sino de indicar que el término "materia" significa que palpamos con las manos y vemos con los ojos", y algo más también que Lenin expresó cuando dijo: "la materia es una

categoría filosófica que sirve para designar la realidad objetiva dada al hombre en sus sensaciones, que la copian, la retratan, la reflejan, sin que su existencia les esté subordinada".

Materialista en filosofía no es el que afirma, como pretende hacerlo creer el señor Caso, que toda la realidad puede palparse con las manos y verse con los ojos; sino el que "considera a la naturaleza como el elemento primordial", para decirlo con palabras de Engels, ya que nuestro propósito no es simular que tenemos ideas filosóficas originales, sino procurar que se conozcan tales como son las de los marxistas, a quienes se atribuye toda clase de dislates, para refutarlos luego a poca costa.

La realidad objetiva puede ser corpórea, o bien reducirse, en último extremo, a un conjunto de fenómenos ondulatorios de diversas frecuencias, como la conciben los físicos modernos: será materialista filosóficamente hablando, el que admita que esa realidad, cualquiera que sea, nos es dada; que su existencia no está subordinada a nuestras sensaciones; que son éstas quienes la copian, la retratan, la reflejan; que, en una palabra, la naturaleza es lo originario. Y será idealista quien "afirme el primado del espíritu con relación a la naturaleza y admita, por consiguiente, la creación del mundo, sea como sea".

Es sofisma verbal típico, razonar sobre las cosas según la etimología de sus nombres, como si los nombres expresaran siempre exactamente la esencia de las cosas; que es lo que se hace cuando se crían dilemas mogones para soltárselos al marxismo, verbigracia: es material una cosa que puede palparse con las manos y verse con los ojos; como en la realidad hay muchas cosas que no pueden palparse con las manos y verse con los ojos, el materialismo niega una parte de la realidad.

Pero esto de "palparse con las manos y verse con los ojos" como condición determinante de lo material, así como aquello de que "ocupa un lugar en el espacio", tiene sus quiebras: un electrón no puede palparse con las manos, ni verse con los ojos, y no por ello es realidad ideal; en el mismo caso están los sonidos y los olores, que tampoco son realidades inmateriales. De igual manera, la imagen reflejada sobre un espejo no ocupa un lugar propio en el espacio, aunque suponga otra cosa la geometría filosófica del señor Caso, y nadie niega su materialidad.

Sin embargo, cuando se cree hacer ciencia, construyendo en el vacío pirámides de conceptos, sin cuidarse de volver los ojos, siquiera una que otra vez, a la realidad objetiva -modo de filosofar que Freud comparó con la labor mental de los esquizofrénicos- nada de esto se

percibe, pese a su notoria evidencia. El señor Caso, por ejemplo, manufactura un espacio bidimensional -de dos dimensiones- cuando para fines filosóficos desea que las imágenes ocupen un lugar en él. Los geómetras euclidianos son menos listos: sólo conocen la realidad espacial de tres dimensiones y por tanto, apenas si con propósitos de estudio operan, mediante la abstracción, con dos, sin que por ello pretendan que las figuras de que se sirven ocupan un lugar propio en el espacio real. Las cosas se complican todavía más cuando surge la cuarta dimensión.

El señor Caso, en cambio, con ayuda de su filosofía idealista, corporiza las imágenes de los espejos, a pesar de que sólo tiene dos dimensiones: según él, basta con que sean anchas y largas, para que ocupen un lugar en el espacio, lo que inmediatamente haría que se volvieran cuerpos. Como hasta cuando se afeita, se pone ante los espejos montado en los pegasos de Platón y Hegel, no ha notado que es el espejo, y no la imagen reflejada en él, lo que ocupa un lugar en el espacio real. Lo cual no impide que esa imagen sea tan material (entendido por ello lo contrario de lo espiritual) como la propia persona poético-filosófica del idealista señor Caso, y además, prueba que la condición de no ocupar un lugar en el espacio no determina la inmaterialidad.

La energía, en que ven disolverse la sustancia corpórea muchos físicos de hoy, es una realidad objetiva, exterior al sujeto que observa, cuya existencia no se halla subordinada a nuestras sensaciones ni depende de nuestro espíritu; no es, por consiguiente ideal, y sin embargo, no puede palparse con las manos ni verse con los ojos, ni es posible asignarle lugar en el espacio.

El espejo, que sirve al doctor Caso para íntimos menesteres filosóficos, nos ha servido a nosotros, de manera apenas incidental, para este solo fin: mostrar cómo el simple hecho de que algo no ocupe un lugar en el espacio, no espiritualiza a ese algo, aunque tampoco lo materializa en la acepción de corporizarlo, grata al señor Caso. Sigue faltando, pues, que don Antonio pruebe la inmaterialidad del pensamiento, en el sentido de que existe al margen de la naturaleza y por encima de ella, desprendido de toda relación con la realidad cósmica, con ser propio e independiente; que no es manifestación peculiar de la materia nerviosa en su más alto grado de evolución. Pero que lo pruebe por algo más que con simples afirmaciones campanudas y adjetivos rimbombantes, en ocasiones mal aplicados, como "inconsútil", que vale únicamente por sin costura.

Mientras tanto, convendría que dejara en paz al espacio de dos dimensiones; no sea que su propia sombra acabe por convencerse de que ocupa un lugar en el espacio real, y segura de que ha adquirido un cuerpo, abandone a su dueño, aburrida de tanta bambolla filosófica y declamatoria. El señor doctor Caso se convertiría así en el hombre que ha perdido, además de una parte del pelo, la sombra.

El Universal
28 de enero de 1935

EL CABALLERO DE LOS ESPEJOS HALLÓ SU SOMBRA

Antonio Caso

El lunes, después de rumiar durante quince días de vacaciones su terrible respuesta, el Caballero de los Espejos, don Francisco Zamora, amaneció lleno de ingenio y alusiones germánicas. Él, ¡tan ducho!... Como ya deletrea su Marx y su Engels, ahora la emprende con los humoristas. Un inolvidable cuento alemán, el del "Hombre que perdió su sombra", le sirve para argumentar, a su modo, no sobre los rudimentos de la física, que decididamente ignora, sino sobre algo que, dada su ignorancia en matemáticas, le está completamente vedado: el espacio de dos, de tres y de cuatro dimensiones. En verdad, el caballero experimenta decidida afición por las sombras y las imágenes. (Sabido es el efecto perturbador que causa en los esquizofrénicos el uso del espejo.)

En artículo próximo anterior hubimos de dejar a don Francisco Zamora frente al mueble que lo fascina, revestido de su inconsútil envoltura corporal que, al reflejarse, se espiritualiza. El señor Zamora, conforme a su cara convicción filosófica, es material, absolutamente material, *de modo que, si no está frente a un espejo, nuestro impugnador es sólo materia. En él no asoma la mente, yace sumido en el sopor de la sustancia "en su acepción física"*.

Ahora principia lo insólito. Frente a don Francisco está el consabido espejo (ya el caballero y su utensilio consustancial son inseparables). ¡Transmutación magnífica!... El protagonista de esta verídica historia no es en tal caso don Francisco, a secas, sino *el seráfico don Francisco*. Ahora va a descubrir su alma, a "hallar su sombra". Helo frente al espacio de dos dimensiones. Entonces recuerda que, si cuando escribía cartas a la novia, hace treinta años, no estudió las nociones de óptica o no las aprovechó, ha podido, a su manera, suplir con lecturas posteriores el hondo vacío de su cultura científica.

Y el soliloquio que le acude es digno de ponerse en parangón con los célebres de Hamlet. Dícese a sí mismo: "He aquí mi tranquilla": un espejo no más, un límpido espejo. Creo que lo que me constituye es "la sustancia extensa e impenetrable, capaz de revestir todas las formas", por ejemplo, la forma Zamora. Si permanezco solo, sin

reflejarme en la bruñida lámina, no hago sombra, no suscito imágenes, no me brota el alma. Quedo sumido en mi materialidad poderosa e irremediable... "¿Cómo me espiritualizaré? ¿Cómo me reflejaré? ¿Cómo me nacerá la mente? ¿Cómo hallaré mi sombra?"... ¡Y le da tentación de recrearse, mirándose en el espejo!

Las perplejidades del héroe no alcanzan a disuadirlo de su mágico empeño. ¡Ha perdido su sombra!... Por más que cavila, la sombra no le sigue: el espíritu le abandona. Está desolado. ¿Permanecerá recluido en su ser electrónico? ¿Se resignará a comprimirse en el seno de las fuerzas que producen la cohesión atómica? ¿Se reducirá al espacio de dos dimensiones?...

Recuerda, entonces, que Marx fue alemán y que los alemanes son una raza sutil, capaz de dialectizar lo material hasta volverlo ideal. Heine llega en su auxilio. Según lo relata el irónico poeta, cierta ocasión, un inglés ingenioso construyó una máquina que reproducía los atributos de un hombre. Al yacer dormido el inventor, aquel complicado mecanismo que prohijara, llegó a su cuarto y le reconvino en ésta o parecida forma: "Dame un alma, *¡Give me a soul!"*. El inglés hubo de convencerse de lo arduo que es dotar de alma a un puro mecanismo de relojería. ¡Su invento resultaba frustráneo!

El Caballero de los Espejos no desmaya en su porfía, no se arredra, como el inglés del cuento de Heine. Él también clama: *¡Give me a soul!* Frente al mágico instrumento, reflexiona: ¿soy yo mismo de tres dimensiones o de dos, solamente? Al palparse, piensa que es materia; pero, cuando ve que se palpa, intuye que es espíritu. Se idealiza, se torna quintaesenciado. ¡Oh divino instante! *El mecanismo, gracias a "la tranquilla", logró su propósito, en dos, únicamente, de las tres dimensiones del espacio.*

Enseguida, el caballero ya espiritualizado, es decir, con el alma en el almario, dedicase a meditar sobre el espacio de cuatro dimensiones, por ver si halla su sombra. Piensa: "en el espacio tridimensional soy cuerpo, esto es indudable; en el de dos dimensiones, soy alma; esto es también inconcuso, porque de algo sirve "la tranquilla". En el de cuatro dimensiones, ¿qué seré?... ¡Sombra! *Soy el hombre que ha hallado su sombra.*

Es el augusto instante de la revelación apocalíptica. Como Zaratustra al descender del monte, el señor Zamora asiste a su gloriosa epifanía. ¡Qué místico espectáculo!... Abajo ha quedado el rebaño de los simples mortales; pero en la cuarta dimensión, ¿para qué sirven la óptica ni el sentido común? Ahí todo es uno y lo mismo. Fue mejor escribir cartas a la novia, hace treinta años, que repasar insulsas geometrías...

Al reponerse del deliquio, ufano con la gallardía de su pensamiento, el Caballero de los Espejos lee, distraídamente, en *El Universal* del viernes 11 de enero, estas palabras que lo sumen, nueva vez, en honda perplejidad: "¿Qué querrá decir el señor Zamora cuando asegura que una es la 'materia física' y otra la misma materia como 'categoría' filosófica?. ¡Nadie puede averiguarlo! ¡Ni Marx, ni Engels, ni Lenin! ¡Tal vez sí lo pudiera Freud!"... Ojea otros diarios, y encuentra estos sutiles renglones del doctor Guisa y Azevedo: "No hay materialismo científico y los que afirman que lo hay ignoran, como lo ha demostrado, para regocijo de todos, el maestro Caso, el 'be a ba' de la ciencia. *Decir que las imágenes de los espejos no ocupan lugar en el espacio es, ni más ni menos, juntar letras y palabras, actividad en la que sobresalen estos palabristas del indolacio".*

Fuera de sí, el caballero, inquiere: "¿Habré realmente hallado mi sombra?... ¿Me la habrá robado el señor Caso?... ¿Tendré un alma?... ¿Las imágenes de los espejos ocupan un lugar propio en el espacio o no lo ocupan en ninguna forma?... ¿En cuál espacio?... ¿En el de dos, en el de tres, en el de cuatro o en el de N dimensiones? ¿Soy materialista o espiritualista?... ¿Existo o no existo?... *¡That is the question!".*

En el entretanto, ha cerrado la noche. El filósofo está solo. Un intenso sopor embarga las sobresalientes facultades del espíritu que, en descomunal batalla caballeresca, derrotó ha poco, desde México, al ilustre autor de *La rebelión de las masas.* En su aposento, como en el medieval de Fausto, luego de firmar el diabólico convenio, reina augusta paz... Sobre el muro frontero al lecho, un daguerrotipo de Carlos Marx, apenas se adivina. Las facciones del agitador comunista autor del memorable *Manifiesto,* se contraen con terrible mueca de decepción, que le frunce el ceño y alborota la barba carolingia. Escúchase, de pronto, una voz de ultratumba que exclama: *"¡No me defiendas, hijo, es inútil, el doctor Caso te robó la sombra! Ya no la lograrás hallar en ninguna de las múltiples dimensiones del espacio. Se le quedó primorosamente enredada en los pitones elegantísimos de unos dilemas sobre el materialismo histórico...".*

El pensador despierta sobresaltado, se espereza, incorpórase sobre su lecho, y dice, con la satisfacción profunda que causa siempre el hallazgo de la verdad, anhelosamente buscada y, al fin, conseguida: "¡Mañana hallaré, a pesar de todo, mi sombra, cuando peine con primor la plata de mis primeras canas, mirándome de soslayo en el espejo...!".

El Universal,
1 de febrero de 1935

EL SEÑOR CASO SE SALE DEL CAZO

Francisco Zamora

El último artículo filosófico del señor doctor Caso nos ha dejado estupefactos: creíamos que el objeto de esta semipolémica era el socialismo materialista, y hasta ahora habíamos medio entendido -los filósofos son difíciles de entender por aquello de Freud- casi todos los argumentos doctorales del introductor oficial del marxismo, según carta de recomendación que hace poco le fue expedida. Confesamos con entera franqueza que las razones que en su reciente producción expuso en favor de su tesis idealista, se hallan fuera de nuestros modestos alcances.

No acertamos a comprender por qué nuestra ignorancia de la física, certificada magisterialmente por el señor Caso; nuestra ignorancia en matemáticas, que él también certifica y que nos veda por orden suya saber que el espacio real tiene tres dimensiones; o nuestra afición por las sombras y las imágenes (podría haber agregado que también por las navajas de afeitar), han de probar que el materialismo no es científico, y que el pensamiento existe independientemente del cerebro.

El único argumento inteligible para nosotros, en toda esa curiosa pieza de filosofía espiritualista, es un recorte de periódico -ya se sabe la trascendental importancia que los recortes de periódico tienen en las especulaciones filosóficas- mediante el cual el señor doctor Caso comprueba que, "para regocijo de todos", el maestro Caso ha demostrado que no hay materialismo científico.

Ya con esa hazaña periodísticamente registrada, y que en su fecha pasó a figurar en el álbum de los triunfos científicos de don Antonio, el señor doctor Caso puede dedicarse a halagar al maestro Caso, calificando de elegantísimos los pitones de sus dilemas, y de primorosa la habilidad con que idealísticamente enredan las sombras ajenas.

Esto de las sombras tiene también su miga filosófica: ¿alguien se atreve a poner en guardia a don Antonio sobre la posibilidad de que pierda la sombra en sus andanzas geométrico-filosóficas? Entonces él, con habilidad dialéctica de idealista puro, replica: "¡cuidado, que va a perder la sombra!". Otro le recuerda que quien desatiende "las

relaciones de las palabras con las representaciones objetivas inconscientes" filosofa como piensan los esquizofrénicos, y él al punto replica contundentemente: "¡guárdese de la esquizofrenia!". Esta manera de "hacer filosofía" se parece al modo de disputar de los niños de corta edad: "¡feo!" dice el primero. "Más feo eres tú", contesta el segundo. "¡Tonto!", refiere aquél. "¡Más tonto eres tú!" replica éste. Y así indefinidamente, hasta que ambos alcanzan las mondas cúspides del idealismo profesoral.

Pero nosotros no pretendemos ser filósofos idealistas, ni siquiera por contagio. Ni aspiramos a sentar plaza de psiquiatras, aunque nos parecería interesante clasificar el estado mental de don Antonio, para tristeza de todos, con ayuda de éstos y otros síntomas. Preferimos, pues, volver a los puntos a discusión.

El fundamental es la distinción entre la filosofía idealista y la materialista. Para los marxistas, estriba en esto: la primera sostiene el primado, la originalidad, la prioridad del espíritu frente a la naturaleza objetiva; la segunda considera la naturaleza como lo originario. Se trata, en suma, como lo expresa categóricamente Engels, de dos maneras diferentes de concebir las relaciones entre la materia y el espíritu.

Pero dentro de cada una de esas maneras cabe una extensa matización, constituida por las distintas escuelas filosóficas. Es así como el mismo Engels, refiriéndose a Feuerbach, le reprocha el que confunda la concepción general del mundo "fundada en una determinada apreciación de las relaciones entre la materia y el espíritu, con la forma especial que esta concepción del universo revistió en un período histórico, esto es, en el siglo XVIII".

El materialismo marxista, como no podía ser menos, nada tiene que ver con dicha forma especial, dado que -seguimos citando a Engels- "el materialismo, con cada descubrimiento que señale una época en el terreno de las ciencias naturales, se ve obligado a cambiar de forma".

¿Cuál es entonces la diferencia esencial que separa la concepción materialista del siglo XVIII, del materialismo marxista? Que mientras éste concibe el mundo como un proceso, como una realidad sometida a un desenvolvimiento histórico, aquél creía que la naturaleza se movía "en un círculo sin avanzar, y siempre producía los mismos resultados". Que mientras aquél partía de la base de que el mundo es "un complejo de cosas acabadas", éste lo concibe como "un complejo de procesos en que las cosas aparentemente estables, no menos que sus imágenes en nuestra cabeza, las ideas, experimentan una transformación ininterrumpida de devenir y perecer, mediante la cual, finalmente, a

pesar de todas las contingencias aparentes y de todos los retrocesos momentáneos, se cumple una evolución progresiva".

Cuando esto se sabe, no es posible incurrir en el grotesco error de rebatir el materialismo marxista, dialéctico, arrojándole los mismos dardos, ya mellados por el largo uso, que se lanzaron en contra del materialismo del siglo antepasado. Ni mucho menos acusarlo de que reduce toda la realidad a "las cosas que se palpan con las manos y se ven con los ojos".

Si el marxismo, como todo materialismo, establece como base de la concepción de las relaciones entre el espíritu y la materia, la anterioridad, la preexistencia de ésta, en la inteligencia de que la noción de materia significa la realidad objetiva que existe independientemente de la conciencia humana que la refleja, se sigue de ahí: primero, que dado su carácter dialéctico, no admite propiedades absolutas, inmutables, primordiales de la materia, sino atributos relativos, sólo inherentes a ciertos estados de ella; segundo, que el espíritu -como escribe Lenin- "no tiene existencia independientemente del cuerpo, por no ser más que un factor secundario, una función del cerebro, la imagen del mundo exterior".

Cualesquiera que sean la estructura de la materia y sus transformaciones; cualesquiera que sean las propiedades nuevas que el progreso científico descubra en ella, quedará en pie el único atributo que el materialismo marxista le aplicó siempre: el de existir fuera de nuestra conciencia.

Y cualquiera que sea la forma en que el cerebro refleje, reproduzca, copie, retrate esa realidad objetiva en la idea, lo único que el materialismo marxista afirma de ésta es que tiene su origen en la sustancia cerebral, que no existe un pensamiento que no haya sido creado por un cerebro. No se trata, como se ve, de negar la realidad de pensamiento, como afirman los idealistas retrasados, creadores de dilemas sin cuernos. "Las influencias del mundo exterior -dice Engels- sobre el hombre, se imprimen en su cerebro, se suceden en él como sensaciones, pensamientos, deseos, voliciones, en una palabra, como 'corrientes ideales', y bajo esta forma se convierten en fuerzas ideales".

Pero el materialismo rechaza el truco fideísta que consiste en deducir de esas "corrientes ideales" así formadas, la existencia de un pensamiento desvinculado de todo cerebro pensante, la existencia de toda idea absoluta, planeando sobre la realidad objetiva, a la que pertenece también la sustancia nerviosa, y anterior a toda materia.

Estamos aquí, como se ve, un poco lejos del muñeco que el señor doctor Caso ha tomado prestado a Heine, y que pedía a gritos

un alma, sin notar el infeliz, en su calidad de filósofo idealista en agraz, que el solo hecho de concebirla y de desearla lo había vuelto dueño de las facultades de pensar y querer, propiedades generalmente atribuidas al alma.

Claro está que todo el materialismo marxista no se reduce a las anteriores nociones, sumaria e imperfectamente expuestas por nosotros. Pero sería inútil esforzarse en insistir más sobre el tema, ya que el señor doctor Caso nos invita a mirarnos al espejo que él usa para rasurar su idealismo piloso, y a otros juegos semejantes, propios de su edad filosófica.

El Universal
4 de febrero de 1935

LA FILOSOFÍA SOCIAL Y EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Antonio Caso

El materialismo histórico considera preponderante el *valor económico*. He aquí algunos textos alusivos, obra del propio Marx, que preferimos a la balumba de los comentadores, ayunos muchas veces de cultura, seres minúsculos, sin ciencia ni conciencia, que lo mismo prosperan entre los agitadores europeos que en los arrabales indoamericanos.

"En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad. Estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productoras materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se eleva una superestructura jurídica y política, a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual, en general". (Prólogo a la *Crítica de la economía política clásica.)*

Concedamos, en primer término, que es incuestionable la acción determinante de la "economía" sobre la "ideología", como dicen los marxistas. Pero exijamos, asimismo, la confesión de la incuestionable determinación de "lo económico" por "lo ideológico". Para los marxistas, lo inconsciente determina lo consciente. Esto es verdad; pero no absoluta verdad; porque lo consciente determina también lo inconsciente. O sea: la sociedad humana, en su exquisita complejidad, es el más notorio ejemplo de acción recíproca. A obra sobre B y B reobra sobre A. La religión, por ejemplo, determina lo económico: el cambio de tribu a tribu, de grupo a grupo humano no se practica, en un principio, porque lo veda un conjunto de prohibiciones de orden mítico. Otro ejemplo: las cosas religiosas se ponen fuera del comercio porque las ampara un tabú, un estigma. En éstos, como en otros innumerables ejemplos, es la "ideología" la determinante y la "economía" la determinada.

Pero también es verdad que lo económico engendra aspectos históricos de la evolución religiosa. Ejemplo: la prédica de las indulgencias, en Alemania fue, inconcusamente, parte de la causa del

movimiento protestante. Otra comprobación: el desarrollo del cristianismo en la sociedad antigua, decadente, se debió, en parte, al estado psicológico y moral de las clases oprimidas por la esclavitud. Si otra hubiera sido la mentalidad de los esclavos y los desheredados de la fortuna, el ambiente social no habría sido tan propicio, quizá, al auge del cristianismo.

Se ve, por tanto, que "lo económico" explica, en parte, lo religioso; como se advierte que lo religioso "determina" aspectos de "lo económico". O sea: ¡*Acción recíproca, no determinación unilateral! No* "estructura" y "superestructuras", *sino concatenación y síntesis social. No causalismo económico, sino determinismo social. No materialismo histórico, sino acción mutua y recíproca de lo material sobre lo ideal y de lo ideal sobre lo material, y, en todo rigor, nada es material, ni el orden económico en sí, porque está impregnado de mentalidad.*

Los mitos egipcios son, en parte, la flora y la fauna del país, divinizadas: el halcón, el ibis, el buey, el cocodrilo, la palmera, el sicomoro. En cambio, la opulencia de los judíos en la Edad Media se debió, en parte, a que la usura no se anatematiza tan severamente en la ley de Moisés como en la comunión cristiana. En el caso de los mitos egipcios, como diría Marx, "el modo de producción de la vida material condiciona el proceso intelectual", y, en el de los banqueros israelitas, la ley moral y el credo religioso obraron sobre la forma económica; o invirtiendo, precisamente, la fórmula de Marx: "el proceso intelectual (la 'ideología', como diría un 'marxista criollo') condicionó el modo de producción de la vida material". Por tanto, en conclusión: pretender que lo fundamental sea lo económico y lo "superestructural" lo religioso, es inaceptable. En los comienzos de la evolución social, la religión desempeña un papel importantísimo; pero también lo desempeña la economía. En suma: No hay *oberbau* ni *unterbau*. No existe una "estructura fundamental", como lo querría el marxismo.

Empeñarse en hacer de la sociedad humana un "organismo de ideas", sin correlación con el ambiente físico, es imposible; pero pretender que la cultura sea algo adjetivo, y algo sustantivo lo económico y lo técnico, es falso; porque técnica y economía son ya espíritu. Unas y otras fuerzas sociales se conjugan siempre y doquiera, componiendo, de esta suerte, la esencia de la vida social. *El marxismo es un falso esquematismo de la historia, ya superado, afortunadamente, en la especulación contemporánea. Por sí mismos, los valores económicos carecen de sentido. Nada es útil si no es útil para algo; nada es riqueza, si no enriquece con un fin de placer o de poder; nada*

vale económicamente en sí. Lo valioso es una categoría "ideológica", por su esencia, aun cuando no lo crean o aparenten no creerlo así, los partidarios de sistemas sociales periclitados.

Por otra parte, la concepción materialista de la historia, ante la filosofía social, descarta el factor individual. Esto es tan absurdo como pretender la eliminación de las contingencias históricas. De este modo, el determinismo económico se convierte en un perezoso fatalismo. Sin la persona de Jesús llamado Cristo no se concibe el cristianismo. Su divino ejemplo llena los *Evangelios.* Suprimid la "individualidad histórica" del Mesías y anonadaréis el cristianismo. Como se anonadará el mahometanismo sin Mahoma, y el cartesianismo sin Descartes y Malebranche. *Haced abstracción de Marx, y el marxismo, que por alguna razón así se denomina, se habrá también anonadado.* ¿Cómo podría ser un mero accidente, en la evolución de una doctrina social, moral o religiosa, quien principal y eminentemente le engendró? Este absurdo desconocimiento del individuo en la evolución histórica de la humanidad invalidará siempre las explicaciones "colectivistas" del marxismo.

Se responderá: el individuo explícase por su ambiente social. Sí, en parte. Porque también él constituye un elemento de la causalidad del ambiente social. ¡Otra vez acción recíproca! El individuo obra sobre la sociedad y la sociedad reobra sobre el individuo. Hegel, más profundo que todos los marxistas, señaló en el "individuo histórico", una de las causas de la historia. Suprimid a Mario, a César, a Pompeyo, a Octaviano, a Antonio, y explicad, si os place, la historia romana. Pascal sostiene que si la nariz de Cleopatra hubiera sido conformada por diverso modo, otra habría sido, quizá, la evolución de la historia europea. En conclusión: el héroe, que dijeron Gracián y Carlyle, no explica, sólo él, la evolución de la cultura; pero sin él, tampoco es explicable, en ninguna forma, la historia.

La unilateralidad de la concepción marxista, esencialmente enemiga del individuo y la religión, disfrázase con el estilo anfibológico del célebre pensador revolucionario.

Dice a este respecto, el ilustre lógico francés Edmond Goblot en su reciente libro *La lógica de los juicios de valor:*

"Marx es difícil de comprender. ¿Por falta nuestra o por la suya propia? Es, según sus adeptos, porque su genio nos excede. Su pensamiento se eleva a alturas en que las inteligencias medias no pueden seguirlo, o desciende profundidades donde la oscuridad no debe asombrarnos".

"Es natural que las inteligencias comunes se ofusquen. Pero también podría acaecer que el pensamiento de Marx fuera informe e incongruo en sí, para satisfacer a nuestra razón. Si no comprendo una página de Marx, la releo lentamente, atentamente; la analizo en sus pormenores. Debería yo, entonces, hallar el pensamiento que se me había ocultado, mas, en cambio, sólo encuentro confusión de ideas e incoherencia lógica, que me hacen comprender por qué no he comprendido".

Esto se dirige a los pedantes y los fanáticos, tan numerosos en México como en Europa, que han hecho del marxismo un *tabú*, y del propio Marx un *tótem* inverosímil; algo así como el Moloch sacrosanto del mesianismo del proletariado.

P.S. Como lo habrán ya notado los lectores de *El Universal*, nuestra labor al redactar estos artículos ha consistido en objetar con razones filosóficas, claro está, el fundamento del materialismo histórico. A la vez, vamos escribiendo una regocijada novela a propósito de "El Caballero de los Espejos". Cuando demos remate a ambas tareas, publicaremos, en volumen aparte, la novela y los artículos científicos. Nuestra próxima producción será, por tanto, un capítulo más, novelístico, rotulado: "¿Zamora?... ¡En media hora!". Nuestro impugnador no ha logrado, hasta la fecha, rebatir el dilema "materialismo o ciencia". Se debate graciosa, furiosamente, entre los cuernos del argumento, y hallará siempre en nosotros la actitud espectacular de la sonrisa. Los otros razonamientos, los demás dilemas, permanecen intactos. ¡Loado sea Dios!

El Universal,
8 de febrero de 1935

EL TRISTE CASO DEL SEÑOR CASO

Francisco Zamora

El fusilamiento del marxismo, que en nombre de la ciencia profesoral consuma por enésima vez el señor doctor Caso, tiene curiosas vicisitudes: ahora, por ejemplo, ha dado origen a dos acciones paralelas. En la una, don Antonio actúa en filósofo, es decir, deja caer afirmaciones rotundas, de tono melodramático, que como son filosóficas no está obligado a probar; en la otra, el señor Caso ejerce de humorista, o sea, hace chistes abstrusos, literaturiza e ironiza con la agilidad relativa, pero segura, del ánade, y luego se sienta a celebrar sus propios chistes.

Las ventajas del procedimiento saltan a la vista: el señor Caso, pongamos *por ídem,* formula como filósofo una proposición que destina al mundo, para que éste la reciba de rodillas; hay, sin embargo, un irrespetuoso que se atreve a refutarla, o cuando menos, a pedir que se la prueben. Entonces el señor Caso se convierte en gracioso; modifica con unos cuantos rasgos de albayalde, carmín y negro de humo su severo rostro filosófico; cubre su vasta frente de pensador con el clásico gorro de pompón, y sale del trance dando zapatetas y tumbas cabeza abajo, y diciendo ocurrencias de pista.

Si por casualidad ocurriera que los espectadores, contristados, se negaran a reír las gracejadas del señor Caso-juglar, nada importaría: el señor Caso-filósofo requeriría inmediatamente los arreos filosóficos y especularían con gangueo magisterial, verbigracia, sobre la naturaleza del ser espiritual y su "inconsútil" estructura, para justificar la seriedad unánime.

Además, no hay modo de que en ninguna de sus dos actividades -la humorística y la filosófica- se sienta incómodo el señor Caso: a los que dudan de su filosofía les ofrece chistes, y a los que dudan de sus chistes les brinda filosofía, y como las filosofías del señor Caso-filósofo deslumbran al señor Caso-chistoso, y los chistes de éste hacen a aquél desternillarse de risa, no hay miedo de que en ningún momento, la suma de los dos adquiera el conocimiento de su ridículo único.

Porque el señor Caso, nos apena tener que revelárselo, cuando está verdaderamente chistoso es cuando filosofa, así como las únicas veces que produce verdaderas reflexiones filosóficas, por lo menos en

los demás, son aquéllas en que se pone gracioso; lo cual es una sola y triste manera de ser chistoso y productor de filosofía al mismo tiempo.

Esto de que el señor doctor Caso es un filósofo chistoso merece unas cuantas explicaciones más. Amparado por el misterio dogmático de las labores recónditas a que dedica su talento, tan despejado como su frente, don Antonio cree filosofar: primero, cuando hace en tono pítico afirmaciones definitivas, que nadie puede objetar sin irritar a la ciencia, encarnada en él; segundo, cuando "refríe", como decimos en jerga periodística, o sea, cuando repite bajo otra forma lo que muchos han dicho antes que él, hasta sin engolar la voz filosóficamente; tercero, cuando fracciona, empequeñece y desvirtúa las doctrinas que pretende rebatir -"claro está, con razones filosóficas"-, y cuarto, cuando da rienda suelta a su megalomanía profesoral.

Y esto es gracioso: primero, porque los esfuerzos de quien pretende convertir una falsedad en verdad tan sólo con afirmarla reiteradamente son, por lo menos, tan cómicos como los del que se propusiera, a fuerza de navaja, volver monda para siempre una piel naturalmente cubierta de cabellos; segundo, porque los descubridores de Mediterráneos son siempre chistosos; tercero, porque cae en gracia que personas obligatoriamente serias empleen, imaginándola inédita, la vieja martingala de desvirtuar lo que contradicen, para refutarlo mejor, y cuarto, porque el delirio de grandeza sugiere actitudes y dichos que muy frecuentemente hacen reír al prójimo.

La única presunta novedad que hay en la serie de objeciones que el señor Caso ha estado lanzando contra el materialismo histórico –"claro está, con razones filosóficas"- es su intención de darles forma dilemática. Empezó con aquello de "el socialismo, o es científico y entonces no es materialista, o es materialista y entonces no es científico". Negamos y pedimos que explicara por qué hay incompatibilidad entre la concepción materialista del mundo y la ciencia, y ya sabemos lo que resultó: un doctor Caso filósofo, poeta a las vegadas, que de pronto se suelta haciendo juglerías, con probable asombro de sus confiados y pacientes discípulos.

El segundo dilema, que se debía sostener sobre el dualismo irreductible de la materia y el espíritu, admitido en el primero como un postulado, fue aquello de que el socialismo marxista, o es materialista y no puede ser dialéctico o viceversa. Corrió, por tanto, la misma suerte que el primero; es decir, contribuyó a dar nacimiento a la personalidad humorística, que ha venido a juntarse con la filosófica y la poética que ya existían en el señor Caso.

El tercer dilema, historia o materialismo, sigue descansando por completo sobre la irrefutabilidad axiomática que el señor Caso atribuyó al primero. Es fácil, por consiguiente, dar como probado que "el universo cabe en estas dos supremas significaciones: *natura, cultura";* o dicho sin palabras sibilinas, que el universo se divide en un reino de la materia y otro del espíritu, sin relaciones entre ambos. ¡Y esto lo ofrece el filósofo-poeta-humorista señor Caso como una novedad en el año de gracia de 1935!

Por supuesto que mientras nos mantengamos dentro de la jurisdicción del "claro está, con razones filosóficas", podemos afirmar sin parpadear que "en historia sólo de procesos culturales se trata", y que "la economía, como ciencia cultural, no natural, vive... sobre las investigaciones psicológicas", lo que -dicho sea de paso- deja la puerta abierta para sugerir la existencia de una psicología "no natural", sino "cultural". Pero cuando salimos de ese esquizofrénico mundo, nos encontramos con que aún en la historia las gentes comen, se visten y viven en casas, y con que para hacerlas, para vestir y para comer, no usan ideas, productos culturales, valores vitales y demás monsergas filosóficas, sino materias naturales por las que luchan con la naturaleza y entre sí, y esto ya es bastante para quitar a la historia ese carácter de "inconsútil" y pura espiritualidad que pretende adosarle el señor Caso, a la zaga de muchos otros.

El cuarto ya no fue dilema: el señor Caso tenía para entonces un perchero completo de ellos, y podía entretenerse en colgarles paternales elogios en los cuernos, labor poético-filosófica a la que se dedica ahora. Fue una ampulosa disertación, con pretexto de la filosofía jurídica, sobre las relaciones entre lo jurídico y lo económico, que según el señor Caso, han marchado juntos en la historia universal; pero -agrega, siempre en lenguaje de oráculo- "esta concatenación nos pone en presencia de magnitudes concomitantes e inconmensurables", por lo que es "inútil tratar de poner bajo un común denominador lo que, por su esencia, difiere; lo que exhibe su heterogeneidad radical, con plena evidencia". Y más adelante, entre nubarrones de palabras: "la correlación es la verdad; la reducción es el error", lo que en lenguaje llano quiere decir que es erróneo establecer una dependencia unilateral y directa de causa a efecto, entre lo económico y lo jurídico, aunque haya entre ambos estrecha relación.

Pero este descubrimiento del señor Caso, lo mismo que otros agudos hallazgos logrados por él, en amable compañía con Menger, son algo viejos; tanto que Engels mismo pudo referirse a ellos con pleno éxito, sobre todo en su carta a Conrad Schmidt. Es decir, el señor

Caso nos descubre, en 1935, Mediterráneos ya explotados al revés y al derecho ¡en 1890!

El último no-dilema del señor Caso es una reedición de la mayor parte de los lugares comunes que siempre han circulado a propósito del materialismo histórico -como hasta el propio señor licenciado Pallares, hurgador tendencioso de la vida privada de Marx, lo podría decir-; aunque hecha de acuerdo con las bases polémicas que el antimarxismo aborigen considera las únicas científicas: citas exclusivas de Marx y Engels, con derecho de rechazar como inadmisibles las que dificulten la labor de aplastar, por millonésima vez, a esos autores; por consiguiente, eliminación de los trabajos de los investigadores marxistas que posteriormente han seguido laborando sobre la doctrina, a quienes se lanzan epítetos despectivos a manera de "razones filosóficas". Derecho reservado a los impugnadores del marxismo, para que crean lo que sostienen y hasta se apasionen e insulten a sus contrarios al sostenerlo; por tanto, prohibición a los defensores del marxismo, de que sostengan con pasión sus puntos de vista, los consideren verdaderos y se tomen confianza con las momias filosóficas del antimarxismo.

La parte personal del señor Caso en el producto es: unas cuantas sentencias de inescrutable significado hasta para Perogrullo, como *nada es útil si no es útil para algo* (las cursivas son suyas); el estilo finchado, hueco, "catedrático", que siempre usa en sus lucubraciones filosóficas, y algunas trabajosas muestras del consabido desprecio por el marxismo y los marxistas, que todos los marxófobos tapados fingen, cada vez que se entregan a la tarea paradójica de matar una doctrina que, según ellos, está muerta casi desde que nació.

Si con éstas y otras cosas semejantes el señor doctor Caso cree útil para su prestigio filosófico y universitario hacer uno o dos libros, allá él. Profesores idealistas conocemos nosotros que han creido completar su renombre escribiendo, en edad provecta, libros de versos amorosos a su recamarera, y nadie ha tenido hasta ahora la crueldad de objetar nada en contra de esta última y rezagada ilusión infantil.

El Universal
11 de febrero de 1935

¿ZAMORA? ... ¡EN MEDIA HORA!

Antonio Caso

La otra ocasión dejamos, como lo recordarán nuestros numerosos lectores, al invicto Caballero de los Espejos al borde mismo de su lecho, escaso de ropas, aterido de frío y no muy abundante de conocimientos ópticos. En una de estas glaciales mañanitas de febrero, reproducía, inconscientemente, la actitud, en él tan genial, del *Penseur* de Rodin. Juntos los pies, las rodillas una con otra, un codo sobre la bruna y desnuda pierna, y la poderosa o ponderosa cabeza, sobre el puño de la diestra mano. Nos dio la impresión exacta de aquel gimnosofista hindú que evoca Arriano en su famosa *Vida de Alejandro.*

Cuando tenía novia, hace treinta años, no aprovechó los cursos de física. Ya se sabe que no entiende, hoy, gran cosa tampoco, del espacio de N dimensiones; pero como le agrada, como buen gimnosofista tropical que es, discutir lo que ignora, precisa que asimile, siquiera sea por modo deficiente, los prolegómenos de la dialéctica.

Si arrecia el frío, como los verdaderos filósofos se abstraen en lo recóndito de su abstruso pensar, y llegan, imitando a Buda, a excelsitudes increíbles de ensimismamiento, no será descortesía de nuestra parte allegarnos a él para discutir sobre los paralogismos que comete, al sostener el materialismo histórico.

Nos colamos, pues, de rondón, en su aposento, y le sacamos de su perplejidad inaudita diciéndole: -insigne caballero; con vuestra venia llegamos a exponeros algo que os haga abandonar vuestro mutismo, vuestra hierática inmovilidad. Haced como que pensáis, y escuchadnos. No es lo propio, caballero, si de sofismas se trata, la petición de principio que la ignorancia del elenco Vuestra honda perspicacia, claro está, no puede sino confundir en una sola todas las categorías y todos los juicios, verdaderos o falsos; porque, como dice la *Imitación*, "todo lo traéis a uno y miráis en uno". No obstante, para vos, señor, la "materia física" no es lo propio que "la materia como categoría filosófica", aun cuando ambas sean materia. Esto es ejemplo clarísimo de bochornoso paralogismo verbal; porque nada se muda en un mismo ser por aplicarle dos denominaciones diferentes. He aquí una curiosa falacia de dicción, buen caballero. Esto de distinguir la materia de la materia, no cuadra,

en verdad, con vuestro materialismo. Pero, si distinguís, mañosamente a de a, confundís, también, mañosamente, a con b; el género con la especie y el caso con la regla. ¡Qué importa!, vos, señor, estáis siempre en torno de la cuarta dimensión. Ahí, ya os lo he dicho, todo es uno y lo mismo. En el fondo os asiste el buen criterio cuando sostenéis que, quien incurre en petición de principio, ignora la cuestión; pero no es lo mismo El Caballero de los Espejos que Jerónimo Coignard, aun cuando, en suma, se identifiquen con don Francisco Zamora.

(El gimnosofista nos mira fijamente a la frente, como si codiciara participar del espíritu que en nosotros palpita. Para él, lo comprendemos, es imposible, o punto menos, tal participación, por lo que con facilidad nos explicamos su codicia). Mientras nos contempla, inquirimos:

-Caballero, os vamos a pedir que digáis, *hic et nunc*, porqué sostenéis que cometimos el sofisma de petición de principio. Vamos a proponeros un ejemplo, claro, de la ignorancia del elenco: si, argumentando sobre la esencia universal, que para vos es la materia, declaráis que nosotros afirmamos que negáis el pensamiento, en el sentido de decir el pensamiento no existe, cometéis la falacia de *ignoratio elenchi*; porque lo afirmado en nuestra tesis no es esto, caballero, sino esto otro: que al reducir vosotros el pensamiento a la materia negáis la esencia del pensamiento como irreductible a la propia materia. Así, en el ejemplo, que acaso comprenderéis: "¿Tiene usted la camisa del caballero?". "No, pero miro debajo de su lecho sus pantunflas". Esto es ignorar la cuestión. ¿Entendisteis, caballero? Si no, dadnos la satisfacción, al menos, de hacer como si hubiérais entendido.

(El Caballero de los Espejos no se inmuta. No siente frío. Es que procura, acaso, volver suya la lección).

-Caballero, muchas gracias os sean dadas por vuestra extática atención. Si así continuáis, aplicándoos un poco, sabréis más de lógica que de física o de matemáticas, porque la primera es disciplina que concuerda mejor con vuestra índole de eminente disputador.

Quedamos, pues, en que ignorar la cuestión consiste en discutir lo que no está a discusión; como cuando pedís el desayuno y os ofrecen en respuesta la toalla de baño. He aquí, típicamente, un caso de ignorar la cuestión, o, sea dicho en latín para mayor elegancia: *ignoratio elenchi.*

-Habéis declarado en "El hombre que perdió su sombra", eximio gimnosofista, que nosotros comentemos el feo paralogismo nombrado petición de principio. Veamos: creemos, en efecto, que o el socialismo es materialista, niega por ello la realidad del pensamiento, y no puede,

por ende, apellidarse "científico", o admite la inmaterialidad del pensamiento y, en tal caso, no puede ser "materialista". Vos decís: "El señor Caso razona, en suma, como si hubiera probado antes, científicamente, la esencia inmaterial del pensamiento, su origen puramente espiritual, su absoluta desvinculación con la materia... Toma, pues, como principio de su razonamiento, para enjuiciar al materialismo, lo que *precisamente* se discute... Éste es *precisamente* un caso particular del sofisma que estriba en ignorar la cuestión, conocido en lógica bajo el nombre de petición de principio". Admiramos, caballero, vuestro admirable estilo académico, que es "precisamente" abominable; pero todavía admiramos más vuestra dialéctica, que es "precisamente" absurda.

(En el entretanto, urgimos al caballero rogándole que se cubra, por más gimnosofista que sea. Nos parece haberle oído un estornudo)

-Mañana puede continuar la lección de lógica. (Podríais resfriaros, señor, vestíos, os lo suplicamos).

-No, continuad, proseguid, nos responde nuestro ignaro e irascible interlocutor. ¡Ahora voy a comprender por qué antes no lograba comprender!...

(Nosotros, llenos de agradecimiento, proseguimos, no sin agregar antes, con todo respeto):

-Posible es que una de estas noches, si no os aplicáis, vuestro insigne fetiche, el prócer del daguerrotipo frontero a vuestro lecho, os ponga otra reprimenda; porque, como dice Mefistófeles al estudiante, en el inmortal diálogo de Goethe: "mostráis mucha afición, pero poca habilidad". Y, según reza el proloquio, caballero, "de buenas intenciones están empedrados los infiernos".

-¡Proseguid, os digo!, exclama el caballero, y, por primera vez, le vemos abandonar la "pose" del *Penseur* de Rodin. (Ya está erguido el gimnosofista, pero perplejo, ante nosotros).

-Señor, "el que afirma debe probar", como se dice, escolásticamente. Si los materialistas decís que el pensamiento tiene por esencia la materia probádnoslo así. Si no lo podéis, suspended vuestro juicio. Ahora bien, ¿podéis probarlo?...

-¡No!, exclama el caballero, no podemos probarlo; pero vosotros habláis de un espíritu y un Dios, y tampoco podéis probarlos.

-Caballero, no incurráis otra vez en el sofisma de ignorar la cuestión. *No discutimos, hoy, si el espíritu existe, si Dios es. Esto es otro asunto. Los idealistas (no espiritualistas, como vos decís, identificando, sin consideración, filosofías tan diversas) no admiten la existencia del espíritu; pero afirman que el pensamiento no puede*

reducirse a la materia. Por tanto, acaso, haciendo un poderoso esfuerzo de concentración mental gimnosofística, entendáis que, sin petición de principio, amable caballero, pudo Hegel, idealista absoluto, no espiritualista, afirmar que la esencia del pensamiento es inmaterial, sin tener que demostrar, previamente, la existencia de Dios ni del alma. ¿Percibisteis el argumento?...

¡Cómo os habéis equivocado, y cuán lastimosamente! Ya nos vamos convenciendo de que lo que juzgamos esquizofrenia es pura ignorancia y limitación espiritual, a no ser que sea ignorancia esquizofrénica. Hoy os hemos dado, como hemos podido, nuestra primera lección de lógica. Si os aprovecháis ostensiblemente, os abonaremos, pronto, la segunda y aun otras posteriores. Mientras tanto, vestíos, señor, y buscad vuestra propia sombra en el espejo. ¡Ahora podréis leer con mejor fruto a Hegel y a Marx, sin olvidar a Chamisso y Heine!

El Caballero de los Espejos nos agradece profundamente nuestra ímproba tarea, y nosotros nos despedimos, cariñosos y contentos de haber practicado, al comenzar el día, una obra de cristiana misericordia. Media hora ha durado la lección, ¡sólo media hora!

P. S. Ordenando la economía de nuestra labor, en lo sucesivo, continuaremos la exposición de nuestras reflexiones críticas sobre el materialismo histórico. Decimos que continuaremos la exposición de nuestras ideas, porque hace ya varias semanas que el caballero sólo redacta sandios improperios, como aquello de "El triste caso de Caso", o aquello otro de "El señor Caso se salió del cazo", admirables especímenes de su parda literatura. Ya se sabe que, cuando no se puede rebatir, se injuria. ¿Consistirá en semejante actitud la "dialéctica de los materialistas históricos"? No, de fijo; es que la lucha entre el caballero y nosotros se simboliza por la vieja pugna existente entre la tranca o "la tranquilla", y el puñal florentino o el estoque toledano.

El Universal,
15 de febrero de 1935

UN CASO DE DELIRIO MAGISTERIAL

Francisco Zamora

El viernes, el señor Caso amaneció chistoso; pero no chistoso a secas, sino chistoso magisterial; porque don Antonio, quizás debido a que ya comienza a hacer gracia cuando da clase, hasta cuando quiere ser gracioso imagina estar dando clase. Ésta es, dicho sea de paso, la más difícil de las posiciones que ha decidido adoptar en la semipolémica, cada vez más regocijada, que sostiene contra el materialismo marxista. En efecto, si cuando habla en filósofo tiene el recurso de traducir al lenguaje pírico que le es propio, lo que muchos otros han dicho en descrédito del marxismo, cuando se siente humorista ha de echar mano a sus medios personales que son, por su desgracia, bien escasos.

Aunque sea sumamente laborioso encontrar una idea expresada con claridad en el cuerpo de su última fantasía delirante, parece que de lo que trata en ella es de probar que no ha cometido el sofisma de petición de principio, con el argumento contundente de que ¡nuestro estilo es "precisamente abominable"!

Sin embargo, la cuestión simple y sencilla es ésta: lo que discuten el idealismo y el materialismo es la relación entre la materia y el pensamiento; aquél afirma que no hay nexos entre ambos, mientras éste sostiene lo contrario; incurre, por tanto, en petición de principio, quien como el señor Caso condena al materialismo porque no admite la dualidad del pensamiento y la materia, cuya relación recíproca es justamente lo que discuten materialistas e idealistas. El modo correcto de razonar sería demostrar que hay en alguna parte pensamiento sin cerebro pensante, para deducir de este hecho, científicamente probado, que la escuela filosófica que lo niega carece, como quiere el señor Caso, de fundamento científico.

La forma en que expresemos nosotros lo anterior puede resultar abominable al señor Caso, aunque para ello se dé el trabajo de adulterarla previamente, como ha tenido la precaución doctoral de hacerlo en su último artículo; pero eso no modificará en un ápice la verdad de que don Antonio ha tomado como principio de razonamiento, precisamente lo que está a discusión.

El delirio magisterial del señor Caso le impide, con todo, notarlo, así como le veda comprender que una afirmación profesoral, aunque se repita mucho, no prueba por sí sola nada, ni siquiera en el mundo de las ideas puras. Porque es éste en el que se mueve, con cierta dificultad, nuestro filósofo-poeta. "Los idealistas -nos dice, en efecto- no admiten la existencia del espíritu, pero afirman que el pensamiento no puede reducirse a la materia". Se trata, en suma, de creer en ideas que existen por ellas mismas independientes no sólo de toda materia, sino también de todo espíritu, quién sabe dónde. Y de creerlo, por la irrefutable razón de que "pudo Hegel, idealista absoluto, no espiritualista, afirmar que la esencia del pensamiento es inmaterial, sin tener que demostrar previamente la existencia de Dios ni del alma". En nombre, pues, de estos sueños esquizofrénicos, se niega valor científico al materialismo.

Un profesor como el señor Caso, acostumbrado a que sus desprevenidos discípulos acepten sin chistar lo que él dice, satisface sin duda sus hábitos profesionales con el pueril juego de imaginar, en sus penosas divagaciones humorísticas, fantasmas a quienes convence con esos delirios; pero es dudoso que obtenga el mismo éxito ante personas de mediano sentido común.

Si de Hegel, que no tuvo necesidad de reformarse la frente para que en ella brillara el espíritu, pudo Engels escribir que su idea absoluta "sólo es absoluta en cuanto él nada sabe decir en absoluto de ella", ¿qué cabría pensar del señor Caso, que para decir algo de la suya desesperadamente acude al truco escolástico de exigir de sus contrarios que prueben lo que niegan, a fin de descargarse él de la obligación de probar lo que afirma?

El marxismo parte del hecho objetivo, reconocido por la psicología científica, de que todo pensamiento implica la existencia de un cerebro pensante. Pero si sostiene "que lo ideal -como dice Marx- no es más que lo material, traspuesto e interpretado en la cabeza del hombre", no por ello niega la realidad de esas "fuerzas ideales" en torno de las cuales hacen tanto ruido los adversarios del materialismo histórico, a quienes sigue el señor Caso.

Véase, por ejemplo, lo que escribió Engels, a propósito de las relaciones entre lo jurídico y lo económico, que han dado motivo para una de las sibilinas producciones del señor Caso: "el jurista imagina que opera con proposiciones a *priori,* aun cuando éstas no son, después de todo, más que reflejos del proceso económico. Y así, todo continúa de cabeza. Este reflejo invertido, mientras no se le reconoce como lo que es, constituye lo que nosotros llamamos 'concepciones ideológicas'.

Que esto pueda ejercer por reacción influencia sobre la base económica, y dentro de ciertos límites modificarla, me parece por sí mismo evidente". (Las cursivas son nuestras).

Y en la misma carta del 27 de octubre de I890 a Conrad Schmidt, refiriéndose a "los dominios ideológicos que se elevan aún más allá de las nubes: la religión, la filosofía, etcétera", afirma Engels que "sus producciones, inclusive sus errores, ejercen una influencia por reacción sobre el desarrollo social entero, aun en lo económico". Más adelante, agrega: "Si Berth (un lejano antecesor del tipo de críticos a que pertenece el señor Caso) imagina que nosotros negamos todas y cada una de las reacciones que la política, etcétera, reflejos del movimiento económico, ejercen sobre ese mismo movimiento *simplemente combate contra molinos de viento*".

"Debiera -insiste todavía- echar una ojeada sobre el *Dieciocho Brumario* de Marx, que casi se contrae a tratar del papel *especial* que las luchas y acontecimientos políticos desempeñan, naturalmente dentro de la esfera de su dependencia *general*, en las condiciones económicas; o sobre *El capital*, verbigracia en el capítulo de la jornada de trabajo en donde la legislación, que ciertamente es una acción política, opera de modo tan decisivo; o en la sección de la historia de la burguesía (capítulo 24). De otra manera, ¿por qué habríamos de luchar por la dictadura política del proletariado, si el poder político no tuviera efectos económicos? La fuerza (esto es, el poder del Estado) ¡es también un poder económico!".

Y resumiendo su réplica a las críticas contra el materialismo histórico, Engels concluye: "lo que falta a esos caballeros es la dialéctica. Todo lo que ellos ven es causa en un lado, efecto en el otro. No se dan cuenta de que esto es una mera abstracción; de que en el mundo real esas polares oposiciones metafísicas existen solamente en las crisis; de que el gran proceso se desarrolla en forma de acción recíproca de fuerzas, seguramente muy desiguales, entre las cuales el movimiento económico es, con mucho, la mayor, principal y decisiva. No ven que nada es absoluto y que todo es relativo. Para ellos Hegel no existió nunca".

Si, pues, como puede atestiguar quien quiera que haya seguido con cuidado las lucubraciones antimarxistas del filósofo del espacio bidimensional, todo el edificio de la refutación al marxismo, trabajosamente levantado por él con materiales de segunda mano, descansa en una pretendida oposición irreductible entre lo material y lo ideal, sofísticamente asentada al principio; si, además, el señor Caso ha atribuido sin derecho al marxismo, para rebatirlo a menor costa,

una concepción unilateral, antidialéctica, del proceso histórico, por desconocimiento de la cuestión o por habilidad polémica, ¿qué queda de su penoso empeño crítico?

La exhibición de una febril megalomanía que quizás sea poética, pero que sin duda alguna no es filosófica.

El Universal,
18 de febrero de 1935

¿EN QUÉ CAZO ESTÁ EL GATO?

Francisco Zamora

Por primera vez, y en obsequio de un contradictor que antaño fue "socrático espiritualista e irónico" en igual medida que él, baja el señor Caso del tripode en que pronuncia confusos oráculos filosóficos, para ver de probar, mediante unas cuantas "reflexiones críticas", su afirmación de que el materialismo marxista no es científico.

He aquí la primera: "una sensación... es irreductible a un movimiento". Prueba: Taine dice que la sensación de lo amarillo no puede reducirse al movimiento de rotación, ni al de traslación, ni al de ondulación. *"La sensación, por tanto* -concluye el señor Caso, en cursivas, para mayor solemnidad- *no es movimiento. Si no es movimiento, no es material"*.

He aquí la segunda: "un acto de voluntad, con mayor razón no puede reducirse a la fuerza". (¿Y por qué habría de reducirse precisamente "a la fuerza", y no al movimiento o a la masa? Por un solo motivo: el señor Caso ha oído hablar de "fuerza de voluntad" e imagina que éste es un postulado materialista). Prueba: "del mismo modo que la sensación no es movimiento, el querer no es fuerza. Tan imposible es hacer de la voluntad una fuerza, como de la fuerza una voluntad". (El valor probatorio de estas afirmaciones consiste, principalmente, en que la primera fue escrita en cursivas). Otra prueba: "más interesante, no más verdadera", parece al señor Caso Schopenhauer "al pretender reducir la fuerza a la voluntad".

He aquí la tercera: "el pensamiento a nada corresponde en el mundo de la materia". Prueba toral: "pensar es algo diferente de moverse". Otra prueba: "si ya la sensación y la voluntad son irreductibles al movimiento y a la fuerza, el pensar, más todavía, resulta algo inconcusamente *sui generis"*. Otra más: "la materia ocupa lugar en el espacio, los pensamientos no. Cambia en el tiempo; el pensamiento no cambia". Prueba de esta última prueba: "las significaciones universales como 3, 5, 0, no se mudan en el tiempo ni en el espacio".

Conclusión general de estas "reflexiones críticas": "no se puede sostener la hipótesis materialista, ni a propósito de las sensaciones, ni con respecto a la voluntad, ni con relación al pensamiento".

El señor Caso ha concluido; mira su obra y, naturalmente, la encuentra buena. Abrumado por su propia gloria, y al mismo tiempo misericordioso con la pequeñez de su contradictor, muestra cierto irónico deseo de saber cómo contestará estas objeciones. Y para alentarlo, le dice: "nos hallamos llenos de curiosidad aguardando su respuesta". Considera don Antonio tan difícil el hercúleo trabajo que le ha impuesto, que está filosóficamente seguro de que no podrá realizarlo, a menos de que no acuda a la magia.

Sin embargo, cualquiera que abra un compendio de psicología científica, aun cuando no sea de los más modernos, como el de James, por ejemplo, encontrará: primero, que las sensaciones se describen como corrientes centrípetas aportadas al cerebro por los nervios llamados aferentes; segundo, que esas corrientes, así como las centrífugas de los nervios eferentes, se consideran, no en sentido figurado sino real, como descargas de las células nerviosas, de tal manera que James compara la salida de una corriente de esa especie con la explosión de un arma de fuego; tercero, que la velocidad de esas corrientes ha sido medida, a partir de Helmholtz, y cuarto, que la voluntad se estudia como una compleja trama de movimientos.

En otras palabras, a pesar de que la psicología siguió hasta hace poco un camino que ha dado motivo para que se le regatee el carácter de ciencia natural y aun el de verdadera ciencia -como dice Pavlov-, afirma las conexiones entre la actividad psíquica y el sistema nervioso. Y así ha podido reducir las sensaciones a corrientes de energía nerviosa, o sea, a movimiento.

Esta relación aparece todavía con mayor relieve en la psicología nueva, cuyos cimientos fueron puestos por los trabajos de Pavlov, Bechterev, Kornilov, Blonsky, Mauensterberg, Lehman, Thorndike, Watson y otros, bajo los nombres de "reflexología", "reactología", "psicología científica" o "ciencia de la humana conducta".

Está, por tanto, muy lejos de tener valor de verdad científica el aserto de que la sensación no es reductible a un movimiento. Por lo contrario, mejores títulos de científicas pueden alegar afirmaciones como ésta de Goldsteinm citada por el doctor Marie: "todo está contenido en el organismo, y el psiquismo es estrechamente solidario del todo"; o éstas otras del propio Marie: "aunque puedan hacerse algunas observaciones sobre la base orgánica de los fenómenos mentales, un hecho se impone cada vez con más fuerza, y es su dependencia de la actividad refleja del cerebro; el pensamiento puro es una quimera".

Bechterev -citado por Pinkevich- dice a su vez:

"No existe pensamiento alguno como pura idea "espiritual". En algunos casos, no puede expresarse el pensamiento sin palabras, aunque apenas audibles; en otros sin movimientos externos, aunque casi imperceptibles; en otros, sin ciertos cambios en la acción de los pulmones, el corazón, los vasos y ciertos órganos; en otros, sin la aparición de las lágrimas, sin secreción de saliva y otros jugos de los conductos intestinales. Pero todas esas manifestaciones no son otra cosa que los altos reflejos (correlativos) inhibidos. De todo eso se desprende que el pensamiento es el mismo reflejo superior, sólo que inhibido... De donde resulta palmario que tenemos aquí el mismo proceso en que las manifestaciones interiores en forma de pensamiento no son más que reflejos inhibidos, en que el reflejo subjetivo, comparado con el objetivo, resulta más claramente definido".

El señor Caso, sin embargo, desdeña las adquisiciones de la psicología objetiva. Afirma, haciendo a Taine el favor de acompañarse con él, que la sensación es irreductible a un movimiento; deduce de ello, mediante una apresurada analogía, que la voluntad no puede reducirse a la fuerza y de allí concluye con triunfante facilidad que "el pensamiento a nada corresponde en el mundo de la materia", sin duda porque conoce personalmente algunos pensamientos sin cabeza pensante. Es éste uno de los casos en que la filosofía, o lo que optimistamente se supone serlo, abandona las bases científicas y se confunde "con la poesía y sus ensueños".

A ese género de ensoñaciones pertenece, por ejemplo, la afirmación magisterial de que "el pensamiento no cambia con el tiempo", fundada en que el 3 o el 5 son siempre 3 y 5, y adquieren así dentro de la filosofía casera el valor ampuloso de "significaciones universales"; porque lo que lisa y llanamente ocurre es que son símbolos de que nos servimos para expresar la existencia, actual o posible, de determinados conjuntos de unidades de cualquier especie. Por lo demás, ¿quién que se pare a reflexionar un minuto en la historia de la ciencia, verbigracia, puede sostener que los pensamientos, es decir, las representaciones subjetivas de la realidad cósmica, no cambian con el tiempo? El pensamiento, forma de actividad de la materia cerebral, no ocupa, claro está, lugar propio en el espacio; quien lo ocupa es la materia que en él se manifiesta. Una vibración tampoco ocupa espacio distinto del que llena el cuerpo que vibra. Para que el pensamiento ocupara un lugar propio en el espacio se necesitaría que existiera por sí mismo, como entidad independiente, aislado de todo cerebro. Pero ese aislamiento sólo puede ser, por un proceso de

desarticulación de la realidad, a que el hombre tiene que recurrir para explicársela.

Claro está que la verdadera ciencia psicológica no alcanza todavía, ni con mucho, a resolver todos los problemas que plantea el funcionamiento del sistema nervioso superior, la "actividad psíquica". Sin embargo, deducir de ello conclusiones místicas; llenar las lagunas, más abundantes en este campo que en ningún otro, que aún no salva la investigación científica, con fantasías fideístas; declarar fracasada la ciencia y dedicarse a hacer mala y anacrónica poesía filosófica, podrá ser cómodo para los herederos gratuitos de Sócrates, pero es poco probable que sea científico.

Los pueblos antiguos -escribe Reichenbach- animaban la naturaleza con dioses y demonios; no podían imaginar la producción de procesos naturales, sino mediante la imagen de seres antropomorfos, que gobernaban los sucesos y cuyas relaciones voluntarias nos parecen como leyes de la naturaleza. Esta imagen politeísta del universo de los pueblos primitivos ha sido vencida ya hace tiempo; pero, en último término, llenar las ciencias naturales con conceptos de origen metafísico no es cosa diferente.

Parece, no obstante, que la filosofía tal como la entiende el señor Caso sirve exclusivamente para eso. De ahí que reivindique nuestro filósofo el derecho de especular con conceptos totalmente desvinculados de las realidades objetivas que en su origen representaron, y de llamar ciencia a ese ejercicio; de ahí que todo su razonamiento, tan impresionante para la clase media de quien es profeta, se reduzca a voltejear nociones extraídas de los sistemas filosóficos tradicionales; de ahí, en fin, que dé tanta importancia a los nombres y a su etimología, riña batallas a propósito de las puras palabras, y establezca cuidadosas distinciones escolásticas entre términos tales como "materialismo" y "realismo", aunque se le haga notar que para el marxismo -recuérdese a Engels- el primero significa exactamente lo que el segundo, en su sentido moderno, a saber: la afirmación de que el pensamiento, lejos de ser causa o hecho primeros, deriva de una realidad preexistente.

El señor Caso tiene, no obstante, una enorme ventaja: admira tanto al señor Caso, cree tanto en él, que todo en él le parece bien, inclusive los chistes y los versos. Si oyera el señor Caso, crítico devoto, que el señor Caso filósofo, poeta y humorista gritaba desde el fondo de un pozo a quienes le hubieran echado allí: "¡Si me sacan, les perdono la vida!", temblaría por la suerte de las presuntas víctimas.

Y esto, como hasta los "numerosos" lectores del señor Caso serían capaces de comprender, resulta un motivo más fecundo de esparcimiento que los doctorales esfuerzos humorísticos con que don Antonio pretende refrendar sus aficiones gatunas, cediéndonos a nosotros el martirizado papel de razón.

El Universal,
25 de febrero de 1935

EL OCASO DE UNA SEMIPOLÉMICA

Francisco Zamora

El último artículo del señor Caso es la enésima ilustración del sofisma con que inició su serie de oráculos dilemáticos destinados a pulverizar -¡ahora sí definitivamente- el socialismo marxista. "La imposibilidad notoria, evidente, de hacer de la vibración, el movimiento, la extensión, la fuerza, etcétera, algo psíquico; el infranqueable valladar que media entre lo físico y lo mental", queda para don Antonio demostrado por el hecho, a su parecer incontrastable, de que existen filósofos contemporáneos que son ¡"caballeros del espíritu"! En otras palabras, la prueba de la dualidad de lo psíquico y lo físico reside en que hay personas "ilustres" que hacen filosofía sobre la base de la diferenciación irreductible entre lo físico y lo psíquico. Dicho de otro modo, para el señor Caso lo psiquico y lo físico son inconciliables, por la incontrovertible razón de que son inconciliables... ¡lo físico y lo psíquico!

Frente a este razonamiento, que es más bien la expresión de un sentimiento, de una creencia mística, poco tienen que hacer las conclusiones de la investigación científica, y efectivamente, el señor Caso las desdeña. Pero ello a su vez implica que razonando así no puede hablarse, como él ha pretendido hacerlo, en nombre de la ciencia, para negar todo valor científico al materialismo dialéctico. Es, en resumen, una actitud que Lenin, refutando a Ward, describía así: "Nosotros os abandonamos a la ciencia, señores naturalistas; devolvednos la gnoseología, la filosofía, pues tal es, en los países capitalistas 'avanzados', el pacto de enlace entre teólogos y profesores".

¿Cuál es, en cambio, la que adopta el materialismo dialéctico frente a ese género de filosofía que se basa en nuevas interpretaciones del oráculo délfico? Ya Engels la precisó desde hace muchos años.

"... el materialismo moderno -dice en el *Anti-Dühring*- es sustancialmente dialéctico y no necesita ya de una filosofía superior a las demás ciencias. Desde el momento en que cada ciencia tiene que rendir cuentas de la posición que ocupa en el cuadro universal de las cosas y del conocimiento de éstas, no hay margen para una ciencia especialmente consagrada a estudiar las concatenaciones universales.

Todo lo que queda en pie de la anterior filosofía, con existencia propia, es la teoría del pensar y de sus leyes: la lógica formal y la dialéctica. Lo demás se disuelve en la ciencia positiva de la naturaleza y de la historia".

Y en el *Ludwig Feuerbach* insiste aún:

"desde el instante en que hemos comprendido... que el problema así planteado de la filosofía significa que un filósofo aislado debe llevar a cabo la tarea, que únicamente la humanidad entera puede realizar en el curso de su desenvolvimiento progresivo (se refiere al descubrimiento de la verdad absoluta), desde que comprendemos esto, se ha terminado con toda filosofía en el sentido hasta hoy admitido de la palabra. Se manda a paseo esta "verdad absoluta", inaccesible por este camino para un individuo aislado, y nos lanzamos tras las accesibles verdades relativas, por el camino de las ciencias positivas y de la conexión de sus resultados a través del pensamiento dialéctico".

Resulta de esta manera de concebir la cuestión, que para el marxismo el estudio de las concatenaciones universales *debe* fundarse, no en las especulaciones e imaginaciones individuales de los filósofos, por "ilustres" que sean, sino en las contribuciones que para él aporten las diversas ciencias, laborando con pleno conocimiento de la unidad de la naturaleza, que cada una de ellas observa desde su propio punto de vista.

Cualquier intento de explicación universal que no se base en las ciencias naturales o que pretenda suplir con fantasías de origen religioso la incapacidad temporal de éstas para interpretar ciertos aspectos de la realidad cósmica; que aspire encuadrar en un sistema cerrado, producto del cerebro de un solo individuo, el esquema total y definitivo del universo, puede tal vez satisfacer a los poetas de la filosofía, sobre todo si son híbridos de humoristas, pero no a los hombres de una relativa formación científica.

Sin embargo, todavía pesa tanto en los mismos científicos naturalistas el método especulativo tradicional -que ciertos filósofos llevan hasta el absurdo- que no faltan algunos, como dice Levy, que se entretengan en "examinar las conclusiones de la ciencia, a través de los anteojos de alguna filosofía particular, por lo común de naturaleza idealista". ¿Cómo entonces va a ser extraño que un filósofo retórico, de la especie del señor Caso, un hombre que extrae todas sus nociones de los sistemas filosóficos tradicionales y que bajo la autoridad de ellos se considera relevado de la obligación de tomar en cuenta las adquisiciones de las ciencias particulares, imagine estar con su espiritualismo en plena y pacífica posesión de la verdad absoluta?

Lo interesante sería, pues, no convencer al señor Caso de la debilidad de su posición filosófica, ni de la inconsistencia de su pretensión de dárnosla como la última palabra de lo científico, aun cuando la aderece con gastados recursos retóricos y con egolátricas manifestaciones de desprecio por el marxismo, sino tratar de averiguar por qué motivos, desde luego inconscientes, la ocupa.

"El hombre -escribe Levy, que no es un marxista, sino un profesor universitario- es un animal social, no una simple máquina encerrada en sí misma. Además de todo lo que puede heredar de sus padres genesíacamente, adquiere de la sociedad un vasto complejo de conducta social, verbal e intelectual y particularmente de la parte de la sociedad en que ha pasado los años más impresionables de su vida".

Y más adelante agrega:

"mientras la sociedad esté social e ideológicamente estratificada, las tácitas suposiciones de sus clases estarán arraigadas en diferentes suelos; las repercusiones de la ciencia serán importantes, aquí intelectualmente y allá económicamente, y las interpretaciones sociológicas y filosóficas provocarán controversias más bien que asentimiento".

Esto ayudaría, quizás, a comprender la actitud filosóficamente espiritualista del señor Caso. Don Antonio es el representativo ideológico de la clase media; su filosofía trascendental refleja las aspiraciones vagas, desorientadas, de la pequeña burguesía, que oscilando entre la clase capitalista y la proletaria, busca más allá de la realidad objetiva el punto de apoyo que en ella no encuentra. De él podría repetirse lo que Marx decía de Proudhon:

"no habiendo comprendido nunca la dialéctica científica, no llegó sino al sofisma. De hecho, esto provenía de su punto de vista pequeño burgués. El pequeño burgués... opina siempre de un lado y del otro. Dos corrientes opuestas, contradictorias, dominan sus intereses materiales y, por consiguiente sus opiniones religiosas, científicas y artísticas, su moral, su ser entero, en fin. Es la contradicción viviente. Si es, además, como Proudhon, un hombre inteligente, sabrá pronto sortear sus propias contradicciones y elaborarlas, según las circunstancias, en paradojas impresionantes, ruidosas, a veces brillantes. El charlatanismo científico y los acomodamientos políticos son inseparables de parecido punto de vista. No resta más que un solo móvil, la *vanidad* del individuo, o como para todos los vanidosos, no se trata más que del efecto del momento, del éxito del día".

Es verdaderamente curioso que un enemigo encarnizado del materialismo histórico resulte así una comprobación tangible de su

verdad. No queremos, por supuesto, indicar con ello que el señor Caso se erija en campeón del conservadurismo, porque de modo consciente y torciendo sus más íntimas convicciones se preste a la defensa de las clases conservadoras por cualquier interés material. Ésta sería una interpretación grosera, digna tan sólo de quienes confunden el materialismo filosófico con el materialismo ético, para arrogarse el derecho de ser idealistas teóricos al mismo tiempo que materialistas prácticos.

Lo que sostenemos es que el espiritualismo del señor Caso hinca las raíces más en su inconsciencia que en su conciencia. Es un producto, no de su razón, sino de su sentimiento de clase. Tiene el valor de una creencia, más que el de una convicción científica. No puede ni debe, por consiguiente, ser discutido.

Pero era necesario poner de relieve este hecho, a fin de evidenciar que el señor Caso habla por la fe, en nombre de la ciencia, creando confusión en quienes todavía prestan crédito a sus oráculos filosóficos. Una vez cumplida esta pequeña tarea, puede darse por terminada toda discusión con él, a propósito del valor científico del marxismo, así la envuelva en esa forma penosamente humorística, que hace juego con sus esfuerzos poéticos, no menos penosos e inútiles.

El Universal,
4 de marzo de 1935

PRÓLOGO A LA POLÉMICA EN LA PRENSA SOBRE MARXISMO: ANTONIO CASO VS VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

Juan Hernández Luna

El 1 de diciembre de 1934 entró en vigor la reforma del Artículo 3º Constitucional que sustituyó la enseñanza laica por la educación socialista. El artículo mencionado, en su parte fundamental, disponía: "La educación que imparta el Estado será socialista, y además de excluir toda doctrina religiosa combatirá el fanatismo y los prejuicios, para lo cual la escuela organizará sus enseñanzas y actividades en forma que permita crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social".

Desde sus origenes la educación socialista contenida en el Artículo 3º Constitucional fue objeto de críticas. Diversas actitudes se asumieron ante ella. Una de las más importantes fue la del general Abelardo L. Rodríguez. Siendo éste todavía presidente de la república, dirigió al senador Carlos Riva Palacio, presidente del PNR, una carta en la que le decía:

"es mi opinión que la modificación que se introdujo en Querétaro al Proyecto del Plan Sexenal, pretendiendo establecer imperativamente en nuestra Carta Magna el principio de la enseñanza socialista, es uno de esos errores cometidos quizás de buena fe *y con el propósito de establecer un principio avanzado, pero que resulta inadaptable a nuestras realidades e impracticable en la vida de la colectividad mexicana".*

"Si como se sabe, los propósitos de la revolución han sido acabar con el prejuicio religioso en la enseñanza, creo que destruiríamos toda la obra construida con tanto esfuerzo si sustituyéramos ese prejuicio por otro y si el sectarismo religioso en la enseñanza viniera a ser sustituido por el sectarismo socialista... La enseñanza religiosa, independiente del poder económico del clero, tenía fines espirituales y arraigaba prejuicios de conciencia; pero la enseñanza socialista, tal como se pretende establecer, tendría prejuicios de carácter económico y llegaríamos a la triste conclusión de sustituir al cura por el líder impreparado, ahogando la iniciativa individual y canalizando las

actividades de la niñez y de la juventud, por un camino cuyas consecuencias no son difíciles de prever".

Por lo mismo, lo que "debemos procurar con un criterio del más puro revolucionarismo es afirmar el principio de la enseñanza laica".[1]

Otra actitud digna de mencionarse ante la educación socialista fue la asumida por el arzobispo de México, Pascual Díaz. Todos los católicos, expresó en unas declaraciones publicadas en la prensa, "están obligados a impedir" que se "establezca y difunda la enseñanza socialista"; los padres de familia tienen el "gravísimo deber de vigilar" la enseñanza que se dé a sus hijos, debiéndose oponer a que se les "imparta la enseñanza socialista"; los "párrocos y demás sacerdotes" están "obligados a instruir, principalmente a los padres de familia, sobre los deberes que tienen en esta materia, advirtiéndoles que se harán indignos de la recepción de los sacramentos y no podrán ser absueltos en el tribunal de la penitencia si no los cumplen"; a los "profesores y profesoras se les recuerda que, conteniendo el socialismo un conjunto de herejías, por el mismo hecho de enseñar cualquiera de las proposiciones heréticas que aquél propugna, incurrirían en excomunión reservada de modo especial al romano pontífice", y a los "directores de colegios se les advierte que el tolerar la enseñanza socialista en sus planteles les hará incurrir en el delito de coautores de herejía". [2]

La tercera actitud importante ante la reforma socialista de la educación es la que asumió el maestro Antonio Caso, la cual difiere de las dos que hemos mencionado. No fue la suya una actitud política, como la de Abelardo L. Rodríguez, que si atacó la educación socialista y defendió el laicismo, se debió a que quería halagar a los grupos católicos militantes y buscar en ellos una opinión favorable a los intereses de la camarilla callista en descomposición, cuyo ocaso político se acercaba con el advenimiento al poder del régimen cardenista. Tampoco fue una actitud religiosa, como la del arzobispo de México, que se opuso a la educación socialista y defendió el laicismo, para salvaguardar los privilegios de la Iglesia Católica frente al Estado, quien con Cárdenas a la cabeza, le venía a disputar el monopolio de la enseñanza. La actitud de Caso fue filosófica. No se dirigió a proteger intereses de grupo o camarilla, sino a satisfacer las exigencias de la

---

[1]. Carta del presidente de la república, Abelardo L. Rodríguez, al senador Carlos Riva Palacio, 21 de diciembre de 1933. Reproducida por el licenciado Alberto Bremauntz en su libro *La educación socialista en México*, pp. 188 y 190.

[2]. Los periódicos del 1 de julio de 1934 publicaron, firmadas por el arzobispo de México, Pascual Díaz, las declaraciones en las que se exhortaba a los católicos mexicanos en contra de la escuela socialista.

razón, sometiendo a crítica los fundamentos filosóficos del marxismo que figuraban en la entraña misma de la doctrina que el gobierno de Cárdenas acababa de adoptar como ideología oficial y como fundamento del Artículo 3º Constitucional. De semejante actitud surgió su polémica con los marxistas criollos Francisco Zamora y Vicente Lombardo Toledano, cuyos escritos se agrupan en los capítulos séptimo y octavo de este volumen.

En ese plan de crítica puramente filosófica, Antonio Caso publicó en el periódico El Universal *del viernes 21 de diciembre de 1934, exactamente veintiún días después de haber entrado en vigor la reforma socialista de la enseñanza, su primer artículo en contra del marxismo: "El dilema del socialismo". Francisco Zamora salió a la defensa del marxismo con otro artículo: "Un dilema sin cuernos", aparecido en el mismo periódico el lunes 24 del mismo mes y año, quedando así entablada la polémica. A partir de entonces* El Universal *publicó los viernes un artículo de Antonio Caso en contra del marxismo*[3] *y los lunes uno de Francisco Zamora en defensa del marxismo, hasta el miércoles 13 de febrero del año siguiente en que Vicente Lombardo Toledano terció en la polémica publicando su artículo, "El reculamiento del espíritu", entrelazándose así la polémica entre Caso y Lombardo hasta el viernes 5 de abril de 1935 en que Caso publicó su último artículo en contra de Lombardo," Las exequias de un marxista", y Lombardo, el último en contra de Caso , "Confesiones de un renegado", aparecido el miércoles l0 del propio mes y año.*[4]

Esta polémica sobre el marxismo duró cerca de cinco meses y se desarrolló en dos momentos. Durante el primero intervinieron Caso y Zamora. Las cuestiones debatidas fueron: ¿puede el marxismo ser a la vez socialismo científico y socialismo materialista?, ¿hay contradicción entre materialismo y ciencia?, ¿existe contradicción entre materialismo y dialéctica?, ¿puede el marxismo ser a la vez materialismo-dialéctico sin pecar de incongruente?, ¿la materia física es diferente a la materia como categoría filosófica?, ¿es diferente el materialismo físico al materialismo metafísico?, ¿las imágenes de los espejos ocupan lugar propio en el espacio?, ¿el pensamiento es materia?, ¿la idea es una realidad distinta a la materia?, ¿se dan los valores en la historia o en la naturaleza?, ¿puede el marxismo ser a la vez histórico y materialista?, ¿existe contradicción en los términos materialismo histórico?, ¿es el individuo o la masa el determinante de la acción histórica?

[3] Fueron nueve en total los artículos que el maestro Antonio Caso publicó en su polémica con don Francisco Zamora.

[4] En total fueron nueve los artículos que el maestro Caso publicó en su polémica con don Vicente Lombardo Toledano.

En el segundo momento de la polémica que el maestro Antonio Caso sostuvo en contra del marxismo intervino el licenciado Vicente Lombardo Toledano. Las cuestiones discutidas fueron: ¿es el espíritu, por su esencia, algo distinto a la naturaleza?, ¿existe la materia como cosa opuesta al espíritu?, ¿puede probarse de un modo científico la dualidad espíritu y materia?, ¿la sensación, la voluntad y el pensamiento son materia?, ¿el movimiento implica el espacio?, ¿el movimiento implica el tiempo?, ¿el estudio de las sensaciones corresponde a la biología o a la psicología?, ¿tiene la teoría de Einstein un valor ontológico o solamente físico?, ¿es el socialismo una religión?

En defensa de sus peculiares puntos de vista sobre tales cuestiones, los polemistas tuvieron que recurrir a la literatura científica y filosófica más avanzada que hasta ese momento se había producido en el campo de sus propias direcciones filosóficas. Los autores utilizados por Zamora y Lombardo fueron en su mayoría rusos y norteamericanos, aunque también algunos alemanes e ingleses;[5] con lo que se ponía de manifiesto la influencia que Rusia y Norteamérica ejercían en ese momento en la formación de la conciencia de nuestros pensadores de izquierda. Caso, en cambio, manejó en la polémica pensadores en su mayoría alemanes, franceses e italianos, aunque también recurrió a algunos ingleses y españoles.[6] A la seriedad de las autoridades científicas y filosóficas invocadas, se unió el tono violento de los polemistas. La ironía abundó en sus escritos, excediéndose, en más de una ocasión, hasta alcanzar el insulto y la calumnia. Basta con leer los rubros de algunos de sus artículos para formarse ideas de la agresividad del debate. Es que en el fondo latía la situación política que el país vivía en ese momento. Se trataba de la pugna entre los grupos conservadores,

---

[5] En sus escritos, don Francisco Zamora cita los siguientes autores: Marx, Engels, Bujarin, Reichenbach, Griesinger, Setchenoff, Bonatelli, Bechterev, Pavlov, Freud, Lenin, Bloch, James, Helmholtz, Kornilov, Blonsky, Manensterberg, Lehman, Thorndike, Watson, Goldsteinm, Marie, Pinkevich, Levy. Estos son los autores citados por Vicente Lombardo Toledano: B. Russell, J. Lhermitte, H. Levy, J. H. Robinson, Pavlov, Thorndike, Watson, Wundt, Freud, Einstein, London, Methuen, Worrall, B. Hessen, Cajal, V. Adoratsky, W. Mann, Johanes Müller, A. Fessard, Cajal y su escuela, Óscar y Cecilia Vogt, Constantino Freiherr Economo, G. N. Koskinas, Max de Crinis, Tashiro, Parker, Fenn, Gerard, W. Stanley Jevone, Thomas Mann, Lucien Fabre, Sidney Hook.

[6] Los autores citados por el maestro Antonio Caso en sus escritos polémicos contra Zamora y Lombardo fueron: Messer, Bergson, Husserl, Hartmann, Meyerson, Radbruch, Platón, Hegel, Croce, Labriola, Pareto, Asturaro, Stammler, Sorel, Richard, Seillière, Worms, Lipps, Natorp, Brentano, Nietzsche, Ortega y Gasset, Tarde, Spengler, Menger, Heine, Gracián, Carlyle, Goblot, Spann, Sauer, Gide, Scheler, Hearn, Avenarius, Mach, L. Daudet, Scheler, Gentile, Croce, Maritain, Pascal, Blondel, H. Driesch, E. Brarly, Thomson, Rutherford, Bohr, De Broglie, Perrin, A. S. Eddington, Sir Oliver Lodge, Sir James Jeans, Sir William Pope, Henri de Man, Gaston Moch.

eternos opositores a la revolución, y el naciente gobierno revolucionario del presidente Cárdenas, en el cual figuraba buen número de partidarios del marxismo. La polémica no podía sino reflejar esta situación política. Zamora y Lombardo, al asumir la defensa del marxismo, aparecieron como los filósofos oficiales del cardenismo. Caso, aun cuando su intención no fue tomar una postura política al iniciar su crítica al marxismo, inconscientemente colaboró con los intereses políticos de la clase conservadora de México.

Lombardo, en el curso de la polémica, supo ver con suficiente claridad ese papel político, que sin proponérselo, estaba jugando Caso en la política nacional. Así, en uno de sus artículos, "Antonio Caso, testigo de Jehová", decía: "lo que no respeto son sus ideas filosóficas por falsas y porque detrás de ellas, sin que él se dé cuenta quizás del papel político que está desempeñando en estos momentos, se escudan todos los conservadores de México". En otro artículo, "Suicidio", escribía: "Yo comprendo bien la causa de los agravios de don Antonio Caso: por la primera vez se le ha exhibido ante la opinión pública como abanderado de la clase conservadora". Y en su último artículo polémico, "Confesiones de un renegado", refrendaba su opinión en estos términos: "Los campos cada día se definen mejor. Quede en el suyo don Antonio Caso, líder de la clase conservadora de México, en esta hora de lucha histórica decisiva. Yo pertenezco a una causa inmarcesible".

Es cierto, como lo hizo notar Lombardo, que el maestro Caso, sin darse cuenta, con su crítica al marxismo ayudó más que nadie a los intereses de los grupos conservadores empeñados en mantener al país en agresiva agitación en contra de la reforma socialista de la educación. Pero también es justo reconocer que la posición política de Caso no era la misma que en ese momento asumían los conservadores y reaccionarios frente al Artículo 3º. Caso, con su crítica al marxismo, no se proponía atacar, como lo hicieron los conservadores, las justas reivindicaciones sociales del proletariado de México que había encontrado franca acogida en el gobierno de Cárdenas. Su finalidad era sólo discutir públicamente el valor del materialismo histórico y demostrar que éste constituía una tesis desacreditada en el campo de la filosofía, y, por lo mismo, resultaba un error de los marxistas mexicanos querer fundamentar las reivindicaciones justas de los trabajadores de México con esa doctrina filosófica. Esta posición, Caso la precisa claramente desde su primer artículo, "El dilema del socialismo materialista".

Uno de los errores más grandes de los teóricos del socialismo consiste, en nuestro sentir, en la pretensión de ligar la justicia y la verdad de las reivindicaciones sociales a la fundamentación materialista, como se liga a un principio su consecuencia o un teorema a un axioma. Procediendo de este modo se subordina a una tesis metafísica desacreditada ya, felizmente, en el campo filosófico, lo que pudiera haber de razón y moralidad en la teoría social que se sustenta.

La oposición de Caso al marxismo, como se ve, no se dirigía a negar las reivindicaciones sociales justas postuladas por él, sino a combatir la tesis filosófica del materialismo con la que se las pretendía fundamentar. En otros términos, Caso estaba de acuerdo en que se cambiara y se modificara el estado social de explotación, de miseria y de ignorancia en que vivían las clases trabajadoras de México; pero no estaba de acuerdo en que el materialismo histórico fuera la teoría más adecuada para fundamentar filosóficamente ese movimiento de reivindicaciones sociales. La conducta que Caso hubiere querido que siguieran sus adversarios los marxistas criollos, era la que en Europa habían marcado Radbruch, Henri de Man y Fernando de los Ríos, consistente en sostener las reivindicaciones justas del socialismo y rectificar la metafísica marxista. Así, en un artículo dirigido contra Lombardo, "Pompa fúnebre de un renegado claudicante", Caso dice a su adversario que la conducta filosófica que debió haber seguido era ésta:

> *No declararse discípulo indiscrepante y absurdo de Marx y Engels, sino crítico verdaderamente científico de su obra; no abdicar de su libertad de pensamiento, sino declarar a las clases obreras de México: Marx fue un pensador eminente de temas y teorías sociales; pero yo, que no soy el acólito de ningún culto, ni el bonzo de ninguna pagoda materialista, os digo que procuréis unir, en el claro perfil de vuestra conducta ciudadana, las reivindicaciones del marxismo con el espiritualismo y el idealismo ingénitos en la conciencia humana; aviniendo la obra secular de la cultura con la justicia de las reivindicaciones proletarias.*

Es ésta la verdadera posición filosófico-política que Caso asumió ante la reforma socialista del Artículo3o. De ahí que su crítica al marxismo se refiera únicamente a su aspecto filosófico y no a su sentido humanista. El lector de los escritos polémicos que se han reunido en estos dos capítulos, podrá comprobar esta postura del maestro Caso.

Caso pudo emprender su crítica a los fundamentos filosóficos del marxismo gracias a las garantías que nuestro régimen constitucional ofreció en esos años a la libre manifestación del pensamiento. Esto

honra al gobierno del general Lázaro Cárdenas, quien no obstante haber aceptado el marxismo como doctrina oficial de su política, toleró las críticas de sus impugnadores y permitió la virulenta campaña emprendida en contra de la educación socialista, sin ejercer contra sus críticos la más leve agresión. Contrasta esta actitud de Cárdenas con la de Stalin en Rusia. Aquí tolerancia con los críticos y enemigos del marxismo. Allá la cárcel, el tormento, el exilio y la muerte. Si el maestro Antonio Caso hubiera emprendido esta crítica al marxismo en el régimen de Stalin, estamos seguros de que hubiera corrido la misma suerte de Bujarin, Kameneff, Sinovieff y Trotzki. Pero en México, Caso podía permitirse el lujo, después de cada artículo contra el marxismo aparecido en El Universal, *de transitar libremente por las principales avenidas de la capital, sin temor de ser agredido por ningún funcionario del poder oficial.*

J.H.L.

PRÓLOGO AL DEBATE SOBRE IDEALISMO VS MATERIALISMO DIALÉCTICO, PUBLICADO POR LA UNIVERSIDAD OBRERA DE MÉXICO EN 1963

Vicente Lombardo Toledano

La Revolución que se inició en 1910 y se transformó, a partir de 1913, en un movimiento armado del pueblo para destruir la estructura económica y social del país, alcanzó la victoria después de cuatro años de luchas sangrientas y apasionados debates alrededor de las características que debía tener el México nuevo. El Congreso Constituyente de 1916 fue la fragua que forjó las normas supremas que habrían de recoger las demandas apremiantes de las clases más explotadas -la campesina y la obrera- y las exigencias inaplazables de la nación.

En la nueva Carta Magna quedaron consignados los principios y postulados básicos para el nuevo orden social y político: todas las riquezas naturales del territorio de la República pertenecen al dominio de la nación; la propiedad privada es una concesión del Estado a los particulares y no un derecho inherente al individuo o a la persona humana; la nación tiene el derecho de imponerle a la propiedad privada así constituida, en cualquier momento, las modalidades que dicte el interés público; el Estado posee la facultad de establecer la forma en que deben ser explotados los recursos del territorio nacional, con el objeto de garantizar su aprovechamiento científico y técnico, y con el de hacer posible una mejor distribución de la riqueza; los latifundios deben dividirse para crear la agricultura campesina y la pequeña propiedad rural; los obreros tienen derechos propios de su clase -el artículo 123 los enumera- que el Estado reconoce junto a los derechos del hombre o garantías individuales.

Pero faltaba la reforma al sistema educativo. A este respecto, la Constitución de 1857 decía solamente: «Artículo tercero: La enseñanza es libre. La ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio, y con qué requisitos se deben expedir». La nueva Constitución, que entró en vigor el primero de mayo de 1917, tratando de sustraer de la influencia del clero a la educación, ordenó:

> Artículo tercero. La enseñanza es libre, pero será laica la que se dé en los establecimientos oficiales de educación, lo mismo que la enseñanza primaria, elemental y superior que se imparta en los establecimientos particulares. Ninguna corporación religiosa ni ministro de algún culto podrán establecer o dirigir escuelas de instrucción primaria. Las escuelas primarias particulares sólo podrán establecerse sujetándose a la vigilancia oficial. En los establecimientos oficiales se impartirá gratuitamente la enseñanza primaria.

Ese precepto era más preciso que el antiguo, pero se limitaba a prohibir la enseñanza de la religión en establecimientos educativos oficiales y privados. La alta jerarquía eclesiástica se declaró en contra de esa y de otras disposiciones del nuevo orden público. Respecto de los grandes problemas humanos y de la perspectiva inmediata y futura de México, el laicismo se había convertido en actitud de indiferencia, que permitía a los maestros transmitir a los alumnos sus personales opiniones, muchas veces adversas a los principios y a los objetivos del movimiento popular que destruía las formas caducas de la vida social.

En la Universidad -creada en 1910, con las escuelas profesionales que existían, teniendo como base la Escuela Nacional Preparatoria y como cúpula la Escuela de Altos Estudios- la preocupación principal de sus fundadores, don Justo Sierra y los miembros del Ateneo de la Juventud, Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y otros de los más destacados intelectuales y escritores de la época, era la de demoler la enseñanza inspirada en la doctrina positivista que había prevalecido en México durante más de medio siglo.

Sierra y los hombres del Ateneo creyeron, de buena fe, que la mejor forma de acabar con la tesis de la evolución mecánica de la vida social, plasmada en el lema "Amor, Orden y Progreso", que servía de frontispicio a las enseñanzas del bachillerato creado por don Gabino Barreda en 1868, según la doctrina de Augusto Comte y otros pensadores partidarios de la misma doctrina, a la cual se atribuía la orientación ideológica de México durante la segunda mitad del siglo XIX y especialmente en los 35 años de la dictadura personal del general Porfirio Díaz, era la de abrir la puerta a la filosofía, proscrita por el positivismo. En el acto inaugural de la Universidad Nacional, en un memorable discurso, don Justo Sierra expresó estas bellas palabras:

> Una figura de implorante vaga hace tiempo en derredor de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al

pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el etilóbato del Partenón, que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros y, reuniéndose a él y guiándolo de nuevo, se detuvo en las puertas de la Universidad de París, el *alma mater* de la humanidad pensante en los siglos medios; esa implorante es la filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno.

Y entró la filosofía a la Universidad. La Escuela de Altos Estudios se convirtió en el centro cultural más importante de México. Los jóvenes con mayor inquietud y deseo de saber fuimos allá con la esperanza de encontrar en sus cátedras la explicación, en el plano de la reflexión académica profunda, de lo que ocurría, porque había estallado una revolución que destruía con sangre y sacrificios inmensos los cimientos del régimen social establecido y exigía uno nuevo basado en la justicia para la mayoría del pueblo y en el dominio de la nación sobre los recursos de su territorio, explotados por extranjeros.

Siendo la filosofía síntesis y remate del conocimiento y de la cultura, creíamos que ella sería la encargada no sólo de explicar las causas del gran drama que ocurría en el umbral de sus aulas, sino también de preparar ideológicamente a la juventud para el logro de los objetivos que el pueblo había señalado. Pero preocupados los directores de la Universidad en expulsar al positivismo de la más importante casa de estudios de la República, se abrazaron con pasión a una doctrina filosófica que negaba a la razón humana la facultad del conocimiento de la esencia de las cosas, reconociendo ese poder sólo a la intuición, de acuerdo con la tesis del *élan vital* de Henri Bergson y otros pensadores partidarios de la filosofía irracionalista, entonces en boga en una Europa acobardada que iba a sumirse pronto en la crisis de la Primera Guerra Mundial.

El positivismo era indudablemente falso como doctrina del desarrollo de la sociedad orientado hacia el progreso. Le había servido bien a la dictadura, afirmando que el orden, la paz interior del país y las leyes del proceso histórico conducirían a México mecánicamente, por obligación, hacia la prosperidad. Era una filosofía que pretendía justificar un régimen basado en la violencia para acallar las protestas que surgían de todas partes; en la concentración de la tierra en manos de una minoría arrogante y despiadada que vivía a espaldas del pueblo y de su patria; un régimen de esclavos en las haciendas, de prisioneros

en las fábricas, de ciudadanos sin derechos políticos, de hombres sin garantías personales, de una nación dominada por los capitales foráneos.

No era falso el positivismo, en cambio, como sistema pedagógico para el bachillerato que, según la clasificación de las ciencias de Augusto Comte y Herbert Spencer transmitía las enseñanzas partiendo de lo general a lo concreto, de lo simple a lo complejo; desde la matemática hasta la sociología, pasando por la astronomía, la física, la química, la biología y la psicología. Era incompleto, sin duda, porque en su plan de estudios no comprendía las humanidades en proporción debida; pero el antipositivismo alcanzaba a todo y arremetió también contra la Escuela Nacional Preparatoria, cuya estructura estaba construida con base en las disciplinas científicas. Primero fue separada de la Universidad, para entregarla a los encargados de las escuelas primarias. Después, vuelta al seno de la Universidad Nacional, tuve el privilegio de detener la ofensiva al ser designado director del ilustre plantel el primero de marzo de 1922, elevando considerablemente el nivel de la enseñanza científica, poniéndola al día, e introduciendo las materias humanísticas como complemento del saber principal. La caída se producirá después, como parte de la grave crisis provocada por los acuerdos del Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, al cual se refiere este libro.

Pero era todavía más falsa la filosofía bergsoniana que el positivismo, porque como la rama más subjetiva de la filosofía idealista -la conciencia es anterior a la naturaleza y tiene un origen divino- daba a la categoría religiosa la prioridad sobre todos los valores que mueven al hombre. ¿Podría ser esa "filosofía de la intuición" la que explicara lo que pasaba en México y en el mundo? ¿Podría servir al pueblo que destruía con las armas y con vehementes protestas su largo pasado doloroso y trataba de hallar su ruta hacia nuevas metas?

Los primeros alumnos de la Escuela de Altos Estudios, entre los que yo me encontraba, durante cinco años consecutivos estudiamos las doctrinas filosóficas a la luz de la concepción idealista. Fue el nuestro un aprendizaje valioso porque, a pesar de la orientación de las cátedras, especialmente la del maestro Antonio Caso, expositor elocuente y brillante, y partidario convencido del idealismo-espiritualista, adquirimos el hábito del estudio sistemático del pensamiento, desde el mundo griego clásico. El repaso de las distintas escuelas filosóficas, no obstante, quedaba siempre trunco. Se detenía en Hegel, limitándose a indicarnos que una de las ramas derivadas de la doctrina era el materialismo de Ludwig Feuerbach y de Karl Marx, sin informarnos de

su contenido. Para el maestro Caso el *Manifiesto Comunista* era "el documento filosófico más importante del siglo XIX", pero nunca nos dio a conocer su texto.

Mi contacto con la clase obrera fue a través de la Universidad Popular Mexicana, creada por el Ateneo a iniciativa de Pedro Henríquez Ureña, pero que sólo empezó a funcionar normalmente desde que fui nombrado secretario de la institución por el doctor Alfonso Pruneda y el ingeniero Alberto J. Pani, cuando ingresaba en la Facultad de Jurisprudencia y en la Escuela de Altos Estudios, aumentaba mi confusión conforme iba yo escuchando a mis maestros. No podía rebatir sus ideas entonces; porque ningún estudiante está capacitado para ello, pero ante mis ojos, mis oídos y mi reflexión se extendía una realidad social convulsa para analizar la cual, las enseñanzas que recibía en la Universidad no eran satisfactorias.

De la tabla de los valores, ¿cuál era el principal para los hombres que morían a millares en el norte y en el sur del país todos los días, impulsados par el afán de edificar una vida social distinta a la del pasado? No eran profesores ni estudiantes de filosofía, pero eran hombres, eran el pueblo, el pueblo mexicano. ¿Estaban equivocados? ¿Habrían invertido, en su desesperación, la jerarquía de los valores y elevado a la categoría de principal el valor económico en lugar del religioso, que debía guiar su conducta en todo momento según la doctrina espiritualista? Yo había visto fusilar a dos sacerdotes católicos por campesinos que, en nombre de la Virgen de Guadalupe, declararon que hacían justicia al pueblo, porque esos curas habían sido los inspiradores de la conducta cruel de los hacendados a los que habían servido toda su vida como esclavos. Había presenciado la quema de los confesionarios y del púlpito de una iglesia, también por campesinos que formaban parte del ejército revolucionario. Había escuchado narraciones espantosas de los obreros sobrevivientes del penal de San Juan de Ulúa y del Valle Nacional, y comprendía, al fin, por qué mi padre se había convertido en defensor gratuito de los indígenas de la región de Teziutlán, en donde yo nací, para evitar que perdieran sus terrenos que durante centenares de años habían pasado de padres a hijos, víctimas de la voracidad de los hacendados que desde la sierra de Puebla hasta la costa de Veracruz habían constituido enormes latifundios. Todo eso y otros hechos semejantes me confundían, porque si desde el siglo XVI la clasificación de los valores expuesta y sostenida por los conquistadores -militares y civiles- y las instituciones educativas que levantaron, daba al valor religioso la prioridad para conocer y

justipreciar el mundo y las relaciones humanas, ¿por qué esa preferencia, de ser justa, no había sido el móvil intelectual de los grandes constructores de México, los Insurgentes y los hombres de la Reforma?

¿La historia de México se había forjado contra la verdad, por un pueblo equivocado y por los mejores defensores y exponentes de sus anhelos, también víctimas del error? ¿O la filosofía era sólo galardón para unos cuantos seres cultos que querían permanecer al margen de la vida real, y no instrumento ideológico para mejorar la existencia humana? No fue fácil para mí, al principio, dar respuesta a estas y a otras interrogaciones, pero llegué a la conclusión, al terminar mis estudios, de que debía continuar con ahínco mi preparación filosófica.

¿En dónde hallar las obras de Karl Marx y Friedrich Engels? En México no las había. En español, sólo una traducción terriblemente mala de algunos capítulos de *El Capital* y el *Manifiesto Comunista,* que pedí al extranjero. Aproveché mi primer viaje a los Estados Unidos y a Europa, en 1925, y logré abrir una cuenta en algunas de las principales librerías de Nueva York, Londres y París, que me proveyeron de la literatura que necesitaba. Comenzaron entonces, otra vez, los años de estudios intensos, y descubrí la filosofía del materialismo dialéctico, que me produjo el impacto de una ventana cubierta por cortinas que de repente se abre de par en par e inunda el aposento que ocultaba con la intensa luz del sol y la frescura del aire libre.

Así pasé de la filosofía idealista-espiritualista a la filosofía materialista, unida al método dialéctico como instrumento para conocer la esencia de las cosas y no sólo sus manifestaciones. Pero aprendí algo trascendental que me llenó de inmensa alegría: comprendí que la filosofía no sólo es conocimiento de la realidad, sino medio para transformarla. De este modo se enriqueció el horizonte de mi propio ser y hallé para siempre mi sitio en el mundo: el de un militante de la revolución que debe liquidar la explotación del hombre por el hombre y concluir con la querella milenaria entre el hombre y la naturaleza.

Había, pues, necesidad de añadir al nuevo concepto de la soberanía nacional, a la reforma del concepto de propiedad, a la reforma del régimen de la tenencia de la tierra y a la reforma social que reconocía los derechos de la clase obrera, otra reforma, la reforma educativa. Sin ella, las ideas conservadoras minarían los cimientos del nuevo orden social que estaba levantándose. En 1924, en la Sexta Convención de la Confederación Regional Obrera Mexicana -la primera central nacional sindical del proletariado- propuse la reforma al artículo tercero de la Constitución, que fue aprobada por la asamblea y se convirtió desde entonces en demanda de la clase obrera. Dos años

después, al nacer la primera organización del magisterio -la Federación Nacional de Maestros- la demanda fue compartida por los trabajadores de la educación. Siguió después un periodo de grandes luchas contra los elementos conservadores que veían llegar la reforma de la enseñanza, y también contra los de afuera, porque la Revolución Mexicana conmovía a los sectores democráticos del continente.

En el mes de marzo de 1931 se reunió en Montevideo, capital de la República Oriental del Uruguay, el Congreso Internacional de Universidades. A iniciativa mía, como delegado de la Universidad Nacional de México, después de largos debates se acordó, por unanimidad de votos de los delegados, la siguiente resolución: "La enseñanza de la historia deberá basarse en el principio del proceso dialéctico de las instituciones sociales, abandonando la forma anecdótica y el criterio individualista que hasta hoy ha informado la enseñanza de esa disciplina". Al año siguiente, se llevó a cabo en la ciudad de Jalapa, del estado de Veracruz, el Congreso Pedagógico Nacional, propuesto al gobernador Adalberto Tejeda por la CROM.

Algunas de sus principales conclusiones fueron estas:

> Primera. Fortalecer en los educandos el concepto materialista del mundo. Segunda. Preparar a las comunidades para que tomen participación activa en la explotación socializada de la riqueza en provecho de las clases trabajadoras y en el perfeccionamiento institucional y cultural del proletariado. Tercera. Combatir los prejuicios religiosos que sólo han servido para matar la iniciativa individual. Cuarta. Orientar la enseñanza de los primeros grados hacia una mejor distribución de la riqueza, combatiendo por todos los medios el sistema capitalista imperante. Quinta. Creación de escuelas nocturnas para obreros con finalidades de orientación y táctica en la lucha de clases. Sexta. La escuela secundaria robustecerá la cultura básica adquirida en la primaria, y tendrá como finalidades propias. la preparación de obreros expertos que organicen y orienten la producción; la selección de capacidades para surtir las escuelas técnicas superiores o profesionales, y las bases científicas para la organización del Estado socialista.

En el mes de mayo de 1933 se realizó el Primer Congreso Iberoamericano de Estudiantes en la ciudad de San José, capital de la república de Costa Rica, a iniciativa de los universitarios mexicanos.

Una de sus conclusiones decía: "IX. Nos pronunciamos por que la educación afirme que la actual organización económica y social de nuestros pueblos es causa de la crisis iberoamericana y pugne por el establecimiento de sistemas más justos de distribución de la riqueza".

Ese mismo año se reunió el XI Congreso Nacional de Estudiantes de México, en el puerto de Veracruz. Su resolución número cuatro decía:

> Que la suprema forma de liberación de las clases trabajadoras es la supresión de la sociedad dividida en clases, el congreso resuelve:
> Primero. Que la Universidad y los centros de cultura superior del país formen hombres que contribuyan, de acuerdo con su preparación profesional a la capacidad que implican los grados universitarios que obtengan, al advenimiento de una sociedad socialista. Segundo. Que con el propósito de contribuir al logro de la suprema finalidad antes expuesta, como instituciones con una responsabilidad histórica ineludible, sean las universidades y los centros de cultura superior en el país, con la obligada colaboración de las agrupaciones estudiantiles, de no formularse por el Estado en plazo inmediato un plan de control económico, o que el que elabore no realice los propósitos de crear una economía mejor organizada y más justa para provecho del proletariado mexicano, los que se encarguen de estudiar y redactar el programa de control de la economía nacional de acuerdo con la finalidad contenida en la resolución anterior.

La idea de la reforma educativa cobraba fuerza y se proyectaba sobre el gobierno, apremiándolo para que la realizara. Debía abarcar desde la escuela primaria hasta el bachillerato universitario. El clima era propicio porque la Revolución, en muchos de sus aspectos, se hallaba detenida. La clase obrera recobraba su militancia con la aparición de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México, el 31 de octubre de 1933, surgida de la crisis que sufrió la CROM, al chocar su ala izquierda, integrada por la mayoría de los sindicatos, y el ala derecha representada por el grupo reformista de sus viejos líderes. Las masas rurales se movían con fuerza en varias regiones del país exigiendo la aplicación de la Reforma Agraria. Dentro del Partido Nacional Revolucionario (PNR), partido del gobierno, se operaba un viraje importante que tendía a elegir para Presidente de la República a un hombre que impulsara al país hacia el progreso, sin transacciones con las fuerzas que ponían obstáculos para el logro de los grandes objetivos del movimiento popular. Dentro de este clima de exigencias ideológicas y prácticas, en diciembre de 1933 el PNR adoptó en su Convención Extraordinaria la siguiente resolución:

> El Partido Nacional Revolucionario contrae ante el pueblo mexicano el compromiso concreto y solemne de obtener, por conducto de sus órganos parlamentarios, la reforma del artículo tercero constitucional,

suprimiendo la escuela laica e instituyendo la escuela socialista como base de la educación primaria elemental y superior

Comenzaba una batalla ideológica de grandes repercusiones. Al mismo tiempo que la reforma educativa alcanzaría pronto hasta el texto de la Constitución, abandonando la escuela laica y estableciendo bases afirmativas para la enseñanza en las escuelas populares. El consejo de la Universidad Nacional Autónoma de México, a propuesta del IX Congreso Nacional de Estudiantes, convocó a una asamblea nacional de autoridades, profesores y estudiantes que, con el nombre de Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, se inauguró el 7 de septiembre de 1933, con la asistencia de representantes de veintiún estados de la República y del Distrito Federal, y del Presidente de la República y del cuerpo diplomático.

La delegación de la Universidad Nacional Autónoma de México quedó integrada por el rector, químico don Roberto Medellín, el doctor Vicente Lombardo Toledano, el doctor Ignacio Chávez, el doctor Julio Jiménez Rueda, el ingeniero Ricardo Monges López y el abogado Luis Sánchez Pontón. Entre los temas que debía el Congreso discutir figuraba el relativo a la "posición ideológica de la universidad frente a los problemas del momento" y a la "importancia social de la universidad en el mundo actual". A la segunda comisión del Congreso, dirigida por el doctor Vicente Lombardo Toledano como presidente, por el doctor Ramón Córdova como vicepresidente, y por los estudiantes José González Beytia y Fidencio de la Fuente como secretarios, tocó estudiar ese tema; pero como el doctor Antonio Caso había enviado al rector de la Universidad, don Roberto Medellín, una opinión sobre el problema, que difería del punto de vista de los integrantes de la comisión, fue invitado para que expusiera sus juicios sobre cuestión de tanta importancia.

Las conclusiones a las que había llegado la comisión eran las siguientes:

> Primera. Las universidades y los institutos de carácter universitario del país tienen el deber de orientar el pensamiento de la nación mexicana.
>
> Segunda. Siendo el problema de la producción y de la distribución de la riqueza material el más importante de los problemas de nuestra época, y dependiendo su resolución eficaz de la transformación del régimen social que le ha dado origen, las universidades y los institutos de tipo universitario de la nación mexicana contribuirán, por medio de la orientación de sus cátedras y de los servicios de sus profesores y

establecimientos de investigación, en el terreno estrictamente científico, a la sustitución del régimen capitalista, por un sistema que socialice los instrumentos y los medios de la producción económica.

Tercera. Las enseñanzas que forman el plan de estudios correspondientes al bachillerato obedecerán al principio de la identidad esencial de los diversos fenómenos del universo, y rematarán con la enseñanza de la filosofía basada en la naturaleza.

La historia se enseñará como la evolución de las instituciones sociales, dando preferencia al hecho económico como factor de la sociedad moderna y, la ética, como una valoración de la vida que señale como norma para la conducta individual, el esfuerzo constante, dirigido hacia el advenimiento de una sociedad sin clases, basada en posibilidades económicas y culturales semejantes para todos los hombres.

Cuarta. Frente a determinados problemas y hechos sociales de México, las universidades y las instituciones de tipo universitario del país contribuirán: 1) al conocimiento de los recursos económicos de nuestro territorio; 2) al conocimiento de las características biológicas y psicológicas de nuestra población, y 3) al estudio de nuestro régimen de gobierno, con el propósito de iniciar ante el Estado la organización de sistemas, de instituciones o de procedimientos que mejoren las condiciones económicas y culturales de las masas, hasta la consecución de un régimen apoyado en la justicia social.

Quinta. Para lograr la formación de verdaderos investigadores y de técnicos de capacidad superior, deberá proveerse en forma vitalicia a las necesidades económicas de los elementos de cualidades de excepción, para que estos dediquen, desde que sean estudiantes, con tranquilidad y entusiasmo, todas sus energías a la investigación científica.

Sexta. Los profesionales y, en general, todos los graduados en las instituciones universitarias, deberán prestar un servicio obligatorio, retribuido, durante un año por lo menos, en donde sus servicios sean considerados como necesarios por la institución en la que hayan obtenido el grado.

Y se abrió el debate. Participaron en él numerosas personas, pero la discusión fundamental del tema estuvo a cargo de los doctores Caso y Lombardo. La versión taquigráfica apareció en la revista *Futuro*, tomo 2, números 2 y 3, de octubre de 1934. No fue revisada por sus autores, y se reproduce, a pesar de sus defectos, como vio la luz pública.

El Congreso de Universitarios Mexicanos aprobó las proposiciones de la comisión por abrumadora mayoría de votos. Sin embargo, apenas

clausurado, los conservadores, contando con el apoyo decidido de la prensa, de la iglesia católica y de los elementos llamados "comunistas" –en México estos extremos se han juntado muchas veces– pasaron de las palabras a los hechos. Se apoderaron del edificio de la Rectoría de la Universidad por la fuerza. El gobierno se cruzó de brazos y dejó hacer. El rector Medellín se encerró en su casa y la más alta institución de cultura de México cayó en manos de los partidarios del irracionalismo filosófico.

Pero la batalla apenas comenzaba. El artículo tercero de la Constitución fue reformado el 13 de diciembre de 1934, de acuerdo con el compromiso del Partido Nacional Revolucionario. Su nuevo texto en la parte relativa a los principios fue este:

> La educación que imparta el Estado será socialista, y, además de excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios, para lo cual la escuela organizará sus enseñanzas y actividades en forma que permita crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social.

Todos los partidarios –profesores y alumnos- de la reforma universitaria salimos de la Universidad Nacional, expulsados por la acción directa de quienes habían sustituido a las autoridades legítimas por las suyas. Los estudiantes de ideas avanzadas se reunieron en Ciudad Álvaro Obregón, del estado de Tabasco, y acordaron crear la Confederación de Estudiantes Socialistas de México, cuya dirección quedó integrada por Carlos A. Madrazo, J. Agapito Domínguez, Eduardo Cruz Colín, José González Beytia e Ismael Corzo Blanco.

Al comenzar el año de 1935, siendo yo colaborador del diario *El Universal*, el doctor Antonio Caso, colaborador del periódico también, arremetió en forma descomedida y sarcástica contra el escritor Francisco Zamora, que había publicado algunos artículos sobre la teoría del materialismo histórico. Dudé antes de terciar en el debate, porque no quería aparecer, alejado ya de la cátedra universitaria, como adversario sistemático de mi maestro Antonio Caso, después de lo ocurrido en el Congreso de Universitarios Mexicanos. Pero me decidí a hacerlo porque la discusión volvía a tomar las características de la realizada dos años antes, y en cierto sentido cobraba mayor significación por el hecho de que en lugar de un auditorio de académicos tendría como juez a la población ilustrada de la República. Los artículos del doctor don Antonio Caso y los míos se reproducen en esta obra como aparecieron en *El Universal*.

Han pasado desde entonces treinta años, tres décadas durante las cuales el mundo ha sufrido cambios cualitativos enormes, lo mismo en el terreno político y social que en el campo de la ciencia, de la filosofía y, en general, de la cultura. La filosofía irracionalista ha producido nuevas ramas que no son signo de salud, sino, al contrario, de decadencia del pensamiento de quienes pretenden en vano detener la marcha de la historia. La filosofía de la angustia, la filosofía de la vida, la fenomenología, el pragmatismo, el neokantismo, el neotomismo y el existencialismo son la prolongación, con nuevas variantes, de la filosofía que niega a la razón capacidad para el conocimiento sustancial de las cosas y, por tanto, para el cambio de la vida social. Todas esas escuelas filosóficas que, expresándolo o no, aconsejan la fuga del hombre ante el gran drama de nuestro tiempo representado por el paso inevitable del capitalismo al socialismo, irán desapareciendo en la medida en que el sistema capitalista reduzca su área geográfica y su influencia en la conciencia de los pueblos.

Han tratado en vano de elevar a la categoría principal, dentro de la tabla de los valores, al valor religioso. Pero la justificación de una tesis sólo se comprueba en la práctica, por los resultados que produce. Lo que la filosofía irracionalista aconseja es la renuncia a la vida creadora o la entrega del ser a una divinidad, que desde que la sociedad existe ha sido constantemente invocada para que acuda en ayuda de los humanos sin que el ruego haya sido escuchado.

Pero el mundo de hoy no está compuesto sólo por agnósticos, escépticos, angustiados, nihilistas, indiferentes a su propia existencia o místicos que no quieren saber nada del futuro. La mitad del mundo vive en un ambiente de alegría, de dominio cada vez mayor sobre la naturaleza para servicio de la sociedad, de descubrimientos más importantes que los descubrimientos geográficos realizados por los europeos en los primeros años de la época moderna, porque han revelado el contenido y el valor del microcosmos y del macrocosmos, hacen posible lo mismo la desintegración del átomo que la navegación entre las estrellas del firmamento y sientan las bases para un nuevo humanismo, al lado del cual el del mundo clásico no es sino un amanecer tímido, de luz para un pequeño grupo. Ese nuevo mundo se está construyendo por el regreso de la razón a la dirección del hombre, de la sociedad y de la historia. Sin la filosofía del materialismo dialéctico, el mundo nuevo, sin clases sociales antagónicas, sin crisis económicas, sin desocupados, sin ignorantes, sin pesimistas, no existiría.

Por todo esto, el debate de hace treinta años entre el doctor don Antonio Caso y yo, cobra hoy más interés que cuando se produjo,

porque aunque continúa con mayor pasión que entonces, los hechos han definido el verdadero valor que tienen cada una de las tesis opuestas. No fue una discusión entre dos hombres preocupados sinceramente por sus semejantes –mi maestro y yo– sino una polémica impersonal entre dos maneras diversas de juzgar la historia y el porvenir, al mismo tiempo que el señalamiento de dos caminos distintos para el nuestro y para todos los pueblos del mundo. Ese es el motivo de esta nueva edición de aquella batalla ideológica que, a pesar del rencor que me guardan todavía algunos espíritus pequeños, pertenece a la historia del pensamiento de México.

Septiembre de 1963.

EL RECULAMIENTO DEL ESPIRITUALISMO

Vicente Lombardo Toledano

Plantear en nuestra época el debate filosófico secular entre el espiritualismo y el materialismo, sin tomar en consideración los nuevos elementos que han aportado la ciencia y la filosofía para la inteligencia del mundo e insistiendo en dar valor a las razones ya enterradas hace tiempo por los propios investigadores de la verdad, equivale a organizar un baile de disfraces antiguos para conmemorar el descubrimiento del radio.

El problema que el materialismo plantea hoy, como explicación del universo, no es el de saber si la materia es pesada y dura, ni el de averiguar si el espíritu es impalpable y rebelde a los impulsos biológicos del ser humano, sino el problema de descubrir la relación íntima que existe entre los diversos fenómenos de la vida y del mundo. Mientras que todas las doctrinas idealistas sostienen, no obstante sus diversos matices, que el espíritu es distinto por su esencia a la naturaleza, la doctrina materialista afirma que el espíritu es producto de la naturaleza. En esto estriba el debate. ¿Existen diversos órdenes en el universo o sólo un orden? ¿Hay una contingencia entre las leyes de la naturaleza que nos autorice a afirmar que los diversos fenómenos del mundo y de la vida son irreductibles entre sí, de tal modo que el fenómeno espiritual resulte incomprensible por los otros fenómenos?

La doctrina espiritualista lo que defiende, aunque a veces no lo exprese con claridad, es la preminencia del factor religioso como móvil de la conducta humana, el carácter sobrenatural del espíritu, su origen divino, la dependencia especial del hombre respecto de Dios.

Si se descubre que el hombre es un producto de la evolución general, un hecho lógico dentro del universo en perpetuo cambio, y que lo que llamamos espíritu no es sino uno de tantos acontecimientos dentro de la existencia única e indivisible, queda destruida por su base la doctrina espiritualista que trata de hacer del hombre un ser de excepción, para ligarlo de un modo directo al supuesto creador de la vida.

En este sentido, la historia de la doctrina espiritualista es la narración de una tesis que recula sin cesar, que ha ido cediendo de sus

primeras opiniones para inventar otras, y que en nuestros días produce la impresión de un náufrago que se abraza a su propio cuerpo para salvarse.

El hombre primitivo creyó en la dualidad del alma y del cuerpo, en la oposición entre el espíritu y la materia, porque ignorando las causas del sueño y las sensaciones que el sueño produce, suponía que su espíritu abandonaba el cuerpo en reposo y viajaba solo por lugares desconocidos. De este error pasó el salvaje a la creencia en la inmortalidad y en la transmigración del alma, al culto de los muertos, a la afirmación de la intervención divina en los actos cotidianos de su vida y en el destino de la especie. Desde entonces el esfuerzo de la ciencia ha consistido en devolver al hombre la confianza en su propio poder, en descubrir los lazos que lo unen al resto de los seres y de los cuerpos que constituyen la naturaleza, en humanizarlo -si vale el término-, en despojarlo de su convencional origen divino y en hacerle ver las consecuencias bienhechoras de que fije el objetivo de su voluntad en hacer del mundo el sitio permanente de la justicia, del amor y la belleza.

Por este hecho siempre ha habido y habrá una oposición franca e irreconciliable entre la religión y la ciencia. Aquélla pretendiendo mantener la dualidad entre la materia y el espíritu, la relación filial entre el hombre y Dios; la última procurando demostrar lo falso de ese dualismo, la inexistencia de la sujeción del hombre a otros factores que no sean los de la naturaleza.

¿Qué pruebas tenemos, decía Voltaire refiriéndose a los espiritualistas de su época que, dicho sea de paso, no parecen haber sobrepasado en mucho algunos de hoy; qué pruebas tenemos de que el alma está formada de algo distinto de la materia? Se funda tal opinión en que la materia es divisible y puede tomar diferentes aspectos, y el pensamiento no lo es. Pero ¿quién os ha dicho que los primeros principios de la materia sean divisibles y figurables? Es muy verosímil que no lo sean; sectas enteras de filósofos sostienen que los elementos de la materia no tienen figura ni extensión. Creéis anonadarnos replicando: el pensamiento no es madera, ni piedra, ni arena, ni metal; luego el pensamiento no es materia. Pero esos son débiles y atrevidos razonamientos. La gravitación no es metal, ni arena, ni piedra, ni madera; el movimiento, la vegetación, la vida, no son ninguna de esas cosas y, sin embargo, la vida, la vegetación, el movimiento y la gravitación son cualidades de la materia. Decir que Dios no puede conseguir que la materia piense, es decir el absurdo más insolente que

se haya producido nunca en la escuela de la demencia. *(Diccionario filosófico,* tomo I, p. 86).

Todavía hace treinta años la doctrina espiritualista, en retirada constante, pretendiendo apoyarse en el progreso científico, ante la imposibilidad de echar mano del viejo argumento, desprestigiado y puramente verbal, de que el hombre siente en su corazón algo que lo impele a obrar en contra de la naturaleza, afirmaba que el universo es proteico, que dentro del mismo mundo material ciertos hechos no pueden ser explicados por otros y que esta diversidad esencial entre los fenómenos de la naturaleza se hace patente al llegar a la vida, que seguirá siendo un misterio eterno para la física y la química. Venturosamente, este razonamiento literario, más que filosófico, nadie lo toma en serio en nuestra época. El vínculo íntimo entre los hechos antes privativos de las diversas ciencias, que creían disfrutar de autonomía propia, está demostrado: la materia no existe con las características que el naturalismo o naturismo ingenuo le atribuyó; no es inanimada ni permanente, del mismo modo que el espíritu no es la fuerza alada e invisible que los espiritualistas románticos suponen. Entre la frase aquella del Génesis, que para muchas gentes todavía es valedera: "Dios sopló en el rostro del hombre un soplo de vida, y se convirtió en alma viviente", y el descubrimiento contemporáneo de que la materia es energía y de que el universo entero es un proceso energético, un devenir dotado de ánima, hay un abismo: el abismo que separa a la ignorancia de la verdad.

Los hombres desconocemos aún muchos hechos de la vida y del mundo. Ciertas relaciones entre los fenómenos del universo no se saben con precisión; pero la parte oscura de la ciencia no puede ser una base firme para contradecirla.

¿Qué importa que el hombre tenga un origen humilde y no un origen divino?

Nuestra vanidad de supuestos seres excepcionales nada sufre cuando a cambio de ella ganamos la convicción de poder crear el mundo a voluntad nuestra.

La filosofía no puede ser la retranca del avance científico. Ya Locke lo había dicho con visión genial: "la filosofía consiste en detenerse cuando la antorcha de la física no nos alumbra".

El Universal,
16 de enero de 1935

LOS POLVOS DE LA MADRE CELESTINA Y LA FILOSOFÍA

Vicente Lombardo Toledano

Esperaba yo que la exposición de la tesis filosófica idealista hecha en esta página de *El Universal* por el maestro don Antonio Caso, pretendiendo destruir el valor de la doctrina materialista que los partidarios del socialismo sustentamos, tendría por lo menos el carácter de una explicación sistemática de los argumentos en que el idealismo se apoya y la altura de un alegato sereno e impersonal, como conviene a una cuestión filosófica, pues no importa en casos como éste la persona que exponga las ideas contrarias a las que uno cree exactas, sino el valor de las ideas mismas, sobre todo cuando tales ideas y los problemas que encierran se dirigen a un público interesado en aprender o en medir la eficacia de las razones de los que controvierten. Por desgracia no ha sido así: don Antonio Caso ha mezclado las ideas con las cuestiones personales y los argumentos con los hechos y los antecedentes de quienes han intervenido en la polémica, de tal modo que nadie sabe ya, aun los que han seguido con interés el debate, en qué consiste la tesis idealista, qué halla ésta de inadmisible en la doctrina materialista, y qué valor debe darse, en suma, a los argumentos expuestos por el mismo doctor Caso.

Deseo fijar los puntos de la controversia y hacer ver que no ha habido ni puede haber discusión útil para nadie en los términos en que el maestro Caso ha planteado el problema.

Lo dicho hasta hoy por don Antonio Caso en sus numerosos artículos es, en síntesis, lo que sigue:

I. La realidad, lo que es, material o inmaterial, ideal o no ideal.

2. El materialismo es una hipótesis metafísica absurda, porque niega una parte de la realidad, la realidad ideal.

3. Si el materialismo adolece del defecto de desconocer formas de la realidad, el materialismo es radicalmente falso.

4. En consecuencia, si el materialismo se basa en algo falso, no puede ser científico, porque la ciencia ha de erigirse sobre fundamentos incuestionables. El socialismo se encuentra, pues, ante un dilema: o es materialista o es científico.

5. El origen del materialismo como actitud psicológica y como concepción metafísica estriba en el hecho de que como constantemente manejamos objetos materiales, padecemos la ilusión de pensar que todo es material.

6. En cuanto al materialismo dialéctico -como lógica, como ciencia de la idea- hay que decir que existe para él otro dilema: o es materialismo o es dialéctica, pues la materia no puede conjugarse con la idea por ser ésta de una realidad esencialmente diversa a la materia.

7. El modo de negar el pensamiento, de que usa el materialismo, es afirmarlo como realidad; pero como realidad material, que es negarlo, en suma; porque el que afirma de la esencia de una cosa lo que la cosa no es, la niega en su verdadero ser.

8. La ciencia nunca prejuzga sobre la esencia de las cosas. Las leyes científico-naturales son uniformidades de la naturaleza; pero nada nos enseñan sobre la "cosa en sí". En metafísica se investigan las causas; en las ciencias se formulan leyes... Las leyes físico-naturales se construyen por medio de la observación y la experiencia, y nadie puede *observar la esencia de nada,* como no haya asistido a la creación!...

9. El universo, en consecuencia, cabe en estas dos supremas significaciones: natura, cultura. La cultura es creación de valores. Los valores se dan en la historia, no en la naturaleza. La historia implica el espíritu. Por tanto, para el socialismo existe este tercer dilema: o preconiza un materialismo sin historia o una historia sin materialismo, pues el materialismo histórico es una contradicción.

l0. En resumen. Del socialismo que descansa en tres principios, a saber: a) socialismo científico; b) materialismo dialéctico, y c) materialismo histórico, no queda nada, porque si es socialismo no puede ser dialéctico ni histórico.

El alegato del maestro Caso, como acaba de verse, es lógico, congruente con el punto de partida que le sirve de base; pero como todos los razonamientos de esta índole pueden concretarse en una sola afirmación: "lo que existe se divide en dos grandes sectores irreductibles entre sí, porque tienen esencias diversas; uno es el sector de lo material, otro es el sector de lo ideal, del espíritu". De esta afirmación se sirve para pretender deshacer al socialismo: si éste, dice el doctor Caso, quiere ser científico, no puede fundarse en el materialismo, porque además de materia hay espíritu en el mundo; si el socialismo quiere ser una explicación dialéctica y materialista, fracasa también, porque la materia y la idea -la dialéctica es la ciencia del pensamiento, de la idea-, no se pueden juntar, y si quiere explicar la historia por la materia incurrirá, asimismo, en otro descalabro, porque

el espíritu y la materia son cosas esencialmente diversas, y los hechos históricos suponen sobre todo la fuerza del espíritu.

Ahora bien, si el razonamiento del maestro Caso, en apoyo de la tesis idealista y como refutación a la doctrina materialista, queda reducido a la afirmación de que el mundo se divide, necesariamente, en espíritu y materia, tal razonamiento resulta deleznable por dos motivos: a) porque precisamente de lo que se trata es de saber si no existe en el universo una concatenación estrecha entre todos los fenómenos, que autorice a creer en la separación de la materia y el espíritu, o, por el contrario, existe ese vínculo, y entonces la división entre espíritu y materia carece de sentido, y b) porque no puede partirse de un hecho que se da por probado -la dualidad del espíritu y de la materia-, para probar que la materia y el espíritu son irreductibles. El maestro Caso, y con él todos los defensores de la tesis idealista se mueven, pues, en un círculo vicioso del que no pueden salir, cometiendo la grave falta en todo el que razona, que se llama "petición de principio", pues no puede darse como cierto lo que se trata de probar.

Por tanto, el problema fundamental de la doctrina idealista y de la tesis materialista, problema que se ha de discutir y resolver, es el de averiguar si existe la materia como cosa opuesta al espíritu, si existe la realidad ideal y la realidad no ideal, pues de la conclusión a que se llegue en este punto se podrá fácilmente después obtener aplicaciones y consecuencias claras y sencillas en el campo de la lógica y también en el terreno de las ciencias sociales y de la historia. Y, a este respecto, el progreso científico contemporáneo demuestra que la llamada antinomia de la materia y del espíritu no tiene razón de ser, aun cuando existen algunas personas que consideran los últimos descubrimientos de la física como favorables a la tesis.

"En nuestros días, dice Bertrand Russell, se oye mucho hablar del materialismo a la antigua escuela y de su refutación por la física moderna. Es evidente que ha habido un cambio en la técnica de la física. En días pretéritos, digan lo que quieran los filósofos, la física procedía técnicamente sobre la hipótesis de consistir la materia en pequeñas masas duras. Ahora no piensa así. Pero pocos filósofos creyeron nunca en las pequeñas masas duras en fecha posterior a Demócrito. Berkeley y Hume no creían en ellas, ni tampoco Leibniz, Kant y Hegel. El propio Mach, físico también, enseñó una doctrina completamente diferente, y todo científico con algo de tintura filosófica estaba dispuesto a admitir que las pequeñas masas duras no son sino un artificio técnico. En ese sentido, el materialismo está muerto. Pero en otro más importante sentido está más vivo que nunca. La cuestión

importante no es si la materia consiste en pequeñas masas duras o en otras cosas, sino si la marcha de la naturaleza está determinada por las leyes de la física. El progreso de la biología, fisiología y psicología ha hecho más probable que nunca que los fenómenos naturales estén regidos por las leyes de la física, y éste es el punto importante".

Y completando su argumentación añade:

"Del examen de nuestro interior parece deducirse la existencia de algo llamado voluntad, que origina aquellos movimientos que llamamos voluntarios. Es posible, sin embargo, que dichos movimientos tengan una cadena completa de causas físicas respecto a la cual la voluntad (sea lo que sea) es concomitante. O quizás, puesto que la materia que considera la física no es ya materia en el antiguo sentido, pueda suceder que lo que llamamos nuestros pensamientos sean ingredientes de los complejos con que nuestros físicos han reemplazado la antigua concepción de la materia. El dualismo de espíritu y materia es anticuado: la materia se ha hecho más parecida al espíritu, y el espíritu se ha acercado más a la materia de lo que parecía posible en una etapa anterior de la ciencia. Tendemos a suponer que lo que realmente existe es algo intermedio entre las bolas de billar del materialismo anticuado y el alma de la antigua psicología". *(El panorama científico,* Madrid, 1931, pp. 116-123).

Se ve, pues, que el único punto de apoyo de la doctrina idealista desaparece si no se quiere incurrir en la petición de principio antes señalada; pero en este caso no puede haber realmente un debate sino una simple exposición de un credo irrebatible, porque tiene el mismo valor de una actitud religiosa; el que afirma que el espíritu es distinto de la materia y no da pruebas en apoyo de su creencia convierte su afirmación en un artículo de fe. Esta actitud es muy respetable como conducta personal; pero es inadmisible como posición científica. No puede el maestro Caso, en consecuencia, servirse de un argumento *a priori* -la dualidad de la materia y del espíritu- para demostrar que no es posible el socialismo científico ni el materialismo dialéctico, ni el materialismo histórico, pues por un acto de fe no se pueden destruir las ideas sólidamente construidas por la ciencia, excepto cuando interviene la magia. Recuerdo que cuando yo era niño alguien me refirió un procedimiento asombroso y eficaz para hacer desaparecer las cosas o para transformarlas en otras: adquiriendo los "polvos de la madre Celestina" y echándolos sobre el objeto que se desea desaparecer o transformar, se puede lograr el propósito. Así, por ejemplo, soplando los polvos sobre un caballo y pidiendo que el caballo desaparezca, el caballo se esfuma; del mismo modo, queriendo que una silla se

transforme en teléfono, basta con soplar los polvos sobre la silla y creer firmemente en su transformación, para lograr el cambio. El maestro don Antonio Caso emplea en este debate su fe religiosa, su creencia aprioristica en la dualidad del espíritu y de la materia, a la manera de los polvos de la madre Celestina, y soplándolos sobre el socialismo pide que *éste* deje de ser científico, que el materialismo deje de ser dialéctico y que también pierda su posibilidad de ser histórico, y como tiene completa seguridad en la eficacia de su fórmula, declara ufano: el socialismo ha quedado reducido a socialismo materialista; el espíritu lo abandona y no existe de él más que un conjunto de móviles biológicos indeseables como orientación de la conducta humana, porque el hombre es espíritu antes que materia, razón por la cual sólo los necios, después de mi actitud mágica, pueden seguirse llamando socialistas.

Pero la filosofía y la magia, por ventura, son dos cosas completamente diversas.

El Universal
13 de febrero de 1935

LA FILOSOFÍA NO ES MAGIA BLANCA NI NEGRA

Antonio Caso

El señor don Vicente Lombardo Toledano, en dos artículos: uno sobre "El reculamiento del espíritu" y otro sobre "Los polvos de la madre Celestina", ha tendido a rebatir nuestras reflexiones críticas sobre el materialismo histórico. Se engaña profundamente el señor Lombardo si piensa que por haber tenido que jugar con un ratón, recibiendo a guisa de mordiscos, injurias, no son claros y pertinentes nuestros razonamientos dilemáticos contra el llamado "materialismo histórico". ¿Quiere don Vicente Lombardo esparcir su ánimo con un ensayo-novelístico-semipolémico? Lea entonces, si le place: "El Caballero de los Espejos"; o bien "El Caballero de los Espejos halló su sombra" y "¿Zamora?... ¡En media hora!" ¿Desea el señor Lombardo impugnar el alegato que él mismo llama "lógico y congruente" contra el materialismo?..., entonces, los dilemas que tiene que resolver su señoría son los siguientes:

1º. O el "materialismo socialista" abdica de su metafísica o abdica del dictado de "científico".

2º. O el materialismo socialista cesa de apellidarse a sí mismo "dialéctico", o abdica, igualmente, de su actitud ontológica "materialista".

3º. O el materialismo socialista deja de pretender interpretar la historia, o admite los *valores;* es decir, cesa de ser materialismo.

4º. O el materialismo socialista admite "lo jurídico" como irreductible a "lo económico", o cesa de pretender ofrecernos una "filosofía jurídica materialista" (lo que implica contradicción).

5º. O el materialismo socialista admite la "función" histórica del individuo o cesa, igualmente, de preconizar una interpretación exclusiva de la historia por "la lucha de clases".

6º. O el materialismo socialista niega su concepción central de la *oberbau* y la *unterbau,* o renuncia a construir una verdadera filosofía social.

Estos dilemas los puede ver demostrados don Vicente Lombardo en nuestros artículos sobre "Ciencia o materialismo histórico", "La contradicción intrínseca del marxismo", "Historia o materialismo",

"La filosofía social y jurídica y el materialismo histórico". Ve, por tanto, el señor Lombardo Toledano que está por demás deplorar que la ironía haya mezcládose, en esta vez, con la filosofía (Sócrates constantemente las mezcló). Somos siempre socráticos, espiritualistas e irónicos, no materialistas, como El Caballero de los Espejos o el señor Lombardo Toledano (antes espiritualista y socrático como nosotros, y ahora materialista acérrimo). A propósito, creemos que el *único caso* que registra la historia de las ideas en México, de conversión de un espiritualista y moralista cristiano, como antes lo fue don Vicente Lombardo, al materialismo crudo de los marxistas, es el del mismo señor Lombardo. ¡"Cosas veredes, el Cid. ."!

Los argumentos de nuestro impugnador son:

1°. El pensamiento filosófico sobre la materia y el materialismo, emitido por el ilustre geómetra inglés Bertrand Russell.

2°. Los polvos de la madre Celestina.

3°. La tesis de que para objetar el materialismo hay que fundamentar, previamente, el espiritualismo y la religión.

4°. "El reculamiento del espiritualismo".

He aquí los siguientes argumentos en contra de las tesis apuntadas; pero tenemos la honra de reiterar a nuestro crítico que los dilemas a que nos hemos referido con antelación, aguardan, pacientemente, a que el señor Lombardo los retuerza; porque, hasta la fecha, sólo el primero muestra en sus cuernos restos sanguinolentos del célebre Caballero de los Espejos. Los otros, no tan aguerridos, esperan, intactos, las nuevas arremetidas de la "dialéctica materialista".

Con respecto al pensar de Russell, debe convencerse desde luego, el señor Lombardo, de la absoluta inanidad de las citaciones inoportunas de su obra. Recurra a *The analysis of mind*, y hallará estas palabras:

"Las apariencias de una porción de materia, tal como se presenta en sitios diferentes, cambian en parte, según leyes intrínsecas (ley de la perspectiva, en el caso de forma visual), en parte, según la naturaleza del medio: niebla, espejuelos azules, telescopios, microscopios, órganos de los sentidos, etcétera".

"Así como lo hemos demostrado al final del capítulo V, la materia es una ficción lógica, que ha sido inventada porque proporciona un medio cómodo de formular leyes causales".

¿Cómo podría fundamentar el materialismo histórico o no histórico, el señor Lombardo, en un filósofo que hace de la materia "una pura ficción lógica"? *¿Es para el señor Lombardo esto mismo la materia? Entonces, nuestro impugnador no es materialista, como no*

lo es Bertrand Russell. El ilustre geómetra-filósofo es un realista; ni materialista ni espiritualista.

Los polvos de la madre Celestina nada valen como argumento. Aquí no se trata de magia. Además, resultan ser de un anacronismo cómico. Su comicidad se refiere a la época de la redacción primitiva de los monumentos literarios de Marx y Engels, como lo comprobará, a continuación, quien este artículo leyere.

Por lo que mira a lo "científico" del "materialismo histórico", proponemos al señor licenciado don Vicente Lombardo Toledano, las siguientes reflexiones críticas, que desearíamos saber cómo pueden rebatirse.

I. *El materialismo es evidentemente una hipótesis.* Una sensación, por ejemplo la de frío, la de dolor, es irreductible a un movimiento. Taine dice que la sensación de lo amarillo no puede reducirse al movimiento de rotación ni al de traslación ni al de ondulación. *La sensación, por tanto, no es movimiento. Si no es movimiento, no puede ser material.* Por ende, queda probado que la sensación no tiene por carácter esencial *la materialidad*. Algo hay entonces (la sensación) irreductible a la materia.

II. Un acto de voluntad, con mayor razón, no puede reducirse a la fuerza. *Del mismo modo que la sensación no es movimiento, el querer no es fuerza.* Tan imposible es hacer de la voluntad una fuerza, como de la fuerza una voluntad. *Los materialistas afirman la reductibilidad de lo irreductible:* la reducción de la voluntad a la fuerza. Más interesante, no más verdadero, nos parece Schopenhauer, al pretender reducir la fuerza a la voluntad.

III. *El pensamiento a nada corresponde en el mundo de la materia. Pensar es algo esencialmente diferente de moverse.* Si ya la sensación y la voluntad son irreductibles al movimiento y la fuerza, el pensar, más todavía, resulta algo inconcusamente *sui generis*. La materia ocupa un sitio en el espacio, los pensamientos no. Cambia en el tiempo; el pensamiento no cambia. Las significaciones universales como 3, 5, 0, no se mudan en el tiempo ni en el espacio. Por tanto, en conclusión, *no se puede sostener la hipótesis materialista, ni a propósito de las sensaciones, ni con respecto a la voluntad, ni con relación al pensamiento. Una hipótesis que afirma la reducción de todo a un principio no se sostiene, si el principio (la materia) resulta, por su esencia, incongruente con las notas esenciales de aquello que por el principio mismo se pretende explicar.*

¿Cómo contestará el señor Lombardo estas objeciones? Nos hallamos llenos de curiosidad aguardando su respuesta. Él se ha

referido, *pour rire*, a la célebre comedia de magia: *Los polvos de la madre Celestina* de don Juan Eugenio Hartzenbusch, que conoce, según nos cuenta, en la forma de tradición oral. *¿Usará de los consabidos polvos, nuestro impugnador, para hacer de los movimientos de rotación, v.g., sensaciones de amarillez, de las vibraciones ondulatorias actos de voluntad y de los desalojamientos translaticios, pensamientos?* Nosotros detestamos lo mágico, todo lo mágico, lo mismo la magia blanca que la magia negra o rojinegra. ¿Qué Celestina inspirada podrá hacer de la materia una idea?... ¿Cuáles polvos esotéricos resolverán el problema?...

Queda, pues, probado:

1°. Que el materialismo es hipotético.

2°. Que el materialismo es falso.

En un artículo próximo trataremos del "reculamiento del espíritu"; pero desde luego declaramos que el espíritu no puede "recular", porque no está dotado para ello. Los materialistas, tal vez sí. A no ser que se trate de aplicar los polvos de la madre Celestina, que imaginó Hartzenbusch, para solaz y recreo de los nenes de mediados del siglo pasado.

El Universal,
22 de febrero de 1935

ANTONIO CASO, TESTIGO DE JEHOVÁ

Vicente Lombardo Toledano

Mayores dificultades se encuentran en obligar a reconocer verdades nuevas que en descubrirlas.
LAMARCK

Tratando de imitar mi estilo, sin lograrlo, don Antonio Caso escribió el último viernes un artículo para contestar la excepción dilatoria que opongo a todas las formas de la filosofía idealista -la demostración que están obligadas a hacer de que existe la dualidad entre la materia y el espíritu-; pero rehúye la respuesta, tergiversa mis argumentos, no recuerda los suyos, olvida que la ciencia ha progresado y me propone la resolución de cinco problemas nuevos, haciendo de paso un comentario sobre mi conversión filosófica al materialismo, y una invocación a Sócrates.

Gusto siempre de reducir a ideas las palabras de quienes controvierten conmigo. He aquí las de don Antonio Caso: 1. Los seis dilemas que Caso ha opuesto al materialismo en sus escritos anteriores, están en pie. 2. No hay que deplorar que la ironía se mezcle con la filosofía: antes que Caso la empleó Sócrates. 3. Lombardo Toledano es el único caso que registra la historia de las ideas en México, de conversión de un espiritualista y moralista cristiano -como el propio Antonio Caso-, al materialismo crudo de los marxistas. 4. Los argumentos de Lombardo son: a) el pensamiento de Bertrand Russell; b) los polvos de la madre Celestina; c) la tesis de que para objetar al materialismo hay que fundar previamente el espiritualismo y la religión; d) el reculamiento del espíritu. 5. Bertrand Russell no es materialista sino realista. 6. Propongo a Lombardo cinco nuevos razonamientos contra el materialismo. (A estos razonamientos me refiero yo después).

Contesto a las anteriores ideas de don Antonio Caso de la siguiente manera: 1. Los seis dilemas contra el materialismo que constituyen el contenido de sus cuatro artículos filosóficos y de sus tres "ensayos-novelísticos-semipoéticos", como usted mismo los llama, no están en pie, sino acostados, por estos dos motivos: a) porque se

reducen a un solo argumento: el espíritu y la materia son esencias distintas, y b) porque con ese argumento pretende usted demostrar que el espíritu y la materia son diversos por su esencia, es decir, porque sirviéndose de una afirmación por probar, da usted por probada la misma afirmación. 2. Si se trata de demostrar modestia, yo también puedo decir: Lombardo Toledano, Sócrates y Caso han mezclado la ironía con la filosofía; luego la ironía es buena y útil. 3. En cuanto a mi conversión al materialismo, reconozco que, en efecto, soy quizá el único que ha rehecho en los últimos tiempos su cultura filosófica después de dejar las aulas: cuando el naufragio se realiza en altamar muy pocos se salvan de la catástrofe. Lo único que lamento es no haber recibido una enseñanza verdadera y completa en la universidad; así me habría ahorrado el esfuerzo de arrojar el lastre mental que he ido tirando en el curso de mi vida, para ser útil a mis semejantes, por culpa de quienes nos presentaron un panorama falso de la existencia y nos dieron como guía de nuestra conducta, en lugar de armas eficaces, simples ensueños religiosos. 4. Los argumentos de mi artículo no son los que con mala intención me atribuye don Antonio Caso -basta cotejarlos-, sino éstos: mientras los partidarios de la doctrina idealista no demuestren que el espíritu es anterior a la naturaleza, no tienen el derecho de atacar a la tesis materialista-dialéctica en su médula ni en sus aspectos secundarios. Y como esa demostración no es posible, y ellos lo saben, en vez de confesar que se hallan en un círculo sin salida, desvían el problema central del debate con la esperanza de que nadie lo advierta y por lo menos los espectadores duden de todo y de todos, ante el caos producido por su táctica sansoniana de morir aplastados por el templo, pero en unión de todos los filisteos. Mis argumentos son, por tanto, los que permanecen erguidos esperando una respuesta. 5. Respecto de la filiación filosófica de Bertrand Russell, depende de la connotación que se quiera dar a las palabras: don Antonio Caso le llama *realista* y no materialista, porque dice que Russell afirma que la materia es una ficción lógica. Lo que el pensador inglés quiere decir con este término es simplemente que la materia considerada como cosa dura, como piedra, en la forma vulgar en que muchas gentes entienden la materia, no existe -y en esto los materialista-marxistas estamos de acuerdo, porque es justamente un argumento en favor de nuestra tesis-, pero de eso a que Russell adopte una posición intermedia entre el materialismo y el espiritualismo hay una gran diferencia: Russell cree que la dualidad entre espíritu y materia no existe, que es anticuada, que no puede aceptarse seriamente. Y eso basta. Si don Antonio Caso, a pesar de todo sigue llamando *realista* a Russell, yo podría denominarlo

insurgente; pero entonces trasladaríamos el debate del punto filosófico concreto en que estamos, al campo de la historia de México.

Ahora voy a referirme a las "reflexiones críticas" que don Antonio Caso me propone. Para darles más fuerza aún que la que pudo infundirles su autor, y en ayuda de éste, las repito en forma de silogismo. Helas aquí: 1. Toda materia es movimiento; la sensación no es movimiento, luego la sensación no es materia. 2. Todo movimiento es fuerza; la voluntad no es movimiento, luego la voluntad no es fuerza. 3. Toda materia es movimiento; el pensamiento es inmóvil, luego el pensamiento no es materia. 4. Toda materia ocupa un sitio en el espacio; el pensamiento no ocupa un lugar en el espacio, luego el pensamiento no es materia. 5. Toda materia cambia en el tiempo; el pensamiento no cambia en el tiempo, luego el pensamiento no es materia.

Estos silogismos corresponden a lo que los autores de lógica llaman "segundo modo" de la "segunda figura" del silogismo, el modo *Camestres,* o sea el compuesto de una proposición universal afirmativa, de una proposición universal negativa y de una conclusión universal negativa también. Se usa el modo *camestres* a menudo para refutar de una manera convincente una aserción, porque da una conclusión universal negativa fundada en la exclusión de una clase de otra. Don Antonio Caso trata de demostrar con sus cinco silogismos que fuera del mundo material existen la sensación, la voluntad y el pensamiento, y que, en tal virtud, la doctrina que pretende reducir todo lo que existe a un solo principio -la materia- es una doctrina falsa. Veamos ahora el valor de estos silogismos.

Así como hay reglas para formular los silogismos, las hay para comprobar su eficacia Los razonamientos que vulneran las leyes de la lógica se llaman falsos razonamientos, paralogismos o falacias, y cuando en ellos aparece manifiesta la intención de falsear la verdad, se llaman sofismas. No creo que en este asunto don Antonio Caso haya incurrido en sofismas; pero sí en falacias, que son peores que éstos cuando se trata de cuestiones científicas. Las falacias por él cometidas son de equivocación, pues se basan en un desconocimiento de la capacidad de las premisas para fundar la conclusión a la que se quiere llegar. En efecto, examinemos cada silogismo por separado.

I. La conclusión del primer silogismo: "la sensación no es materia" es falsa, porque la afirmación de la segunda premisa: "la sensación no es movimiento", es falsa. Don Antonio Caso tiene una idea anticuada del movimiento, la idea mecánica: para él sólo se mueven las cosas que cambian de lugar y tiene seguramente también un concepto atrasado de las sensaciones, el concepto ingenuo-religioso, aquel que

afirma que la sensación es la impresión que las cosas producen en el alma por medio de los sentidos. Ya que a don Antonio Caso le place el *argumentum ad verecumdiam*, la apelación al respeto que se profesa a una alta autoridad, quiero recordarle que no sólo las sensaciones comunes producen en el organismo reacciones, alteraciones, movimientos, en suma, sino que aun las emociones, tanto las emociones bruscas, de choque, como las emociones-sentimientos, para Jean Lhermitte, el profesor de psiquiatría de la Facultad de Medicina de Paris, sólo son posibles porque existe, como lo ha demostrado, un mecanismo fisiológico individualizado de expresiones emocionales, habiendo descubierto, además, que las sensaciones de cualquier género son corrientes nerviosas no sólo susceptibles de medida, sino de esencia química, sujetas a la ley clásica de Van't Hoff, relativa a la velocidad de las reacciones químicas en general. *(Les fondements biologiques de la psychologie*. París. Edic. Gauthier-Villars, pp. 42, 174 y ss., y 182). Innumerables pruebas de laboratorio relativas al cambio que sufren diversos órganos y funciones de los seres vivos por las sensaciones de luz, de calor, de sonido, etcétera, pueden recordarse, asimismo, como hechos que demuestran que las sensaciones son movimientos.

Sólo aceptando el principio de identidad absoluta, de quietud perfecta, se puede afirmar que existe en el universo algo inmaterial, porque, como dice Engels, "el movimiento es el modo de existencia de la materia". Pero la identidad absoluta no existe sino en la imaginación humana: todo es movimiento -movimiento activo, fuerza, o movimiento pasivo, manifestación de fuerza-, desde la nebulosa hasta lo que los idealistas llaman pensamiento inmaterial y soberano, pasando por todos los estados de cambio, de desmaterialización de la materia, si se prefiere una frase de sentido plástico.

En consecuencia, el primer silogismo de don Antonio Caso quedaría así, de acuerdo con los datos científicos: toda materia es movimiento; la sensación es movimiento, luego la sensación es materia, le ocurre lo mismo que con la conclusión del primero; es falsa, porque falso es el movimiento, luego la sensación es materia.

II. Con la conclusión del segundo silogismo: "la voluntad no es fuerza", ocurre lo mismo que con la conclusión del primero; es falsa porque falso es el segundo término que afirma que "la voluntad no es movimiento". Si se cree, con los antiguos, que la voluntad es "la potencia del alma que mueve a hacer o no hacer una cosa", definición que proviene del principio de que la voluntad por excelencia es un mandato de Dios, entonces sí puede decirse que la voluntad humana es efecto y no causa, que es movida; pero no es movimiento por sí

misma. Este modo de pensar puede ser interesante para el que prefiera entretenerse en el juego de las palabras, en vez de ajustar sus conceptos a los descubrimientos de los laboratorios y a las leyes comprobadas por la investigación; mas para el que sabe que la psicología hace largos años ha dejado de ser parte de la literatura para convertirse en una ciencia experimental, resulta un modo de pensar puramente gracioso.

Todos los psicólogos saben que, mientras lo que llamamos voluntad no se traduce en actos, la voluntad no existe para los fines de la vida, y que en cuanto se expresa, la voluntad es una fuerza real, un movimiento en curso, como todas las cosas que surgen y concurren en el universo.

Corregido, pues, este silogismo, de acuerdo con las aportaciones de la ciencia, quedaría así: todo movimiento es fuerza; la voluntad es movimiento, luego la voluntad es fuerza.

III. El tercer silogismo de don Antonio Caso que concluye: "el pensamiento no es materia", es defectuoso como los anteriores, porque su segundo término: "el pensamiento es inmóvil", es de una falsedad estruendosa. El pensamiento, afirma el escritor, no cambia; las significaciones universales, como los números, no se mudan, son siempre las mismas. El segundo término del silogismo vuelve, pues, a ser ambiguo: ¿qué debe entenderse por "pensamiento"? ¿La potencia o facultad de pensar, como dicen los literatos de la psicología o el contenido del pensamiento, las representaciones de las cosas, las ideas, los juicios? Es indudable que se trata de lo último y no de lo primero, porque la posibilidad de tener ideas no constituye el pensamiento propiamente dicho. Ahora bien, los conceptos de número y figura, como dice Engels, ¿de dónde están tomados sino del mundo real? No es cierto que en las matemáticas puras la inteligencia se las entienda sólo con sus propias creaciones e imaginaciones *(Anti-Dühring,* Cenit, p. 27). Por tanto, cuando el pensamiento corresponde a la realidad, el pensamiento cambia; pero cuando sólo toma de la realidad la materia y hace con ella abstracciones, cuando crea entes irreales, entonces no cambia; pero entonces no tiene sentido la proposición "el pensamiento es inmóvil", porque lo único que interesa a la filosofía lo mismo que a la ciencia es el problema de lo que existe y no el problema de lo que no existe. Para reducir al absurdo el silogismo de don Antonio Caso, yo formulo este otro: toda materia es movimiento; lo blanco es inmóvil, luego, lo blanco no es materia. Y, en efecto, lo blanco no cambia, permanece idéntico a sí mismo, por la sencilla razón de que no existe; porque es sólo una abstracción de la mente, una categoría irreal: existen las cosas blancas y dentro de éstas no hay dos iguales; por economía

de esfuerzo la razón construye ficciones para servirse de ellas en la lucha del vivir.

Descubierto el carácter de ficción que posee la segunda proposición del tercer silogismo de don Antonio Caso, no queda del razonamiento sino la primera premisa: "Toda materia es movimiento", afirmación válida.

IV y V. Los silogismos cuarto y último son tan falsos como los que preceden, porque se apoyan en el mismo error científico: la separación del espacio y del tiempo, como dos entidades distintas la una de la otra.

H. Levy, profesor de matemáticas en el Colegio Imperial de Ciencia, de la Universidad de Londres, dice:

"La separación de la materia como ocupando un lugar en el espacio y el tiempo, como si fueran entidades independientes y aisladas, es una opinión corriente. Ésta es una separación hecha por el pensamiento como acepción general y, en un sentido especial, es una separación artificial... Espacio y tiempo coexisten como sistemas complementarios extraídos del cambiante proceso universal, y su supuesta independencia puede tener valor sólo provisionalmente y como una proposición práctica, exactamente del mismo modo que el pensamiento no encuentra en el universo nada que lo obligue a considerar su propio aislamiento". *(The universe of science*, New York, 1933, p. 40).

Por tanto, corregidos estos dos silogismos de acuerdo con los datos científicos, quedarían reducidos al siguiente: toda materia ocupa un lugar en el espacio y en el tiempo; el pensamiento ocupa un lugar en el tiempo y en el espacio, luego el pensamiento es materia.

He contestado a don Antonio Caso. Espero, en consecuencia, que él responda a la excepción dilatoria que formulo a todas las ramas y escuelas de la filosofía idealista.

En el fondo de este debate se plantea, vuelvo a repetirlo, una sola cuestión: ¿el hombre es un fruto de la naturaleza, como todos los seres, o es una creación *sui generis* de Dios? James Harvey Robinson en su *The humanizing of knowledge* (New York, 1924, p. 53), declara: "el hombre es una parte integrante del orden natural... Pensamiento y materia no pueden considerarse divorciados, sino que deben estudiarse como diferentes fases de una sola situación vital extremadamente rica y compleja". Y esto es cierto. Más cierto a medida que la ciencia progresa y que el hombre se libra del misterio. Pero quienes no pueden vivir de la verdad sabida, sino que prefieren vivir de la parte de la verdad que se ignora, se refugian en el "conocimiento" religioso, en la intuición.

Sólo la intuición -dice H. Bergson- puede entender la vida. La intuición es una penetración artístico-mística en lo absoluto. El universo vive, cree en una evolución creadora y se desenvuelve libremente en aliento vital que le es inherente *(élan vital)*. El aliento vital originario, indiviso, es Dios, como fuente primera de la realidad infinita.

Ante la creencia personal de cada hombre yo me detengo siempre, como ante las preferencias del paladar de cada quien, que no discuto. Pero el "conocimiento" religioso no es ni conocimiento filosófico ni conocimiento científico. Desde este punto de vista don Antonio Caso es para mi profundamente respetable; lo que no respeto son sus ideas filosóficas por falsas y porque detrás de ellas, sin que él se dé cuenta quizá del papel político que está desempeñando en estos momentos, se escudan todos los conservadores de México.

Ante la ausencia de razones verdaderas para apoyar la dualidad religiosa de la materia y del espíritu, no queda a don Antonio Caso más que declarar: yo creo en Dios, soy testigo de Jehová.

Pero yo no lo soy, y más vale; el dramaturgo Ibsen dice, en una de sus obras, que el que ha visto a Jehová tiene que morir.

El Universal,
27 de febrero de 1935

LOS GRANDES FILÓSOFOS CONTEMPORÁNEOS Y EL "RECULAMIENTO" DEL ESPÍRITU

Antonio Caso

La imposibilidad notoria, irrefutable, evidente, de hacer de la vibración, el movimiento, la extensión, la fuerza, etcétera, algo psíquico; el infranqueable valladar que media entre lo físico y lo mental, será siempre el obstáculo de todo materialismo. Sentir, querer y pensar no son atributos de la materia. Ahora bien, inquirimos de don Vicente Lombardo Toledano, ¿hemos tenido necesidad de invocar el espiritualismo, la religión, la creencia en Dios, etcétera, para demostrar la falsedad del materialismo? ¿Hemos recurrido a la magia? ¿Necesitamos de los polvos de la madre Celestina? No, ciertamente; porque para probar la incongruencia del materialismo bastan la discusión epistemológica y la mostración ontológica. O sea, sin tecnicismos: las formas de la realidad son irreductibles entre sí. La realidad ideal es irreductible a la realidad material. Quisiéramos que se nos presentara el nombre de un solo gran filósofo que sostenga, hoy, en Europa, fuera de Rusia, el materialismo metafísico. (En Rusia nunca ha habido grandes filósofos).

Nuestro siglo, el XX no el XIX, como lo creen todavía los rezagados marxistas retroactivos, contempla, en vez del "reculamiento", el triunfo del espíritu, porque cuando la "antorcha de la física", que dijo Locke, cesa de alumbrar, se enciende, ahí mismo, esplendorosa, la de la metafísica, nada más absurdo que pretender construir con los métodos de la ciencia natural, la ciencia de los universales, las esencias y los valores.

¿Cómo podría "recular" el espiritualismo? Nos parece, si hemos de atenernos a la etimología castellana del vocablo, la expresión más impropia. El espíritu no puede, por su esencia, lo repetimos, "recular"; porque no está dotado para ello. Lejos de retroceder, el siglo nuestro (nos referimos, claro está, al vigésimo de la era cristiana, no al de Marx y Feuerbach, que León Daudet ha llamado "el estúpido siglo diecinueve"), contempla el triunfo del espíritu en la filosofía verdaderamente digna de este nombre; porque no vamos a llamar filosóficos a los innumerables comentarios de la seudoescolástica

marxista, redactados para propaganda del decadente régimen bolchevique. Éstos son escritos políticos de escasísima trascendencia metafísica.

Lancemos rápida ojeada por los rumbos del pensamiento filosófico contemporáneo. En Alemania, al lado de las insignes escuelas neokantianas, que con la célebre obra de F. A. Lange rotulada *Historia del materialismo*, acabaron para siempre con esta posición filosófica, incapaz de sobrevivir a la *Crítica de la razón pura,* al lado de los discípulos de las escuelas de Marburgo y de Baden, que son honra del idealismo actual. Husserl, el lógico insuperado, aparece en primer término. Él ha vuelto a la posición cartesiana; pero no para reiterarla más, sino para realzarla, superándola. Husserl crea su idealismo sobre el *cogito* cartesiano, y escribe esta monumental frase simbólica del triunfo del espíritu: "El oráculo délfico ha adquirido un sentido nuevo. La ciencia positiva es una ciencia del ser que se ha perdido en el mundo. Urge perder el mundo por la reducción fenomenológica, para volverlo a hallar, en seguida, en una toma de posesión universal de sí mismo". Hasta aquí el discípulo del oráculo délfico, de Sócrates, de San Agustín y de Descartes.

¿Se tratará, entonces, preguntamos, de un materialismo crudo, en la filosofía contemporánea, o de un idealismo y un espiritualismo? ¿Recula el espíritu?... Con la venia de la numerosa caterva marxista o sin ella, declaramos que nuestro siglo, en una de sus representaciones filosóficas más altas, desdeña el materialismo como hipótesis justamente desprestigiada. Desprestigiada, decimos entre filósofos, no entre quienes hacen de la metafísica un elemento de convicción político-social. En pos de Husserl, el gran maestro, que tanto Francia como Alemania han honrado, marcha la selecta y numerosa legión fenomenológica.

Pasemos a otra gran ilustración filosófica contemporánea que, para duelo de las letras, desapareció hace pocos años: Max Scheler. Que se lea con atención el siguiente apotegma, y se diga después, si el espíritu "recula":

"El espíritu es el único ser incapaz de ser objeto; es actualidad pura; su ser se agota en la libre realización de sus actos. El hombre es el ser vivo que puede adoptar una conducta ascética frente a la vida (vida que le estremece con violencia). El hombre puede reprimir y someter los propios impulsos; puede negarles el pábulo de las imágenes perceptivas y de las representaciones. Comparado con el animal, que dice siempre sí a la realidad, incluso cuando la teme y rehúye, el hombre es el ser que sabe decir no, el asceta de la vida".

Mas ¿qué pueden entender de estas cosas quienes niegan el valor "santidad", y los demás valores religiosos, para hacer del hombre el sujeto puro de la "lucha económica de las clases", en la historia?

En Italia encontramos al ilustre Gentile, autor del *Espíritu como acto puro*, célebre libro inspirado en este pensamiento de Pascal, que le sirve de epígrafe: "Por el espacio el mundo me comprende y abarca como un punto; por el pensamiento, yo lo comprendo". Y, al lado de Gentile, Benedetto Croce, cuya reputación es mundial como gran filósofo y doctor en "materialismo histórico". Croce como Gentile inspiran su propia producción en la obra de Hegel.

Si de Alemania e Italia pasamos a Francia, el espiritualismo evoca la gran figura de Bergson, y, a su lado, al ilustre neoescolástico, que es también un pensador magistral: J. Maritain. También con ellos hay que recordar, siempre, al insigne Maurice Blondel, uno de los nombres más ilustres en la historia del pragmatismo.

He aquí esta página inolvidable del gran Bergson, digno descendiente espiritualista de los Malebranche y los Pascal:

"Si como he intentado probarlo, la vida mental desborda de la vida cerebral, y el cerebro se limita a traducir en movimientos una pequeña parte de lo que ocurre en la conciencia, entonces la supervivencia se hace tan probable, que la obligación de la prueba incumbirá al que la niegue y no al que la afirma; porque la única razón para creer en la extinción de la conciencia, después de la muerte, es que vemos al cuerpo desorganizarse, y esta razón pierde todo su valor, si la independencia (al menos parcial), de la conciencia con relación al cuerpo, es también un hecho de experiencia".

Por último, si hemos de tratar, no ya de la filosofía idealista y espiritualista, hoy tan lozana, sino de la interpretación científica de la biología, no podemos pasar por alto el nombre de Hans Driesch. He aquí su concepción sintética de un nuevo vitalismo espiritualista:

"Cabe imaginar que una fuerza natural totalizadora interviene en el juego sumario de la naturaleza inanimada. El conocido principio de la conservación de la energía no tiene por qué salir con ello malparado. Todas estas cosas las pasaron por alto los dogmáticos mecanicistas. Para ellos, causalidad es lo mismo que mecánica. ¿Por qué? Lo ignoro. Fue, durante largo tiempo, una moda filosófica falta de examen; que también aquí tenemos de moda. Y, había además el empeño de que la naturaleza se dejase comprender de la manera más sencilla posible, lo que se conseguía reduciéndolo todo a mecanismo. Pero la sencillez no es siempre una característica de la verdad".

Driesch no es solamente un gran filósofo, sino un biólogo ilustre en la ciencia contemporánea, y un espíritu superior que, como Einstein, se manifestó, durante la Guerra Mundial, superior a las urgencias del nacionalismo.

Bergson, Husserl, Scheler, Croce, Gentile, Driesch, Maritain, éstos son los nombres de los caballeros del espíritu. ¡O ellos que nos guían, o las nubes de insectos comunistas que nublan el sol! ...

¿Cuáles nombres ilustres podrá citarnos don Vicente Lombardo Toledano, que hayan de ponerse al lado de los caballeros del espíritu, idealistas o espiritualistas? ¿Cuál nuevo hermeneuta del materialismo histórico será capaz de hombrearse con los filósofos citados? ¡La filosofía contemporánea y el materialismo nada tienen que hacer en el esfuerzo heroico del pensamiento! ¿Dónde se muestra el "reculamiento" del espíritu? ¡Sólo en las filas del materialismo histórico!

El Universal,
1 de marzo de 1935

MI ESPÍRITU SE LLENA DE GOZO

Vicente Lombardo Toledano

El último artículo de don Antonio Caso -"Los grandes filósofos contemporáneos y el reculamiento del espíritu"- es de poco contenido, como los anteriores; se reduce a tres afirmaciones: a) La imposibilidad notoria de hacer de la vibración, del movimiento, algo psíquico; el infranqueable valladar que media entre lo físico y lo mental, será siempre el obstáculo de todo materialismo. b) Para probar la incongruencia del materialismo bastan la discusión epistemológica y la demostración ontológica, pues las formas de la realidad son irreductibles entre sí. c) Los grandes filósofos de hoy son contrarios al materialismo: en Alemania, Husserl y Max Scheler; en Italia, Gentile y Croce; en Francia, Bergson y Maritain. Y hasta los biólogos eminentes como Hans Driesch no sustentan el materialismo filosófico.

Como se ve, las dos primeras afirmaciones no son sino la repetición del argumento único empleado hasta ahora por don Antonio Caso en todos sus escritos: el orden psíquico y el orden físico son irreductibles entre sí, la naturaleza y el espíritu son de esencia distinta. Como hemos estado exigiéndole que demuestre esa teoría, se decide al fin, y agrega: para probar mi aserto basta el razonamiento metafísico, porque el espíritu y la materia son entidades diversas. He aquí a la ardilla que no puede salir de su jaula tal como lo había yo previsto: "afirmo que la conciencia obedece a leyes distintas de las leyes naturales. Para dar validez a mi afirmación no necesito recurrir a otra prueba que a la de mi conciencia, a la prueba metafísica". Sin embargo, don Antonio Caso se equivoca: la prueba que se requiere en este problema es una prueba científica, una afirmación que sea el producto de principios confirmados por la experiencia, una prueba *a posteriori*, no un argumento *a priori*. La fe salva al creyente; pero no puede darle el rango de poseedor de la verdad.

Y es que el tipo del filósofo profesional se halla en plena decadencia. Ya no es posible concebir una filosofía que tenga por objeto, como dice el *Vocabulaire philosophique*, "el conjunto de los estudios que conciernen al espíritu, en tanto que se distingue de sus objetos, que se coloca como antítesis de la naturaleza". Las

especulaciones más importantes en el campo de la filosofía han sido coetáneas de las grandes épocas de la ciencia: el cartesianismo y los orígenes de la mecánica celeste y de la mecánica racional, el criticismo de Kant y la física de Newton; la dialéctica de Marx, apenas descubierta hoy en todos sus alcances, y la biología y la física contemporáneas. El pensamiento verdaderamente filosófico hunde sus raíces en el conocimiento de la naturaleza no en la "ciencia de lo absoluto", en la tradicional metafísica teológica, verbalista e inútil. Negar en estos tiempos la unidad del ser, la concatenación estrecha de todos los fenómenos del universo, es dejar pasar inadvertidos los descubrimientos científicos de los últimos cincuenta años.

Porque creo que una teoría válida del conocimiento debe basarse, ante todo, en la psicología científica; recuerdo aquí que a Pavlov, a Thorndike, a Watson, a Wundt, a Freud, y a otros ilustres investigadores, debe más la filosofía moderna que a los constructores de doctrinas metafísicas desvinculadas del laboratorio y de la observación objetiva de los hechos. Ivan Petrovich Pavlov, principalmente, ha acabado para siempre con la teoría de la conciencia como una entidad de origen ajeno al proceso general de la naturaleza. Gracias a él la psicología es hoy una ciencia exacta, como la biología y la química, que lograron ese rango en el siglo pasado, como las matemáticas y la física, consideradas ya desde hace tiempo como las disciplinas científicas por antonomasia. La conciencia, para la psicología, es una actividad nerviosa de determinada región de los hemisferios cerebrales, en un momento dado y en ciertas condiciones de máxima excitabilidad. El resto de la corteza del cerebro posee una susceptibilidad específica para que por estas excitaciones se restablezcan con facilidad movimientos reflejos condicionados y ligados íntimamente con diferenciaciones también específicas. Así, pues, aquella región del cerebro, en las condiciones señaladas, es un verdadero centro creador, quedando el resto de los hemisferios afectados por la ejecución de los reflejos formados con anterioridad, o por los que corresponden, de un modo estereotipado, a determinados estímulos. A la actividad de esos sectores del cerebro es a lo que llamamos subconsciencia o automatismo. El área que posee la máxima excitabilidad no es permanente, sino que, por el contrario, cambia sin cesar a distintos puntos de la corteza, de acuerdo con las relaciones que existen entre los centros y los estímulos interiores o externos. (La obra de Pavlov -premio Nobel desde 1904-, es de una importancia excepcional para las ideas filosóficas. Desde hace tres años se dedica en el laboratorio de Koltushi, cerca de Leningrado, a explicar los hallazgos de su fecundo esfuerzo, y hasta ahí ha de llegar pronto el

homenaje de todos los investigadores de las disciplinas biológicas del mundo entero. Aparte de sus escritos, traducidos al alemán, en el *Journal of Psychologie Normale et Pathologique,* se han publicado algunos de sus trabajos. De sus obras más importantes se ha hecho la versión inglesa: *Conditioned reflexes: an investigation of the physiological activity of the cerebral cortex,* Oxford, I927. *Lectures on conditioned reflexes,* Trad. W. Horsley Gantt, edit. M. Laurence, London, y primera edición española, de la segunda rusa, traducción de Javier Morata, Madrid, I928).

En contra de estas conclusiones de la ciencia, a cuyas leyes queda sometida lo que hasta hoy siguen llamando "conducta libre" los espiritualistas, don Antonio Caso presenta el testimonio de los filósofos cuyos nombres he hecho constar al principio. No necesito refutar las doctrinas de estos pensadores -trabajo innecesario, además, porque don Antonio Caso no las menciona, pues se conforma con apelar a su fama-; me basta con precisar su genealogía intelectual y con hacer notar su común denominador político. El filósofo Edmundo Husserl, fundador de la fenomenología, cree en las "intuiciones esenciales", en el conocimiento de las "esencias" como entidades distintas de los hechos. Es el tipo del idealista puro; en la exposición de su doctrina se enlaza repetidamente con el filósofo católico Bernardo Bolzano -especialmente en su *Teoría de la ciencia*-, y, por lo tanto, con la tradición católica, cuyo conocimiento debe Husserl a su maestro Francisco Brentano (véase la *Historia de la filosofía actual,* por Augusto Messer, Madrid, 1925, pp. 179 y siguientes). Max Scheler, influido por Husserl, debe también parte de sus ideas a Rudolf Eucken, cuyo pensamiento metafísico descansa más que en una demostración científico-filosófica, en una creencia religiosa. Eucken confiesa: "no he abandonado en ningún momento la fe en una fuerza superior que actúa tanto sobre la humanidad como sobre mí mismo". *(Recuerdos de mi vida,* 1921, p. 211. Op. cit., 85). El solo ingreso espontáneo de Scheler en la Iglesia comprueba el género de su pensamiento. En cuanto a Bergson, ya he hecho notar en mi artículo anterior el carácter religioso de su método y de su tesis filosófica. Messer dice de Bergson que "es el portavoz de algunas orientaciones místicas y románticas, exaltadas, que pese a sus nobles afanes, representa, por su confusión, un peligro para nuestra cultura". (Op. cit., 241). Por lo que ve a Maritain, clasificado por la crítica filosófica dentro del neoescolasticismo, es ocioso hacer resaltar su filiación religiosa. Respecto de los pensadores italianos citados por don Antonio Caso, no sólo son, como los ya mencionados, hombres que fundan en la fe su creencia última, sino que uno de ellos, Gentile,

es el inspirador de la obra de Mussolini, "ninfa Egeria del fascismo", como le llama Fernando de los Ríos. Por último, Hans Driesch: como biólogo, sus estudios y sus observaciones forman parte del acervo científico; pero desde el año de 1905, es decir, hace treinta, se dedicó únicamente a estudios metafísicos, tratando de resucitar la vieja entelequia aristotélica, sin ningún éxito. Driesch forma parte de esos pensadores indefinidos, que, según la frase célebre, "cierran la puerta de su laboratorio para penetrar en su oratorio", desconfiados de lo conocido, y al propio tiempo, de lo que no conocemos aún.

En consecuencia, sigue en pie la excepción dilatoria que formulo para todas las escuelas y ramas de la filosofía idealista: o demuestran previamente la diversidad de los órdenes del universo, la dualidad de la materia y del espíritu -con pruebas válidas, científicas, no metafísicas- o cometen una petición de principio al tratar de destruir la base de la dialéctica marxista.

Mi espíritu se llena de gozo.

El Universal,
6 de marzo de 1935

LA DIALÉCTICA DEL RENEGADO

Antonio Caso

Hemos emprendido esta discusión sobre los tópicos del materialismo histórico, con un puro propósito científico. Sabemos que la teoría es falsa, y lo podemos demostrar, en consecuencia. Nos habría encantado, satisfecho, en verdad, hallar algún argumento plausible en pro de las tesis que negamos; pero sólo hemos encontrado, en nuestros adversarios, cómica suficiencia e ignorancia. Nosotros no somos políticos, no pretendemos triunfar a toda costa, sino esclarecer la verdad. *Si un político retrocede en la discusión que emprende, está perdido. El político ha de ser invicto, pero los investigadores científicos estamos acostumbrados a contentarnos muchas veces con la probabilidad y aun con la simple actitud dubitativa, cuando, a pesar de nuestros esfuerzos, no alcanzamos a resolver un problema*.

La desastrosa actitud de don Francisco Zamora, en la discusión que pretendió llevar a cabo con nosotros sobre el materialismo socialista, se ha vuelto en su contra; porque las razones no se combaten con injurias, ni se retuercen los dilemas a pedradas; porque *el arte de pensar no estriba en la chirigota tropical, que tanto daño ha hecho a la cultura de nuestros pueblos americanos, sino en la congruencia de las razones, el orden de las ideas y la ponderación de los argumentos.*

Ahora que don Vicente Lombardo Toledano tercia en el debate, desgraciadamente sólo hemos hallado una actitud homogénea, en nuestro adversario, con la que mantuvo siempre, frente a nosotros, el célebre Caballero de los Espejos; evocar "los polvos de la madre Celestina", decir que a Bertrand Russell se le puede llamar "realista" o "insurgente", tratar del "reculamiento" del espíritu, y otras cosas semejantes, es recurrir a toques de brocha gorda, buenos para engañar bobos en las plazas públicas, pero no para analizar ideas en la quietud del gabinete y a la luz de los principios necesarios de la lógica. Estos *astracanes* hacen desternillarse de risa a los súbditos de Muñoz Seca; pero resultan completamente inadecuados en los episodios de una discusión metafísica. Nosotros gustamos de la ironía; es más, la creemos indispensable contra el error recalcitrante y el sofisma hipócrita; pero la ironía nada tiene que hacer con los astracanes del *clown*.

Declara el señor Lombardo Toledano que hemos pretendido imitar su estilo sin lograrlo. *Esto resulta sencillamente absurdo, porque nadie puede imitar lo inimitable, y nuestro impugnador carece de estilo en los artículos que redacta. Véase la siguiente muestra, ayuna de sindéresis y gramática: "Contesto a las anteriores ideas de don Antonio Caso de la siguiente manera: Los seis dilemas contra el materialismo, que constituyen el contenido de sus cuatro artículos filosóficos y de sus tres 'ensayos-novelísticos-semipolémicos', como usted mismo los llama, no están en pie sino acostados"... la concordancia de la lengua española, la sindéresis del buen escritor, la gramática universal de toda expresión culta, están negadas por su base en semejante estilo, admirable es la expresión del gran escritor francés que declara: "El estilo es el hombre". Nosotros agregaremos que la falta de todo estilo pinta o retrata también al hombre, por tanto, como lo puede comprobar, en este instante, don Vicente Lombardo Toledano, no podemos imitar lo inexistente, y el estilo de nuestro impugnador, no existe.*

Pero si desde el punto de vista de la gramática de la lengua española resulta tan deficiente el doctor Lombardo Toledano, desde el punto de vista de la "ideología" es, si cabe, más *deficiente* aún, a pesar de su *suficiencia*. Traer a colación en qué consiste un *Camestres;* hablar de la segunda figura del silogismo y otras lindezas de este jaez, es bueno para arredrar a los "primarios" (como llama, con gracia, el doctor Guisa y Azevedo, a las personas impreparadas que caen en beatífica admiración frente a toda pedantería que se les muestra). Pero no está bien razonar en el modo *Camestres* cuando, lejos de demostrar las premisas del silogismo que se formula, niégase la ciencia entera y el sentido común, para rebatir la premisa menor del silogismo. He aquí cómo razona nuestro impugnador: "Toda materia es movimiento: la sensación no es movimiento; luego la sensación no es materia". (Éste es el proceso de nuestro discurso, conforme lo interpreta el señor Lombardo Toledano). Mas, él añade que *"la conclusión del silogismo, la sensación no es materia, es falsa; porque la afirmación de la segunda premisa: 'La sensación no es movimiento' es falsa. Don Antonio Caso tiene una idea anticuada del movimiento, la idea mecánica: para él, sólo se mueven las cosas que cambian de lugar". ¡Sí!, en verdad, y para todo el mundo: sólo se mueven las cosas que cambian de lugar. Esto no es anticuado ni moderno sino evidente, es decir, eterno. Esto vale para idealistas, materialistas, espiritualistas, monistas, realistas e "insurgentes".*

Conforme a la idea novísima de movimiento, que el señor Lombardo posee, se pueden mover las cosas sin cambiar de lugar... ¡Magnífico, abracadabrante, colosal! Este aserto volverá célebre a don Vicente Lombardo Toledano, como aquel otro del Caballero de los Espejos, que declara que las imágenes no ocupan lugar en el espacio. El señor Lombardo ha realizado un descubrimiento inmortal, cuando nos declara que es "anticuado" interpretar el movimiento por el espacio.

Curioso resulta comprobar cómo los materialistas históricos en México reniegan de toda filosofía realista, espiritualista o idealista; pero hacen la apoteosis de las ciencias positivas, para fundamentar, según ellos, el materialismo histórico y no histórico. El sofisma que emplean estriba en enseñar que todo sistema filosófico, diverso del materialismo, es cosa religiosa, indemostrable, absurda. Y agregan la hipocresía de no querer discutir tales tópicos, "porque revisten el valor de la creencia mística, de la fe, y no de la ciencia"; pero, en el momento que se investiga su cultura científica, que tanto pregonan, se averigua que ignoran, radicalmente, los fundamentos de la ciencia moderna por antonomasia: la física. Así, el Caballero de los Espejos se atrevió a afirmarnos que las imágenes que devuelven estos instrumentos ópticos no ocupan lugar en el espacio, y ahora don Vicente Lombardo Toledano, agravando el error de su colega, declara que *el movimiento no implica el espacio,* y que afirmar que lo implica es "anticuado".

Empero, quien ha leído un miserable epítome de mecánica o de física, tiene de puro sabido olvidado ya que *el movimiento sólo puede definirse por el espacio;* porque éste (el espacio) le es esencial. Dice el gran físico francés E. Branly: "un cuerpo en movimiento se llama *móvil,* y el camino que recorre se llama *espacio".* Gastón Moch, exponiendo a Einstein, enseña: "el físico no conoce sino el movimiento relativo, es decir, el de un cuerpo con relación a otro". Y E. Goblot, el ilustre lógico francés, expone: "el movimiento es cambio en el espacio". *Luego si el móvil no recorre camino (espacio) no es móvil, no está en movimiento, y si no se admite el cambio en el espacio, el movimiento resulta imposible, un cuerpo, o está quieto o está en movimiento; si está quieto ocupa un lugar en el espacio, su sitio, y si se mueve, se desaloja en el espacio, ya ondule, vibre o se traslade; en otros términos la idea del espacio es esencial para la de movimiento, o sea, el movimiento es inconcebible sin el espacio, por tanto, lo que no ocupa lugar en el espacio, no puede moverse, no es movimiento, por ende, en suma, la sensación, que no es cuerpo, que no ocupa lugar en el espacio, no es movimiento. ¡Quod erat demostrandum! ...*

El *Camestres* que don Vicente Lombardo quiso impugnar, en un pujo de pensador docto en física, silogismo que, el propio señor Lombardo formuló, vuélvese contra él. ¿Cómo vamos a exigir de nuestro impugnador que refuerza nuestros dilemas contra el materialismo histórico, si los propios silogismos que acuña con su sello de lógico y físico eximio se vuelven contra él del *modo* más cómico del mundo?...

Y es que una cosa es hablar y otra pensar. Podemos declarar, en un rapto de entusiasmo marxista: "las imágenes de los espejos no ocupan lugar en el espacio". Y en otro rapto equivalente, aún más cómico: "don Antonio Caso tiene una idea 'anticuada' del movimiento, la idea mecánica: para él sólo se mueven las cosas que cambian de lugar". Estos dos asertos, lanzados desde la tribuna, hacen poner los ojos en blanco a centenares de "bípedos implumes", radicalmente desprovistos de cultura; pero cuando se adelantan, semejantes patrañas, para que las meditemos quienes algo hemos logrado entender de ciencia y de filosofía, nos hacen sonreír piadosamente. ¡Qué lo comprueben nuestros lectores! Nosotros, los espiritualistas, somos los que sabemos, y nuestros adversarios, los "materialistas criollos", que siempre cacarean la ciencia, son quienes ignoran los rudimentos de la mecánica y de la óptica.

La sensación es conciencia; porque, si sentimos, algo sentimos; y lo sentido en nuestra sensación nos comprueba que la sensación misma es en sí irreductible a las corrientes nerviosas y a las reacciones químicas; aun cuando ambas sean sus concomitantes físicos. Vemos lo amarillo; lo amarillo no es nuestra sensación; pero se da en ella; por tanto, la reacción química, la corriente nerviosa y el objeto mirado, se distinguen de la sensación de amarillez. Lo psíquico es siempre una síntesis nueva, irreductible a sus condiciones físicas. *¡La sensación no es materia, ni existe modo alguno de fundamentarlo, a pesar de Demócrito, Epicuro, Lucrecio, Marx, Engels, los profesores de psiquiatría de la Facultad de Medicina de Paris, y los dislates que sobre conocimientos ópticos y mecánicos elaboran, de consuno, don Francisco Zamora y el doctor en ciencias sociales don Vicente Lombardo Toledano!* ...

Hoy, como cuando principiamos nuestras alegaciones contra el materialismo histórico, hace ya tres meses, podemos repetir, victoriosamente, nuestro intangible dilema: O *el materialismo socialista abdica de su metafísica o abdica del dictado de científico.*

Como lo comprenderá fácilmente don Vicente Lombardo Toledano, tenemos en este instante la misma curiosidad que le manifestábamos en un artículo anterior, al rogarle, con encarecimiento,

que nos resolviese si la sensación es movimiento; porque "si no es movimiento, no puede ser materia"...

En otro artículo próximo, demostraremos a don Vicente Lombardo Toledano que el pensar y los pensamientos son cosas distintas y que, como ya lo hemos reiterado con antelación, la voluntad y la fuerza son tan inconmensurables, como la sensación y el movimiento. Nuestro contrincante, materialista acérrimo, sostiene en su última producción, que hay *movimientos inmateriales,* para así poder declarar que la sensación es movimiento. ¡Porque *movimientos inmateriales* serían los que se efectuaran fuera de todo espacio; mas sólo el "arrastre" verbal puede incitar a don Vicente Lombardo Toledano a sostener movimientos fuera de todo espacio, cosa que ya demostraría, a las claras, los límites del materialismo!...

Nuestro crítico, en su dialéctica, reniega del cristianismo, el espiritualismo y la universidad; porque dice que "ha rehecho su cultura". ¿En cuáles libros de matemáticas habrá remozado su concepción "no mecánica ni anticuada" del movimiento?... Nos befa, con sorna, llamándonos: "Antonio Caso, testigo de Jehová", y añade que él no lo es y que "más vale". Ya que de alusiones bíblicas se trata, obsequiamos a nuestro impugnador con los versículos de San Mateo, en que está escrito: "Todo pecado y toda blasfemia serán perdonados a los hombres: pero la blasfemia contra el espíritu no será perdonada". El señor doctor don Vicente Lombardo Toledano ha blasfemado contra el espíritu al escribir mal, al ignorar la física y al renegar del cristianismo, el espiritualismo y la universidad. En cambio, está "rehaciendo su cultura". Nosotros no seríamos capaces de imitarlo en éstos ni en otros particulares. Y acaso sea oportuno agregar, para dar término a nuestras reflexiones, la consabida expresión: "más vale".

P.S. Como es justo (ya que tan largo trecho nos ha ocupado, hoy con su ignorancia científica, el Caballero del Movimiento y el Espacio), pensar en el otro Caballero el celebérrimo de los Espejos, le dedicaremos alguna próxima producción, que constituirá el capítulo final del ensayo-novelístico-semipolémico: "De cómo El Caballero de los Espejos cayó malo, y su muerte".

El Universal
8 de marzo de 1935

UN IDEALISTA SIN IDEAS Y SIN IDEALES

Vicente Lombardo Toledano

Defiende mal su posición místico-filosófica don Antonio Caso, contra los argumentos certeros del materialismo dialéctico. Esperaba yo de su parte, por lo menos, un intento serio de destruir mis objeciones lógicas a los problemas verbales que el escritor me planteó en apoyo del espiritualismo; pero ha contestado como un energúmeno: esta palabra significa "persona poseída del demonio". Como yo no creo en el demonio, prefiero dar una acepción laica al vocablo: individuo furioso. Don Antonio Caso enfureció al leer mis objeciones y contesta en un artículo -"La dialéctica del renegado"-, peor que los precedentes. Debe haberlo cegado la ira, en realidad, porque este artículo está formado así: a) de doce injurias, b) de tres errores científicos, y c) de dos alteraciones burdas de mis pensamientos. Los ultrajes consisten en que don Antonio Caso dice, de mí, que poseo una suficiencia cómica (1); que soy ignorante (2); que empleo astracanes de *clown* (3); que desconozco la gramática (4); que niego el sentido común (5); que soy un físico eximio (6); que hablo en vez de pensar (7); que soy objeto de su risa piadosa (8); que soy un materialista criollo (9); que digo dislates (10); que soy un renegado (11), y que soy un blasfemo (12). Los errores científicos son: a) el afirmar que sólo las cosas que recorren camino están en movimiento; b) el afirmar que hay sensaciones que sin ser sensaciones, propiamente dicho, se dan en las sensaciones y poseen una entidad verdadera; c) el afirmar que el socialismo debe abdicar de su metafísica para ser científico. Las alteraciones burdas de mis pensamientos estriban, a) en que me atribuye el concepto de que el movimiento no implica el espacio, y b) en que supone que yo pienso que hay movimientos inmateriales. La balanza del reciente artículo de don Antonio Caso, como se ve, arroja estos datos: injurias, 70.5%; ignorancia, 17.6%; calumnias, 11.7%. Paso ahora a ocuparme de estas dos últimas; las ofensas las perdono para merecer el calificativo de cristiano.

Primer error. Cuando aseguraba yo que don Antonio Caso tiene una idea anticuada del movimiento estaba yo en lo justo. Él cree -véase su escrito titulado "La filosofía no es magia blanca ni negra"-,

que se puede demostrar que la sensación no es materia porque la sensación no es movimiento, mientras que toda materia es movimiento. Hay algo inmaterial en el mundo, concluye: la sensación. Yo probé que las sensaciones son movimientos y, además, expliqué que no sólo las cosas que se trasladan de un lugar a otro, a la vista del observador, se mueven, sino que todo lo que existe en el universo cambia, se transforma, es y deja de ser en el mismo momento y en el mismo sitio, se mueve, en suma. No pudiendo destruir estas razones científicas, don Antonio Caso toma algunas de mis palabras, las modifica a su antojo e insiste con énfasis en su error, pretendiendo hacerlo válido con una actitud presuntuosa.

Don Antonio Caso sustenta ahora no sólo una idea anticuada del movimiento, la vieja y pura idea mecánica, sino también una idea grosera: "el móvil que no recorre camino (espacio), dice, no es móvil, no está en movimiento". Éste puede ser el criterio de un agente de mudanzas o de un inspector de carreteras, pero no el de un filósofo del siglo XX, porque además del movimiento de traslación -el acto de mudar una cosa de un lugar a otro-, hay el movimiento inherente al mundo y a la vida, a todo el universo, a toda materia, el movimiento que se traduce en cambios de calidad y de cantidad de todo lo que existe, el movimiento dialéctico.

Aceptar, como lo hace don Antonio Caso, que sólo se mueven las cosas que recorren el espacio, equivale a decir que mientras las cosas no caminan están en sosiego, en quietud, que carecen de movimiento. De donde se infiere que para el impugnador del socialismo existen dos estados de la materia: el movimiento y el reposo. Pero esta opinión es falsa; nadie puede afirmar seriamente en nuestra época, con razones científicas, que haya algo inmutable o rígido en el universo; sólo el punto de vista dinámico tiene validez, el otro no es sino un artificio de que se vale la razón para referirse, por economía de esfuerzo, a la constante sucesión de formas que constituyen el mundo y la vida.

El error proviene principalmente del concepto equivocado que tiene don Antonio Caso de la materia, del espacio y del tiempo. Para la filosofía idealista el tiempo es algo subjetivo, el espacio es independiente del tiempo, y la materia algo ajeno también al espacio. De esta doctrina resulta la materia como la cosa inerte, el espacio como el receptáculo de la materia, y el movimiento como una parte del pensamiento humano; dicho en otras palabras: para la mecánica antigua, la de Newton, el espacio no es una cualidad de la materia, existe por sí mismo y, como consecuencia, el tiempo es absoluto también.

Einstein ha demostrado, en contra de esta opinión tradicional, que "de acuerdo con la teoría general de la relatividad, las propiedades geométricas del espacio no son independientes, sino que están *determinadas* por la materia... Sabemos ya que el procedimiento de medición de varillas y relojes está influido por campos de gravitación, *por la distribución de la materia*". (*The theory of relativity,* London, Methuen, 1920, p. 113).

Refiriéndose a la mecánica newtoniana expresa la característica de la física moderna, en los siguientes términos:

"Hablamos de lugares del espacio y de instantes de tiempo como si fueran realidades absolutas. No se ha observado que el verdadero elemento de las especificaciones del espacio-tiempo era el evento, especificado por los cuatro números: XI, X2, X3, t... No existe el lugar en el espacio ni el instante en el tiempo a los que podamos atribuir realidad física, sino sólo en el evento mismo". (*The meaning of relativity,* London, Methuen, 1922, p. 33).

La opinión de Einstein, como lo hace ver el profesor Worrall, sustenta el punto de vista del materialismo dialéctico: "el espacio y el tiempo existen sólo en los eventos, en los acontecimientos físicos, es decir, en la materia. Un evento físico consiste en cambios particulares en el universo material; la materia experimenta transformaciones. Cada evento posee ciertas relaciones espacio-temporales que son de importancia básica en una investigación científica del evento". (R. L. Worrall: *The outlook of science. Modern materialism,* John Bale Sons, London, 1933, p. 162).

"El materialismo dialéctico, en suma, comenta el profesor Hessen, considera el espacio como una forma de existencia de la materia. Espacio y tiempo son las condiciones básicas de la existencia de todo ser y, por tanto, el espacio es inseparable de la materia. *Toda materia existe en el espacio; pero el espacio sólo existe en la materia.* El espacio vacío, divorciado de la materia, es sólo una abstracción lógica o matemática, el fruto de las actividades de nuestro pensamiento, al que ninguna cosa real corresponde. De acuerdo con la tesis de Newton, el espacio puede divorciarse de la materia, y el espacio absoluto conserva sus propiedades absolutas porque existe independientemente de la materia. Los cuerpos materiales se encuentran en el espacio como en una especie de recipiente. El espacio de Newton no es una forma de la existencia de la materia, sino sólo un receptáculo independiente de esos cuerpos, con existencia aparte". (B. Hessen: *Science at the crossroads,* Cit. Worrall, *Ibidem,* 161).

El mundo en que vivimos, concluye Einstein (*op. cit.,* 55) es un espacio-tiempo tetradimensional continuo. O como los materialistas

decimos: el hombre existe en un universo físico del cual el espacio y el tiempo son las formas fundamentales de su ser. (Worrall, *Ibidem*, 167). Todo es materia, en suma, y toda materia se mueve; todo está en movimiento, en transformación continua, en eterno cambio.

¿Puede concebirse el movimiento sólo como el recorrido de un móvil en el espacio, como don Antonio *Caso* asegura? Su error científico queda al descubierto, y las calumnias de que yo creo en que el movimiento no implica el espacio y de que yo afirmo que existen movimientos inmateriales, quedan deshechas.

Segundo error. Don Antonio Caso dice que, además de las sensaciones, hay algo *que se da en ellas*, y que sin ser sensación propiamente dicho es, sin embargo una sensación, desde el momento en que lo percibimos. Lo amarillo no es nuestra sensación, agrega; pero tenemos la sensación de amarillez. Así opinaba Berkeley, obispo de Cloyne, en el siglo XVIII, a quien se considera, con razón, como una de las columnas de la filosofía idealista: "al lado de todas las variedades de ideas u objetos del conocimiento, existe al mismo tiempo algo que las percibe y las conoce y que ejercita diversas operaciones acerca de ellas, como querer, imaginar, recordar. Esta entidad activa que percibe es a lo que yo llamo pensamiento, espíritu, alma o mi yo". (George Berkeley, *Treatise concerning the principles of human knowledge*. Edit. Fraser, Oxford, 1871, vol. I, pp. 155-159).

Pero para la psicología moderna los principios del conocimiento humano de Berkeley y de todos los partidarios del alma están muertos. Ya demostré en mi artículo titulado: "Mi espíritu se llena de gozo", que las sensaciones son corrientes nerviosas y que sólo las sensaciones que se forman con la aportación de los datos del mundo exterior tienen entidad real. Nuestros pensamientos, dice Worrall (op. cit. 5), nos dan cuadros, imágenes o copias de la realidad externa, del mundo físico. Estas imágenes mentales se aproximan, pues, a la realidad; pero no son siempre representaciones *exactas* de la verdad, pues a veces cometemos errores de observación y padecemos ilusiones. La prueba de que nuestras sensaciones son válidas es ponerlas en práctica, cotejarlas con lo exterior; así sabemos si nuestro conocimiento se aproxima a una representación de la verdad.

Decir, por tanto, que hay sensaciones con existencia verdadera, sin que correspondan a ninguna realidad del mundo físico, es una simple frase. ¿A qué corresponde la sensación de amarillez de don Antonio Caso? A nada: existen cuerpos amarillos, todos diversos entre sí, como existen los cuerpos blandos y los duros; pero lo amarillo, lo blando y lo duro no existen en la naturaleza, son simples abstracciones

de la mente, entidades irreales. ¿Puede hablarse, pues, de la sensación de una abstracción? Es absurdo. Sólo sentimos lo que existe. Del mismo modo que no podemos tener la sensación de amarillez, no podemos tener la sensación de una sirena: las ninfas marinas con busto de mujer y cuerpo de ave, creadas por la imaginación de los griegos, no pueden ser *sentidas,* sino imaginadas. Toda sensación, por tanto, es material, un hecho del mundo físico, aunque don Antonio Caso se disguste y en su enojo dirija dicterios a Demócrito, a Epicuro, a Lucrecio, a Marx, a Engels, y a todos los sabios contemporáneos -de Ramón y Cajal a Pavlov-, que no comparten su teoría de que el alma puede tener sensaciones de lo irreal.

Tercer error. Don Antonio Caso aconseja al socialismo que abandone su metafísica si quiere ser científico. Sólo haré breve aclaración a este respecto: la metafísica es una disciplina que repudia el socialismo; no puede el socialismo, en consecuencia, sustentar una metafísica. El socialismo no cree en causas o factores fuera del mundo físico, del mundo material, no cree en el universo del alma y de Dios y en el universo de la naturaleza; cree en la naturaleza como la suma total de todos los cuerpos -de las estrellas a los átomos, a los electrones, al éter-, que se hallan en un estado constante de interacción y de movimiento, cambiando sin cesar sus formas y cualidades y pasando de la una a la otra. (Véase: V. Adoratsky, *Dialectical materialism,* International Publishers, New York, 1934, p. 70). El socialismo no cree en la división de materia orgánica y de materia inorgánica, como cree la metafísica. Y en apoyo del socialismo concurren todos los descubrimientos científicos de nuestra época.

¿Qué valor puede tener esta doctrina idealista que se reduce a la idea de que el hombre es un hijo predilecto de Dios y cuyo ideal es el mantenimiento de la dependencia del hombre respecto de Dios? Valor científico ninguno; ya lo hemos visto; valor social sí tiene, pero negativo, contrario a los intereses de los hombres. Si la religión no fuera una institución social con una casta sacerdotal, una liturgia y una ética, una institución política, en suma, los dogmas religiosos irían desapareciendo en cada individuo ante el conocimiento de la verdad transmitido por la escuela. Pero las iglesias se sirven de los dogmas para prevalecer y para disputar el poder a quienes lo tienen, o para compartirlo con ellos. Por eso combaten a las doctrinas que destruyen las bases de su tesis filosófica; por eso tergiversan el valor científico y el sentido verdadero del materialismo. El escritor inglés Walter Mann dice con gran precisión:

"Hay dos definiciones de materialismo. La primera significando la doctrina que declara que los llamados fenómenos espirituales, como la vida, la conciencia y el pensamiento son el resultado de la organización de la materia. La segunda significando la tendencia a dar indebida importancia a los intereses materiales, a descuidar la cultura por buscar la riqueza o la sensualidad. Los creyentes se deleitan usando la palabra indistintamente, para confundir los dos sentidos".

Espero que cuando don Antonio Caso se serene, pueda contestar a la excepción dilatoria que he formulado contra el espiritualismo y que hasta hoy ha eludido mi impugnador cuidadosamente. La excepción consiste, como se recordará, en que los enemigos del socialismo deben probar -con pruebas científicas y no metafísicas- que existe la dualidad entre la materia y el espíritu, para poder después atacar la tesis del materialismo dialéctico.

El que espera desespera, dice el refrán. Pero yo soy una excepción al proverbio.

El Universal,
13 de marzo de 1935

LA SEUDO CONCEPCIÓN LOMBARDO-TOLEDANA DEL MOVIMIENTO

Antonio Caso

Las sensaciones son movimientos.
Don Antonio Caso tiene una idea anticuada
del movimiento, la idea mecánica; para él,
sólo se mueven las cosas que cambian de lugar

V. LOMBARDO TOLEDANO

Quien niega que la noción de espacio interviene en la de movimiento está juzgado. Mejor dicho, se juzgó ya a sí propio. Nosotros sostenemos que la noción de movimiento es ininteligible sin recurrir a la de cambio de lugar. El movimiento es, precisamente, síntesis de espacio y tiempo. Sin el tiempo, el movimiento es ininteligible, como sin el espacio. El señor Lombardo Toledano ha afirmado, con énfasis, que *"sostener que las cosas que se mueven cambian de lugar"* es idea anticuada de movimiento.

Ahora bien, ciertas ideas se implican entre sí, en tal forma, que nada ni nadie podría nunca disociarlas; como es el caso, tratándose de las de movimiento, espacio y tiempo. Las dos últimas intervienen *constituyendo* la noción de movimiento, o sea: es de la esencia del movimiento el tiempo. Suprímase la noción de espacio, y la de movimiento se suprime con ella. Elimínese la noción de tiempo y, concomitantemente, con ella, se anonada la de movimiento. Por tanto, no puede haber movimiento sin espacio: "sólo se mueven las cosas que cambian de lugar". Esta idea, motejada de "mecánica y anticuada", es la única, no ya buena, sino adecuada a su objeto, con *adecuación necesaria*.

Jamás se discutieron estas verdades, que nosotros sepamos. Nadie podrá nunca discutirlas; porque un análisis de la idea de movimiento halla, a su paso, tanto el tiempo como el espacio. El movimiento es mecánico, fisico, o no es movimiento. Hablar de movimientos que se producen fuera del espacio y el tiempo es producir sonidos con la boca, pero no precisamente hablar. Porque el lenguaje

se da, tan sólo, como órgano del pensamiento. De esta suerte es valioso e inteligible. Escribir que se pueden mover las cosas sin cambiar de lugar es (por la eliminación del espacio coesencial), trazar rasgos y rasgos con la pluma que sobre el papel se desliza; pero no propiamente escribir. El señor don Vicente Lombardo Toledano es quien comete tamaños absurdos. Él parla, pero el pensamiento no le acompaña; o, por mejor decir, él cree hablar; pero como el lenguaje, escrito o hablado, sólo lo es por revestir un significado, lo que rectamente practica su señoría es un acto de *psitacismo.* (Como los loros, que parlotean sin tino ni término, que son ineptos para acompañar con un contenido de ideas el rumor que suscitan con el pico).

Si pensó el señor Lombardo Toledano que, sosteniendo su curiosa tesis del *movimiento no-espacial,* podría fundamentar la tesis de la *sensación-movimiento,* también notoriamente se equivoca; porque de nada serviría sostener *movimientos no-espaciales* para asimilarlos a la sensación, ya que se haría, entonces, de la sensación misma algo contradictorio en sí; porque si el género movimiento no-espacial es contradictorio, la especie será contradictoria con la contradicción del género. Un movimiento no-espacial es un no-movimiento. O sea *un movimiento no-movimiento.* ¡Una pura nada! No se adelanta, pues, con tornar contradictoria la noción de movimiento, para, después, volver igualmente contradictoria la noción de sensación. En suma; en esta vez el señor Lombardo Toledano no ha filosofado como materialista. Simplemente ha parlado.

Cuando tratamos de propiedades tales como colores, sonidos, olores, sabores, calor, frío, etcétera, sabemos que provienen de la composición especial y del movimiento de los cuerpos exteriores, así como de la acción propia de nuestros sentidos. Los colores se deben, por ejemplo, a las vibraciones de las ondas del éter, que penetran hasta la retina y provocan una acción correspondiente sobre las sustancias visuales de que está la retina cubierta. De la longitud de estas ondas y de su número, de la amplitud de sus vibraciones, dependen los diversos colores, con todos sus matices; pero *la sensación misma, el hecho o la vivencia de la conciencia, no es onda ni vibración, sino algo diverso. No es un movimiento, sino fenómeno espiritual irreductible a sus concomitantes físicos.* Tan incompleta sería la tesis que quisiera hacer de la sensación un puro fenómeno del yo, sin causa externa, trascendente, como la que se empeñara en hacer de la sensación visual algo reductible, plenamente, a los movimientos del éter y la sola acción de las sustancias visuales de la retina.

Lo mismo con la sensación auditiva. Los sonidos y los tonos provocan las vibraciones de las ondas aéreas que, por intermedio de un líquido, penetran hasta el interior del oído y hacen ahí vibrar pequeñísimos filamentos fijos sobre la mucosa. Pero la sensación auditiva no se reduce a éstos, sus concomitantes físicos, *ella es otra cosa, fenómeno de conciencia y no hecho físico de vibración*. Sentidos y vibraciones provocan sensaciones; pero las sensaciones son irreductibles a sus concomitantes físicos y fisiológicos.

Lo mismo por lo que mira a la composición de la materia. La teoría de Leucipo y Demócrito, remozada por Dalton, sostuvo que la materia se integra con un número incalculable de átomos, repartidos en algunas decenas de grupos atómicos, conforme a los diversos elementos químicos. Cada átomo se creía inmutable, y poseía una masa estrictamente determinada, correspondiente al peso atómico de un grupo de elementos dado.

Esta teoría atómica de la materia ha sido sustituida con la teoría electrónica. Los descubrimientos de Thomson, Rutherford, Bohr, De Broglie, Perrin, etcétera, demuestran que no es el átomo la porción mínima en materia, la cual ahora se nos ofrece como síntesis de fuerzas electrónicas y campos electromagnéticos, en los que la acción de tales fuerzas se hace sentir. El electrón es l800 veces más pequeño que el átomo de hidrógeno, y éste es el de peso más pequeño de todos los elementos conocidos. El electrón, positivo o negativo, sustituye al átomo.

Pero estos electrones se han podido fotografiar, ocupan un lugar en el espacio, se mueven de un punto a otro, etcétera. Son, pues, diversos de la sensación que provocan, porque la sensación de la materia no se puede fotografiar ni ocupa un lugar en el espacio. Por tanto, todo materialismo, el de Leucipo y Demócrito, como el que quisiera fundamentarse sobre los trabajos de los sabios contemporáneos, es falso.

Imagina creer el señor Lombardo que la teoría de Einstein ha venido a derribar la forma y la estructura de la ciencia humana, y cree que las nuevas concepciones de la composición de la materia pueden fundamentar, en bases científicas, el materialismo. No es así. Lejos de que Einstein haya negado la ciencia anterior, lejos de que la teoría electrónica de la materia haya desbaratado la continuidad del esfuerzo científico, es sólo su natural prolongación y su florecimiento. Einstein rectifica a Newton, como Newton continúa a Galileo, y Galileo a Copérnico. *Y, a la luz de los últimos descubrimientos de la física, en vez de que la materia se vuelva el soporte del universo, se convierte en*

elemento energético, en fuerza. Invocar las teorías de la física contemporánea para fundamentar el materialismo es absurdo. Todos los grandes físicos de hoy están más cerca de un dinamismo universal que de un materialismo absoluto. Y, es, porque la materia, en los laboratorios, pierde su carácter rígido de unidad indestructible, y transfórmase en centros activos de fuerza, en acción electromagnética, en sustancia dotada, en sí misma, de actividad. Por esta razón el materialismo retrocede en todas partes, y ningún gran físico contemporáneo profesa las ideas ontológicas que gustoso les prestaría nuestro impugnador atrabiliario.

El doctor Lombardo Toledano, urgido a responder cómo puede el movimiento prescindir del espacio, nos habla en su último artículo del *"movimiento... dialéctico"*. ¡Ah!, entonces nuestro contrincante se ha pasado ya, con armas y bagaje, al campo idealista. Porque lo que figuradamente se llama el movimiento dialéctico, es la oposición y la síntesis de las ideas, como en Hegel. No valía la pena tanta falta de lógica, tanto desatino zurcido y organizado, para terminar en este *parto de los montes*. El movimiento dialéctico es apoteosis de la lógica hegeliana, la cual se basa, como todo el mundo lo sabe, en el idealismo absoluto. Pero el señor Lombardo Toledano no trató en su artículo anterior del *movimiento dialéctico,* sino de que las sensaciones son "movimientos que no ocupan lugar en el espacio", lo cual es referirse, con claridad, al movimiento *físico* y no al *dialéctico*. *El ánimo del sofista, jamás confiesa que ha incurrido en contradicción, y prefiere, cuando se ve combatido con éxito, renegar de sus propias afirmaciones*. Mas, ¿qué otra cosa podríamos esperar *a priori*, de la dialéctica de un renegado?

Si, pues, las sensaciones no son movimientos que se produzcan en el espacio, tienen que proceder de una causa no-espacial. De aquí la hipótesis espiritualista de un elemento irreductible a la materia, como causa eficiente de tales fenómenos. Si contemplamos el Popocatépetl es gracias a las sensaciones que en nuestra conciencia origina la montaña. La montaña tiene más de cinco mil metros de altura, pero no por esto vamos a declarar que poseemos sensaciones de más de cinco mil metros. Si nos duele una mano, pensamos poseer una sensación de dolor de muchos centenares de milímetros cúbicos de extensión. La mano podrá así caracterizarse; pero la sensación de dolor de la mano no se extiende en el espacio. Ella es, pues, como el *"movimiento dialéctico"*, según don Vicente Lombardo Toledano, algo que carece de extensión, y si no tiene extensión no puede ser materia. Por tanto, hay cosas, como los *"movimientos dialécticos"* y las

sensaciones, que no se explican, lógicamente, a pesar de todos los sofismas del mundo, por medio del *materialismo* histórico o no histórico.

¿No juzga el Caballero del Movimiento sin Espacio que hemos enumerado razones suficientes y convincentes para probar que hay hechos en la existencia que no pueden explicarse sin la intervención de causas irreductibles a lo puramente sensible; esto es, a causas suprasensibles, que constituyen, puntualmente el mundo del espíritu?

En conclusión: el último artículo que prohijó la dialéctica marxista de nuestro crítico contiene (como él mismo diría), un noventa por ciento de sofisma y un diez por ciento de citaciones inoportunas, que causarán gran efecto en quienes no saben que las ideas sólo pueden valer integradas en razonamientos pertinentes; pero que, a hombres de severas disciplinas mentales, sólo nos convencen de la penuria intelectual del adversario.

Seguimos sosteniendo, como la primera vez que tomamos la pluma para afirmar que el materialismo no puede ser científico, la imposibilidad de reducción de las diversas esferas de lo real al sector de la materia; el señor Lombardo Toledano, lejos de confesar la ineficacia de su argumentación, continúa en su contumacia irreductible contra los hechos sobre los cuales se sustenta el espiritualismo metafísico; teoría que, lejos de rebatir, realza y confirma con la deficiencia de sus propias razones insustanciales. Él habla, escribe, pero no demuestra. Si una prueba se ofrece en su contra, no la rebate, sino que la esquiva o piensa invalidar con auténticos sofismas verbales. Ya lo dijimos en un artículo anterior: *el político ha de ser invicto,* como lo fueron Bismarck, Cavour, Lenin y hoy Mussolini. ¡Lástima grande que la heroica exigencia de este apotegma no pueda aplicarse a los directores intelectuales del marxismo en México!

Hace muchos años publicamos un artículo rotulado: "Idealistas sin ideal", y en él nos referíamos a esas grandes almas "capaces de desdeñar lo real por imperfecto y de amar lo ideal por lejano y mejor, pero ineptas para optar por un fin último que las convenza y persuada. Ellas amarían porque tienen amor que brindar, pero no tienen amante. Su corazón desborda como el de los santos, pero nadie beberá su sangre encendida, su voluntad es heroica, pero no tienen patria... *idealistas sin ideal*".

El señor Lombardo Toledano, cuyo *estilo* es inimitable, según lo confirmamos en algún artículo próximo pasado; inimitable porque abundan en solecismos y falacias, dijo, también, en ocasión reciente, que éramos imitadores de su gramática. Acaso para rotular su

producción: *"Idealista sin ideas y sin ideales"*, haya recordado, nuestro censor, el nombre de nuestra vieja página olvidada. Esto sí sería imitar nuestro estilo. En cambio, el señor Lombardo, al renegar de sus concepciones anteriores y hacer el apoteosis de su *"seudoconcepción del movimiento"* es, únicamente, un materialista sin ideas y sin *ideal.*

El Universal,
15 de marzo de 1935

SUICIDIO

Vicente Lombardo Toledano

Ahora no sólo se llena de gozo mi espíritu, sino que la risa me retoza por el cuerpo. Don Antonio Caso se ha echado una soga al cuello con sus propios argumentos y ha perecido ahorcado como filósofo espiritualista. Antes de demostrarlo quiero hacer una valoración de su último artículo, según el método estadístico que he empleado en esta polémica, pues el sistema tiene la virtud de reducir a sus exactas proporciones las palabras y las ideas, aun las más exuberantes y desordenadas como las del apasionado impugnador del socialismo.

El artículo titulado: "La seudo concepción Lombardo-Toledana del movimiento" contiene: a) ocho errores científicos; b) siete insultos; c) cinco calumnias, y d) una confesión fatal para el espiritualismo. O sea: 38.5% de errores; 32.8% de injurias; 23.8% de calumnias, y 4.7% de declaraciones desdichadas. Comparando este contenido con el del escrito anterior, se advierte un aumento de un 21% en los errores científicos, una disminución de 38% en las injurias y un acrecentamiento de 12% en las calumnias. Considerando quizá don Antonio Caso que es mejor oponer argumentos a las razones, en vez de injuriar al contrincante, ha disminuido el número de sus ofensas; pero como no ha podido atacar con eficacia mis ideas, ha aumentado sus calumnias, es decir, ha tenido que falsear mis afirmaciones para poderlas combatir; así el enemigo resulta menos peligroso.

Como he decidido no referirme a los ultrajes, sólo he de ocuparme de las calumnias y de los errores científicos. Las calumnias consisten en afirmar que yo he dicho: a) que la noción de espacio no interviene en la de movimiento; b) que "las cosas que se mueven cambian de lugar", como un principio científico importante; c) que este principio es anticuado; d) que existe el movimiento-no espacio y la sensación-no movimiento; e) que el movimiento dialéctico carece de extensión. Yo comprendo bien la causa de los agravios de don Antonio Caso: por la primera vez se le ha exhibido ante la opinión pública como abanderado de la clase conservadora y como pensador sin cultura científica, y contesta, herido en su vanidad, con ira incontenible; pero lo que no me explico es su falta de probidad al

discutir. ¿No se da cuenta don Antonio Caso que las personas que han seguido la controversia tienen a la mano los escritos de los expositores, y pueden comprobar en cualquier momento la existencia de las ideas que recíprocamente se atribuyen? Si se revisan los cinco artículos que he redactado sobre el problema que nos ocupa, el lector podrá confirmar que las opiniones que don Antonio Caso me achaca son verdaderas calumnias, porque jamás me embriago ni padezco desequilibrio mental que pudiera inducirme a decir las necedades que el mismo don Antonio Caso pone en mi pensamiento.

Lo que ocurre es que habiendo olvidado mi adversario ideológico que, además del movimiento de traslación de la materia, existe el movimiento congénito a toda materia, el dialéctico, y habiéndoselo yo recordado, con lo cual el espiritualismo pierde su base de sustentación, recurrió al expediente de arrojar tinta sobre mí, en forma de adulteraciones de mis conceptos para evitar que yo lo aniquilara, exactamente como hacen ciertas especies marinas. Pero de nada le ha valido: las imputaciones falsas se aclaran más pronto que el agua y todo queda, otra vez, como antes del incidente, sin desvíos posibles para el que tiene razón. Para destruir las falsas acusaciones marcadas con las letras a), b), c) y d), basta leer mi artículo "Un idealista sin ideas y sin ideales". Respecto de mi supuesta afirmación de que el movimiento dialéctico carece de extensión, para llegar a construir esta calumnia don Antonio Caso ha empleado una nueva falacia: todo movimiento ocurre en el espacio; el movimiento dialéctico -de las ideas (Hegel)-, no ocurre en el espacio, luego el movimiento dialéctico carece de espacio, de extensión. El silogismo es falso porque la dialéctica no es sólo la dialéctica hegeliana; don Antonio Caso trata de destruir al marxismo ignorándolo. Con las aportaciones de las ciencias naturales Hegel formuló la ley según la cual acontece no sólo el pensamiento sino también el devenir universal. En el sistema de Hegel, por vez primera se concibe todo el mundo de la naturaleza, de la historia y del espíritu como un proceso, como un mundo sujeto a constante cambio, a mudanzas, transformaciones y desarrollo constante, intentando, además, poner de relieve la íntima conexión que preside este proceso de desarrollo y de cambio. Pero Hegel era idealista, es decir, que las ideas de su cabeza no eran, para él, imágenes más o menos abstractas de las cosas y de los fenómenos de la realidad, sino que estas cosas y su desarrollo se le antojaban, por el contrario, proyecciones realizadas de una "idea" existente no se sabe dónde antes del mundo. (Véase el *Anti-Dühring,* Cenit, pp. 10 y 11). Marx corrigió la concepción hegeliana:

"Mi método dialéctico, dice, no sólo difiere fundamentalmente del de Hegel, sino que es directamente opuesto. Para Hegel, el proceso mental, del que llega hasta hacer un sujeto independiente bajo el nombre de ideas, es el demiurgo de la realidad, la cual sólo es su manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es más que lo material, transpuesto e interpretado en la cabeza del hombre". (*El Capital,* Trad. de Juan B. Justo, Buenos Aires, 1918, p. 14).

Es decir, el movimiento dialéctico para Hegel es el movimiento de las ideas proyectado sobre el mundo exterior; para Marx es el movimiento del universo proyectado sobre el pensamiento humano. El movimiento dialéctico puede concebirse sin el espacio, sin la extensión, si se es idealista ortodoxo; pero si se es marxista sólo puede concebirse dentro del espacio y del tiempo, cualidades inherentes a la materia, al mundo físico. Debe don Antonio Caso ser más cauto, pues, en lo sucesivo, al hablar de las doctrinas filosóficas, pues cuando se refutan las ideas contrarias a las que se sustentan, no se puede recurrir a la grosera maniobra de suponer que el enemigo profesa la opinión que precisamente está combatiendo.

Los errores científicos de mi opositor son éstos: "Las propiedades de la sensación, dice, provienen del exterior; pero la sensación misma, el hecho o la vivencia de la conciencia, es algo diverso. No es movimiento, sino fenómeno espiritual, irreductible a sus concomitantes físicos... La sensación auditiva es fenómeno de conciencia y no hecho físico de vibración... Los electrones en que se descompone la materia son diversos de la sensación que provoca, porque esta sensación no se puede fotografiar ni ocupa un lugar en el espacio... Si las sensaciones no son movimientos que se produzcan en el espacio, tienen que provenir de una causa no-espacial. De aquí la hipótesis espiritualista de un elemento irreductible a la materia, como causa eficiente de tales fenómenos... La sensación de dolor no se extiende en el espacio... Existen, pues, causas suprasensibles que constituyen el mundo del espíritu".

Don Antonio Caso se equivoca, una vez más, porque las propiedades de la sensación están regidas por dos factores capitales: la naturaleza del excitante y la textura de los aparatos receptores, centrales y periféricos. Desde la época del gran fisiólogo alemán Johannes Müller, se instituyó el principio de las energías específicas de los órganos de los sentidos; así, por ejemplo, se ha señalado el hecho de que la electricidad, actuando sobre el nervio acústico, provoca una sensación auditiva; sobre la retina, una sensación luminosa, y sobre la lengua, una sensación gustativa; sin embargo, el excitante siempre funciona

en relación con el citado factor estructural. La llamada transferencia de las sensaciones sólo es un caso de "reflejos condicionados", a los que me referí en mi artículo: "Mi espíritu se llena de gozo".

Las variaciones del medio, externo o interno, originan una descarga celular, un "influjo nervioso", que se trasmite por medio de los nervios hasta el cerebro; este influjo es un fenómeno electroquímico que se realiza mediante un juego de fuerzas que en nada difieren de las que se encuentran en el medio físico. Dice el ilustre A. Fessard, director del Laboratorio de Fisiología de las Sensaciones, en la Escuela de Altos Estudios de París, que la energía gastada en esta operación no tiene nada de misteriosa: es de origen químico, como la de un combustible o un explosivo y se actualiza en forma eléctrica y calorífica. Una fibra nerviosa en reposo es comparable a una pila eléctrica; se ha medido su tensión o potencial de reposo y se sabe que equivale a medio décimo de voltio. La reacción que constituye el "influjo" tiene la notable propiedad de hacer más permeable y conductora la superficie del nervio, de tal manera que en la restringida zona en donde nace, se origina una especie de corto circuito que induce el mismo fenómeno en la región vecina, propagándose, así, poco a poco, a lo largo del nervio.

El profesor Adrian y sus discípulos han demostrado, con procedimientos de extrema precisión, que las impresiones sensoriales y las dolorosas, así como las órdenes que provienen de los centros nerviosos, son transmitidas en forma de ondas idénticas, a razón de diez, en algunos centésimos de segundo.

La idea de que las sensaciones provienen de un fluido vital, de un *élan,* de un alma sustancial metafísica o de los "espíritus animales sutiles", es propia de Descartes, y estuvo de acuerdo con las ideas que imperaban en el siglo XVIII; actualmente es ingenuo pretender resucitar tales conceptos "espiritualistas", aun recurriendo al truco de cambiar los nombres.

No es preciso "fotografiar las sensaciones" para demostrar su naturaleza material; toda célula nerviosa que trabaja específicamente conserva plasmada, en lo más característico de los seres vivos, en su estructura citológica y citoquímica, sus características funcionales. Los estudios de Cajal y su escuela, los de Óscar y Cecilia Vogt, los de Constantino Freiherr von Economo, de Viena, y de G. N. Koskinas, de Atenas; los de Max de Crinis, de la Universidad de Graz, con sus documentadísimos trabajos acerca de las variaciones íntimas, halladas con técnicas modernas intachables, en las células ganglionares de la

corteza cerebral del niño, demuestran la ineludible correlación morfológica y funcional de los centros nerviosos.

Tashiro, Parker, Fenn y otros han demostrado, asimismo, que la actividad funcional de las células nerviosas, y de las fibras, en consecuencia, derivan del metabolismo, y que durante la transmisión del impulso nervioso hay consumo de oxígeno y eliminación de bióxido de carbono, que el sabio japonés midió con exactitud. Gerard, por su parte, ha logrado precisar y medir el desprendimiento de calor.

El estudio de las sensaciones corresponde por completo a la biología, y ya ninguna persona ilustrada toma en serio la "prueba" metafísica de estos fenómenos, como nadie puede tampoco admitir la "prueba" de la conciencia tratándose de los hechos interplanetarios. (Consúltense: A. Fessard, *Bulletin de L'Asociation Française pour l'Avancement des Sciences,* núm. 124, Nouvelle serie, dic. 1934; Santiago Ramón y Cajal, *Histologie du Système Nerveux,* París, Maloine, *1909;* C. F. von Economo y G. N. Koskinas, *La citoarquitectónica del cerebro del hombre adulto,* Edic. alemana, de Julius Springer, Berlín, 1925. Sobre los trabajos de Tashiro, Parker y Fenn, véase Judson Herrick, profesor de neurología de la Universidad de Chicago: *An introduction to neurologie,* W. B. Saunders Co. Filadelfia, 1931).

Y llegamos a lo más importante: el suicidio del pensador espiritualista. Don Antonio Caso dice textualmente en su artículo que comento:

"Ciertas ideas se implican entre sí, en tal forma, que nada ni nadie podría nunca disociarlas; como en el caso, tratándose de las de movimiento, espacio y tiempo. Las dos últimas intervienen *constituyendo* la noción de movimiento. O sea: es de la esencia del movimiento el tiempo. Suprímase la noción de espacio, y la de movimiento se suprime con ella. Elimínese la noción de tiempo y, concomitantemente, con ella, se anonada la de movimiento".

De este razonamiento se deducen, con lógica impecable, las proposiciones siguientes:

1. El movimiento no puede existir sin el espacio.
2. El movimiento no puede existir sin el tiempo.
3. El espacio no puede existir sin el movimiento.
4. El tiempo no puede existir sin el movimiento.
5. El espacio no puede existir sin el tiempo.
6. El tiempo no puede existir sin el espacio.

Para probar que las cuatro proposiciones últimas se infieren de las dos primeras, basta convertirlas del modo natural, *simpliciter.* Empleando la letra M, para facilitar la operación, como signo de la

palabra "movimiento"; la E para indicar "espacio" y la T para significar "tiempo", las proposiciones quedan en este orden:

Toda M es E (expuesta por don Antonio Caso).

Toda M es T (*idem*).

Toda E es M (de otro modo habría que admitir la existencia del espacio absoluto, vacío, lo cual está en contra de la tesis de Einstein que nadie niega y que ya expliqué en mi artículo anterior).

Toda T es M (de otro modo habría que aceptar la existencia del tiempo inmóvil, cosa contraria también no sólo a la doctrina de Einstein, sino a las clásicas teorías de Newton y de Kant).

Toda E es T (de otro modo habría que admitir la existencia del espacio sin movimiento, vacío, toda vez que el tiempo es movimiento, y ya se dijo antes que el espacio vacío es una pura ficción).

Toda T es E (de otro modo habría que aceptar que existe el tiempo sin movimiento, puesto que no puede haber espacio sin movimiento, espacio vacío).

Recuérdese ahora que don Antonio Caso ha afirmado constantemente que "toda materia es movimiento" y que "toda materia ocupa un lugar en el espacio". (Véase, verbigracia, su artículo: "La filosofía no es magia blanca ni negra", 22 de febrero). Por lo cual se llega a las siguientes conclusiones: A. La materia existe en el espacio y en el tiempo. B. El tiempo y el espacio existen en la materia.

Estas conclusiones, rigurosamente científicas, son justamente la base del materialismo dialéctico, como lo expuse en mi artículo anterior: nada hay fuera de la materia, nada existe fuera del tiempo y del espacio, cualidades intrínsecas de la materia, del mundo y de la vida, del universo entero. Pero tales conceptos no puede suscribirlos el espiritualismo sin negarse a sí propio: don Antonio Caso, y con él todos los idealistas, afirman que además de la realidad material existe la realidad ideal, y que ésta se prueba por la existencia del pensamiento "que no ocupa un lugar en el espacio" (artículo: "La filosofía no es magia"...) ; por la existencia de las sensaciones que no son movimientos (*ibidem;* "La dialéctica del renegado" y "La seudo concepción"...); por la existencia de una "causa no-espacial" que produce las sensaciones; por la existencia de "causas suprasensibles que constituyen el mundo del espíritu". ("La seudo"..., etcétera).

En consecuencia, si nada puede ocurrir fuera de la materia, del espacio y del tiempo -según las proposiciones de don Antonio Caso-, ¿en dónde existen la sensación, el pensamiento y la conciencia, cuya existencia afirma el mismo escritor? ¿Existirán fuera del tiempo y del espacio? ¿Existirán fuera del universo? ¿Habrá descubierto don Antonio

Caso, por ventura, una nueva categoría de lo real, una nueva dimensión, que hará rodar dentro de pocos días la teoría de Einstein, para gloria de la cultura de México? ¿O existirá la conciencia en la nada?

¿Será ésta la contestación a la excepción dilatoria que formulé desde un principio a los partidarios de la doctrina espiritualista, y que hasta hoy ha eludido don Antonio Caso? ¿Es ésta la prueba de la dualidad entre la materia y el espíritu? La acepto con gratitud.

El Universal,
20 de marzo de 1935

UN SUICIDA REDIVIVO Y UN MATERIALISTA MUERTO

Antonio Caso

> Toda materia es movimiento; la sensación no es movimiento, luego la sensación no es materia.
>
> V. LOMBARDO TOLEDANO

> El estudio de las sensaciones corresponde por completo a la biología, y ya ninguna persona ilustrada toma en serio la *prueba* metafísica de estos fenómenos, como nadie tampoco admitirá la *prueba* de la conciencia tratándose de los hechos interplanetarios.
>
> V. LOMBARDO TOLEDANO

> Por lo cual se llega a las siguientes conclusiones: A. La materia existe en el espacio y en el tiempo. B El tiempo y el espacio existen en la materia.
>
> V. LOMBARDO TOLEDANO

Los tres epígrafes que exornan este articulo constituyen el testamento filosófico de don Vicente Lombardo Toledano. Su última producción, rotulada "Suicidio", consta de tres partes: la primera es un alegato en pro de la dialéctica materialista; la segunda, una teoría materialista de la sensación, y, la tercera, el más estupendo conjunto de sofismas y la más regocijada teoría de la conversión lógica que han visto los siglos. En suma, un concepto de la dialéctica marxista; una idea de la sensación como fenómeno *biológico*, y una ejemplificación documentada de lo que pueden lograr los polvos de la madre Celestina aplicados a convertir, *simpliciter* las ideas irrefutadas e irrefutables de un adversario.

Rebatimos, punto por punto, cada tesis del líder materialista. Por lo que mira a la dialéctica materialista, es inútil que el señor Lombardo alegue el testimonio de las personas que tienen la curiosidad de seguir nuestra controversia, porque los argumentos esgrimidos por nuestro adversario, sobre que mutilamos los textos que criticamos, son indignos de la decencia y pulcritud que han de mediar siempre en

la polémica. Lo que pasa es que el doctor en filosofía, tránsfuga de las doctrinas idealistas y espiritualistas, recurre a cada paso al gastado recurso de decir que se mutila un pensamiento cuando no se le cita con todos sus pormenores, lo que equivaldría a tener que reproducir en toda su integridad las largas e inoportunas consideraciones de nuestro adversario, para opinar en contra suya. De este modo llenaríamos planas y planas de periódicos, como suele hacerlo don Vicente Lombardo Toledano, creyendo que la abundancia de citaciones inoportunas, espigadas al azar en libros científicos, puede darnos la impresión del conocimiento circunstanciado de las ciencias. Este procedimiento sólo convencerá a quienes, ayunos de doctrina científica, toman por erudición lo que es, simplemente, fárrago o aluvión de snobismo.

No seguiremos a don Vicente Lombardo por este rumbo torpe y engañoso, porque seguirlo equivaldría a abdicar de nuestra dignidad de escritores públicos, y a "hablar en necio" para dar gusto a los necios. Toda esta erudición barata conseguida en las bibliografías de los boletines de "institutos biológicos" ha sido condenada de antemano por Aloys Müller, cuando trata del *primer peligro* que hoy amenaza a la filosofía.

Es notable, dice, "cómo los más de los matemáticos y de los cultivadores de la ciencia natural pierden toda autodisciplina y autocrítica; cómo se despojan, cual de un vestido, de todo cuidado y circunspección del pensamiento, y hasta del respeto científico, que es natural sentir ante toda esfera de problemas extraña y la manera de tratarla, tan pronto como hablan sobre problemas filosóficos. *No ven siquiera que la naturaleza no es abarcada íntegramente, ni mucho menos, por la ciencia natural, sino que hay en ella aspectos que la ciencia natural es completamente incapaz de aprehender.* Hablan sobre filosofía como hablaría un niño de escuela sobre las integrales de Abel".

Y si éstos son los representantes de la ciencia natural, juzgados por un filósofo contemporáneo, ¿qué no se podrá decir en contra de los aficionados a la biología y las matemáticas, que han rehecho su cultura, según confesión propia, al abandonar las aulas de la universidad?

Lo que ocurre, dice don Vicente Lombardo Toledano, "es que habiendo olvidado mi adversario ideológico que, además del movimiento de traslación de la materia, existe el movimiento congénito a toda materia, el dialéctico, y habiéndoselo yo recordado, con lo cual el espiritualismo pierde su base de sustentación, recurrió al expediente

de arrojar tinta sobre mí, en forma de adulteraciones de mis conceptos, para evitar que yo lo aniquilara".

Por lo que mira a las adulteraciones de los conceptos, ya está contestada la aseveración en los párrafos anteriores; por lo que concierne al movimiento dialéctico "congénito a toda materia", manifestaremos al señor Lombardo Toledano que toda su peroración está contestada también de antemano, en el artículo nuestro rotulado: "La contradicción intrínseca del marxismo".

"Un dialéctico idealista, dijimos entonces, es un filósofo plenamente capaz, que podrá ser discutido en sus conclusiones, pero no en lo que respecta a la unidad profunda de su pensamiento creador".

En cambio, ¿qué se pensará de un filósofo que acepta la dialéctica hegeliana, que trata asiduamente de la afirmación, la negación y la *negación de la negación,* pero que sustenta como principio el materialismo?... *¿Cómo será posible aunar, sin contradecirse, el fundamento materialista con la dialéctica idealista?...* ¿Por qué arte de encantamiento (¿los polvos de la madre Celestina?), vamos a hacer que la materia, realidad distinta de la idea, se dialectice en tesis, antítesis y síntesis?... ¡Parece imposible afirmarlo!

Pues bien, Marx es el autor de este maravilloso acoplamiento, de este *contubernio ininteligible* entre la metafísica materialista y la dialéctica hegeliana.

Cuando el señor Lombardo Toledano trata del movimiento de materia, y no del movimiento de traslación, habla una lengua absurda, como su maestro Marx, y es súbdito de una fe que le hace identificar las ideas con la materia; pero no ha sido capaz todavía (a pesar de arrojar de sí tanta tinta como un calamar), de comprobar que la sensación es materia.

En la página 32, figura 3, de la lámina correspondiente, inclusa en el libro rotulado *Estrellas y átomos,* por el ilustre físico inglés A. S. Eddington, profesor de astronomía en la Universidad de Cambridge, se dice:

"Vais a ver la fotografía de un electrón. Ésta se puede hacer. La trayectoria sinuosa e interrumpida de la figura 3 representa un electrón. A consecuencia de su pequeña masa, el electrón es desviado de su camino mucho más fácilmente que el átomo pesado, que acomete con ímpetu todos los obstáculos. La figura 4 representa numerosos electrones, y entre ellos hay uno de velocidad muy grande, por lo cual ha podido recorrer una trayectoria rectilínea".

Ahora bien, así como probamos fehacientemente, a nuestro impugnador, que aun los movimientos electrónicos implican el espacio

(como *a priori* todo movimiento), desearíamos que nos mostrase, en justa reciprocidad de las ilustraciones de Eddington, *la fotografía de una sensación*. El mismo señor Lombardo Toledano se confiesa vencido al declarar que tal fotografía no se ha logrado hacer. *Ni se logrará jamás, porque la sensación no es proceso físico, químico ni biológico, porque el estudio de las sensaciones no corresponde a las ciencias que analizan la materia, sino a la psicología, que estudia las formas de la conciencia. Por tanto, fotografiar una sensación equivale a realizar una obra imposible*. Y esto prueba, a pesar de todas las falacias de don Vicente Lombardo Toledano, que se trata de un orden irreductible al orden físico.

El silogismo en *Camestres*, que su señoría redactó, ha sido, pues, para El Caballero del Movimiento sin Espacio, el *Camestres* del ridículo. *La sensación no es materia. La sensación no es movimiento*. Lo que no es material no ocupa jamás un sitio en el espacio. Por tanto, mientras el camino recorrido por los electrones se revela fotográficamente, el arte de la fotografía será siempre inadecuado, a pesar de su auge científico contemporáneo, para proporcionarnos una imagen de la sensación de calor, de frío o de hambre. Nuestros censores ignoran, pintorescamente, la óptica y la mecánica.

Pero concedamos el absurdo mismo; pensemos caritativamente que el señor Lombardo Toledano se refirió, al redactar el ya célebre silogismo, al movimiento... dialéctico. Lo que ahora se puede fundamentar silogísticamente es que la materia y la sensación están implícitas en la idea, por medio de estos irreprochables razonamientos: *todo movimiento dialéctico es ideal; la materia es movimiento dialéctico, luego la materia es ideal*. El señor Lombardo Toledano ya no es materialista absoluto, sino idealista y discípulo de Hegel: ¡Idealista absoluto! Es decir, el doctor en filosofía, por sostener que la sensación y la materia son "movimientos... dialécticos", se ha convertido en idealista. He aquí este otro silogismo: *la materia es ideal; la sensación es materia, luego, la sensación es ideal*. ¡Transmutación de todos los valores!...

Elija nuestro impugnador: o idealista absoluto, como Hegel, si afirma que la sensación es "movimiento... dialéctico", o materialista impotente, si sostiene que la sensación no es movimiento.

Hay pruebas importantes, enseña Eddington, de que cuando una estrella envejece abandona una gran parte de la materia que la formaba en un principio. Aparentemente esto sólo puede concebirse por el *aniquilamiento de la materia*. En conjunto, *la hipótesis del aniquilamiento de la materia es la que más promete*. Y la preferiré en

el estudio que me propongo desarrollar de la evolución estelar. La frase aniquilamiento de la materia suena a algo sobrenatural. No sabemos si puede ocurrir o no en la naturaleza; *pero no se opone a ello ningún obstáculo evidente*. Los últimos constituyentes de la materia son pequeñas cargas positivas y negativas, que podemos representarlas como centros de opuesta clase de deformación en el éter. Si se les pudiera forzar a reunirse, se aniquilarían, no dejando otra cosa más que una salpicadura que se difundiría como onda electromagnética, transportando la energía liberada por la ruina de la deformación. (*"Estrellas y átomos"*, 1928. *Revista de Occidente*. Páginas 164 y 165).

Y cuando los grandes astrónomos y matemáticos, como Eddington, honor de la ciencia británica de nuestros días, enseñan que, como acaba de verse, *"ningún obstáculo evidente se opone al aniquilamiento de la materia", pretende don Vicente Lombardo Toledano fundamentar en la ciencia el materialismo y aun el materialismo histórico.* ¡Qué absurdo! Hoy que lo energético esclarece el enigma de lo material, los "materialistas criollos", en México, pretenden reducir el espíritu a la materia. Es que van a descompás con la ciencia del siglo, y la ignoran y reniegan, como antes renegaron del espiritualismo metafísico y el idealismo moral. ¿Habremos logrado convencer a don Vicente Lombardo Toledano de que la sensación es irreductible a la materia, y de que la materia misma tiende hoy a resolverse en energía inespacial? Suplicámosle rendidamente nos responda, si es que no desea mejor verse incluido, de pleno derecho, como realista candoroso y materialista ingenuo, en el número de quienes "cierran los ojos a la naturaleza esencial de la experiencia, referente a las reacciones de un ser consciente", que dice Eddington.

La ignorancia de don Vicente Lombardo Toledano en lo que concierne a los principios elementales de la lógica, demostrada sin apelación. No podemos sino admirar la audacia de nuestro impugnador, cuando con tanto impudor como desenfado exhibe sus lucubraciones dialécticas. Con los argumentos y las "conversiones" de que trata nuestro censor, nadie se "suicida". No son armas las que esgrime el disputador materialista, sino endebles espadas de papel, para diversión de los muchachos.

He aquí la doctrina lógica impecable. Convertir es obtener de una proposición otra nueva, de idéntica cualidad, por la transposición de los términos. Al convertir deben guardar los términos de que se trata su extensión primera; o, al menos, *no tendrán una mayor*. El predicado de las proposiciones afirmativas se toma *sólo en una parte* de su extensión; y el de las negativas en toda su extensión; por tanto,

sólo las proposiciones universales negativas y las particulares afirmativas se convierten simpliciter. *Las universales afirmativas se convierten en particulares afirmativas.*

¡Y el señor Lombardo Toledano, haciendo gala de su ignorancia, convierte *simplemente* las proposiciones universales afirmativas (que por otra parte no corresponden, en su enunciado original, a las tesis sostenidas por nosotros; porque no hemos dicho, señor Lombardo, que todo movimiento *sea* espacio, lo que no tiene sentido; sino que todo movimiento *implica* el espacio, lo que es muy diferente)!

No hemos dicho tampoco, señor Lombardo, que todo movimiento *sea* tiempo; sino que todo movimiento *implica* el tiempo. Por tanto, ni aun convirtiendo correctamente, *por accidente,* las proposiciones universales que redacta su señoría, se referiría a nuestras ideas. Estudie un poco de metafísica y de lógica don Vicente Lombardo Toledano, y después ose rebatirnos. *Ser* no es *implicar.* La esencia no es género.

¡Así se mutila, tergiversa y corrompe, sofísticamente, el objeto del debate! ¿En cuál libro ha aprendido don Vicente Lombardo Toledano que las *proposiciones universales afirmativas* se convierten *simplemente?* Pero, nuestro crítico en su candorosidad anticientífica, declara: "Para probar que mis cuatro proposiciones últimas se infieren de las primeras, basta convertirlas del modo natural, *simpliciter".* Esto no es serio, ni leal, ni culto. Esto viola la regla citada de que las proposiciones universales afirmativas se convierten siempre en particulares afirmativas.

Por ende, *en vez de obtener seis proposiciones universales afirmativas de seis proposiciones homogéneas, el señor Lombardo debió obtener seis proposiciones particulares afirmativas.*

Querer convertir *simplemente* las proposiciones universales afirmativas es ignorar los rudimentos de la lógica y del sentido común.

"Todo hombre es mortal" se convierte, lógicamente, en "algún mortal es hombre". Esto es lo que Aristóteles llama la conversión *por accidente.* Y el señor Lombardo Toledano se empeña, por modo cómico, en convertir *simpliciter,* lo que sólo se convierte *per accidens.* Por esto declara que él va a convertir las proposiciones universales afirmativas del modo *más natural.* ¡Pues, no señor; esto de elegir *el modo* de conversión no procede de lo que nos viene en gana, como lo indica, sin escrúpulo, el doctor materialista, sino de los principios inflexibles que norman la esencia del entendimiento humano!

Ahora podemos afirmar que nuestros críticos no sólo reniegan de la física y la mecánica, sino también de la lógica. Por lo cual, en

conclusión, aquél a quien se llamó "suicida", permanece incólume, y el materialista que renegó del espiritualismo, ha sucumbido. Desafiamos a don Vicente Lombardo Toledano, a que se sirva mostrarnos un solo autor de lógica que convierta *simpliciter* las proposiciones universales afirmativas. Si no puede hacerlo como se lo pedimos, quedará desprestigiado ante la opinión pública y la ciencia.

El Universal,
22 de marzo de 1935

TRES PREGUNTAS EN BUSCA DE RESPUESTA

Vicente Lombardo Toledano

El menos estimable y el más confuso de los artículos publicados hasta hoy por don Antonio Caso es, sin duda alguna, el más reciente de ellos: "Un suicida redivivo y un materialista muerto". El pensador cede su sitio al hombre iracundo, el individuo rabioso al calumniador, y el falsario al filósofo que se halla cogido en las redes de sus mismos conceptos. Da la impresión ese artículo de que su autor ya no tiene más apoyo, en el debate, que el de la sobrestimación de su propia persona y la esperanza de que los testigos de la polémica hayan olvidado lo dicho por los expositores. Paso a confirmar este juicio sumario.

Empieza don Antonio Caso por atribuirme el siguiente silogismo, que coloca a la cabeza de su artículo como primer epígrafe: "Toda materia es movimiento; la sensación no es movimiento, luego la sensación no es materia. V. Lombardo Toledano". Los lectores tienen aquí una prueba evidente de la falta de probidad de mi impugnador, a la que hice alusión en mi escrito anterior y que el enemigo del socialismo rechaza indignado; porque el silogismo de que se trata no es mío sino de don Antonio Caso. En su artículo "La filosofía no es magia blanca ni negra", del 22 de febrero, dice textualmente: "*El materialismo es evidentemente una hipótesis.* Una sensación, por ejemplo la del frío, la de dolor, es irreductible a un movimiento. Taine dice que la sensación de lo amarillo no puede reducirse al movimiento de rotación ni al de traslación, ni al de ondulación. *La sensación, por tanto, no es movimiento. Si no es movimiento, no puede ser material.* Por ende, queda probado que la sensación no tiene por carácter esencial *la materialidad.* Algo hay entonces (la sensación) irreductible a la materia". Al comentar yo este argumento en mi artículo rotulado "Antonio Caso, testigo de Jehová", dije lo siguiente: "Ahora voy a referirme a las 'reflexiones críticas' que don Antonio Caso me propone. Para darles más fuerza aún que la que pudo infundirle su autor, y en ayuda de éste, las repito en forma de silogismo. Helas aquí: I. Toda materia es movimiento; la sensación no es movimiento, luego la sensación no es materia", etcétera. ¡qué juzguen, pues, los lectores, de la probidad de don Antonio Caso y, en consecuencia, del valor que merecen las

deducciones a las que llega, partiendo de argumentos suyos a los que niega su paternidad para atribuírmela a mi!... dice don Antonio Caso en su último artículo, refiriéndose a este silogismo y olvidando que era suyo: "el silogismo en *Camestres,* que su señoría redactó, ha sido, pues..., el *Camestres* del ridículo". Yo -Vicente Lombardo Toledano- declaro mi conformidad con este calificativo.

Insiste en seguida don Antonio Caso en que la dialéctica pertenece sólo a las ideas, a pesar de que ya expliqué la diferencia profunda que existe entre la dialéctica hegeliana y la marxista. Alude a los argumentos que expuso antes a ese respecto -y que yo destruí desde mi primer artículo-, y concluye: la materia no puede dialectizarse en tesis, antítesis y síntesis. Por última vez, y como una ilustración más para uso de las personas interesadas en esta polémica, ya que don Antonio Caso remplaza las pruebas que está obligado a dar, en apoyo de sus afirmaciones, con frases sin otra validez que la de su creencia en la eficacia de sus propias palabras, explico que la dialéctica del materialismo es diversa a la dialéctica idealista y que la diferencia consiste en que, para la primera, las afirmaciones, los conceptos encontrados y la unidad o síntesis de estos conceptos, que caracterizan el proceso de nuestra razón, se realizan independientemente del mundo externo, por lo cual resulta la inteligencia como el factor que ordena y guía el curso de la naturaleza para el hombre. Para el materialismo dialéctico, por el contrario, el proceso de nuestras ideas, la contradicción constante en que éstas se hallan y la síntesis a las que llegan, seguidas de nuevas oposiciones y nuevas síntesis, es el resultado de las contradicciones y de las afirmaciones que ocurren en la naturaleza, dentro de su desarrollo ininterrumpido. En suma: pensamos dialécticamente porque la dialéctica del universo se refleja en nuestra mente, como parte que somos del mundo.

Las leyes de la dialéctica, dice Adoratsky, director del Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú, "significan el reconocimiento de la contradicción entre las tendencias de acercamiento y oposición en *todas* las manifestaciones y procesos de la naturaleza, incluyendo el espíritu y la sociedad. Las leyes de la dialéctica son universales: se encuentran en el movimiento y desarrollo de la nebulosa inmensurable y luminosa de la que se han formado los sistemas estelares en los espacios del universo; en la estructura interna de las moléculas y de los átomos, y en el movimiento de los electrones y protones. Los últimos se hallan en relación y en oposición, conectados con la transformación general, con el proceso de cambio y desarrollo; en otras palabras: revelan

también las leyes de la dialéctica en su existencia y en sus movimientos". (Op. *cit.* pp. 27 y 68). A este dialogar activo y creador -si vale el término—; a este camino de contrastes y de unidad de los contrastes que define el devenir de la naturaleza, se debe el hecho de que en las diversas ramas de la ciencia se encuentre el signo dialéctico como médula de los fenómenos que se investigan. Como meros ejemplos, Lenin cita: en matemáticas, + y -, diferencial e integral; en mecánica, acción y reacción; en física, electricidad positiva y negativa; en química, la combinación y la disociación de los átomos; en las ciencias sociales, la lucha de clases. *(Materialism and empirio-criticism* Collected Works of V. I. Lenin, vol. XIII, International Publishers Co., New York, 1927, p. 323. La traducción española de esta obra -Ediciones Jasón, Madrid- no está en verdadero español y adolece de graves errores). Si el mundo material, si el mundo físico no se dialectizaran, no habría dialéctica de la razón. Ya ve, pues, don Antonio Caso, que la dialéctica de las ideas no sólo no es la única dialéctica, sino que es consecuencia de la dialéctica general del universo uno e indivisible.

En seguida insiste también don Antonio Caso en que se le muestre una fotografía de una sensación, para probar que la sensación es material. Yo creí que este argumento suyo era mitad omisión científica y mitad *humour,* a la inglesa. Contesté a la primera mitad y celebré sinceramente en mi interior la última; pero ahora veo que quiere darle un alcance científico verdadero, lo que me parece una ingenuidad pueril y peligrosa en labios de un espiritualista. Ésta, que podría llamarse la *prueba del retrato,* no resiste siquiera al sentido común, como los lectores lo habrán pensado desde luego: en efecto, si la causa que provoca la sensación es una causa inmaterial, lógico es suponer que en los demás seres vivientes que no son el hombre, existe también una causa inmaterial que produce la sensación; es decir, que el espíritu es común a los animales y a las plantas y no exclusivo del hombre. ¿Está de acuerdo don Antonio Caso? ¿O habrá un espíritu inmaterial para las sensaciones de la especie humana y un espíritu material para las sensaciones de los otros seres vivos? Por otra parte, si la prueba de que las cosas son inmateriales estriba en la imposibilidad de hacerles una fotografía, hay tantos hechos y fenómenos que no pueden retratarse que resultaría chusca una lista de ellos: por ejemplo, el hambre y la sed -no de justicia, sino de pan y agua-; el celo, el apetito de la generación; las crisis de la producción económica, etcétera. Estos hechos no se pueden fotografiar y existen y son materiales, a no ser que también sean obras del espíritu...

Paso por alto, naturalmente, el entretenimiento silogístico a que don Antonio Caso se dedicó en su artículo que comento, tratando de achacarme esta afirmación: "la materia es ideal". El procedimiento que sigue para llegar a estas conclusiones ya se conoce: me atribuye un concepto falso y hace inferencias de su contenido; la conclusión absurda que obtiene le sirve para premisa mayor de otro silogismo, y así sigue hasta que se cansa de peinar la baraja de sus fantasías.

Después me arroja, como lanzada por una catapulta, la opinión de Eddington sobre el aniquilamiento de la materia: ¿Se pretende fundar la ciencia en el materialismo y aun la historia, cuando la materia está condenada a desaparecer?, se pregunta asombrado don Antonio Caso. Confieso, haciendo una digresión, que me había extrañado ya que mi contradictor no hubiera tropezado antes con el ilustre físico libre-arbitrista, porque de él se abrazan hoy casi todos los creyentes; quizá mañana haga uso de Sir Oliver Lodge, de Sir James Jeans y de Sir William Pope; ojalá así sea. Pero debo contestar: ¿ignora don Antonio Caso que junto a la hipótesis de la disociación de la materia existe la hipótesis de la reversibilidad de la materia? El viejo principio de que "en la naturaleza nada se crea, nada se pierde, todo se transforma" está en crisis y si alguna deducción puede hacerse de los nuevos descubrimientos de la física es la de que el universo sigue creando después de la creación, y no la inferencia de que después de la creación no tenemos otro destino que el de esperar a que se extinga lo creado. Pero, independientemente de esta razón científica, y suponiendo que la materia haya de acabarse, ¿qué le importa al hombre que la ciencia carezca de base cuando concluya el universo del que el hombre forma parte activa? ¿Puede siquiera concebirse al hombre cuando la materia se disocie, siendo él mismo un aspecto de la materia en liquidación? No hay que asombrarse: la metafísica se ha fundado casi siempre en la creencia en un espíritu, obra directa de Dios, y hasta hoy no sólo no se ha probado que el espíritu sea inconmovible, sino que no se ha probado que exista. Los problemas del conocimiento humano serán problemas sólo en tanto que el hombre aliente en el mundo: situarlos fuera de la vida es entrar en la religión y abandonar el campo de la filosofía y de la ciencia.

Pero el argumento fuerte del artículo de don Antonio Caso es un reto: "desafiamos a Lombardo Toledano, dice, a que nos señale *un solo escritor de lógica que convierta simpliciter las proposiciones universales afirmativas.* Yo no declaré -expresa mi impugnador- que el movimiento, el tiempo y el espacio sean lo mismo; sólo dije que se implican: ser no es implicar". Si los lectores se toman la molestia de

leer otra vez mi artículo relativo o el de don Antonio Caso verán, pues no puedo transcribir los textos correspondientes sin alargar demasiado este escrito, que don Antonio Caso se desiste después de dictada la sentencia. Cuando se afirma que "ciertas ideas se implican entre sí, en tal forma, que nada ni nadie podría nunca disociarlas, como en el caso tratándose de las de movimiento, espacio y tiempo" (Caso: "La seudo concepción...", etcétera); cuando se afirma esta tesis hay que estar a las consecuencias: si nada ni nadie puede disociar las ideas de movimiento, espacio y tiempo, quiere decir que estos conceptos tienen los mismos componentes, que las cosas a las que se refieren están unidas, vinculadas entre sí de un modo esencial. Por eso convertí *simpliciter* las proposiciones de don Antonio Caso, pues "la doctrina lógica de la conversión de las proposiciones es un caso de equivalencia" (Alexander Bain: *Logique déductive et inductive*, Trad. G. Compayré, París, 1875, tomo I, p. 166); y "la conversión que no va unida a ninguna variación de la cualidad de SiP en PiS y de SeP en PeS se designa como *conversio simplex*" (Teodoro Lipps: *Elementos de lógica*, Madrid, 1915, p. 258). Si "todo movimiento implica el espacio; si todo movimiento implica el tiempo" (Caso), el espacio implica el movimiento, el tiempo implica el movimiento, y, en consecuencia, el espacio implica el tiempo. "Como es *más común* que los predicados tengan más extensión que el sujeto, la regla es que una proposición universal afirmativa se convierta *per accidens*" (Porfirio Parra: *Nuevo sistema de lógica inductiva y deductiva*, México, 1921, p. 208); pero esto no significa, como don Antonio Caso dice, que las proposiciones universales afirmativas *sólo* se convierten por accidente, es decir, que *siempre* se convierten así, pues cuando se trata de proposiciones *equivalentes*, la conversión obligada es la normal, la simple. El mismo doctor Parra explica:

"Conversión de A. En la universal afirmativa, *pueden suceder dos cosas: que el predicado tenga la misma extensión que el sujeto, o que la tenga mayor; es claro que en el primer caso habrá que tomar el predicado en toda su extensión al convertirlo en sujeto,* y en el segundo habrá que tomarlo sólo en parte de su extensión... Ejemplos: si queremos convertir estas proposiciones: todos los ángulos inscritos a una semicircunferencia de círculo son rectos, todos los gases son fluidos elásticos, reconoceremos que, en la primera, el predicado tiene la misma extensión que el sujeto, y que, en la segunda, la tiene mayor: por lo mismo convertiremos esta última diciendo: algunos fluidos elásticos son gases y la primera se convertirá así, *simpliciter:* todos los ángulos rectos son inscriptibles a una semicircunferencia *(ibidem)*".

Ahora bien, si esto acontece, dice Bain (op. *cit.,* p. 168), si el sujeto y el predicado de una proposición universal afirmativa tienen la misma extensión, es útil hacerla comprender por alguna forma del lenguaje: yo no sólo lo hice así, sino que expliqué cada nueva proposición con *razones científicas,* demostrando que la conversión *per accidens* de las cuatro últimas proposiciones de las seis que formulé, sería contraria a Einstein, a Newton y a Kant, y nugatoria de la tesis del propio don Antonio Caso, ya que inferir, dice Hamilton, consiste en expresar en la última proposición lo que está virtualmente contenido en los juicios antecedentes. (Véase W. Stanley Jevons: *Lógica deductiva e inductiva,* México, 1923, pp. 74-75).

Como don Antonio Caso da a entender que las proposiciones en cuestión expresarían correctamente su pensamiento si fueran proposiciones particulares afirmativas, y como, siguiendo su táctica habitual de andarse por las ramas, en vez de objetar las ideas se dedicó a negar la validez del método lógico empleado por mí; es necesario que el detractor del socialismo conteste concretamente, sin nuevas evasivas, las siguientes preguntas, pues, según lo habrán comprobado los lectores, la dialéctica de don Antonio Caso consiste en esquivar toda interrogación, en negar lo que ya ha afirmado o en atribuirlo a otra persona; así el debate se convierte en caza de la zorra en lugar de ser un duelo ideológico, y aunque es penoso huir para el que corre y halagador para el que persigue, ha llegado un momento en que debe terminar la cacería con la muerte de la zorra o con el perdón que le otorgue el cazador. Las preguntas que buscan respuesta son las siguientes:

Primera pregunta. ¿Acepta don Antonio Caso la existencia del espacio independiente del tiempo, y la del tiempo independiente del espacio, o acepta la teoría de Einstein sobre el espacio-tiempo?

Segunda pregunta. ¿El espíritu se halla en el tiempo y en el espacio, o sólo en el tiempo?

Tercera pregunta. ¿Cuáles son las razones científicas en las que funda don Antonio Caso la dualidad de la materia y del espíritu?

El Universal
27 de marzo de 1935

UN MATERIALISTA DIALÉCTICO REDIMUERTO

Antonio Caso

> El movimiento no puede existir sin el espacio. El movimiento no puede existir sin el tiempo. El espacio no puede existir sin el movimiento. El tiempo no puede existir sin el movimiento. El espacio no puede existir sin el tiempo. El tiempo no puede existir sin el espacio.
>
> V. LOMBARDO TOLEDANO

> Para probar que las cuatro proposiciones últimas se infieren de las dos primeras, basta convertirlas del modo natural, *simpliciter.*
>
> V. LOMBARDO TOLEDANO
>
> Las proposiciones quedan en este orden: Toda M es E. Toda *M* es *T*. Toda *E* es *M*. Toda *T* es *M*. Toda *E* es *T*. Toda *T* es *E*.
>
> V. LOMBARDO TOLEDANO

Este artículo nuestro constará de tres partes: contestación fácil y categórica a tres preguntas del adversario. La sensación "fenómeno biológico". La lógica parda de don Vicente Lombardo Toledano.

Contestación fácil y categórica a tres preguntas del adversario. Comenzamos por responder a las preguntas que se sirve formular don Vicente Lombardo Toledano, al término de su último artículo. A la primera: ¿Acepta el señor Caso la teoría de Einstein? Responderemos que, en lo que concierne a la ciencia natural, la aceptamos como una teoría científica plausible y genial. De ningún modo como verdad ontológica, porque las ciencias no investigan los últimos elementos de la realidad. Por su esencia, la física no puede conocer *sino objetos métricos.* Para ella, el tiempo y el espacio son, como dice A. Müller, un espacio métrico y un tiempo métrico. "¿Cómo mido yo el tiempo y cómo mido el espacio?, son las únicas cuestiones que puede plantear la física sobre el espacio y el tiempo". La teoría de Einstein no tiene alcance ontológico, y ningún dialéctico, por materialista que sea, puede

dárselo. Es una teoría física, simplemente. A la segunda pregunta, contestamos: El espíritu, lo psíquico, es: 1. Un objeto subsistente por sí. 2. Esta sustancia es diversa de la sustancia de lo físico. 3. Lo inmutable de su estructura no impide lo variable de sus cualidades. 4. El espíritu es simple e individual. 5. El tiempo está en *todos* los lugares del espacio; con él se conjuga; pero no por esto el tiempo *es* espacial.

A la tercera pregunta contestamos, también, categóricamente: las razones científicas en que se fundamenta la dualidad de la materia y el espíritu son los caracteres mismos de lo psíquico:

1. "Lo psíquico está dado siempre sólo a un yo. Otros individuos pueden vivir algo semejante, pero *nunca lo mismo*". En cambio, no puede concebirse nada físico experimentable por una única persona. 2. Lo psíquico es *inespacial;* lo físico es *espacial*. 3. Lo psíquico es *inextenso*. 4. Lo psíquico no tiene *figura*. 5. Lo psíquico no está localizado. 6. Lo psíquico no tiene, como lo material, *propiedades electromagnéticas* (consulte, al respecto nuestro impugnador, la concepción física de la materia). 7. Lo psíquico no posee *gravitación*.

¡Así quedan definitivamente deslindados el sector de la realidad física y el de la realidad psíquica o espiritual, y ninguna disparatada "conversión" de proposiciones, conforme a la dialéctica parda de don Vicente Lombardo Toledano, podrá jamás reducir a la materia lo que de ella esencialmente se distingue!

La sensación, fenómeno biológico. "El estudio de las sensaciones corresponde *por completo* a la biología, y ya ninguna persona ilustrada toma en serio la prueba metafísica de estos fenómenos, como nadie puede admitir tampoco la prueba de la conciencia tratándose de los hechos interplanetarios". Este jugoso y célebre texto, en verdad ininteligible, es digno de ponerse junto a la mecánica del "movimiento sin espacio", la lógica de "las conversiones más naturales, *simpliciter*", la óptica de las "imágenes que no ocupan lugar en el espacio", el movimiento de rotación o de vibración en que "no se da el cambio de sitio, como en el de traslación", y los demás ridículos tópicos científicos a que nos tienen amablemente acostumbrados los ignorantes "marxistas criollos".

El delicioso, el suculento párrafo contiene un ciento por ciento de falsedad en su primera parte (como diría con su fino instinto estadístico don Vicente Lombardo Toledano) y un doscientos por ciento de ininteligibilidad en su segunda parte. En suma: un trescientos por ciento de valores negativos acumulados en su conjunto. ¡Ya es contener, por mejor decir, *no* contener! El ciento por ciento de falsedad consiste en declarar que el estudio de las sensaciones corresponde *por completo*

a la biología. He aquí por qué este aserto es falso. La psicología es la ciencia natural (tan natural como la biología) que estudia los hechos psíquicos; la sensación es un hecho psíquico, por tanto su estudio corresponde de pleno derecho a la psicología. Es tan disparatado el aserto discutido como otro en que se afirmara que la nutrición es un fenómeno psíquico cuyo estudio corresponde *por completo* a la psicología. O bien, equipararíase a la aseveración de quien dijera: el delito es un fenómeno mecánico, cuya interpretación corresponde a la obstetricia. Lo dicho: ¡ciento por ciento de falsedad!

La segunda parte del párrafo predilecto es más graciosa aún: "Ninguna persona ilustrada toma en serio la metafísica de las sensaciones". ¿Cuál será la prueba metafísica de las sensaciones? ¡Nos devanamos los sesos y no damos pie con bola! Suplicamos con toda atención y comedimiento, al sibilino doctor don Vicente Lombardo Toledano, sea muy servido de decirnos qué entiende, si algo entiende, por "la prueba metafísica de las sensaciones".

Pero si esto es difícil de entender, y contiene un doscientos por ciento de valores negativos, lo que ya toca al prodigio mismo es "la prueba de la conciencia tratándose de los hechos interplanetarios". ¿A cuáles hechos interplanetarios se referirá don Vicente Lombardo Toledano? ¡Esto debe ser algo así como la metamorfosis del caos!

Por otra parte, no tenemos ninguna dificultad, como espiritualistas que somos, en admitir un principio inmaterial de la vida; todos los fenómenos que cita don Vicente Lombardo Toledano como "el hambre, la sed, el celo, el apetito de las generaciones", no pueden explicarse sin recurrir a un "agente totalizador", como dice el gran biólogo Driesch, porque todo ello no puede reducirse a la mecánica, en el marco de la naturaleza material, y "doquiera tropezamos con fenómenos mecánicamente inexplicables en el reino del universo material, se nos manifiesta el aspecto espiritual, anímico, de lo real, o como queramos nombrarlo". Los animales, como el hombre, no son puras máquinas, sino para los "materialistas... dialécticos", que estudian psicología en los "institutos biológicos" y metafísica en los "espacios interplanetarios".

La lógica parda de don Vicente Lombardo Toledano. La proposición: "el movimiento no puede existir sin el espacio", se convierte, según don Vicente Lombardo Toledano, en "toda M es E"... ¡Divino! La proposición de que se trata, no dice que todo movimiento sea espacio (toda M es E) sino, simplemente, que el espacio es esencial para que algo se mueva en él; pero las condiciones esenciales no *son* las cosas, aunque en ellas se impliquen. El espacio en que gira un

cuerpo que se mueve con movimiento de rotación, no es el cuerpo que se mueve. El espacio no se mueve y, no obstante, cada punto del cuerpo que gira lo realiza indefectiblemente. Lo que pasa es que, en el movimiento de rotación la trayectoria vuelve sobre sí misma. (Esto lo ignoran profundamente los "materialistas criollos"). Lo mismo por lo que respecta al tiempo. El movimiento no puede existir sin el tiempo; pero el movimiento no es el tiempo. Un mecanismo de relojería no es tiempo, y, sin embargo, se mueve en el tiempo. Por tanto la proposición: "toda M es T", no es lo propio que la proposición: "el movimiento no puede existir sin el tiempo". ¡Se puede perfectamente suscribir nuestras dos proposiciones y negar, con rotundidad, las dos absurdas enunciaciones en que don Vicente Lombardo Toledano cree haberlas *convertido, sin mudar de sitio el sujeto y el predicado*, por una parte, y sin recordar que Aristóteles enseña en sus *Analíticos* que: "La existencia no forma parte de la esencia: el ser de las cosas no pertenece a su existir"! *(Analyticorum posteriorum)*.

Llegamos en seguida a lo que no tiene desperdicio: la proposición: el espacio no puede existir sin el movimiento, equivale a "*E* es *M*". La proposición: el tiempo no puede existir sin el movimiento equivale a "toda *T* es *M*". La proposición: el espacio no puede existir sin el tiempo equivale a "toda *E* es *T*", y la proposición: el tiempo no puede existir sin el espacio equivale, finalmente, a "toda *T* es *E*". El señor Lombardo Toledano piensa que ha *convertido* unas en otras, todas estas proposiciones *sin transponer* el sujeto y el predicado, y que lo ha hecho "del modo más natural, *simpliciter*"... ¡sublime!

Luego de cometer tan maravillosas equivalencias que no son "*conversiones*" sino "subversiones", el doctor Lombardo Toledano agregaría, con su espíritu lleno de gozo: Toda *M* es *E*, luego toda *E* es *M*; toda *M* es *T*, luego toda *T* es *M*; toda *E* es *M*, luego toda *M* es *E*; toda *T* es *M*, luego toda *M* es *T*; toda *E* es *T*, luego toda *T* es *E*. ¡Todo es lo mismo y todo es material! La conversión o subversión "del modo natural, *simpliciter*", llenaría de regocijo a su autor..., ¡Y a nosotros también!

Tomemos el último par de proposiciones universales afirmativas, "convertidas *simpliciter*". Todo tiempo es espacio y todo espacio es tiempo. Pero ¿quién ha dicho que todo espacio sea tiempo? El señor Lombardo Toledano que piensa que la proposición "el espacio no puede existir sin el tiempo", es idéntica a la proposición: "Todo espacio es tiempo", y que piensa, igualmente, que la proposición: "el tiempo no puede existir sin el espacio" es idéntica a la proposición: "Todo espacio es tiempo". ¡Y con estos desatinos garrafales quería "suicidarnos" el zurdo dialéctico materialista!...

Convertir las proposiciones es respetar la cantidad de los términos que las constituyen; por esto, ninguna proposición universal afirmativa se convierte *simpliciter.* Con una sola excepción: la equipolencia; pero, en todo caso, debería probarla nuestro impugnador y no suponerla. Al que afirma "incumbe la prueba", conforme a la regla escolástica.

Alejandro Bain, en su célebre *Tratado de lógica* ha hecho ver, como dice Janet, "las ventajas ajenas a la teoría de la conversión lógica"; porque *la mayoría de los sofismas,* según el lógico inglés, citado por nuestro adversario, *consisten en convertir simplemente las proposiciones universales afirmativas.* Y esto es lo que a medias pretende lograr nuestro crítico (sin mudar de sitio predicado y sujeto), para hundirse, de esta suerte, en el más asombroso semillero de sofismas que se puede concebir. ¡Pobre Marx!... ¿Qué delito cometiste para que se cobijaran bajo tu sombra tan desleales adeptos?... Deje el doctor Lombardo Toledano en paz a Marx, a Einstein y a toda la falange de biólogos y físicos que a medias deletrea, "para rehacer su cultura", y sírvase enterarse de los rudimentos de la dialéctica. Cualquier epítome que elija es bueno.

Aquí tal vez no se trata, en suma, de lógica sino de álgebra. Son los términos: M, E y T, arreglados en ordenaciones, permutaciones y combinaciones. O sea, de todo se trata: de conversiones, subversiones, digresiones, diversiones, ordenaciones, permutaciones y combinaciones...

Y "mi espíritu se llena de gozo".

(Esta vez no imitamos, deliberadamente, a don Vicente Lombardo Toledano, sino al Evangelio según San Lucas, de donde copió nuestro impugnador la magnífica frase).

¿Querría nuestro censor responder a lo que sigue, por medio de simples contestaciones monosilábicas: sí, no?

¿Se convierten las proposiciones universales dejando en su propio sitio predicado y sujeto? ¿No hay que transponerlos? ¿Al convertir debe confundirse la esencia con la existencia? ¿Se convierte simplemente las proposiciones universales afirmativas no equipolentes?

Nosotros encabezamos este ensayo de contestación al doctor materialista, respondiendo sin reticencias a sus interrogaciones. Esperamos de su lealtad en la discusión que nos responda en la misma forma. Si no lo hace, habrá corroborado, por medio de su silencio, el título de este artículo nuestro: "Un materialista dialéctico redimuerto".

El Universal,
29 de marzo de 1935

LA PROVIDENCIA DIVINA A LA VISTA

Vicente Lombardo Toledano

El tiempo es omnipotente, sin realidad propia, es una condición del mundo fenomenal, un movimiento mezclado y unido a la existencia de los cuerpos en el espacio y a su movimiento.

La montaña mágica, THOMAS MANN

Don Antonio Caso ha tomado puerto.

Después de sus incursiones por la ciencia y la filosofía, en cuyo campo pretendió demostrar que las bases del socialismo eran deleznables, acosado por la excepción dilatoria que le formulé, consistente en que debía probar de un modo científico la dualidad del espíritu y de la materia, para poder después atacar, válidamente, la doctrina del materialismo dialéctico, y perseguido por sus propias afirmaciones sobre la realidad objetiva del tiempo y del espacio, abandona el terreno de la filosofía y de la ciencia y se refugia en la religión.

Pero al despedirse del método científico para abrazarse al de la fe comete aún una grave falta: la contradicción, no sin hacerle guiños a la lógica, con el deseo quizás de volver a ella en cuanto pueda escapar de su asilo místico.

Expurgado de la abundante arena literaria y de las maledicencias que contiene, el oro de su último artículo ("Un materialista dialéctico redimuerto"), brilla con luz tan poderosa que opaca, como va a verse en seguida, el resplandor de toda la ciencia construida penosamente por el hombre a través de la historia. He aquí, en forma esquemática, el precioso caudal:

1. La teoría de Einstein sobre el espacio-tiempo -"genial y plausible"-, sólo es cierta para el mundo de la naturaleza.

2. El tiempo está en todos los lugares del espacio; pero no es espacial. El tiempo no es movimiento: las cosas se mueven en el tiempo.

3. El espacio es esencial para que algo se mueva en él.

4. Los fenómenos materiales no pueden explicarse sin recurrir a un "agente totalizador".

5. Las *pruebas científicas* de la dualidad de la materia y del espíritu consisten en los "caracteres mismos de lo psíquico". El espíritu es: a) Un objeto subsistente por sí. b) De naturaleza inmaterial. c) Individual d) Simple. e) Inespacial. f) Inextenso. g) Sin figura. h) Sin localización. i) Sin propiedades electromagnéticas. j) Sin gravitación.

6. Sólo las proposiciones equipolentes se convierten *simpliciter.* Que pruebe Lombardo Toledano—porque al que afirma le incumbe la prueba-, que las seis proposiciones que formuló en su artículo titulado "Suicidio", son equipolentes.

7. Por último, que conteste Lombardo Toledano con un "sí" o con un "no" cuatro preguntas, para saber si deben violarse las leyes de la lógica al razonar, o si deben ser respetadas.

Los anteriores conceptos pueden reducirse a estos dos únicos:

a) El espíritu es diverso a la naturaleza. ¿Pruebas científicas? Esta afirmación: la naturaleza es distinta al espíritu.

b) El espacio-tiempo de Einstein: es cierto para el mundo natural. No obstante, el espacio existe independientemente de la materia y del tiempo.

Aquí tienen los testigos de esta polémica una nueva interpretación del razonamiento científico: ¿por qué es diverso el espíritu de la naturaleza? Porque la naturaleza es diversa del espíritu. Don Antonio Caso olvida, en efecto, que como dice Bertrand Russell, "todas las leyes científicas descansan sobre la inducción. Un argumento inductivo es del género siguiente: si cierta hipótesis es verdadera, entonces tales y cuales hechos serán observables; ahora bien, si estos hechos son *observados,* deducimos, consiguientemente, que la hipótesis es probablemente verdadera". (Op. *cit.*, p. 65). ¿Cuándo, cómo y en dónde habrá observado don Antonio Caso al espíritu sin figura, ingrávido, sin domicilio conocido, sin propiedades comprobables? Si la metafísica aspira al respeto científico, debe estar en relación estrecha con la ciencia y con los métodos científicos; si se funda en la intuición divina de la realidad deja de ser especulación sistemática del mundo y de la vida y se convierte en un simple acto de fe religiosa. La prueba *ontológica* no es prueba científica, y yo pedí a don Antonio Caso pruebas *científicas* de la existencia independiente del espíritu. El autor antes citado comenta con sutil ironía:

"Es fácil inventar una metafísica que tenga como consecuencia hacer válida la inducción y muchos hombres lo han hecho; pero no han presentado ninguna razón para creer en su metafísica, excepto

que era agradable. La metafísica de Bergson, por ejemplo, es indudablemente agradable, como los *cocktails,* nos permite ver el mundo en una unidad, sin distinciones bien marcadas, y todo ello con vaguedad deleitosa. Pero no tiene mejores títulos que los *cocktails* para ser incluida en la técnica de la persecución del conocimiento". *(Ibidem,* p. 74).

Queda evidenciado, pues, de manera indiscutible, que los idealistas, los que afirman que el espíritu es anterior a la naturaleza, que el hombre no es producto del proceso general del universo, que el espíritu no es resultado del mundo exterior, que el pensamiento humano no es producto de la dialéctica de la historia; carecen de pruebas científicas para fundar sus aseveraciones; mientras que los materialistas, los que decimos que el hombre no es sino producto del devenir cósmico, en constante cambio sujeto a afirmaciones, a negaciones y a nuevas afirmaciones constructivas, probamos con hechos observables y observados la validez de nuestra tesis.

Examinemos, ahora, la última contradicción científica en que ha incurrido don Antonio Caso. Por una parte acepta la concepción de Einstein sobre el espacio-tiempo, y por la otra afirma que las cosas se mueven en el tiempo y en el espacio; pero que son independientes de estos medios, del mismo modo que el tiempo es inespacial, es decir, que existe sin el espacio. La siguiente breve exposición del profesor Lucien Fabre sobre el proceso de la física moderna pone de relieve la negación de lo que da por cierto mi adversario ideológico:

"Según la mecánica newtoniana, la realidad del espacio de tres dimensiones, tal como la concebía Euclides, no ofrecía ninguna duda. El espacio era un receptáculo en donde se movían los cuerpos según las leyes en las que intervenía un tiempo que existía por sí mismo. El principio espacial de relatividad remplaza, con Minkowski, esta concepción por la de un espacio-tiempo de cuatro dimensiones que tiene el carácter de un *continente.* Por último, la reciente teoría einsteiniana refuta a este espacio-tiempo el carácter de continente: para ella sólo existe (el espacio-tiempo) en virtud de las cosas. *Sin la materia no hay espacio-tiempo. Espacio, tiempo, materia, son tres cosas indisolublemente ligadas, que el físico no halla sino reunidas y que el espíritu humano no se representa separadas".* (Subrayado por V.L.T. Lucien Fabre: *Les théories d'Einstein,* Payot, París, p. 40).

No existe, en consecuencia, el espacio independiente de la materia, del movimiento, ni el tiempo independiente del movimiento, ni el espacio independiente del tiempo. Si la psicología, la ciencia que estudia lo psíquico, el espíritu, es una disciplina natural como la física,

según las propias palabras de don Antonio Caso, admitiendo la tesis de Einstein, ¿puede concebir los hechos espirituales fuera del espacio-tiempo? Para el que acepta las conclusiones de Einstein, explica Fabre, las dificultades metafísicas desaparecen. El problema mismo de las relaciones entre lo ponderable y lo imponderable se esfuma... Para todo espíritu un poco filosófico ¿será posible soñar aún, a este respecto, con las relaciones entre el cuerpo y el alma que tanto preocupó a los sabios?... ¿Qué espiritualista podrá considerar la hipótesis de una constitución particular del alma, teniendo con el cuerpo propiedades comunes no específicamente materiales, sino permitiendo la acción recíproca?... Las teorías de la relatividad, empujando más lejos de lo que nunca lo hiciera el paralelismo entre el espacio y el tiempo, hacen aparecer como más inexacta aún la oposición bergsoniana entre la duración psicológica y el espacio matemático. (Op. *cit*, pp. 107 y 235).

Ya ve, pues, don Antonio Caso, cómo las seis proposiciones que formulé en mi artículo del 20 de marzo no sólo se pueden convertir *simpliciter,* sino que *se deben* convertir así, pues de otra suerte se violarían las reglas de la lógica. Mi impugnador afirmó primero que *ninguna* proposición universal afirmativa se puede convertir de un modo simple. Le demostré que tratándose de proposiciones equivalentes la regla era esa; ante la evidencia de tal circunstancia, que él había olvidado, ahora me reta a que pruebe que las proposiciones mencionadas son equivalentes, o equipolentes como él las llama, empleando el término sinónimo. Lo he probado una vez más, con apoyo en las teorías de Einstein: la materia sólo existe en el espacio y en el tiempo; el tiempo y el espacio sólo existen en la materia.

Únicamente en la Biblia, dice Bujarin *(El materialismo histórico,* Cenit, p. 63) encontramos el "espíritu" flotando sobre las aguas, solo, con caracteres propios ajenos a la materia. Pero Bujarin no previó la obra filosófica de don Antonio Caso: el espíritu "subsistente por sí", después de más de veinte siglos de progreso científico. Y es que los espiritualistas y, en general, los idealistas, se aterran ante el solo anuncio de que pueda el hombre quedar en el mundo sin el amparo de Dios, convertido en una pequeña bestia sujeta nada más a sus instintos y a sus más bajos deseos. Desconfiando tal vez de sí mismos, pretenden mantener al hombre en una situación de tutela imaginaria respecto de la Divina Providencia, y atacan rudamente todo esfuerzo que tienda a demostrar el carácter natural del origen, del desarrollo y de los móviles de la conciencia humana. Por eso pretenden destruir lo único inmutable que existe, según la frase certera de Lenin: el reconocimiento de un mundo que existe fuera de nosotros, reflejado en nuestros

pensamientos. Por eso también tratan de hacer aparecer al socialismo como doctrina de un utilitarismo vil, de ideales enanos y de consecuencias peligrosas. Pero llevado el alegato espiritualista al campo de la ciencia, no resiste, como se ha podido comprobar en este debate, la prueba del análisis, y cotejando con la experiencia social queda al descubierto, asimismo, como ética de ineficacia secularmente advertida.

"Marx, comenta Hook, no fue un utilitarista. En ninguna parte prometió la 'felicidad' para el futuro o la lucha por ella en el presente. Condenó al capitalismo no porque éste haga al pueblo infeliz, sino porque lo hace *inhumano,* porque lo despoja de su dignidad esencial, porque degrada todos sus ideales haciendo de ellos un valor económico y castiga sus *bajos* sufrimientos". (Sidney Hook, *Towards the understanding of Karl Marx,* New York, The John Day Company, 1933, p. 99).

Dejo, pues, a don Antonio Caso, a las puertas del cielo, y doy por concluida la controversia. Ante el santuario de la metafísica religiosa yo me detengo, según lo advertí en su oportunidad: la defensa de las bases del socialismo es científica y filosófica y no mística. El refugio en que se ha confinado mi impugnador no tiene importancia para las ideas de los que están construyendo una sociedad mejor que la actual: pertenece más al arrepentimiento del hombre que a su acción sobre la historia

NOTA: Fuera de los tópicos fundamentales del debate, concluirá esta serie de artículos con uno más dedicado a algunos comentarios sobre la evolución de mis ideas filosóficas.

El Universal,
3 de abril de 1935

LAS EXEQUIAS DE UN MARXISTA

Antonio Caso

> Don Antonio Caso, acosado por la excepción dilatoria que le formulé, consistente en que debía probar de un modo científico la dualidad del espíritu y de la materia, para poder después atacar, válidamente, la doctrina del materialismo dialéctico, abandona el terreno de la filosofía y de la ciencia y se refugia en la religión.
>
> V. LOMBARDO TOLEDANO

> Al despedirse del método científico para abrazarse de la fe, comete aún una grave falta: la contradicción, no sin hacerle guiños a la lógica, con el deseo quizá de volver a ella en cuanto pueda escapar de su asilo místico.
>
> V LOMBARDO TOLEDANO

> Expurgado de la abundante arena literaria y de las maledicencias que contiene, el oro de su último artículo, brilla con luz tan poderosa que opaca el resplandor de toda la ciencia construida penosamente por el hombre a través de la historia.
>
> V. LOMBARDO TOLEDANO

> Dejo, pues, a don Antonio Caso, a las puertas del cielo, y doy por concluida la controversia.
>
> V. LOMBARDO TOLEDANO

I. *El fracaso de la dialéctica del materialismo científico.* Pero es, señor don Vicente Lombardo Toledano, que uno no puede, libremente, dar por concluida una controversia aunque deje a su enemigo a las puertas del cielo. Las controversias implican discusión de principios o de tesis; por tanto, mientras no se dilucida el punto controvertido, es imposible apartarse de un debate, por el simple deseo de lograrlo así. Nosotros esperábamos de nuestro impugnador que fundamentara,

científicamente, el materialismo; lejos de haber logrado su empeño, se advierte, como lo comprobará el lector en este artículo, que la teoría de la relatividad, invocada con tanto afán, ha resultado impropia para sustentar las bases del "materialismo científico".

El señor Lombardo, desde el principio de nuestra discusión, procuró hacer creer al público que materialismo y ciencia son una sola y misma cosa, acumulando sofismas en pro de tan absurda identificación.

No, la ciencia en sí, la física, no es materialista ni espiritualista, ni idealista, ni realista; porque no es metafísica; y el materialismo, como el espiritualismo, como el idealismo o el realismo, es un sistema metafísico.

La física de Galileo, como la de Newton, como la de Einstein podrán ser interpretadas dentro de una concepción filosófica; pero, en sí, no son filosofía. La ciencia *difiere* de la metafísica por su *objeto.* Mientras que el metafísico especula sobre la "cosa en sí", que dijo Kant, el físico investiga sobre el fenómeno, y construye las leyes o "uniformidades científicas", como se expresa Mill. Por tanto, el "materialismo científico" es una contradicción en dos palabras.

El señor Lombardo Toledano, a pesar de amontonar, sin discreción, textos de libros científicos que tengan como pie de imprenta el año más próximo posible al nuestro que vivimos en estas primeras décadas del siglo XX, no logra convencernos de que la ciencia sea materialismo, que es lo que él ambicionaría, para comprobar de este modo que el materialismo es científico.

El recurso podrá impresionar, tal vez, a quienes imaginan que todo el pensamiento de la humanidad, para ser válido, ha de ser científico, en el sentido de la ciencia natural; no, además de la ciencia natural, existen las ciencias filosóficas. La lógica -en la que el señor Vicente Lombardo Toledano se muestra tan endeble-, no obstante apellidarse a sí propio "materialista dialéctico". Existen también las ciencias matemáticas, que no pueden fundamentarse en ningún materialismo científico o seudocientífico, porque sus objetos son ideales, y corresponden a lo que Husserl llama la *estructura eidética,* base y fundamento de todas las ciencias fácticas, como la física, la biología y la psicología. En suma, nuestro impugnador nada ha adelantado, hasta este instante, en la comprobación de su aserto: "el materialismo científico". Siguen perennemente divorciados los dos términos de la enunciación: ni la ciencia es materialismo, ni el materialismo es científico.

Sólo un propósito deliberado de aparentar que se triunfa en el debate, sin miramientos ni consideración, para el adversario y el público, puede hacer que nuestro crítico diga que nos basamos en la religión para rebatir el materialismo. ¿Hemos invocado algún dogma en pro de las tesis que sustentamos? ¿Hemos recurrido a alguna autoridad que no sea filosófica o científica para dar al traste con la burda dialéctica materialista? ¿Qué credo, qué liturgia, qué cánones, qué textos consagrados hubieron de mediar en las proposiciones dirigidas contra nuestro censor?

El juego que practica don Vicente Lombardo Toledano consiste en ofrecer a los ignaros este engaño: así como la ciencia y el materialismo concuerdan fundamentalmente, la religión y el espiritualismo son la misma cosa. O sea: como toda religión es espiritualista, toda ciencia es materialista. Yo, Vicente Lombardo Toledano, me consagro a la ciencia, por mi credo materialista, y el señor Caso se consagra a la fe, a lo indemostrable. Éste es el burdo sofisma, indigno en verdad de la cultura que está "rehaciendo" nuestro contrincante.

Ha habido grandes espiritualistas que no confesaron ninguna fe positiva; en cambio, hay pueblos primitivos que tienen formas materialistas de vida religiosa. Y ¿qué es el marxismo contemporáneo, según Henri de Man, sino un sistema místico y materialista? He aquí el siguiente párrafo que no deja lugar a duda:

"Editados al por mayor y reproducidos día por día en los periódicos, hay almanaques socialistas que recuerdan acontecimientos revolucionarios, efemérides del movimiento obrero y corrientes de ideas. Las habitaciones de los obreros hállanse adornadas de almanaques ilustrados con textos socialistas. Ante mí tengo un 'calendario-bloc-comunista-ruso' del año actual, del que se ha hecho una enorme tirada, y que en el anverso y el reverso de cada hoja mezcla los datos astronómicos, meteorológicos y eclesiásticos, con una verdadera enciclopedia de efemérides y textos de propaganda socialista. Los días de fiestas revolucionarias se destacan, naturalmente, en letras rojas. Son, en gran parte, los mismos de las antiguas fiestas religiosas, así como la Iglesia Católica se asimiló al calendario de las fiestas paganas".

Ya ve, pues, el señor Lombardo Toledano, cómo, desde el punto de vista de Henri de Man, hay en las convicciones metafísicas y dogmáticas del materialismo histórico una nueva fe, una nueva liturgia, una nueva religión.

II. *Imposibilidad de fundamentar en la teoría de Einstein la metafísica materialista.* Resumimos las conclusiones de la teoría de

Einstein, basándonos en el libro de Gastón Moch rotulado: *La relativité des phénomenes,* cuya última edición huele aún a tinta fresca; de este modo no podrá declarar el señor Lombardo Toledano que, al sostener nosotros la implicación del espacio en el movimiento, tenemos "una idea anticuada" de las relaciones que median entre el tiempo, el espacio, el movimiento, la materia y la energía.

1. La longitud, la duración y la masa son relativas, en el sentido de que, para dos observadores, en estado de movimiento relativo, no son las mismas.

2. La relatividad de la longitud implica la de la forma; la rigidez no existe sino para los cuerpos solidarios con el movimiento del observador. De la relatividad de la longitud y del tiempo deriva la de la velocidad y la de la aceleración.

3. La longitud y el tiempo son cantidades de la misma especie. Existe un equivalente lineal del tiempo.

4. La energía es homogénea con la masa, de la que no difiere sino por un coeficiente numérico. La masa como el calor posee su equivalente mecánico. Una masa muy pequeña es una enorme acumulación de energía potencial. No existe diferencia esencial entre la masa y la energía.

5. "La teoría, en resumen, tiende un puente entre la electrodinámica y la mecánica, antes separadas por un abismo". Una es la mecánica de las radiaciones y otra la de los cuerpos ponderables.

Hasta aquí la síntesis de las principales tesis de la teoría de la relatividad. Se ve por lo anterior que, lejos de poder servir de fundamento a la tesis materialista, la hipótesis de la relatividad generalizada, impulsa decididamente hacia una concepción *energética* y dinámica de la materia. La masa posee un equivalente mecánico, como el calor. Esto es, *la masa es energía;* la materia significa una enorme acumulación de energía potencial. La electrodinámica (como dinámica de las radiaciones) explica la gravitación material. El dualismo de la fuerza y la materia se ha vencido, pero *no* ciertamente en pro de lo material, *sino* de lo dinámico. En las manifestaciones de la sustancia física predomina el aspecto "fuerza". ¿Cómo pretende fundamentar don Vicente Lombardo Toledano, en el más brillante dinamismo que aparece en la historia de la ciencia física, el viejo atomismo materialista, desacreditado ya?...

¡Cuando la ciencia reduce el átomo a centros energéticos y campos electromagnéticos, el discípulo de Marx pretende inmovilizar

el mundo en la estática concepción de una materia que fuese el *sustratum* universal!...

Nosotros sostenemos que el tiempo es inespacial, que se conjuga constantemente con el espacio; pero no podemos admitir que *sea* espacio. Esto es lo que don Vicente Lombardo Toledano llama "nuestra contradicción". ¿En qué consistiría?... El tiempo posee íntima relación con las cosas; pero *es diverso* del espacio. Tiene, como dice A. Müller, "la determinación de lo uno *fuera* de lo otro". Ninguna disparatada conversión subversiva de proposiciones seudoequipolentes logrará (sin mudar de sitio predicado y sujeto), reducir lo uno *fuera* de lo otro a lo uno *después* de lo otro. La irreductibilidad notoria de ambas ideas es evidente, con evidencia intelectiva.

Los objetos físicos, conforme a la filosofía moderna y la teoría de la relatividad, son dos: el *campo electromagnético,* que subsiste por sí mismo y no necesita para nada de la materia como sustentáculo, y la propia *materia*.

"En el campo electromagnético, sigue diciendo Müller, se forman, por razones todavía desconocidas, *nudos de energía,* lugares de condensación de la energía de tensión eléctrica, o, según la interpretación más reciente, 'paquetes de ondas'. Éstos son los últimos elementos de la materia. Estos paquetes de ondas se constituyen a través del campo electromagnético, como las ondas a través del agua. El objeto físico de la segunda especie es el campo gravitatorio. Depende de la materia y desaparece con ella. Cabría decir: la gravitación es la propiedad física del espacio". (A. Müller, *Introducción a la filosofía,* Madrid, 1931).

Por tanto, si la materia se caracteriza, físicamente, conforme acaba de expresarse, lo psíquico, cuyos caracteres son *no poseer* cualidades electromagnéticas ni gravitación, *no puede ser materia*.

Inquiere de nosotros el señor Lombardo Toledano, en su artículo anterior, cuáles son los caracteres de los hechos psicológicos. Contestamos: "son los siguientes: el espíritu es subsistente por sí, individual, inespacial, inextenso, sin figura, sin localización, sin propiedades electromagnéticas, sin gravitación", etcétera. Y, en vez de discutir estos atributos de lo psíquico, los repite *con notoria inutilidad* nuestro crítico, y declara que tales atributos o caracteres se *deben a la fe.* Sí, señor Lombardo, a la fe en la experiencia, no a la fe mística que ha hecho de *El Capital* y el *Manifiesto del Partido Comunista* la Biblia sacrosanta de una nueva religión. Pero, en esta vez, *el creyente es don Vicente Lombardo Toledano y nosotros somos simples ateos.*

Un pensamiento, un sentimiento, una volición no "gravitan"; ninguna vivencia psicológica es "electromagnética". El razonamiento que excluye lo psíquico del sector de la física, resulta perfecto. Todo lo material *implica* lo electromagnético y gravitatorio; lo psíquico *no es* electromagnético ni gravitatorio, luego *lo psíquico no es, por su esencia, material*. Por ende, queda a salvo, contra los frustráneos esfuerzos del materialismo y sobre la propia teoría de Einstein, "plausible y genial", el fundamento del espiritualismo. *Lo psíquico constituye, en sí, una forma de la realidad irreductible a la materia. Quod erat demostrandum.*

III. *Las exequias de un cazador materialista.* Un cazador materialista se empeñó alguna vez en matar a un zorro. El zorro de que se trata, algo más sabía de dialéctica que su ingenuo perseguidor, empeñado en atraparlo. Cargó "científicamente" su escopeta el Nemrod, implacable, sin lograr dar en el blanco; porque, según relata el Esopo anónimo que concibió este apólogo, el arma del marxista estalló al recibir en su cámara de puro acero, tiros tan exactos como éstos: "todo oro es metal, luego todo metal es oro"; "todo diamante es carbón, luego todo carbón es diamante"... Cartuchos fabricados "del modo natural, *simpliciter*". Al estallar el arma en las propias manos del cinegético personaje, mientras la raposa huía, llena de malicia y espíritu dialéctico, el atribulado cazador deshacíase en lamentos, cogido por la propia trampa que dispusiera contra el zorro para "suicidarlo". Por esto, antes de terminar la cacería, cayó muerto sobre el campo, y sus cofrades, los otros "marxistas criollos", redivivos o redimuertos exclamaron: Ya van dos cazadores que destripa ese zorro. ¡Cómo no decir de él que ganó Zamora en una hora!

El Universal,
5 de abril de 1935

CONFESIONES DE UN RENEGADO

Vicente Lombardo Toledano

Del positivismo a la Santísima Trinidad. Del cristianismo al fascismo

Negar lo que se ha jurado como artículo de fe tiene para el creyente un valor más trascendental que el incumplimiento de una promesa pública para el individuo común, porque el perjuro queda sujeto a la doble sanción del reproche de su propia conciencia y del castigo de Dios en una supuesta vida futura, en tanto que la pena para el infractor de las normas puramente mundanas dura a lo más lo que su propia vida. Faltar al juramento religioso es delinquir dos veces; faltar a la promesa cívica es delinquir una vez. Pero cuando la creencia que se abandona no es un juramento ni una promesa, sino una rehabilitación de la verdad personal, un nuevo paso hacia la conquista del conocimiento parcialmente adquirido, como ocurre siempre con la cultura, el renegar de la creencia primera, el sustituir la opinión que se creyó válida por otra que se estima mejor, no sólo no entraña una falta, sino que demuestra, por el contrario, que el propósito medular de toda obra educativa, la inquietud constante del saber, se realiza plenamente.

¡Desgraciada escuela la que pretende mantenerse en un medio que cambia sin cesar y que la ha creado a ella misma! ¡Pobre maestro el que no aspira ver florecer sus enseñanzas en afirmaciones diversas a las suyas, como el resultado del empeño de investigar que haya podido inculcar a sus discípulos! ¡Vacua cultura la que no se niega a sí misma, siguiendo el contraste perpetuo del devenir histórico! ¡Torpe verdad científica la que se confunde con la verdad revelada! ¡Ingenua y lastimosa actitud la del que está satisfecho con la verdad que otros le entregaron y no se ha esforzado siquiera en cotejarla con la vida!

Durante el debate que acaba de concluir, sobre las bases filosóficas del socialismo, don Antonio Caso me llamó varias veces *renegado,* pretendiendo injuriarme y restar valor a mis argumentos: ¡renegado de la universidad, del espiritualismo, del cristianismo!... ¿Qué

puede esperarse de un renegado?, exclamó fuera de sí mi impugnador, en uno de sus artículos. ¿Quién puede creerle a un renegado?...

Recuerdo que en la Escuela Nacional Preparatoria aprendí:

1. Que las matemáticas son un método para conocer y valorizar exclusivamente la cantidad y no la calidad de los fenómenos del universo. Que el método matemático sólo tiene como campo de aplicación la astronomía, la mecánica, la física y la química. Que se puede apreciar matemáticamente lo ocurrido; pero que no se puede prever lo que será.

2. Que la existencia se divide en el mundo de lo inorgánico y en el mundo de lo orgánico, esencialmente diversos entre sí, impenetrables el uno en el otro. Pero aprendí, a la vez, que la vida radica en la forma de los seres, y que es posible la creación artificial de la vida, la generación espontánea...

3. Que la naturaleza está sujeta al proceso de la evolución, y que ésta consiste en un cambio de lo simple a lo compuesto, sin contradicciones.

4. Que la actividad psíquica es un simple caso del mecanismo de la vida fisiológica. Y también aprendí que el espíritu es una entidad que se explica por sí misma de origen sobrenatural.

5. Que la ética, siguiendo las leyes de la evolución, establece esta tabla de valores: primero el individuo, después la familia, luego el Estado y, por último, la humanidad. Pero aprendí, asimismo, que el hombre no sólo debe vivir sino salvarse, y que la salvación radica en el amor a Dios...

6. Que la ciencia es un conocimiento parcial de la existencia, el relativo a las manifestaciones externas de las cosas; pero que la aprehensión de las cosas en sí mismas corresponde sólo a la intuición de la conciencia, vínculo del hombre con lo sobrenatural.

7. Que el hombre es un punto de intersección entre las grandes corrientes que forman la vida; pero que el espíritu es el que crea el camino de la historia y conduce a la naturaleza.

8. Que son los hombres superiores los que deciden siempre de los destinos de los pueblos, en cuanto mayor proporción del poder divino participan.

9. Que en la historia vence el genio a la fuerza y que, en el fondo, la bondad de Dios es la que triunfa.

Si al ingresar en la Escuela Nacional Preparatoria hubiera hecho yo el juramento de sostener toda mi vida las enseñanzas que iba a recibir en sus cátedras, aun a costa del cielo y a pesar del infierno, sería yo un perjuro sincero y jubiloso. Pero como no se me exigió esa promesa

inquebrantable de fidelidad, me he limitado a rehacer mi cultura en silencio, hasta hoy que las circunstancias me permiten valorizar en voz alta mi experiencia de alumno. Para satisfacción de don Antonio Caso, y de mí mismo, declaro, pues, que reniego de lo que recibí como exacto, por contradictorio, por falso en cada una de sus partes, por haber despertado en mí la duda respecto de la veracidad de todos los principios y por haberme inclinado a aceptar, en mi adolescencia -posición infecunda y de pereza mental-, la solución espiritualista en los conflictos históricos, y la teoría del término medio como definición de la justicia.

Don Antonio Caso pasó, a su vez, del positivismo al intelectualismo, de éste al intuicionismo y, por último, a la metafísica religiosa. Y, como consecuencia inevitable de su involución filosófica y científica, de la concepción cristiana de la vida a la doctrina política del fascismo.

Los jóvenes de 1910 renegaron de la enseñanza oficial de su época. José Vasconcelos decía: "Creo que nuestra generación tiene derecho a afirmar que se debe a sí misma casi todo su adelanto; no es en la escuela donde hemos podido cultivar lo más alto de nuestro espíritu". *(Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas,* Conferencias del Ateneo de la Juventud, México, Imp. Lacaud, 1910, p. 147). Jenaro Fernández MacGregor comenta: "Entre nosotros, la acción estaba a punto de perecer, envuelta en los vendajes del positivismo como una momia faraónica". (Prólogo del libro de Antonio Caso: *Dramma per musica.* Editorial Cultura, México, l920). Julio Jiménez Rueda, también en el prólogo de otra obra del actual detractor del socialismo *(Ensayos críticos y polémicos,* Editorial Cultura, México, 1922), se expresa así: "Espíritus ambiciosos y juveniles mal se avenían a la cárcel de oro en que los encerraban sus maestros... Antonio Caso combatió apenas salido de las aulas al positivismo, ayudado eficazmente por José Vasconcelos".

El renegado del positivismo, que todavía en la velada del 22 de marzo de 1908, realizada bajo la presidencia del general Porfirio Díaz, para defender la memoria de don Gabino Barreda, habló en nombre de la juventud, se convertia pronto al intelectualismo puro, como lo relata Pedro Henríquez Ureña:

"Caso (Antonio), ante la inminente invasión del pragmatismo y tendencias afines, se declara intelectualista: posición difícil para él, de suyo accesible a las solicitaciones que constantemente lo apartan del *rigor intelectual*... Intelectualista, pues, se declaró, haciendo el elogio de los grandes metafísicos constructores, Platón, Spinoza, Hegel; y a

la vez se declaró idealista en cuanto al problema del conocimiento: resultando así la singular coincidencia de que su profesión de fe terminara con una cita: 'todo es pensamiento', de Henri Poincaré". *(Horas de estudio,* Sociedad de Ediciones Literarias y Científicas, París, pp. 59-60).

Pero tal como lo preveía Henríquez Ureña, don Antonio Caso abandonó esa "posición difícil", y poco a poco cayó hasta la explicación religiosa de la realidad, como lo demuestran las siguientes afirmaciones que no admiten duda respecto de su filiación, no sólo mística sino claramente católica:

"La creación es siempre nueva, real, individual, espontánea. No formó Dios lo que existe y descansó: sino que todavía sigue creando, según un orden eterno, cuanto alienta. A medida que se eleva la contemplación de lo físico a lo orgánico, lo psíquico y lo moral, el efecto es cada vez más diverso de la causa. A cada instante la creación es más enérgica e imprevisible; pero cuando llega al hombre, *una iluminación interior* suple la deficiencia de la observación; *una luz increada* palpita resolviendo la incógnita del conocimiento; una confianza evidente destella sobre las lobregueces del alma sus *rayos sagrados*... Vivir en el milagro es ser milagroso también; ser divino es, en una palabra, confesar que el universo proclama, según dijo el salmista, *la gloria del señor... Así la religión y la ciencia pactan una paz perpetua". (Doctrinas e ideas,* Herrero Hnos., México, 1924, p. 36). "Hay algo en el alma más grande todavía que la inteligencia; algo superior, tan superior que es sobrenatural, tan sobrenatural que es divino, tan divino que es Dios mismo, la *segunda persona de la Trinidad santísima* encarnada en un ser de nuestra raza: Jesucristo". *(Discursos heterogéneos,* Herrero Hnos., México, 1925, p. 183).

A esta metafísica de poseído se debe que para don Antonio Caso los "valores" no sean de igual significación, sino que el más alto de ellos sea el religioso:

"Si el valor económico es, como todo fruto de la sociedad, obra de la cultura, resulta evidente que ha de subordinarse, por su carácter instrumental, a los valores ideales de la humanidad. Entonces el Estado y la religión, lejos de ser súbditos de su instrumento, deben regirlo, al revés, precisamente de lo que asegura el absurdo materialismo histórico de Karl Marx. La religión es perenne expresión del valor cultural más alto e irrefragable: *lo santo. Cultura sin religión es cosa profana". (El acto ideatorio,* Porrúa Hnos., México, 1934, p. 144).

Sin estos antecedentes los lectores no podrían saber por qué don Antonio Caso da la siguiente explicación de las principales batallas

de la guerra europea: "Pero el heroísmo, esta intuición de la conciencia, este dato íntimo que la razón no entiende, esta apoteosis de la libertad humana, *puso a Dios de parte de los ejércitos de Francia"... (Ensayos críticos...* p. 39.) Como no podrían tampoco apreciar en todo lo que vale este otro concepto: *"¡Todavía son suficientemente recios los brazos de la cruz para colgar de ellos nuestro destino!" (Discursos, etcétera,* p. 184). ¡Ni podrían, asimismo, averiguar la causa de que mi contrincante hubiera preconizado como oriente de la Universidad de México el *nacional-socialismo!*... (Véanse sus artículos publicados a raíz del Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, octubre de 1933).

¡Se atreverá aún don Antonio Caso a negar que su metafísica es religiosa! Si lo que caracteriza al alma es la *"segunda persona de la Santísima Trinidad",* y si con este contenido principal del alma hemos de conocer la "cosa en sí", lo mismo en física, que en química, que en biología, que en psicología, que en historia, no sólo don Antonio Caso carece de pruebas *científicas* en apoyo de la existencia del espíritu *subsistente por sí,* sino que ni siquiera razones *filosóficas* puede aducir en auxilio de su tesis mística.

Si el valor económico ha de subordinarse, como afirma don Antonio Caso, al valor religioso, y si el conocimiento es un acto de iluminación divina de la conciencia, el pensamiento y la acción del hombre no pueden tener guía más alta que la religión, para evitar que la vida sea *profana,* cosa que rechaza con desdén, como se ha visto, el entusiasta fascista mexicano.

Nuestra posición filosófica es diametralmente opuesta: creemos que el hombre es un producto de la naturaleza; que el mundo exterior al hombre forma y guía su espíritu; que la conciencia es principalmente social y no individual; que no es el hombre el que crea a voluntad suya la historia, sino la historia la que crea las ideas humanas; que la libertad no consiste en desunir la naturaleza del hombre, atribuyéndole un carácter de poder divino, sino en obrar racionalmente dentro del proceso dialéctico de las leyes históricas.

Y la experiencia nos da la razón a nosotros: mientras las religiones de todos los tiempos y los sacerdotes de ellas, dentro o fuera de la casta profesional, se empeñan por detener la liberación de las masas hambrientas e ignorantes, aconsejándoles su identificación con Dios, como compensación a sus privaciones físicas y morales; los trabajadores del mundo, ayudados por el progreso incesante de las ciencias, descubren la verdad en todos sus aspectos, y rechazan el concepto

milagroso de la vida que les ofrecen los espiritualistas, por falso, endeble e injusto, y adquieren, en cambio, la convicción de un mundo estupendo, lleno de posibilidades para el bien verdadero, dentro del cual el hombre puede intervenir con eficacia para convertirlo en un sitio de trabajo creador y de bienes espirituales limpios, que lo dignifiquen y le hagan amar la existencia.

El socialismo no es una religión. Ésta consiste en subordinar la conciencia humana a Dios, en admitir la intervención divina en la conducta del hombre. El socialismo es humanismo puro, reivindicación del hombre, rescatándolo de las sombras de la ignorancia y de su temor religioso originarios.

La filosofía espiritualista tiene que aceptar inevitablemente la presencia de Dios en el espíritu. Al subordinar la historia a la conciencia tiene que aceptar también, fatalmente, el factor religioso como línea directriz de la conducta. Y al juzgar las luchas sociales tiene que condenar el socialismo como trasmutación que es de los valores.

Lo más que puede dar el espiritualismo en el terreno de la doctrina social es la Encíclica *Rerum Novarum,* y en el campo de la lucha política el régimen fascista o el sistema nazi.

La vida es un camino que nunca se cierra. Los campos cada día se definen mejor. Quede en el suyo don Antonio Caso, líder de la clase conservadora de México, en esta hora de lucha histórica decisiva. Yo pertenezco a una causa inmarcesible.

El Universal,
10 de abril de 1935

POMPA FÚNEBRE DE UN RENEGADO CLAUDICANTE

Antonio Caso

> Durante el debate que acaba de concluir, sobre las bases filosóficos del socialismo, don Antonio Caso me llamó varias veces renegado, pretendiendo injuriarme y restar valor a mis argumentos: ¡renegado de la universidad, del espiritualismo, del cristianismo!... ¿Qué puede esperarse de un renegado?
>
> V. LOMBARDO TOLEDANO

> ¡Vacua cultura la que no se niega a sí misma, siguiendo el contraste perfecto del devenir histórico!
>
> V. LOMBARDO TOLEDANO

> Para satisfacción de don Antonio Caso y de mí mismo declaro, pues, que reniego de lo que recibí como exacto, por contradictorio, por falso en cada una de sus partes, por haber despertado en mí la duda respecto de la veracidad de todos los principios y por haberme inclinado a aceptar en mi adolescencia (posición infecunda y de pereza mental), la solución espiritualista en los conflictos históricos, y la teoría del término medio como definición de la justicia.
>
> V. LOMBARDO TOLEDANO

Este artículo constará de tres partes: en la primera trataremos de cómo se rehace una cultura personal, según las muestras que de tal empeño nos ha proporcionado, ampliamente, don Vicente Lombardo Toledano. En la segunda parte discutiremos la táctica polémica de nuestro impugnador. En la tercera investigaremos las razones en virtud de las cuales la generación de 1910, por obra de José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Ricardo Gómez Robelo, Jesús Acevedo y Pedro Henríquez Ureña, abandonó el positivismo, para definir nuevos rumbos a la especulación independiente en México.

I. *La cultura de don Vicente Lombardo Toledano "rehecha" conforme a nuevos postulados.* Después de las exequias es de ritual celebrar la pompa fúnebre del difunto. Nosotros no provocamos la discusión ni la clausuramos. El señor Lombardo Toledano sí; la abrió con cierto artículo sobre "Los polvos de la madre Celestina", en su relación intrínseca con la filosofía, y la cierra a la hora que le viene en gana, cuando no puede responder ya, lógicamente, a los argumentos dirigidos en su contra.

El señor Lombardo Toledano ríe de los preceptos de la dialéctica, porque gusta de hacer irrisión de todo lo noble, ya que se regocija con lo que juzga el mal de las personas que combate. Nosotros no guardamos ningún rencor a nuestro contrincante, porque no tenemos empeño en exhibirnos como jefes de banderías ni como protagonistas de ninguna propaganda sistemática.

He aquí la lista, ya larga, de los desaciertos cometidos por nuestro crítico, y de los sofismas acumulados en pro de "la nueva cultura materialista", que penosamente viene elaborando quien con ella espera: "negar la definición de la justicia como término medio", abdicar del espiritualismo y el cristianismo, y en suma, caminar sin eje ni guía "siguiendo el contraste perfecto del devenir histórico".

1. El error mecánico. "Don Antonio Caso tiene una idea anticuada del movimiento, la idea mecánica; para él, sólo se mueven las cosas que cambian de lugar". Contestamos nosotros afirmando que es de la esencia de todo movimiento implicar espacio. El señor Lombardo Toledano no supo responder a nuestra objeción; y, urgido a hacerlo, empero, salió de apuros declarando que él no se había referido al movimiento mecánico sino al "movimiento... dialéctico". Queda, pues, comprobado que el señor Lombardo Toledano ignora, positivamente, los fundamentos de la mecánica.

2. *La teoría de la sensación-movimiento.* El doctor Lombardo Toledano afirmó en seguida que "el estudio de las sensaciones corresponde 'por completo' a la biología, y que ya ninguna persona ilustrada toma en serio la prueba metafísica de estos fenómenos, como nadie puede admitir, tampoco, la prueba de la conciencia, tratándose de los hechos interplanetarios". Como todo movimiento implica espacio, dentro o fuera de la teoría de la relatividad restringida o generalizada, en la mecánica clásica o en cualquiera otra mecánica, fue fácil hacer ver al teórico materialista, que es imposible "hacer de la sensación un movimiento", porque el sentir, como acto psicológico, no se da *en* el espacio y, por tanto, no es movimiento. En conclusión, se advierte que el señor Lombardo Toledano, así como ignora los

rudimentos de la mecánica, desconoce, con profundidad, los postulados de la psicología.

3. Un error, íntimamente conexo con el que acaba de puntualizarse, fue también de la cosecha de nuestro crítico, al *negar los límites de la fisiología y la psicología.* Nadie puede afirmar que el acto de la sensación deje de implicar un conjunto de condiciones fisiológicas que lo hacen posible; pero de aquí a afirmar que la sensación se reduce, "por completo", al movimiento, media un abismo, que el señor Lombardo Toledano salvó, sin rubor, pretendiendo unificar, en absurda concatenación, lo que se da en el plano inmaterial de la conciencia con lo que constituye su condición física. Quedaron, pues, negadas la psicología y la fisiología como disciplinas independientes entre sí, aunque estrechamente enlazadas. En suma, don Vicente Lombardo Toledano desconoce la esencia de la especulación científica, que está tramada con las distinciones claras de los conocimientos humanos, integrados en la unidad de la razón y la pluralidad de los distintos órdenes del saber. Éste podría ser llamado el *error psico-fisiológico* de la novísima cultura materialista que exorna al líder bolchevique.

4. También posee don Vicente Lombardo Toledano, en su raro acervo de sofismas, *un concepto contradictorio del "movimiento dialéctico".* Porque la dialéctica es síntesis de tesis, lo que implica naturaleza ideal y no material; por tanto, si se dice que la materia se dialectiza en tesis, antítesis y síntesis, se incurre en contradicción, y nada se gana para explicar la "sensación-movimiento" como especie de un género, si el propio género lógico se torna contradictorio, en sí, merced a la incongruencia antes definida. Por lo cual, un espécimen más, de nuevo estilo y valor, que es justo agregar, como lo agregamos, a la lista de errores que esmaltan las producciones intelectuales de nuestro adversario. Éste sería el *error dialéctico.*

5. *La confusión de los problemas metafísicos y científicos.* Para el doctor Lombardo Toledano, la metafísica no es ciencia, la lógica tampoco, las matemáticas menos aún. Él exige siempre "pruebas científicas", por lo que entiende pruebas experimentales, hechos observados, tangibles. De este modo hemos tenido necesidad de exhibirle la fotografía de un electrón para que admita que las sensaciones no son movimientos, sino "movimiento... dialéctico". La pura reflexión racional del algebrista, del metafísico, del lógico, en su sentir, no es "prueba". ¡Con razón comete tan solemnes disparates al dedicarse a convertir las proposiciones universales afirmativas por modo abracadabrante! Pero esto ha de ser asunto propio de alguno de los incisos siguientes.

6. *La ignorancia de las relaciones que median entre la esencia y la existencia.* Es de la esencia del hombre la racionalidad; sin embargo, el hombre *no es* racionalidad. Es de la esencia del triángulo la triangularidad; sin embargo, un isósceles *no es* triangularidad. La esencia de una cosa es aquello que la constituye de modo que sea tal cosa que es y no otra distinta. *El ser-esencia* es indeterminado con relación al existir. La existencia suprime la indeterminación del ser-esencia, y la completa. Uno es el orden *esencial y* otro el *existencial* o actual. Las esencias de las cosas son inmutables, indivisibles y eternas. La triangularidad es eterna como esencia de todo triángulo; la racionalidad es eterna e inmutable como esencia de todo hombre, y la espacialidad es individual, inmutable y eterna como esencia de todo movimiento; pero así como el hombre *no es* racionalidad, *ni* el isósceles triangularidad, el movimiento *no es* espacio. El señor Lombardo juzga, no obstante, que quien dice: es de la esencia del movimiento el espacio, afirma que el movimiento *es* espacio. La célebre fórmula: "toda M es E", como traducción exacta de la proposición: "todo movimiento implica el espacio", convencerá a toda persona culta de la ineptitud de don Vicente Lombardo Toledano en lo que mira a metafísica. Pongamos también esta docta ignorancia, en el arcón donde guarda el doctor en filosofía su "cultura rehecha".

7. Pero en donde el mágico prodigioso de "los polvos de la madre Celestina" echó el resto es en el capítulo de la lógica elemental con que se aparta para siempre del cristianismo, el espiritualismo, la universidad y el sentido común. Si un doctor en filosofía convierte, simplemente, las proposiciones universales afirmativas no equipolentes, es como si un doctor en matemáticas resuelve las ecuaciones de primer grado sin saber sumar polinomios o sin conocer las reglas elementales de los signos. Hay errores que no comete un escolapio que estudia los rudimentos de la dialéctica, y que un filósofo materialista preconiza, y después de haber sido convencido de ignorancia, reitera.

8. El señor Lombardo Toledano nos preguntó, lleno de curiosidad y con el espíritu palpitante de gozo, si admitíamos o no *la teoría de la relatividad generalizada.* Contestamos diciendo que la hipótesis de Einstein conceptuabámosla como "plausible y genial". Expusimos que lo característico del mundo material, conforme a la propia teoría, es la afirmación del "campo electromagnético" y el carácter "gravitatorio" de la materia. En el instante que esperábamos la respuesta de nuestro adversario, lejos de insistir en su pregunta, o de argüir en contra de lo afirmado por nosotros, el señor Lombardo declara: "No participo más en la contienda, porque el señor Caso admite una filosofía religiosa y

mística." ¡Esto prueba que nuestro impugnador no pretende aquilatar razones sino sorprender a su adversario con una táctica inverosímil, que estará bien para ejercer mañosamente el papel de líder político, pero no para rehacer una cultura!

9. *Errores por lo que concierne a la gramática y el estilo.* Nada mejor podemos hacer a este respecto en pro de la demostración evidente de la tesis, que citar un párrafo de nuestro artículo rotulado "La dialéctica del renegado", que apareció en estas propias columnas el viernes 8 de marzo del corriente año:

"Declara el señor Lombardo Toledano que hemos pretendido imitar su estilo, sin lograrlo. Esto resulta sencillamente absurdo, porque nadie puede imitar lo inimitable. Véase la siguiente muestra, ayuna de sindéresis y gramática: 'Contesto a las anteriores ideas de don Antonio Caso de la siguiente manera: los seis dilemas contra el materialismo, que constituyen el contenido de sus cuatro artículos filosóficos y de sus tres ensayos novelísticos semipolémicos, como usted mismo los llama, no están en pie sino acostados'... La concordancia de la lengua española, la sindéresis del buen escritor, la gramática de toda expresión culta, se niegan por su base con semejante estilo. ¡No podemos imitar lo inexistente!... El estilo de nuestro imitador no existe".

10. Por ende, el señor Lombardo Toledano, en conclusión: no sabe mecánica; ignora que la sensación no es puro movimiento físico; niega los límites de la psicologia y la fisiología; posee un concepto contradictorio del movimiento dialéctico; confunde los problemas metafísicos y científicos; desconoce las relaciones que median entre la esencia y la existencia; ignora, igualmente, que las proposiciones universales afirmativas no equipolentes se convierten siempre "por accidente"; no percibe el alcance científico de la teoría de la relatividad generalizada, y, por fin, da de bofetones a la gramática y al estilo, en los artículos que redacta. De este modo ha rehecho su cultura el líder materialista. Así se niega a sí mismo, en "el contraste perfecto del devenir histórico", y tiene derecho de renegar de lo que recibió como exacto, por "pereza mental", haciendo a un lado "la solución espiritualista en los conflictos históricos, y la teoría del término medio como definición de la justicia".

II. La *táctica polémica de don Vicente Lombardo Toledano.* Indicaremos, con brevedad, para no alargar desmesuradamente este artículo, en qué estriba la táctica polémica empleada por modo asiduo en los escritos de nuestro censor:

1. Sonríe con suficiencia de la ignorancia que supone a su adversario sobre los temas del marxismo, fomentando de esta suerte

el mito de que la "mentalidad burguesa" es incompetente para penetrar la esencia de los párrafos enigmáticos de *El Capital,* de Marx.

2. Acumula citaciones de libros científicos, con fechas recientes, para proporcionar a los ignaros (la Escritura dice que "el número de los estultos es infinito"), la ilusión de que hallarse enterado del esfuerzo científico contemporáneo es patrimonio exclusivo de los "materialistas criollos".

3. Simula la victoria cuando trata de problemas metafísicos, que no pueden resolverse por medio de pruebas experimentales obtenidas en los laboratorios, provocando con tal conducta el asombro de quienes creen que toda prueba científica ha de consistir en las manipulaciones de los instrumentos usados en los observatorios de astronomía o los gabinetes de física o de biología.

4. Se rectifica a sí propio cuando el adversario le ofrece un argumento incontestable, acusando a su contrincante de calumniador.

5. Abandona la contienda lógica pura, fingiendo respeto a las creencias que supone profesa el adversario, confundiendo de este modo, en su cómico desdén, todos los argumentos de la metafísica espiritualista con los argumentos teológicos y místicos de una fe.

6. Exalta los sentimientos sectarios, cuyo desarrollo le importa a fuer de político militante, en vez de resolver las numerosas contradicciones de las tesis que defiende.

7. Exhibe siempre su clara actitud de líder que busca prosélitos en vez de la verdad.

8. Recusa la autoridad de grandes filósofos contemporáneos, arguyendo que no se les puede tomar en cuenta porque en la formación de su cultura hubieron de recibir, como Husserl o Scheler, el contingente de la especulación escolástica; lo que equivaldría a que nosotros rechazáramos los textos de Marx, o de Engels, porque estos pensadores recibieron, junto con el pensamiento de Hegel, la influencia directa de materialistas como Feuerbach.

9. Provoca una discusión en el momento que cree oportuno para sus fines políticos-sociales, y la clausura en el instante que no puede contestar a las réplicas de su adversario, pretextando que él no discute prejuicios religiosos, sino razones filosóficas.

III. *Cómo la generación de 1910 abandonó el positivismo, en busca de nuevos rumbos idóneos para la especulación filosófica en México.* Media gran diferencia entre renegar de un sistema filosófico para sostener una actitud política, y abandonar un sistema especulativo por comprobar, fehacientemente, que el espíritu filosófico de la humanidad busca nuevos rumbos en qué ejercitar su acción perenne.

Lo primero, es obra personal de don Vicente Lombardo Toledano; lo segundo fue obra nuestra en la consecución de la verdad. El doctor materialista que combatimos ha ido a refugiarse en el materialismo trasnochado de mediados del siglo XIX, para mantener, así, un claro perfil revolucionario; para poder erigirse en director impecable y castizo de un movimiento social. ¡Qué diferencia entre nuestro líder socialista, que abdica de su idealismo con fines torpes, y declara tener que "rehacer" toda su propia obra cultural, y la posición de un Radbruch, un Henri de Man, un Fernando de los Ríos, paladines del socialismo europeo que, en vez de engañar a sus adeptos declarándoles que el marxismo es toda la verdad asequible a la mente humana, sostienen las reivindicaciones justas del socialismo (fundadas en la eterna concepción de la justicia aristotélica), y rectifican la metafísica marxista, agregando a la teoría económica de la historia, el culto de valores supremos de la humanidad: lo verdadero, lo bello, lo bueno y lo santo!...

¡Aquí tiene indicada la pauta que podría haber seguido en su conducta filosófica don Vicente Lombardo Toledano!... No declararse discípulo indiscrepante y absurdo de Marx y Engels, sino crítico verdaderamente científico de su obra; no abdicar de su libertad de pensamiento, sino declarar a las clases obreras de México: Marx fue un pensador eminente de temas y teorías sociales; pero yo, que no soy el acólito de ningún culto, ni el bonzo de ninguna pagoda materialista, os digo que procuréis unir, en el claro perfil de vuestra conducta ciudadana, las reivindicaciones del marxismo con el espiritualismo y el idealismo ingénitos en la conciencia humana; aviniendo la obra secular de la cultura con la justicia de las reivindicaciones proletarias. Si don Vicente Lombardo Toledano hubiera actuado en esta forma podría su nombre haberse agregado a los de Radbruch, Henri de Man y Fernando de los Ríos. De esta suerte, sí habría descubierto el político mexicano "el sentido humanista del socialismo". Pero no; ha preferido nuestro impugnador renegar de todo lo que antes sostuvo, y sumarse a la numerosa falange incógnita de los que no saben pensar, ni creer, ni amar. Ha sido, por su posición retroactiva, claudicante, absurda, un elemento regresivo, involutivo, de la historia de las ideas en México.

Nosotros, al abandonar el positivismo, pensamos acogernos al idealismo hegeliano, a través, sobre todo, de la obra entonces conocida de Benedetto Croce; por esto Pedro Henríquez Ureña, refiriéndose a nuestras conferencias sobre el desarrollo del positivismo, asentó que buscábamos en el idealismo absoluto el remedio a nuestra situación filosófica.

Pero, bien pronto, las obras de Boutroux, Bergson y James, nos convencieron de que, al lado del *intelectualismo puro,* se desarrollaba

la *filosofía de la intuición.* Entonces sostuvimos, con calor, el intuicionismo, y hoy, la obra grandiosa de un Husserl y un Scheler, nos demuestra que, al lado del intuicionismo de la evolución creadora, es menester reivindicar *la intuición de las esencias y de los valores,* conforme a la tesis del método fenómenológico.

Siempre guardamos un profundo respeto y una consideración eminente en pro del sistema filosófico en que habíamos sido educados. He aquí esta página, escrita en otros días, en los días de la contienda a propósito del positivismo que demuestra con claridad el respeto y la admiración que experimentamos ante la obra de Comte:

"Un catolicismo sin cristianismo, como dice Huxley: un neocatolicismo laico, como enseña Tarde; un dogma científico y un culto a la humanidad de los seres humanos progresivos, esto es el comtismo, si acaso fuere tolerable encerrar en fórmulas y definiciones precisas lo que, ostensiblemente, se muestra como uno de los frutos más complejos de la historia de la cultura: un sistema filosófico.

"Comte es el representante más ilustre de la civilización latina en lucha contra el racionalismo de la Enciclopedia. El movimiento católico, acaudillado por De Maistre y De Bonald, depositó su parte de esfuerzo, verdaderamente constructor y orgánico, en la obra de Comte. La gran reacción romántica que produjo en Alemania la opulenta evolución de los sistemas postkantianos, se compendia, para Francia, no, seguramente, en la metafísica y la retórica del espiritualismo ecléctico, sino en la recia elaboración original del positivismo de Comte. En ella se libra la batalla del viejo *esprit classique,* que dijo Taine, de enciclopedistas e ideólogos, y el espíritu moderno, esencialmente histórico. Gracias a Comte se engendró, acaso por última vez en la evolución de la cultura, la alianza de las ideas y los sentimientos católicos, con las formas vitales y progresivas del pensamiento independiente".

El señor Lombardo Toledano pretende arrojarnos al rostro, como un baldón, nuestras convicciones cristianas; pero nosotros no sabemos renegar, porque, como muy bien dijo en alguna ocasión un distinguido publicista mexicano, "renegar es de renegados", sobre todo de renegados claudicantes. Y a honra tenemos que terminar este artículo repitiendo la frase que alguna vez pronunciamos frente al señor Lombardo Toledano, en cierta asamblea llamada de universitarios mexicanos, que él mismo convocó y reunió en la Escuela Nacional Preparatoria: "Todavía son suficientemente recios los brazos de la cruz, para colgar de ellos nuestros destinos".

El Universal,
12 de abril de 1935

CIENCIA SOCIAL, ECONOMÍA Y MARXISMO

Antonio Caso

Como las discusiones empeñadas en torno de *uno* de los tópicos que seleccionamos a propósito del materialismo histórico, sólo han sido un mero accidente o, por mejor decir, un incidente apenas, en el esfuerzo crítico que llevamos emprendido con respecto a esta doctrina o credo metafísico-social, continuamos ahora, con este artículo, la labor interrumpida, que sirve de proemio a la meditación ordenada de las concepciones propiamente económicas y sociales del marxismo.

La complejidad de los hechos sociales desafía todo esquematismo abstracto. El determinismo económico es falso, precisamente por esquemático, como el intelectualismo histórico. Comte pretende fundamentar la evolución social en el desarrollo del orden intelectual, y Marx se empeña en basarla sobre las vicisitudes de los factores económicos. Pero el error constante de ambos pensadores estriba en seleccionar un solo *factor* social y pretender elevarlo a la categoría de *factotum*. Imposible resulta plegar a un modelo rígido la múltiple y constante variación de la historia.

Pensar que todos los hechos sociales se relacionan y correlacionan entre sí como fenómenos de solidaridad es negar *a priori* todo unilateral determinismo económico. Ninguno de los diversos órdenes de la vida histórica de la humanidad puede declararse "fundamental", porque todos entre sí se implican por modo estrecho. En el centro de la vida económica yace el factor intelectual: la invención; como la invención y la imitación sociales se hacen posibles dentro de la estructura económica y la división del trabajo social.

Del mismo modo que, en un organismo, la vida de relación es posible gracias al soporte de la vida vegetativa, la vida intelectual y moral, en una sociedad, implica los factores económicos; pero éstos no pueden explicarla a guisa de estructura fundamental de la historia, porque, a su vez, implican las características intelectuales y morales de la humanidad. Producir riqueza no es un acto primario. Si se suprime la finalidad de una producción dada, la producción desaparece.

El materialismo histórico supone una estructura básica (la económica) y, sobre ella, superestructuras jurídicas, políticas, artísticas,

científicas, religiosas. Esto resulta de falsedad notoria, porque niega el mismo concepto de "estructura" en que pretende fundamentarse. La llamada estructura económica presupone la vida social íntegra y plena. Sin lenguaje no hay economía, sin invención no hay producción, sin ideas morales y religiosas que orienten la producción, la oferta no es concebible en sí. Sin costumbres no hay cambio.

Los valores económicos, que son medios y no fines, no se conciben sin los fines. La riqueza no es el ser determinante que los marxistas suponen, sino *el llegar a ser determinado* por el complejo de la vida social.

Las categorías de la economía política son la producción, la circulación, la distribución y el consumo. La causa final de producir es consumir, porque no se produce *por* producir, sino *para* consumir. *Posita causa, penitur effectus.* Si la finalidad de consumir una riqueza dada existe, se concibe el esfuerzo que costó producirla. Por tanto, el llegar a ser, la finalidad, finalidad de consumo, es lo que explica la producción. No es el ser la causa del llegar a ser, sino el llegar a ser (la utilidad del producto) la causa del ser (el artículo producido).

Además, sí se modifica la condición de la demanda, modifícase asimismo la posibilidad de la oferta: *Variante causa, variatur effectus.*

Nadie produce lo que nadie apetece. Y en esta subordinación a fines sociales de consumo se conjugan todas las actividades históricas: religiosas, éticas, estéticas, científicas, jurídicas y políticas. Otra vez se comprueba cómo el llegar a ser, contra la opinión de Feuerbach y Engels, determina el ser.

Por último: suprímase la finalidad de una producción dada, y la propia producción desaparecerá sin remedio. El valor económico, de esta suerte, lejos de subordinarse a la sola causalidad eficiente, implica el orden de los deseos y las creencias históricas. Es algo psico-social, intrínsecamente. *Sublata causa, tollitur effectus.*

Por lo que mira a la producción, ¿podrá darse algo más intelectual que producir riqueza? En nuestros días, toda producción de riqueza está súper intelectualizada. El trabajo muscular puro no existe, porque la técnica es la ley científica corporizada en máquinas. Concéntranse las industrias en formidables usinas, que coordinan la inteligencia por medio del "saber de aprovechamiento", como diría Scheler. Y si nuestro siglo ve cumplirse la apoteosis de la acción es sólo porque constituye, en lo social, la apoteosis de la inteligencia.

En lo que respecta a la circulación, nada más psicológico y espiritual que el cambio; nada más "mental" que el valor y el precio. La característica de la *sociedad* humana, opuesta a las *comunidades*

es, puntualmente, el cambio; porque el valor no sólo es trabajo, sino deseabilidad de lo que el trabajo engendra. Basta considerar el exquisito fenómeno del crédito para convencerse de lo inmaterial de la categoría del cambio. El crédito es fe. Dice en una magnífica conferencia sobre "El materialismo y la economía política", Charles Gide: "primero fue la 'riqueza tierra', después la 'riqueza trabajo', y, al fin, la 'riqueza fe', que hoy solidariza a todos los pueblos del mundo en los dramáticos episodios de la *economía mundial*".

Por fin, la distribución de los bienes humanos no es sólo una cuestión económica, como lo querría el marxismo, sino ética y jurídica. La idea de lo justo se trama con la de lo útil en indisoluble consorcio. En todas las sociedades, en todas las épocas de la historia, la obra del ideal de justicia se ha venido cumpliendo. Las "ideologías" de la humanidad (entre ellas el propio materialismo histórico, con su doble abolengo dentro de la filosofía idealista y el socialismo utópico) son causa preponderante del problema social. Lejos de ser la economía política justificación y exponente del *materialismo,* es trasunto claro y obvio del *idealismo*. Espíritu al producir, espíritu al circular la riqueza y al consumirla.

Claro es que el objeto extramental, las cosas, la *materia,* el *ser,* están ahí siempre; pero no se convierten en valores económicos si no satisfacen, por medio de las transformaciones que les hace sufrir la inteligencia, a los fines humanos.

"Los bienes exteriores reciben su bondad *(bonitatem)* de sus fines, es decir, que su dignidad y validez se derivan de sus servicios: lo que sirve a un fin determinado, dice un gran filósofo de la Edad Media, recibe su bondad de este fin. Es necesario, por tanto, que la riqueza exterior sea un bien de los hombres, pero no de los supremos, sino de un orden inferior; porque el fin es un bien en sí, mientras que el medio según como se adecue al fin".

No hay materia pura en economía política. Sólo a través de la mente tiene sentido el determinismo económico. Por esto las leyes de la economía no pueden reducirse al tipo de las simples leyes naturales. La causalidad eficiente rige en el mundo físico; la causalidad final, en el mundo biológico y en el social. La historia es el punto en que inciden ambas formas de la causalidad, a través de la mente humana. Los valores y los fines se complementan; porque si algo vale, vale para el logro de un fin, inconcusamente. Sólo a través del espíritu tiene sentido el determinismo económico.

Mas, la suprema razón que veda discutir, con probabilidades de éxito, la tesis que sostenemos de la economía como ciencia cultural y

Esta obra estuvó al cuidado de
Guillermo Morfín García y Martin Tavira Urióstegui
se terminó de imprimir en agosto del 2008,
en los talleres gráficos de
Fondo Editorial MOREVALLADO, S.R.L. de C.V.,
Tlalpujahua, 445, Colonia Felicitas del Rio, CP 58030,
Morelia, Michoacán.
Tiraje de 2,000 ejemplares.

Vicente Lombardo Toledano nació el 16 de julio, en Teziuitlán, Puebla, y falleció el 16 de noviembre de 1968.

Grados académicos en la Universidad Nacional de México: Licenciado en Derecho (Facultad de Jurisprudencia, 1919); Profesor Académico (Facultad de Altos Estudios, 1920); Doctor en filosofía (1933).

Cargos académicos en la Universidad Nacional de México: director de la Escuela Nacional Preparatoria (1922 y 1933); director de la Escuela de Verano para Extranjeros (1922); fundador y director de la Escuela Nacional Preparatoria Nocturna (1923); director de la Escuela Central de Artes Plásticas (Academia de san Carlos, 1930); director de la Universidad Obrera de México (1936-1968).

Oficial Mayor de Gobierno del Distrito Federal (1921). Gobernador del Estado de Puebla (1923). Regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de México (1925). Diputado Federal en tres Legislaturas (1925, 1926-1928, 1964-1967).

Secretario General de la Liga de Profesores del Distrito federal (1920). Secretario General del Grupo Solidario del Movimiento Obrero (1922). Miembro del Comité Central de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM, 1923-1932). Secretario General de la Federación Nacional de Maestros (1927). Secretario General de la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal (1932). Organizador y dirigente de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CROM, 1933). Organizador del Comité Nacional de Defensa Proletaria (1935). Fundador de la Confederación de Trabajadores de México (CTM, 1936). Organizador y Secretario General de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL, 1938-1963). Vicepresidente de la Federación Sindical Mundial (1945-1964).

Fundador y Secretario General del Partido Popular y del Popular Socialista (1948-1968).

El mes de septiembre próximo cumplirá 75 años de iniciada una polémica, que por el asunto, motivo de la controversia; las condiciones por las que atravesaba el país en ese entonces y el prestigio de los participantes, trascendió los recintos universitarios donde se inicia, para filtrarse a la opinión pública a través de la prensa. Polémica que revive de tiempo en tiempo, promovida desde la derecha.

Con las intervenciones dentro del Congreso, como posteriormente con los artículos que forman parte de las tres polémicas aquí presentadas: Caso-Lombardo, Caso Zamora y nuevamente Caso-Lombardo, el lector, independientemente del lado en que se coloque respecto del fondo del asunto a discusión, podrá regocijarse con el conocimiento que los sustentantes tenían de las escuelas y corrientes filosóficas, de los descubrimientos científicos de la hora y de su pleno dominio de la lógica. Damos también por sentado que lo deleitará la elegancia con que tejen sus ideas, y en no pocas ocasiones sus argucias, a fin de ocultar faltas y acusar golpes, dolidos sin duda por orgullos lastimados.

Arte arrumbado, la polémica, controversia escritural, reflexión a dos voces sobre una misma materia, en un lugar, circunstancias y tiempo dados, quita y siembra dudas a la vez. Cuando alcanza la altura de las incluidas en este volumen, queda, además, como testimonio histórico del pensamiento

Edición conmemorativa del Primer
Centenario de la Revolución Mexicana

Sección de obras filosóficas